

JOSÉ JAVIER ABÁSULO

DEMASIADO RUIDO



erein

JOSÉ JAVIER ABÁSULO

DEMASIADO RUIDO



erein

Demasiado ruido

JOSÉ JAVIER ABASOLO



Es Licenciado en Derecho por la Universidad de Deusto. Ha trabajado como abogado y desempeñado varios puestos en las administraciones públicas, desempeñando sus funciones en la actualidad en el Departamento de Empleo y Asuntos Sociales del Gobierno Vasco.

En el campo de la literatura tiene una larga trayectoria como autor de novela negra, habiendo publicado los siguientes libros: *Lejos de aquel instante* (1997, Premio de Novela Prensa Canaria 1996 y finalista del Premio Hammett 1997, traducido al francés), *Nadie es inocente* (1998, traducido al francés e italiano), *Una investigación ficticia* (2000), *Hollywood-Bilbao* (2004), *El color de los muertos* (2005), *Antes de que todo se derrumbe* (2006, Premio de Narrativa García Pavón 2005), *El aniversario de la independencia* (2006, Premio Farolillo de Papel del Gremio de Libreros de Bizkaia) y *Heridas permanentes* (2007).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Itxaropena

© José Javier Abasolo

©EREIN. Donostia 2016

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

ISBN de versión digital:

978-84-9109-084-7

Digitalizado por Adimedia, S.L.

www.adimedia.net

JOSÉ JAVIER ABASOLO

DEMASIADO RUIDO



SIETE MESES ANTES DE LA MUERTE DEL MENDIGO

La niña tenía un aspecto angelical. Unos ojos verdes intensos, una cabellera rubia, una expresión de inocencia total y una sonrisa de ésas que derriten el corazón más frío. Lo malo es que ése era su aspecto en el primer fotograma. Luego, todo cambiaba. Los ojos los tenía tan llorosos que no podía distinguirse de qué color eran, el pelo en completo desorden, su rostro infantil lleno de contusiones y una expresión que indicaba terror, un terror profundo e incomprensible, un terror producto del choque con el lado más oscuro de los adultos, de aquellos adultos que han olvidado que alguna vez fueron niños o que tal vez nunca lo fueron.

¿Quién puede ser capaz de hacer eso a una criatura?, se pregunta el hombre entre sollozos desesperados. Y enseguida le llega la respuesta: tú, tú eres el culpable de todo eso. Toca la pantalla del ordenador, como si con eso pudiera también acariciar el rostro de su hija, pero sabe que es en vano, que ella ya no está, que ya nunca estará más con él. Y se siente culpable porque en el fondo piensa que es el único responsable de lo que ha sucedido. Y por duro que parezca, en cierto modo tiene razón.

Tendría que haberlo previsto, pero como siempre le perdió su exceso de confianza en sí mismo, su vanidad de pensar que iba un paso por delante de los demás, su creencia de que quienes habían sido sus compañeros, sus amigos, no iban a cometer la iniquidad de cebarse en su familia. Una cosa son los negocios y otra muy diferente la familia. Pero, apostó y perdió. El problema es que esa apuesta no era como las de los casinos, en las que se gastaba diez mil euros sin despeinarse, sabiendo que al día siguiente, con una buena operación bursátil, recuperaría la cantidad perdida. El problema consistía en que apostó por la vida de su mujer y su hija y la suerte le volvió la espalda. Y ninguna operación en el mercado de valores iba a traérselas de nuevo.

Sigue mirando una y otra vez, hipnotizado, la pantalla del ordenador. Nunca ha creído en premoniciones, pero cuando vio que tenía un mensaje de procedencia desconocida un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Algo va mal, pensó. Y aunque en esa ocasión habría deseado equivocarse, no lo hizo. Algo iba mal, muy mal, terriblemente mal.

Vuelve a abrir el vídeo que ha recibido, por milésima vez. Pero por mucho que le de al “play” o al “stop” la secuencia no cambia. Allí están su mujer y su hija, llamando desesperadamente a su aita^[1], pero su aita no está, ha preferido jugar al superhéroe o al vengador justiciero antes que cumplir con su principal obligación, proteger a su familia. Y allí está también esa mano, una mano sin ninguna característica destacable, sin ningún detalle que pueda delatar a su propietario. Una mano que empuña un cuchillo con el que parsimoniosamente, como si se regodeara en lo que hace, va cercenando los cuellos de su mujer y su hija. Parece uno de esos terroríficos vídeos propagandísticos del Estado Islámico, pero él sabe perfectamente que quien empuña el cuchillo no es musulmán. O, en caso de serlo, lo que hace no tiene nada que ver con la religión, sino con los negocios, con los putos y malditos negocios.

No aguanta más y estrella el portátil contra la pared de la habitación del hotel en el que se ha refugiado. El dolor es insoportable, pero ya no le quedan lágrimas en los ojos ni insultos en la boca. Llamarles hijos de la gran puta, cabrones sin corazón o asesinos de mierda no sirve para nada. No pueden oírle y si le escucharan esos insultos, y otros más fuertes que acaba de inventarse, no les afectarían lo más mínimo. Como mucho se sonreirían cínicamente antes de dar, sin odio ni ánimo de venganza, simplemente con frialdad profesional, la orden de que acabaran con él de una puta vez.

No sabe por qué ni a dónde se va a dirigir, pero de repente siente la necesidad de salir del hotel, de escapar de esas cuatro paredes que, en lugar de un refugio, han sido el cadalso en el que se ha enterado de su sentencia de muerte. Porque está muerto, lo sabe. Que ande, que mueva los brazos para abrir la puerta de la habitación, que sus ojos alcancen a ver dónde están situadas las escaleras, no son más que gestos mecánicos. Lo mismo podría ser un zombi, un muerto viviente, sin llagas ni purulencias externas, pero con una mirada vacía que está proclamando a gritos que sus llagas y purulencias internas son mucho más dolorosas y profundas que las que nadie jamás haya podido conocer en la vida.

Ha salido del hotel sin un objetivo fijo, tan sólo con la idea de huir, huir,

huir. Huir a ninguna parte, huir sin rumbo, simplemente huir, olvidarse de las imágenes que acaba de ver, olvidarse de que su mujer y su hija ya no existen, de que las han matado por su culpa. Huir y olvidar, olvidar y huir. Pero es imposible. Sabe que vaya donde vaya, esas imágenes, esos recuerdos, viajarán con él, seguirán unidos a su piel.

Sólo hay un modo de escapar, una única manera de olvidar y quedarse en paz. Es consciente de ello, pero tiene miedo. Se da cuenta de que es un cobarde, de que siempre lo ha sido. Cuando piensa en lo que tiene que hacer le entra un escalofrío. No quiere hacerlo, pero sabe que debe hacerlo. ¿Qué vida podría tener en el futuro, incluso aunque lograra escapar de sus compañeros?

Vaga desordenadamente por la ciudad, como si buscara algún rincón capaz de ofrecerle esa seguridad en sí mismo que perdió hace tiempo, ese vórtice de energía, como lo llaman los aficionados al esoterismo, capaz de proporcionarle el valor que nunca ha tenido.

Ni él mismo es consciente de si ha sido una decisión voluntaria o una simple imprudencia, pero cruza el semáforo en rojo justo en el mismo momento en que por la avenida avanza una furgoneta que llega tarde a entregar un pedido. Y cuando le arrolla piensa que por fin, por fin, por fin, va a poder descansar.

Sin embargo no lo consigue. Es un fracasado, un perdedor que no vale para nada, ni siquiera ha sido capaz de poner fin a su propia vida. Entre nebulosas le parece oír voces que dicen que tiene que ser un milagro, porque no hay ningún órgano vital tocado. No es ése el milagro que buscaba con tanto ahínco. Intenta gritar, pero de su boca no sale ningún sonido. Desea llorar, pero de sus ojos no surge ninguna lágrima. Finalmente vuelve a sumirse en la inconsciencia, en el vacío, un vacío que si fuera consciente de él desearía que durara eternamente.

Al cabo de unos días, dos, tres, cuatro, qué importa, despierta. Pero desconoce quién o qué es ni cómo se llama. Su cerebro se ha quedado vacío y no recuerda nada de lo ocurrido. De hecho su mente se ha pasado al otro lado, al de quienes para poder sobrevivir han renunciado a la comprensión de este mundo incomprensible. Se ha salvado de la muerte, pero ha entrado en el paraíso de los locos, de los dementes, de aquellos a los que sus neuronas les volvieron la espalda y les sumieron en eso que los psiquiatras actuales se resisten a llamar locura, pese a ser la palabra que mejor define el estado en que se encuentra. Quién sabe, quizás, después de todo, Dios, el azar, la

suerte, el destino, como a cada uno le guste llamarlo, sí existe, y se ha acabado apiadando de él.

TRES DÍAS ANTES DE LA MUERTE DEL MENDIGO



El calor en la habitación era insoportable, pero ni siquiera eso fue suficiente para que mis cinco “protegidas”, por llamarlas de alguna manera, se largaran de una puta vez, nunca mejor dicho, y me dejaran en paz, lamiéndome las heridas. En el fondo eran buenas chicas, pese a que sobrevivían haciendo la calle, y estaban sinceramente preocupadas por mí. Y también por su negocio, claro. Las había heredado, aunque no sé si ésa es la expresión más adecuada, de un viejo amigo de otro tipo de guerras que se había reciclado en proxeneta, lo que comúnmente conocemos como un “chuloputas”. Cómo llegó a desempeñar ese oficio no lo tengo muy claro, pese a que si no me lo explicó cien mil veces no me lo explicó ninguna, sólo que cada vez que lo hacía ambos estábamos totalmente borrachos y la consiguiente resaca conseguía, indefectiblemente, que me olvidara de todo lo que habíamos hablado la noche anterior. Ya podríamos haber encontrado, entre nuestros estertores alcohólicos, la piedra filosofal o la clave para erradicar el hambre del mundo, que no nos habría servido para nada porque a la mañana siguiente nuestra mente se encontraba totalmente en blanco. De todos modos eso pertenece a una época de mi vida ya pasada aunque, como decía sabiamente mi difunto padre, la vida es como un boomerang y cuando menos te lo esperas, te vuelve algo que creías olvidado y si no eres lo suficientemente rápido y ágil, te golpea en la cabeza haciéndote ver no sólo las estrellas sino todas las galaxias que pueblan el universo.

Tampoco se trata de que el tipo fuese un viejo compañero de universidad caído en desgracia. Cuando le conocí no era más que un ratero, un pequeño estafador que vivía de engañar a la gente, a base de labia y caradura. Le detuve unas cuantas veces, en la época en que todavía trabajaba como ertzaina, y acabé tomándole cierto cariño. En el fondo no era más que uno de esos sinvergüenzas que, curiosamente, se hacen querer por la gente, el

típico amigo –porque si el roce hace el cariño, el reiterado paso por la comisaría hizo que acabáramos siéndolo–que, cuando te pide un favor, parece que es él quien te lo está haciendo y no te queda más remedio que agradecerle que haya pensado en ti como su próxima víctima. El caso es que tras muchas vicisitudes encontró su auténtica vocación laboral como protector de cinco jóvenes, dos nigerianas, una colombiana, otra procedente del Malí y la quinta una rumana, aunque esta última hablaba un euskera que no tenía pinta de haber sido aprendido en un euskaltegi^[2] sino mamado desde la cuna en algún baserri^[3] perdido de la Euskal Herria profunda.

El negocio debió irle muy bien, incluso podría decirse, haciendo un deplorable juego de palabras, que le iba “de puta madre”, hasta que unos rumanos auténticos le dieron una paliza que le envió al otro barrio. Aunque para entonces yo ya había dejado de ser policía, conseguí las pruebas suficientes para poner a los asesinos en manos de la Ertzaintza. Bueno, ésa era mi primitiva intención, pero se frustró cuando los rumanos, concedores de mis intenciones, decidieron que el mejor modo de evitar un largo futuro como huéspedes preferentes del sistema penitenciario español era acabar conmigo. Ya se sabe, muerto el perro, se acabó la rabia. No contaron con que este perro tenía rabia para dar y exportar y no me quedó más remedio que ejercer lo que jurídicamente se conoce como legítima defensa y que yo defino como que antes de que me jodan, prefiero ser yo el que les joda a ellos. Resumiendo, que fueron los rumanos los que acabaron criando malvas. Se trataba de la vida de ellos o la mía, y en casos así no tengo jamás dudas ni escrúpulos morales.

Debí hacerlo muy bien, o quizás a mis excompañeros de la Ertzaintza no les preocupaba un ardite que tres ilegales que, además, se dedicaban al trapicheo de drogas, los asaltos a comercios o la trata de blancas, desaparecieran repentinamente del mapa. Seguramente pensaron que Bilbao se les había quedado pequeño y necesitaban encontrar mercados más grandes y prósperos, así que no fui molestado en ningún momento pese a que para solucionar el problema infringí no sólo el Código Penal, sino el quinto mandamiento por triplicado, si no me fallan los recuerdos de mis clases escolares, tanto de Religión como de Matemáticas. No es que de repente me hubiese convertido en un asesino, eso llegaría más tarde. Sencillamente mi verborrea no fue suficiente para convencerles de que se entregaran voluntariamente en comisaría o en el juzgado y esa falta de capacidad de convicción puso mi vida en peligro. Como ya he dicho era la mía o la de ellos

y, aunque acabar con un ser humano no es algo de lo que pueda sentirme orgulloso, y sé perfectamente de qué estoy hablando, cuando se trata de algo tan sencillo y primario como salvar mi propio pellejo no tengo la menor duda de lo que debo hacer: mi miserable existencia siempre está en primer lugar. Quizás no sea un asesino, al menos vocacional, pero sí que soy un tipo terriblemente egoísta.

Antes de que todo eso ocurriera había oído hablar, en alguna ocasión, de esa costumbre china según la cual, si salvas la vida de una persona, tienes que hacerte cargo de ella durante el resto de su existencia porque, al hacerlo, has roto la cadena natural de los acontecimientos y, ya se sabe, “el que rompe, paga”. Cuando escuché esa historia por primera vez me hizo mucha gracia, incluso pensé que era una solemne gilipollez, pero de repente me encontré como el chino del cuento, con cinco jóvenes prostitutas que buscaban mi protección como si yo fuera un chulo marsellés de toda la vida. Y eso que yo no había conseguido salvar a su protector sino, en todo caso, dar un escarmiento a sus asesinos. De todos modos, en una cosa sí que tenían razón, aunque no fuera ese mi deseo, el escarmiento fue definitivo.

Aún así y pese a que mi vida nunca fue ejemplar en el pasado, y seguramente tampoco lo será en el futuro, hay una cosa que siempre he tenido clara: jamás he vivido de las mujeres. En una época de mi vida que parece muy lejana fui ertzaina, como ya he explicado, y de los buenos además. No es egocentrismo ni vanidad, sino un hecho constatado por mis antiguos compañeros y superiores, no sólo por los que me aprecian, que son los menos, sino también por los que me odian, que son una inmensa mayoría. Más tarde tuve que pedir la excedencia, al ser acusado de pertenecer a una red de pederastas, por lo que no me quedó más remedio que sobrevivir trabajando como detective, aprovechando los conocimientos y las amistades adquiridos durante mi trayectoria profesional. Fueron momentos duros, que nunca se superan del todo, pero poco a poco los fui olvidando e incluso decidí, gracias a una inesperada pero bien acogida herencia, ir limitando mis trabajos como detective hasta que los abandoné del todo. En esos momentos dirigía un bar de mi propiedad en el Casco Viejo, casi más como diversión que como negocio, aunque sorprendentemente no iba nada mal y me servía para estar distraído buena parte de mi tiempo. Pero eso sí, jamás había vivido de las mujeres, jamás.

Aunque quizás, según se mire, eso no sea del todo exacto. Me refiero a que es cierto que nunca he vivido del dinero que me han entregado por

vender no su cuerpo, como se suele decir, sino su sexo, a quien esté dispuesto a pagarlo. Pero como le ocurría a James Stewart en una antigua película del Oeste, me encontré, sin comerlo ni beberlo, con que de mí dependían, para su protección, cinco encantadoras señoritas que sólo sabían ganarse la vida de un modo, follando previo pago. Así que se puede decir que técnicamente me convertí en algo que toda la vida he despreciado, en un proxeneta.

Por lo menos, en mi defensa, puedo alegar que era un chulo atípico. No me quedaba con la pasta que ganaban ni me aprovechaba de ellas sexualmente, aunque eso admito que parece muy difícil de creer, porque hasta cierto punto, y de ahí me vienen en ocasiones los problemas, del “hasta cierto punto”, tenía mi vida sentimental solucionada. Pero sobre todo puedo decir con total sinceridad que no soy ningún chulo porque jamás en la vida les toqué ni un pelo. De ahí que ellas estuvieran encantadas conmigo y yo, por mi parte, sobrellevaba la situación lo mejor que podía, siempre con una sonrisa y procurando no perder nunca el sentido del humor.

Ése era el motivo por el que, pese al calor, las cinco estuvieran ese día intentando animarme en la habitación hospitalaria que compartía con un vejete al que acababan de operar de un cáncer de colon y que, cada vez que yo les rogaba amablemente a las chicas que se fueran y me dejaran en paz, resoplaba a modo de protesta. Incluso llegué a pensar que si no se iban pronto, el vecino cancerígeno iba a fallecer a consecuencia de un ataque al corazón y no por la evolución natural de su enfermedad. De todos modos hay algo que las mujeres que viven o, mejor dicho, sobreviven en ese ambiente, detectan a muchos kilómetros a la redonda, y es el olor a madero, porque sorprendentemente, sin comunicarse entre ellas, se pusieron de acuerdo y tras darnos unos cuantos besos y achuchones cariñosos, tanto a mí como a mi vecino de habitación, que no supo o no quiso disimular una súbita erección, al parecer la enfermedad no había mermado sus facultades naturales, se marcharon de repente sin dar más explicaciones.

Cuando segundos después se abrió la puerta, comprendí el motivo de su defección. Dos agentes de la Ertzaintza, que intentaban parecerse a un ejecutivo bancario el primero y a una estrella de rock el segundo, aunque no podían, ni seguramente querían, ocultar lo que eran, sacaron sus placas identificativas y sin pedirme previamente permiso se sentaron a mi lado, encima de la cama, y empezaron a interrogarme.

–¿Es usted Mikel Goikoetxea? –me preguntó el ejecutivo bancario.

–Ya sabéis que sí, de modo que dejáros de chorradas. Y podéis tutearme.

Antes o después lo haréis, de este modo podemos eliminar esos preámbulos tan absurdos. Así que vayamos al grano. Sí, soy Mikel Goikoetxea, aunque podéis llamarme Goiko, como hace todo el mundo, y vosotros sois dos ertzainas que queréis interrogarme, en cumplimiento de vuestros deberes profesionales como garantes de la ley. Pues venga, empezad, que se acerca la hora del almuerzo y me gusta comer solo.

Los dos policías se miraron, en un primer momento perplejos y más tarde cabreados, antes de dirigirse nuevamente a mí.

–Es gracioso el renegado, ¿no lo crees así? –la pregunta se la estaba haciendo el rockero a su compañero, pero no despegó en ningún momento los ojos de mi persona.

–Sí, eso parece –respondió el ejecutivo bancario–, muy gracioso. Me pregunto si todos los excompañeros serán así o tan sólo quienes han tenido el honor de ser los garbanzos negros del cuerpo.

–Vais por mal camino, chicos –me atreví a contradecirles–. No soy ningún renegado, tan sólo estoy en excedencia, así que cuidadín, cuidadín, como dicen por ahí, no sea que pida el reingreso, me nombren vuestro superior y os meta un paquete más grande que el de Nacho Vidal. Y de garbanzo negro nada, fui rehabilitado, en su momento, con todos los honores. Fue un acto muy emotivo, preguntad en comisaría, seguro que a vuestros actuales compañeros todavía se les saltan las lágrimas al recordarlo.

–¿Seguro? –volvió a hablar el rockero, poniendo cara de sorpresa–. Por lo que yo sé ni siquiera acudiste en persona al acto de la rehabilitación del que tanto presumes. Aunque si quieres que te sea sincero, eso a nosotros nos la suda. Es cierto que saliste bien librado de aquellas acusaciones, pero eso es agua pasada y ahora tan sólo eres un civil que trabaja como detective. Y por lo que sabemos, metiéndote en asuntos para los que un detective no tiene competencias. Precisamente sobre eso queríamos hablar contigo. Más vale que nos cuentes en qué lío andas metido si no quieres perder tu licencia.

–No me jodáis, ¿qué ocurre ahora, que envían a los ertzainas más tontos de la promoción a interrogar a los ciudadanos que yacen heridos en una cama de hospital? Por mí podéis quedaros con mi licencia y hacer con ella lo que más os guste, quemarla y tirar sus cenizas al mar, fabricar con ella un canuto y fumároslo mientras escucháis una canción del Fary o arrojarla por la taza del inodoro y tirar fuertemente de la cadena, me da por saco. Hace tiempo que no trabajo de detective, pero aunque lo hiciera, si estoy aquí postrado es porque soy una víctima, ¿no?, y no un victimario. Eso es de primero de

Criminología, aunque me da la impresión de que vosotros seguramente aprobaríais copiando.

Supuse que con esa reacción en lugar de disipar sus recelos los aumentaría, pero me la traía totalmente floja. Si me tocaban los cojones siempre podía recurrir a Eneko Goirizelaia, mi viejo compañero y superior, para que les pusiera firmes. Por lo que sabía, en la actualidad era uno de los mandamases de la Ertzaintza, y yo, por mi parte, hacía ya mucho tiempo que había encerrado bajo llave esos escrúpulos morales que te impiden recurrir a las amistades influyentes. Además, qué coño, les había dicho la verdad. Ya no trabajaba como detective, hacía bastantes meses que mi única ocupación era servir, de vez en cuando, cervezas y vinos en el bar y revisar las cuentas del mismo, para poder pagar a empleados y proveedores. Incluso podría decirse que me había convertido en un pequeño empresario, de éstos que, según los discursos de los políticos, han hecho grande y próspera a nuestra amada Euskal Herria.

El que el bar no esté situado en la zona de La Palanca, clásica de la prostitución en Bilbao, actualmente con una casi mayoritaria población inmigrante, evitaba equívocos y que mis relaciones con las chicas a las que protegía pudieran considerarse parte de mi negocio. De todos modos era una batalla perdida porque prácticamente nadie, salvo el propio Eneko, se creía que las ganancias que obtenían con su cuerpo iban íntegramente a sus bolsillos. Lo que no dejaba de ser un inconveniente, sobre todo en el caso de Lola, mi novia, si es que podía calificarla de ese modo, pero en el fondo, ¿qué es la vida si no hay inconvenientes? Siempre que no sean excesivamente graves, por supuesto, que tampoco me va eso de ser un mártir. Y exceptuando de nuevo a Lola, que en cierto modo, e involuntariamente, fue el detonante de lo que ocurrió, aunque eso ya lo explicaré a su debido tiempo.

De todos modos no trasladé verbalmente mis pensamientos a los ertzainas que habían tenido la amabilidad de visitarme. Si ellos creían que seguía ejerciendo como investigador privado, era su problema, no el mío. Aunque para ser sincero, el hecho de que me hubiesen visitado sí podía constituir, para mí, un problema. Y mi alusión a que seguramente eran los más tontos de su promoción no iba a aumentar su cariño hacia mi persona, pero debía estar equivocado al pensar eso, porque en lugar de entrar furiosos a lo que era una evidente provocación volvieron a mirarse entre sí, sonrientes, como si se estuvieran transmitiendo mentalmente que era una pena que alguien tan agradable y buen chico como yo dijera esas gilipolleces.

–De acuerdo –dijo finalmente el ejecutivo bancario, en plan conciliador–, vamos a suponer que efectivamente no trabajas ya como detective y que vives exclusivamente de lo que tus chicas te dan –al parecer los cabrones se habían informado muy bien sobre mi persona, quizás en el fondo sí que fueran unos buenos profesionales.

–De eso nada –protesté en voz alta, lo que originó una mirada de rechazo y desprecio por parte de mi vecino de habitación, que al parecer debía pensar que quien vivía de las mujeres era un tío bragado y admirable–. Ya que os habéis informado tan bien sobre mí sabréis que no les quito a las chicas el dinero que se ganan en las calles.

–Un chulo altruista y generoso. Y yo que pensaba que lo había visto ya todo, ¡qué equivocado estaba! Sé ve que tu paso por la Ertzaintza te dejó algo de poso positivo –en esta ocasión fue el ertzaina rockero quien decidió poner un tono de humor en la conversación.

–Pues sí, tengo un negocio completamente legal que es de lo que vivo, un bar en el Casco Viejo. Si queréis, antes de iros os doy una tarjeta. La primera ronda va por cuenta de la casa.

–No, gracias –respondió rápido el ejecutivo bancario–, ya era lo que nos faltaba, que nos vieran en un antro como “La taberna del viejo Goiko”. Tenemos una imagen que cuidar, no podemos permitir que la gente piense de nosotros que somos asiduos a los tugurios más arrastrados.

Estaba claro que eran dos cabrones, pero dos cabrones muy bien informados.

–De acuerdo –dije finalmente–, tanto mejor para mí, que eso de que la gente consume y luego no pague es ciertamente ruinoso para el negocio, pero si no habéis venido a que os pague una copa, ¿podrías tener la amabilidad de decirme qué cojones queréis de mí?

–¡Anda la hostia! –dijo el rockero, en lo que parecía una burda imitación de los actores que imitan a los vascos en los programas de humor de la televisión–, es verdad, ¿qué coño hacemos aquí cuando podríamos estar follándonos a una de tus putas? ¿Tú que prefieres, las nigerianas, la colombiana o la de Abaltzisketa? –le preguntó a su compañero

Así que la falsa rumana era de Abaltzisketa. Tendría que comprobar en la Wikipedia la ubicación exacta de ese pueblo, aunque estaba totalmente seguro de que no se encontraba cerca de Bilbao, sino en la Gipuzkoa profunda. Pero no dejaba de ser alucinante que mis dos nuevos amigos conocieran mejor que yo el lugar de nacimiento de una de mis protegidas.

Quizás estaban pensando reemplazarme como protector de las neskas^[4]. Por mí, perfecto, siempre que ellas estuviesen también de acuerdo. E incluso si no lo estaban, ya iba siendo hora de que empezara a pensar en mí mismo.

Por una vez decidí expresar oralmente mis sentimientos más íntimos, pero lo cierto es que no les hizo mucha gracia. Toda la vida exigiendo a los interrogados que digan la verdad, y cuando me animo a hacerlo, me responden con gruñidos. En esta ocasión fue el ejecutivo bancario quien, en un tono cortante, me dijo que me dejara de chorradas, que lo que querían saber era el motivo de que me hubiesen dado un buen navajazo cerca del corazón, que era precisamente la razón por la que me encontraba tendido en esa cama de hospital, así como la identidad de mi agresor.

–No lo sé –respondí, intentando aparentar sinceridad–, no tengo ni puta idea. Tuvo que ser un loco. Si me habéis investigado tan a fondo como parece que lo habéis hecho, deberíais saber que no estoy metido en nada raro o ilegal. Es cierto que hace un tiempo tuve mis problemas, pero como ya os he comentado y sabéis perfectamente, conseguí demostrar que todo se debía a calumnias e infundios y mi nombre quedó totalmente limpio. Y así he continuado desde entonces, limpio como una patena. ¿Habéis visto ese anuncio en el que una niña mancha de un modo terrible el vestido que iba a lucir en su primera comunión, y su madre, en lugar de propinarle la ración de hostias que se merece, se pone loca de contenta porque gracias a eso va a poder usar el nuevo detergente que acaba de comprar y que va a dejar de nuevo el vestido radiante e impoluto? Pues así de limpio estoy yo, como si hubiera usado el detergente del anuncio.

Los dos ertzainas volvieron a mirarse, entre intrigados y escépticos. No acababan de creerse mi versión, normal por otra parte ya que ni yo mismo creía en ella, pero seguramente no contaban con nada para rebatirla de un modo sólido, así que finalmente optaron por el uso del sistema clásico, el de chillar cuanto más alto mejor, mientras me acusaban de mentir. Por lo visto, el hecho de que estuviéramos en la habitación de un hospital no les cortaba un pelo.

–Joder –intenté poner cara de buen chico–, ¿por qué iba a mentiros? Yo soy la víctima, ¿no? El perjudicado. El bueno de la película. Así que sería absurdo que quisiera mentiros, más bien al contrario, sería el primer interesado en colaborar con vosotros.

–Pues entonces, hazlo –me espetó, con bastante lógica, por otra parte, el rockero.

–Bueno, el caso es que –dudé, o mejor dicho, hice el paripé de que dudaba–, como os he dicho antes creo que todo ha sido obra de un loco, un tipo al que sin duda le habrá trastornado la luna llena.

–El día en que te apuñalaron la Luna se encontraba en posición de cuarto menguante –me cortó nuevamente el ejecutivo bancario.

–¿Y eso qué coño me importa a mí? –comprendí que estaba perdiendo los nervios, pero es que empezaba a estar muy harto de mis visitantes–, por mí como si se encontraba en la postura del misionero, lo que quería decir era que no sé quién me apuñaló ni conozco sus motivos. Es más, he estado pensando en el tema, como comprenderéis a mí tampoco me hace ni puta gracia lo sucedido, y creo que no existen motivos, por eso os he dicho que pienso que tiene que ser la obra de un aventado. Además, me da igual – intenté dar por zanjado el asunto–, no voy a poner ninguna denuncia, así que por mi parte está todo olvidado.

–Las cosas no son así –meneó tristemente la cabeza el ejecutivo bancario–. Si de verdad has sido ertzaina tendrías que saberlo. Es irrelevante que pongas o no una denuncia. Desde el momento en que la dirección del hospital ha comunicado al Juzgado de Guardia que ha tenido que atender a una persona con heridas ostensiblemente producidas por un arma blanca, la maquinaria policial se pone en marcha. Así que el que pongas una denuncia o no la pongas, nos la suda.

–Vale, vale, no hace falta que me deis una lección magistral de Derecho Procesal Penal, tenéis razón, y sólo estáis cumpliendo con vuestra obligación como honestos y probos funcionarios que sois, servidores de la ley y la justicia. Y debo añadir, sin que parezca peloteo, que lo habéis hecho muy bien, de un modo tan eficiente como admirable. Os habéis leído el atestado, habéis dicho eso de “habrá que hablar con la víctima” y, según lo habéis dicho, lo habéis puesto en práctica. Sólo que en este caso la víctima, es decir, mi humilde persona, por desgracia no puede ayudaros ya que desconoce tanto la identidad de su asaltante como sus hipotéticos motivos y así lo ha declarado por activa y pasiva. Incluso está dispuesto a firmar convenientemente su declaración, una vez redactada. Y ahí se acaba esa fase de la investigación, porque no podéis aplicar, contra el agredido, los mismos métodos que se utilizan contra un sospechoso.

–Salvo que el agredido sea a su vez también sospechoso –sonrió irónicamente el rockero.

–Sí, claro, salvo que sea sospechoso o sufra de almorranas, ¿por qué no?

¿Qué cojones pensáis que es lo que ha ocurrido, un intento de suicidio? A ver si es verdad lo que os dije al principio de este agradable encuentro, que ahora envían a los ertzainas más tontos de la promoción a interrogar a los ciudadanos que yacen heridos en una cama de hospital.

–Te estás equivocando por completo, Goiko –me contestó el ejecutivo agresivo. Contrariamente a lo que yo esperaba de él, no estaba enojado, sino que daba la impresión de que se estaba divirtiendo, incluso parecía cómodo llamándome por mi apodo—. Como tú has dicho, eres la víctima. Y desde tu punto de vista tienes toda la razón del mundo. Para nosotros, en cambio, todo esto no es más que trabajo, un trabajo rutinario y aburrido. Tratar con cretinos, y tú podrías ser medalla de oro en una olimpiada de cretinismo, es francamente muy aburrido. Pero si no conseguimos resolver el caso, no nos ocurrirá nada, no habrá ninguna mancha en nuestro expediente. Al fin y al cabo en pocos días estarás nuevamente en la calle, recuperado y sin secuelas. No ha habido asesinato, ni siquiera lesiones graves, no ha habido alarma social, ningún juez nos va a presionar para obtener resultados, ningún periodista escribirá un inflamado artículo protestando por la ineficacia policial, así que vamos a hacerte feliz y olvidarnos de tu persona. El problema es que seguramente quien ha intentado matarte no será tan complaciente como nosotros. Recuerda, tú eres la víctima, una víctima que ha salido ilesa, pero quién sabe si eso no le ha gustado al agresor y está decidido a reparar su fallo. En fin, es tu problema, no el nuestro, nosotros nos vamos a limitar a respetar tus deseos y hacer mutis. Ah, y una última cosa. El comisario Goirizelaia no va a dar precisamente botes de alegría cuando le informemos del resultado de nuestra pequeña charla.

El ejecutivo agresivo no tenía sombrero, si no, seguramente se lo habría quitado y me habría saludado con él antes de despedirse. Porque, para mi sorpresa, cumplieron su palabra y desaparecieron en pocos segundos, dejándome con la única compañía de mi vecino de habitación, al que lo sucedido le había producido un ahogo que me obligó a tocar la campanilla para que vinieran a atenderle las enfermeras que se encontraban de guardia. No estaba seguro de si el viejo libidinoso que había sido mi pareja de hecho esos últimos días conseguiría salir adelante, pero ése no era mi problema. Y no lo digo sólo por un acceso de cinismo o de falta de compasión, sino porque quien de verdad tenía un problema, como habían adivinado los ertzainas, era yo.

Les había mentado. Sabía quién había intentado matarme, y no era un

loco. O quizás sí lo era, aún no tenía todos los datos, pero había algo más detrás de todo ello. El auténtico problema, al menos para mí, consistía en que desconocía por completo si el asunto se iba a detener ahí o no. Estaba seguro, casi al cien por cien, de que mi agresor no iba a intentar nada nuevo contra mi persona. La duda que me asaltaba era si lo que me había ocurrido podía considerarse un simple accidente, como quien tropieza contra el bordillo de la acera y trastabilla un poco, pero sigue su camino o si, por el contrario, al tropezar había ido a dar de bruces con un avispero y sus inquilinas, enfurecidas, se aprestaban a tomar cumplida venganza.

Y para colmo de males, los dos pipiolos que habían venido a interrogarme se encontraban bajo las órdenes directas de mi viejo compañero de guardias y fatigas Eneko Goirizelaia. No, si con amigos de ese pelo no necesito para nada enemigos. Lo que más me dolía era pensar cómo se iban a descojonar los tres, Eneko, el ejecutivo bancario y el rockero, a mi costa, cuando le contaran cómo había sido la entrevista y lo que yo les había dicho. Volví la vista hacia mi compañero de habitación. Él no tenía culpa de nada, pero si en ese momento hubiese fallecido, creo que hasta me habría alegrado.

CUARENTA Y CINCO DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO



Aunque de vez en cuando se lo pregunta a sí mismo, la respuesta es siempre idéntica: no, no siente nostalgia alguna por su anterior vida ni por el oficio con el que se ganaba la vida. Quizás porque matar a gente por encargo nunca fue para él una vocación, ni siquiera una afición, sino simplemente eso, un oficio, el oficio al que tuvo que dedicarse como consecuencia de las cartas que le tocaron en el reparto nada más nacer. Ni siquiera tiene nostalgia de su madre patria, Rumania, porque para él no fue una madre sino una madrastra. O ni siquiera eso, con la madrastra, al menos, se convive, y si te trata mal es porque está junto a ti, a tu lado, aunque sea para explotarte. Quizás no haya amor, incluso es posible que ni siquiera haya odio, lo que también puede considerarse triste porque, al fin y al cabo, el odio no deja de ser un sentimiento humano, quizás el más humano de todos. Sin embargo está absolutamente seguro de que en su alma, si es que tiene alma, algo de lo que duda Vladimir, que nunca se ha llamado así y ahora tampoco usa ese nombre, en ella no hay ni odio ni amor por su país natal, sino indiferencia, simple y llanamente indiferencia.

Una vez leyó que “la patria de un hombre es su infancia”. Puede que sea verdad para la mayoría de las personas, pero no para él. En su caso la infancia fue tan sólo una etapa de su vida que tuvo que sufrir y aguantar, el paréntesis que hubo entre su nacimiento y el momento en que pudo ser considerado un hombre y empezó a coger las riendas de su propio destino, el tiempo vacío que transcurrió entre su llegada al mundo y el día en que se convirtió en el asesino que fue, que quizás siga siendo. Aunque ahora, al menos, sí puede decir que tiene una patria, y no es un trozo de tierra o una bandera, sino una mujer, una mujer a la que hace unos años rescató del mundo de la prostitución o, quizás esto último sea más cierto, una mujer que le rescató a él

de ese mundo sin patria, sin amor y sin esperanza en el que vivía.

Una mujer que ahora esta detrás de él y reposa sus brazos sobre los poderosos y anchos hombros de su compañero, mientras se fija en la pantalla del ordenador y observa con atención lo que él ya ha leído varias veces.

–¿Qué vas a hacer? –le pregunta, y seguidamente sonrío porque conoce mejor que nadie la respuesta, sabe que va a acudir en ayuda de ese hombre que lleva varias semanas intentando ponerse en contacto con él hasta que, por fin, lo ha localizado.

Aunque eso último no sea estrictamente cierto. Nadie hasta el momento había sido capaz de hacerlo en esa ciudad en la que se refugió tras su último trabajo en Bilbao, acompañado por esa hermosa mujer con aspecto de campesina búlgara que resultó ser una licenciada en Historia del Arte. No por un acceso de escrúpulos morales, pues del mismo modo que no sentía placer al matar, tampoco tuvo jamás mala conciencia, era simplemente un trabajo. Lo dejó por una razón mucho más lógica y sensata, porque era consciente de que su ciclo se acababa, que, antes o después, su cuerpo no respondería del mismo modo que cuando era joven, sus manos no serían tan firmes y su mente perdería lucidez y agilidad. Por eso, y porque deseaba iniciar una nueva vida, abandonó no sólo su antigua profesión sino la vieja Europa y, con una nueva identidad y con diversas cuentas corrientes en diferentes paraísos fiscales que le proporcionaban los réditos suficientes para no tener que trabajar nunca más en su vida, se instaló en un remoto país hispanoamericano.

No, no le han localizado, simplemente le buscaban y es el propio Vladimir quien, de hecho, ha encontrado al hombre encargado de hacerlo. Si no le responde, nunca sabrá más de él, ni siquiera si aún sigue vivo o está muerto. Y aunque lo haga seguirá sin saber dónde encontrarle, la dirección IP del ordenador le remitiría a un minúsculo estado oceánico. La persona que quiere contactar con él, un antiguo policía al que curiosamente perdonó la vida pese a haber recibido la orden de matarle, continuará sin saber nada concreto sobre el hombre que nunca se llamó Vladimir: su aspecto actual, su lugar de residencia o la vida tan respetable que lleva. Porque lo cierto es que se ha convertido en un perfecto burgués, un exitoso aunque discreto hombre de negocios que vive alejado del mundanal ruido, acompañado por su bella y rubia esposa eslava y por los dos hijos, chico y chica, como debe ser, que aquella le ha dado. Y de repente, le entra un cosquilleo por todo el cuerpo como si deseara de nuevo entrar en acción.

Mientras acaricia las manos de Nadja, vuelve a fijar sus ojos en la pantalla del ordenador y sabe que, aunque utiliza otro nombre, al otro lado se encuentra Mikel Goikoetxea, aquel extraño detective vasco al que todo el mundo llamaba Goiko. Un expolicía caído en desgracia tras ser acusado de complicidad en una red de pornografía infantil y que, curiosamente, pudo rehabilitarse gracias a su intervención. No le debe nada, en todo caso es él quien debería sentir gratitud hacia él, y sin embargo...

Repentinamente gira los ojos hacia la mujer y le pregunta por los niños. Están bien, durmiendo, le contesta ella, y lanza un suspiro de satisfacción. Ésa es la vida que quiere llevar en adelante, una vida apacible, incluso aburrida, en compañía de Nadja y de los mellizos. Sería absurdo ponerla en riesgo justo ahora que ha pasado página por completo.

Aunque, de algún modo, lo que hizo en su momento, ayudar a Goiko, colaborar con él, lo hizo por los mellizos, por los pequeños Vladimir y Nadja, pese a que aún no habían nacido, ni siquiera eran un proyecto en su mente. En lo más íntimo, sabía que si algo podía hacerle cambiar de vida era, precisamente, la añoranza de esa infancia que nunca tuvo. La suya fue tan terrible que no deseaba que la padeciesen otros niños. No, si al final el asesino implacable va a tener su corazoncito, piensa entre irónico y triste.

Pero sólo son tonterías, sentimentalismo. Y además es el pasado, un pasado que ya parece muy lejano y al que no desea volver. Entonces, ¿por qué razón va a contactar con ese detective con el que apenas habló unos segundos hace ya varios años? ¿Ganas de volver a la acción, de demostrarse a sí mismo que sigue estando en forma? No, no se trata de eso, no echa en falta su vida anterior y tampoco es el típico psicópata que disfruta matando. Quizás, a pesar de todo, piensa que aún le debe algo a ese tal Goiko. Quizás...

O, más sencillamente, que nadie, él tampoco, puede escapar a su destino.

CUATRO AÑOS Y DOS MESES ANTES DE LA MUERTE DEL MENDIGO



Salif se consideraba un buen creyente, cumplidor de la sharia y de los cinco preceptos que todo musulmán debe acatar y obedecer. Tres de ellos los seguía a rajatabla: la declaración de fe en que sólo había un Dios, Allah, y que Mahoma era su profeta; las cinco oraciones diarias mirando a la ciudad sagrada de La Meca; y el ayuno durante el Ramadán, aunque para su desgracia ése no era el único mes en el que solía ayunar. De los otros dos, el Hajj, la peregrinación a La Meca una vez en la vida, aún no había podido llevarlo a cabo y presumiblemente nunca se encontraría en condiciones de hacerlo, y por lo que respecta al quinto y último, el Zakat o limosna a los pobres, pensó con cierta amargura irónica, era precisamente con él con quienes los más favorecidos de entre sus hermanos de fe cumplían el precepto.

Se hubiera cortado la lengua antes que blasfemar, pero en ocasiones se rebelaba internamente contra los designios de ese Dios que le había hecho nacer más pobre que las ratas y ni siquiera le había obsequiado con unas pocas migajas del banquete que disfrutaban algunos de sus hermanos, no todos, ni siquiera la mayoría, como podía comprobar simplemente echando un vistazo a su alrededor.

Pero en los cuatro últimos años su vida había cambiado, vaya que si había cambiado, aunque el precio fuese muy alto. Ése era el motivo de que se encontrara en esos momentos en aquel villorrio de Marruecos, tan alejado de su Malí natal. Se preguntaba si Allah aprobaría lo que iba a hacer, pero ya daba igual. Ahora tenía que cumplir una misión, tenía que cumplirla para que su sueño, hecho ya realidad, continuase vivo, aunque en ocasiones pensaba que más que un sueño era una pesadilla.

Todo había empezado en su localidad natal, un pequeño núcleo de

población situado en Boulkassombougou, uno de los barrios del Distrito I de Bamako, la capital del país. Nacer allí era un pasaporte para crecer, vivir, si se le podía llamar vivir, y morir pobre. Era cierto que de vez en cuando algún vecino conseguía abrirse camino en la vida, pero no podía considerarse lo más habitual, por desgracia, y siempre eran “otros” quienes lo conseguían aunque, por lo general, jamás se acercaban de nuevo al poblado, como si la miseria fuese contagiosa y quienes lograban escapar de sus garras no quisieran volver a encontrársela cara a cara.

Moussa constituía una excepción, quizás la única. Pese a ser uno de los escasos afortunados que se había labrado una nueva y próspera existencia lejos del barrio, no olvidaba sus orígenes y, de vez en cuando, retornaba al lugar que le vio nacer, para desparramar generosamente, entre los más desfavorecidos, inmensas cantidades de francos malienses. Las malas lenguas decían que si Moussa hacía eso era para presumir ante sus antiguos paisanos y, sobre todo, para tranquilizar su mala conciencia y ganarse el favor de Allah, ya que no cumplía fielmente con sus preceptos. Se decía de él que bebía alcohol, comía carne de cerdo e incluso se acostaba con mujeres blancas, aunque esto último más que recelo lo que suscitaba era envidia y admiración, pero Moussa siempre hacía frente a esas acusaciones sin hablar, despreciándolas con una sonrisa, una sonrisa abierta y encantadora que hacía relumbrar su perfecta y blanca dentadura, aunque sus enemigos decían que con esa misma sonrisa había dado órdenes de asesinar y torturar a muchos de sus conciudadanos. Y quizás esto último fuese cierto, porque Moussa no había salido de la miseria por tener éxito en los negocios o haber conseguido estudiar en Europa con alguna de esas becas que de vez en cuando alguna entidad caritativa europea da a un estudiante que destaca, sino porque se había convertido en uno de los más temidos y eficientes jefes de la policía de Bamako.

Salif y Moussa se conocieron, precisamente, en una de esas escapadas que el todopoderoso policía solía hacer a su localidad natal. Fue el segundo, el hombre que había triunfado, quien se acercó al primero.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó sin más preámbulos.

El miedo, más que el respeto, hizo tartamudear a Salif, quien finalmente acertó a decir algo así como que él era un hombre honrado que no se metía nunca en líos ni hacía nada ilegal o que estuviera en contra de los mandamientos de Allah.

—Eso lo daba por supuesto, si no, en lugar de pasearte libremente por el

barrio, ya te habríamos enviado a una buena cárcel –replicó Moussa, mientras dejaba ver todos sus dientes al sonreír abiertamente, aunque si lo que pretendía era tranquilizarle no lo consiguió, ya que sus palabras surtieron el efecto contrario.

–Te he preguntado que a qué te dedicas –volvió a decirle Moussa al no obtener una respuesta, pero en esta ocasión su tono no era amigable, sino impaciente.

–Vendo baratijas, recuerdos, a los turistas.

–Por aquí no creo que aparezcan muchos turistas –los ojos de Moussa recorrieron los solares repletos de basura que había a su alrededor, un terreno que podría haber servido a los reporteros del “National Geographic” para hacer un documental sobre los barrios más pobres de África.

–No, no, aquí no –pudo añadir, tras grandes esfuerzo, Salif–. En el centro, junto a los hoteles. Aunque de vez en cuando –añadió antes de que el jefe de policía le preguntara si tenía licencia para la venta ambulante–, trabajo de albañil, carpintero o cosas así, toda oportunidad que me conceda Allah es bienvenida.

–O sea –resumió, pragmático, Moussa–, que estás a lo que salga.

–Sí, así es –admitió, tras un inicial titubeo, Salif–, pero siempre cumpliendo con los preceptos del Corán y los de nuestro bienamado presidente.

–¿Nuestro bienamado presidente? –se rió a carcajadas Moussa–. ¿Así que tú crees que nuestro presidente es alguien bienamado? –volvió a reírse y, aunque parecía imposible, aumentó el tono de sus risotadas.

Salif volvió a mirarle con miedo. ¿Era una trampa? Moussa, en el barrio, y no sólo en el barrio, en la ciudad y en el país lo sabían todos, era uno de los más importantes y despiadados, si no el más importante y despiadado, de los jefes de la policía política que estaban al servicio del presidente, y ahora se reía de él delante de sus narices. ¿Cómo tenía que reaccionar? ¿Dándole la razón o protestando? En el fondo daba igual, sabía que fuese cual fuese su reacción iba a traerle problemas.

–Estate tranquilo –volvió a reírse Moussa, aunque su risa, como había ocurrido anteriormente, fuese de todo menos tranquilizadora–. Si quisiera joderte, como seguramente estás pensando en estos momentos, no necesitaría ninguna excusa, ya lo sabes. De hecho hoy puede ser tu día de suerte, Salif, si sabes aprovechar bien la oportunidad que te voy a ofrecer. Como todos aquí sabéis yo nací en este barrio, y de vez en cuando me gusta volver para

repartir entre mis antiguos vecinos algo de la fortuna que Allah, en su inmensa sabiduría, ha depositado en mis manos.

“Por eso y porque busco gente que sepa servirme con lealtad y dedicación y, para eso no hay nada mejor que los familiares y amigos, quiero que entres a mi servicio. Olvídate de vender baratijas por los hoteles o poner ladrillos en casas que, antes o después, acabarán cayéndose por la endeblez de los materiales que seguramente utilizas. Eso no es para ti, Salif. Eres un hombre fuerte y, por lo que me han dicho todos, también decidido. Y estás lo suficientemente desesperado como para querer dejar esta vida de mierda. ¿Me equivoco?”

No, no se equivocaba, y así lo reconoció Salif, sin saber aún qué deseaba de él. El miedo no se había disipado del todo, pero algo parecido a una pequeña esperanza empezaba a revolotear sobre su persona.

–Me alegro, porque siempre me he preciado de saber calibrar bien a las personas, y creo que tú podrías serme muy útil. Si decido confiar en ti, ¿te mantendrías fiel y leal a mi persona, como corresponde a un vecino, casi a un hermano?”

Salif pensó que más que por ser vecino o familiar de Moussa, le sería siempre leal por miedo a las terribles consecuencias que acarrearía traicionarle, pero ocultando esos pensamientos, aunque un sexto sentido le decía que su antiguo convecino los había adivinado, le dijo que sí, que siempre le sería fiel y leal.

–¿Hasta la muerte si hiciera falta? –le preguntó Moussa, con tono sombrío.

Ya no podía echarse atrás, así que Salif, con más miedo que vergüenza, un miedo y vergüenza que se veía impotente para disimular, le dijo que sí, que le sería fiel y leal hasta la muerte, en caso de ser necesario.

La risa de Moussa de nuevo debió escucharse hasta en las regiones más remotas del país, y durante un rato no pudo pronunciar ni una palabra, pero de repente, tornándose inesperadamente serio, le dijo que no haría falta llegar hasta ese extremo.

–Los muertos no me sirven de nada, amigo Salif. Necesito servidores vivos, servidores que sean capaces de actuar con arrojo y decisión. Me han dicho que tú eres capaz de actuar así. ¿Lo eres?”

–Sí, lo soy –contestó Salif altivo, una vez difuminadas sus anteriores aprensiones.

–En ese caso, ¿te gustaría trabajar para mí?”

Durante unos instantes Salif no supo qué decir, la propuesta de Moussa le había dejado fuera de combate. ¿Trabajar para él? Aunque fuera limpiándole las botas, su vida iba a ser mucho mejor de lo que había sido hasta ese momento.

–Por supuesto que sí, gran Moussa –acertó a decir, finalmente.

–Pues entonces acompáñame al coche. No me gusta perder el tiempo, así que empezaremos ahora mismo.

–¿Y qué tengo que hacer? –se interesó Salif cuando ya avanzaban por el camino que les llevaba hasta el cuartel general de la policía política.

–Sólo una cosa, pero eso sí, esa cosa tienes que hacerla a la perfección.

–¿Y cuál es esa cosa?

–Obedecerme en todo. Sólo eso, obedecer todas las órdenes que te de sin perder ni un segundo de tu tiempo pensando en ellas ni cuestionarlas en ningún momento. Como ves, se trata de un trabajo fácil y sencillo, algo hecho a tu medida.

CINCUENTA Y SIETE DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO



La vida de Samuel Melrose, lord Melrose of Whatsonshire, como era conocido en la Cámara de los Lores, no tenía nada que ver con la de Salif, aunque eso a Vladimir no le preocupaba lo más mínimo, pero si al aristócrata londinense se le hubiese ocurrido reflexionar sobre ello, mientras se tomaba una pinta de cerveza en su pub favorito de la “city” londinense, tendría que haber admitido que el lugar de nacimiento influye inexorablemente en la vida de los seres humanos. Y no sólo el lugar de nacimiento, sino sobre todo, la familia en la que has nacido y te has criado.

Al contrario que la de Salif, incluso al contrario que la del propio Vladimir, aunque en el caso del veterano asesino eso estaba ya totalmente superado, su existencia había sido de lo más cómoda y placentera. Vástago y heredero único de una de las más tradicionales familias de la pequeña aristocracia rural británica, graduado en literatura inglesa en Oxford y con estudios en la London Economics School, su futuro estaba predestinado de antemano, como el de su desconocido contemporáneo maliense. Sólo que en el caso de sir Samuel Melrose of Whatsonshire ese futuro jamás conocería las privaciones ni la miseria del maliense, ni siquiera la necesidad de luchar con uñas y dientes por un objetivo, porque ese objetivo, trabajar como directivo en una de las más importantes firmas de la vieja Albión, ya estaba logrado incluso antes de iniciar sus estudios. Con sus influencias familiares y su inteligencia, el camino estaba totalmente allanado.

Pero Lord Melrose no era de esos que una vez conseguido un puesto bien remunerado deciden sestar eternamente, hasta el momento de la dorada y bien merecida jubilación. Pese a que no le gustaba destacar y prefería permanecer en la sombra, su olfato innato para los negocios le hizo prosperar más de lo que en un principio tenía previsto por su cuna y, aunque

personalmente no era ambicioso, como quinto barón Melrose of Whatsonshire no tardó en ocupar un escaño en la Cámara de los Lores en la que, pese a sus antecedentes familiares, debido a su preocupación por los temas sociales y el progreso de las clases más desfavorecidas, se unió a la bancada laborista.

Precisamente aquel día, en el que en ningún momento llegó a reflexionar sobre la diferencia entre la vida de Salif y la suya, salía de una sesión rutinaria de la cámara con la sensación de que, tras haber cumplido con sus obligaciones parlamentarias y patrióticas, bien se merecía acercarse a su pub de toda la vida, el que se encontraba muy cerca de su domicilio, y tomarse en solitario, como en él era habitual, una buena pinta de cerveza.

Desde que el IRA cesó sus actividades era muy raro que los políticos británicos de segundo nivel, así al menos se consideraba el propio Lord Melrose con una falsa modestia no exenta de cierto orgullo, necesitaran protección. Además, él no era estrictamente un político. Debido a sus orígenes aristocráticos aceptó, sin cuestionárselo ni un momento, una responsabilidad que le había sido transmitida de generación en generación, no sólo como una obligación inherente a su título sino como un simple deber cívico o, aún mejor, como la constatación de que las personas de su clase se preocupaban por la sociedad y eran capaces de devolver a ésta, con su trabajo y esfuerzo, parte de lo que de la misma habían recibido, pero no se veía a sí mismo como un político profesional. Por eso consideraba totalmente absurda la necesidad de cualquier tipo de protección, oficial o privada.

Nada de eso, de todos modos, ocupaba en aquellos momentos su cabeza. Lo que requería su atención era el partido de fútbol que a esa misma hora estaban retransmitiendo en la pantalla gigante del pub, un Manchester United-Chelsea que se anunciaba apasionante. El momento ideal para que Vladimir cumpliera con el primero de los encargos que le habían encomendado.

En esta ocasión decidió usar un método más artesanal que en otras ocasiones, quizás más peligroso porque requería prácticamente un contacto físico con el objetivo, pero discreto y silencioso. Además, nadie en el pub se fijaría en él y nadie le recordaría, cuando, con la satisfacción del deber cumplido, saliera tranquilamente del local, ya que todos los ojos se dirigían febrilmente a la gran pantalla instalada más allá de la barra.

Una cosa era cierta, Lord Melrose of Whatsonshire era un digno hijo de su linaje y sabía mantener, en todo momento, la discreción y los exquisitos

modales de las personas de su alcurnia, pero en su fuero interno vibraba con el Chelsea. No se agitaba ni vociferaba como un “*hooligan*”, aunque por dentro sus gritos superaban los de cualquier enfervorizado hincha. Por eso se puede decir que murió feliz, en el dudoso caso de que la muerte acarree la felicidad a una persona, ya que la navaja que Vladimir le introdujo en su corazón, haciendo que éste se parara instantáneamente y le produjera la muerte, lo hizo en el mismo momento en que él y el noventa y nueve por ciento de los clientes del pub, gritaban entusiasmados “gol” tras un certero remate del delantero centro de su equipo a la salida de un córner.

Más tarde Vladimir pudo enterarse, gracias a unos contactos muy bien pagados, de que los agentes de Scotland Yard que se personaron en el pub tras ser descubierto el cadáver achacaron a esa circunstancia el que ninguno de los clientes pudiera indicarles nada sobre el suceso, pese a que tuvo que realizarse delante de sus narices, pero es que cuando tu equipo favorito acaba de meter un gol a su rival, ¿a quién le preocupa un asesinato de más o de menos? A Vladimir no, desde luego, ya que jamás había entendido ese fervor popular que puede llegar a producir el que veintidós tíos hechos y derechos correteen, en pantalón corto, tras una pelota. No, nunca lo había entendido, pero sí que había sabido aprovecharse de ello cuando lo había considerado conveniente para sus planes, como lo aprovechó en ese momento, para echar de este perro mundo a uno de los muchos hijos de puta que lo pueblan.

Un hijo de puta que durante un tiempo tuvo preocupados a unos cuantos agentes de la Brigada Anticorrupción de Scotland Yard que, al parecer, llevaban tiempo vigilándole y que, pese a estar convencidos de ello, nunca consiguieron probar que se dedicara a actividades dudosas. De hecho, aprovecharon su fallecimiento para, bajo el pretexto de investigar el móvil del crimen y atrapar al asesino, conseguir una orden de allanamiento de su lujosa mansión. Desgraciadamente no pudieron sacar nada útil tras el pertinente registro. O el tipo estaba totalmente limpio y sus sospechas eran infundadas, o era más listo que ellos y caminaba siempre unos centímetros por delante. Aunque, al parecer, no tan listo cómo para evitar que le mataran de un modo extremadamente plebeyo, mientras veía un partido de fútbol en la televisión de plasma de un pub

Lo único extraño que encontraron sobre su cuerpo fue un *pendrive* de propaganda de una conocida empresa de la *city* londinense, con capacidad para 32 GB. A los detectives de Scotland Yard se les iluminaron los ojos cuando lo vieron, pero volvieron a apagarlos al darse cuenta, tras

introducirlo en un ordenador, que se encontraba vacío, totalmente vacío. Ni siquiera había una película porno en su interior, ni, por supuesto, secretos de estado o datos que avalaran que el respetado Lord Melrose of Whatsonshire no era lo que parecía. Durante un tiempo especularon con la posibilidad de que el asesino o asesinos lo hubiesen descargado y vaciado después de acabar con su vida, pero pronto se dieron cuenta de que eso era imposible. Matar a alguien mientras todo el mundo está obnubilado aplaudiendo el gol de su equipo de fútbol favorito es relativamente fácil, pero la operación que conlleva trasladar los datos de un *pendrive* a otro artilugio electrónico no habría podido pasar desapercibida. Así que desecharon la idea y, el motivo por el que estuviera vacío lo achacaron a que, precisamente, era de propaganda. Se lo habrían regalado hacía poco tiempo y no habría encontrado aún el momento, o sentido la necesidad, de trasvasar a su interior ningún dato o programa que le interesara. Además, por mucho que lo intentaron, los especialistas informáticos no vislumbraron ningún rastro de que, con anterioridad, ese *pendrive* hubiese sido recipiente de algún tipo de documento.

Afortunadamente para él, los detectives de Scotland Yard desconocían la intervención de Vladimir en la muerte del aristócrata. Pero en el imposible caso de que la hubiesen conocido, y éste se hubiese mostrado dispuesto a contestar a sus preguntas, habría podido decirles que la clave del asunto era precisamente ésa, que el *pendrive* se encontraba vacío, completamente vacío.

NUEVE DÍAS ANTES DE LA MUERTE DEL MENDIGO

Mientras los tres tenores se estarían divirtiendo a mi costa, me jugaría un brazo a que la entrevista la había preparado el propio Eneko quien, seguramente, se lo estaría pasando de puta madre haciendo comentarios del tipo de “¿eso os dijo?, hay que ser gilipollas, el tonto de Goiko no va a cambiar en su puta vida, pero no es mal chaval a pesar de todo, sólo un descerebrado de libro”, u otros menos elogiosos, en la semisoledad de mi habitación hospitalaria (el vecino canceroso y libidinoso estaba sumido en un sueño profundo gracias a que le habían suministrado tranquilizantes como para tumbar a un elefante) volví a reflexionar sobre las preguntas que el ejecutivo agresivo y el rockero venido a menos me habían hecho. Pensé, sobre todo, en la que podía considerarse la pregunta del millón: ¿por qué me dieron un navajazo que por centímetros no acabó con mis dudas existenciales sobre si hay vida después de la muerte o no? Que, en caso de poder elegir, espero que no la haya. Ya sé que en esto disiento de la mayoría de los mortales, pero sería la hostia tener que encontrarme otra vez con ciertos tipos de los que ya conseguí desembarazarme en su momento. En fin, olvidándonos de disquisiciones teológicas que no conducen a nada, comprendía la pregunta. Era la que yo también habría hecho de haber estado en su lugar. Pero, ¿qué podía responderles? ¿Qué respuesta debía darles, la profunda o la más banal?

Porque aunque no conocía la réplica profunda, pese a que me estaba impidiendo conciliar el sueño, sí conocía la más banal y pedestre. El problema consistía en que no podía transmitírsela a los ertzainas. ¿Qué iba a decirles?... ¿que la culpa la tuvo el exceso de ruido? Pese a mi situación de convaleciente hospitalario, me hubieran inflado a hostias y, seguramente, con razón, a pesar de no mentirles. La cuestión es que si yo hubiese estado al otro lado de la barrera también habría pensado que el interrogado quería

vacilarme. Y sin embargo tengo que volver a insistir en que les habría dicho la verdad, porque todo empezó por algo tan banal y, desgraciadamente, cotidiano, como el hecho de que hacía demasiado ruido.

Siempre me han gustado las juergas, pese a que la edad empiece a notarse y cada vez aguante peor las resacas, y, en la medida de lo posible, he participado en todas las que se me han puesto a tiro. Los pocos amigos que aún conservo así pueden testificarlo, lo que me excluye de la categoría de los puritanos que no aguantan que la gente se divierta a su modo. Y en cualquier otra circunstancia habría sido comprensivo con la que se estaba celebrando en el piso superior al mío que, por lo que pude comprobar en vivo y en directo, debía ser de esas que acaban apareciendo en el libro Guinness de récords. Pero aquella noche las circunstancias no eran las más adecuadas para que mostrara al mundo mi lado más tolerante, abierto y comprensivo. Supongo que el hecho de tener un taladro horadándome la cabeza, justo castigo por haberme excedido, esa misma tarde, en el consumo de bebidas alcohólicas de elevada graduación, inclinó la balanza en el sentido opuesto al de la paciencia, aunque nadie podría reprocharme nada en ese aspecto. Cuando los vecinos del piso de arriba deciden que no hay nada mejor para pasar la noche que poner a tope todas sus existencias de rock del duro y competir por quien de entre ellos desafina mejor y con más ganas en el karaoke subsiguiente, hasta el hombre más santo del mundo, creo que el título lo posee un tal Job, acabaría perdiendo la paciencia. Y no me duelen prendas reconocerlo, ni el más leal de mis amigos me definiría utilizando la palabra “santo”.

Todo ello aderezado por la causa de mi reciente borrachera, que había discutido nuevamente con Lola. No recordaba si habíamos roto para siempre, tampoco hubiese sido la primera vez, pero en esta ocasión la trifulca había sido de las que, si te descuidas, acabas en una comisaría de policía.

A Lola la conocí en uno de los primeros casos que investigué cuando tuve que abandonar la Ertzaintza y, desde entonces, habíamos sido amantes de un modo intermitente y esporádico, por decirlo de la manera más aséptica posible. Estaba casada con un rico hombre de negocios al que le atraían las jovencitas, por lo que, conforme Lola iba cumpliendo años se interesaba menos por ella, situación que a ambos les venía bien. Al marido porque, cuando no estaba ganando dinero a espuertas, podía dedicarse a su deporte favorito y a ella, porque la dejaba en paz y disfrutando con la porción correspondiente de sus bienes gananciales. En alguna ocasión incluso habíamos especulado con la posibilidad de irnos a vivir juntos, pero

finalmente nunca lo hicimos, en el fondo a los dos nos convenía la situación. Por una parte manteníamos nuestra independencia y, por otra, siempre que uno necesitaba al otro, éste acudía inmediatamente al rescate.

La situación, por lo tanto, era aparentemente ideal, pero de repente surgió un problema: Lola se volvió posesiva y celosa. No le gustó ni un pelo que, de la noche a la mañana, me convirtiera en el protector de cinco jóvenes y hermosas señoritas que ejercían, con gran éxito de público y crítica, el oficio más viejo del mundo. La verdad es que cuando hablamos del asunto entendí perfectamente sus recelos e intenté explicarle que se trataba de algo provisional, hasta que las chicas supieran desenvolverse solas, sin correr el riesgo de que ningún hombre pudiera explotarlas. Y que no había reemplazado a mi difunto amigo en su oficio de proxeneta sino que, más bien, mi labor era similar a la de un asistente social, lo que por raro que pueda parecer, era totalmente cierto. Sin embargo, mis explicaciones no debieron convencerla porque me mandó a tomar por culo, así, como suena, y me acusó, a voz en grito, para que se enteraran todos mis vecinos, incluso los que vivían tres calles más abajo, de ser un putero, un chulo y un explotador de mujeres. ¡Tenía cojones la cosa!, que una mujer que le ponía los cuernos al marido, y a la que a su vez no le importaba lo más mínimo que su contrario se los pusiera también a ella en justa correspondencia, se pusiera celosa conmigo. Y como lo pensé se lo solté, perdiendo, una vez más en mi vida, una maravillosa ocasión para quedarme callado, con lo que no sólo continuó lanzándome epítetos injustos e injuriosos, sino que acabó con la mitad de mi vajilla, y si no acabó con la otra mitad fue debido a que soy un vago para las cosas domésticas y aún no la había desembalado de la caja en la que se encontraba, a la espera de que me acordara de su existencia y procediera a meter cada pieza en los armarios pertinentes.

El caso es que decidí ahogar mis penas en alcohol. Por ese motivo, aquella noche, no sólo me encontraba con una resaca de grado 9 en la escala Richter sino de muy mala hostia además, de modo que ni aunque el mismísimo Dios, acompañado de todas sus tropas celestiales, hubiese bajado del cielo para pedírmelo hubiese mostrado el más pequeño ápice de tolerancia. Digo esto para intentar explicar, no justificar, lo que ocurrió esa noche. Y lo que ocurrió es que, en vista del estruendo que no me dejaba dormir, decidí que tenía que poner fin a aquella orgía acústica que estaba amenazando con convertir esa noche en un infierno aún peor del que había vivido cuando estaba sobrio. Fue por eso que, tras levantarme de la cama,

encaminé mis pasos hacia el piso de arriba con la intención de pedir a mis vecinos que, por favor, por favor, por favor, dejaran de poner la música tan alta, para así poder dormir y ahuyentar en lo posible el terrible dolor de cabeza del que estaba disfrutando en esos momentos. La verdad es que si ahora, mirándolo con cierta perspectiva, pienso en ello, comprendo que nada más abrirme la puerta se rieran de mí. O mejor dicho, no es que se rieran de mí, es que se descojonaron por completo.

Y es que allí estaba yo, al otro lado del vestíbulo, un hombre vestido con una vieja y sucia camiseta que un día ya muy lejano había sido blanca y que tenía varios agujeros a la altura del ombligo y de los sobacos, un holgado calzoncillo también de color blanco que había combatido en mil batallas y que, seguramente, las había perdido todas, sin afeitar, totalmente despeinado y oliendo a una mezcla de alcohol de garrafa y perfume barato de mujer, pidiéndoles que, por favor, por favor, por favor, dejaran de alborotar porque necesitaba dormir imperiosamente.

Si es que lo comprendo perfectamente. Yo también me hubiese descojonado de haber estado en el otro lado de la barrera, pero dio la casualidad de que me encontraba en el lado del tipo ridículo y ojeroso que sólo pretendía descansar, así que sus mordaces comentarios y sus hirientes carcajadas no me hicieron ni puta gracia. Aún así opté por darles una oportunidad y me dirigí hacia mi vivienda con la esperanza de que entraran en razón. Estaba equivocado, muy equivocado.

Quince minutos más tarde volví a subir los escasos escalones que separaban mi planta de la de los juerguistas. Mi aspecto seguía siendo el de la vez anterior, pero en esta ocasión estaba seguro de que nadie se reiría a mi costa porque en la mano izquierda llevaba una Beretta sin registrar, que en mi anterior reencarnación como ertzaina había decomisado a un gilipollas que se dedicaba al tráfico de estupefacientes, y en la derecha una ganzúa.

No me molesté en tocar el timbre, para qué hacerlo si no lo iban a escuchar a causa del estruendo, como en la ocasión anterior. Ni en aporrear la puerta, porque tendría que haber dejado mis útiles de trabajo en el suelo y se trataba de un material demasiado sensible como para proceder de esa manera, así que utilicé la ganzúa, sin preocuparme por ser silencioso o discreto. Los botarates que se encontraban en el interior de la vivienda no hubieran oído ni la explosión de una bomba de cien mil toneladas de metralla que hubiese aterrizado en el interior de la casa, y en pocos segundos me encontré situado en el epicentro de la fiesta.

Cuando el dueño de la vivienda, y supongo que organizador del jolgorio, me vio se quedó bastante sorprendido, quizás pensó que cómo era posible que yo estuviera allí dentro, pero su cerebro, reblandecido seguramente por la contaminación acústica y alguna que otra sustancia más bien tóxica, no fue mucho más allá y enseguida cambió su bobalicona expresión de sorpresa por otra igualmente bobalicona expresión de alegría.

–Hombre, vecino, ¿otra vez por aquí? ¿Finalmente ha decidido aparcarse su mal humor y unirse a nuestra pequeña fiesta?

El hijo de puta estaba tan borracho que no se percató de que en una de mis manos llevaba un arma. O quizás sí la vio, pero posiblemente pensaba que era algún aditamento festivo con el que deseaba unirme al jolgorio. Intenté explicarle que no se trataba de ningún juguete y que aunque yo, por lo general no era un tipo violento, estaba hasta los cojones de no poder descansar. Lo de mi resaca ni lo mencioné, mentarla en una reunión de alcohólicos irreductibles era como intentar vender arena en el desierto.

Aunque me armé de paciencia, no conseguí que el susodicho hijo de puta entrara en razón, así que no me quedó más remedio que meterle el cañón de la Beretta por la boca y exigirle que finalizara la fiesta antes de que se me inflaran los cojones. Que se me inflaran mucho más de lo que ya estaban, quería decir. Quizás el rey de los escándalos nocturnos intentó decirme algo al respecto, pero no lo consiguió. Es posible que el frío contacto del metal de mi arma sirviera como catalizador de su ya de por sí elevado nivel alcohólico corporal, el caso es que me vomitó encima no sólo lo que había ingerido en la fiesta sino, presumiblemente, todo lo que había trasegado desde que celebró su primera comunión. Tuve que retirar rápidamente la Beretta de su boca para evitar que se ahogara con su propio vómito. No es que me hubiese importado gran cosa, pero los jueces de lo penal suelen ser muy quisquillosos respecto a las muertes motivadas por acciones como la mía, aunque estén plenamente justificadas.

Bueno, pues así estaban las cosas. La fiesta continuaba discurriendo por sus cauces habituales, el que uno de sus participantes vomitara no asombraba ni preocupaba a nadie, debían de estar acostumbrados. Mientras tanto, a cada segundo que pasaba, mi resaca iba adquiriendo proporciones considerables y yo me encontraba allí plantado, en el centro de la estancia, sudoroso, en calzoncillos, sin afeitarse y además, como propina, lleno de la mierda que el alma de la fiesta acababa de arrojar sobre mi persona. Mi reacción fue totalmente comprensible. Me acerqué hasta donde estaba el aparato de

música y no sólo arranqué violentamente los cables, sino que lo arrojé contra la pared, inutilizándolo hasta el final de los tiempos. Si algún manitas era capaz de recomponerlo, juré para mis adentros que le nombraba heredero universal de todos mis bienes y pertenencias.

Esta vez sí, esta vez se hizo el silencio en la casa y todos los ojos, al menos los que aún podían entreabrirse, se fijaron en mí, no tanto acojonados como hubiera sido lo lógico, sobre todo teniendo en cuenta que aún blandía mi arma, como sorprendidos. Alguno seguramente se preguntaría si mi actuación no era parte del espectáculo.

–Se acabó la fiesta –dije finalmente, alzando la voz todo lo que pude, teniendo en cuenta mi situación personal oscilante entre la resaca y la somnolencia.

El mensaje no debió de ser entendido por la mayoría de los concurrentes, que seguían mirándome con la misma expresión en sus caras que las vacas cuando ven pasar un tren, aunque para mi coletito seguramente las vacas tienen más capacidad de comprensión que aquel grupo de juerguistas dipsómanos, de modo que no tuve más remedio que repetir el mensaje.

–¡Que se acabó la fiesta, cojones! –en esta ocasión me esforcé tanto que me dolió la garganta, pero el mensaje fue finalmente entendido, tanto que una joven que iba muy ligera de ropa y con la que había coincidido alguna vez en las escaleras y en el ascensor, por lo que supuse que era la pareja, mujer, amiga íntima o cualquier otra cosa, del cabrón que me había vomitado encima, se me encaró muy chula.

–¿Se puede saber quién es usted y a qué viene todo esto?

Incluso en mis peores momentos intento mantener la buena educación, por eso di cumplida respuesta a sus dos preguntas.

–Esto viene a que quiero dormir sin tener que aguantar ruidos de ningún tipo. Y en cuanto a quién soy, es suficiente con que sepáis que soy el tipo que os puede joder a todos bien jodidos. Creo que hasta vuestros podridos cerebros anegados en alcohol son capaces de entender un mensaje tan simple.

Mientras hablaba hice una cosa que sé que es moralmente reprochable. Incluso, lo que es peor, también legalmente reprochable, porque eso sí puede meterte en un buen lío. Además, pese a que he hecho de todo, visto de todo y aguantado de todo, se trataba de una acción que habitualmente no encaja con mi forma de ser. Le arranqué a la chica la falda que tenía puesta y, tras comprobar que no llevaba bragas, apreté mi arma (la que escupe balas, no ésa

otra en la que seguramente algunos habrán pensado obscenamente) contra su coño. Aún no sé por qué lo hice, posiblemente porque vista mi experiencia anterior con su maromo era consciente que apretando por ahí no iba a vomitar sobre mi persona. Lo que puedo jurar es que mi reprobable acción no escondía intenciones sexuales de ningún tipo. Me gusta el sexo como a cualquier bicho viviente, incluidos los pobres cónyuges de ese símbolo del feminismo que es la mantis religiosa, pero en aquellos momentos, pueden creerme, no estaba yo para sexo, las cosas como son. Lo único que deseaba era que cesara la fiesta de una puta vez y poder volverme a la piltra. Y esta vez el invento funcionó, vaya que si funcionó.

Como no era cuestión de que ocurriera alguna desgracia indeseada, lo que por otra parte era prácticamente imposible porque pese a mi resaca tuve el suficiente sentido común como para quitar todas las balas de interior del arma antes de irrumpir en la vivienda de mi vecino, milésimas de segundo después liberé a la joven de mi acoso y volví a expresar mis deseos de que el sarao se acabara, a lo que accedieron todos los que aún eran capaces de mover la cabeza en sentido afirmativo, aunque a más de uno se le notó una mueca de dolor tras efectuar ese sencillo gesto.

–Estupendo. ¿Ven cómo, cuando se explican y razonan bien las cosas, es posible llegar a acuerdos satisfactorios para todo el mundo? –Bueno, quizás no me expresé así exactamente, no creo que estuviese en condiciones de largar una parrafada tan larga y coherente, pero más o menos ése es el espíritu de lo que seguramente les dije, excluidas las expresiones que no se pueden pronunciar en horario infantil.

Mi gesto de triunfo sólo lo enturbiaron las palabras del dueño del piso que, cuando ya estaba saliendo por la puerta me espetó un vengativo “te vas a arrepentir de esto, cabrón, te voy a meter una denuncia que te vas a cagar”.

Si me pongo a pensar en ello la actitud del interfecto era totalmente comprensible, pero aquel día mi cuota de comprensión se había agotado, así que volví sobre mis pasos y le apunté de nuevo con la Beretta mientras intentaba aclarar un par de puntos acerca del tema.

–Más te vale no hacer nada, gilipollas. Si tú me dejas en paz yo también lo haré, pero en caso contrario el que las va a pasar muy putas eres tú, so mamón. Así que ándate al loro y no hagas tonterías.

Ahora sí, ahora hice mutis por el foro. Me sentía tan satisfecho de mi actuación como de mis palabras que, cuando por fin me metí nuevamente en la cama, me quedé dormido al instante y el taladro que durante las horas

anteriores había estado horadando mi cerebro desapareció como por ensalmo, como si mi subida al piso del vecino, y lo que posteriormente ocurrió, hubiese tenido efectos terapéuticos.

Lo malo es que si mi amenaza tuvo efectos terapéuticos, en el vecino tuvo otro tipo de secuelas porque el muy imbécil, en lugar de actuar sensatamente y dar el incidente por zanjado, decidió seguir removiendo la mierda y ponerme una denuncia. Pero de ello no me enteré hasta dos días más tarde cuando un par de municipales, muy atildados y solícitos ellos, llamaron a mi puerta y muy educadamente me dijeron que tenía que acudir al Juzgado de Guardia, ya que habían interpuesto una denuncia contra mi persona por coacciones, amenazas, injurias, daños y allanamiento de morada. Dicho de ese modo parecía que me estaban equiparando con Jack el Destripador, lo cual hasta cierto punto resultaba halagador aunque un tanto desmedido, pero aún así no me quedaba más remedio que acudir. Pensé con tranquilidad que en peores garitas había hecho guardia y que, de todos modos, al vecino de los cojones no le iba a salvar ni la Santísima Virgen ni todo el coro celestial de recibir un par de hostias bien dadas, por chivato y maricón. ¡Y que se atreviera a denunciarme por segunda vez! Algo así debió ocurrir entre los Capuletos y los Montescos y ya se sabe cómo acabaron, aunque yo no era tan imbécil como esos niños de Romeo y Julieta y jamás se me ocurriría hacer algo tan estúpido y, sobre todo, tan irreversible, como suicidarme.

Si los municipales pensaban que me iba a acojonar, se equivocaron más que los autores de la famosa “ley seca” norteamericana cuando pensaban que los ciudadanos iban a quedarse cruzados de brazos sin poder beber su copazo de whisky de las mañanas. Quizás no sabían que en mi época había sido un asiduo de los juzgados debido a mi condición de ertzaina, así que en principio no me asustaba acudir a uno. Digo en principio porque lo malo es no conocer el final y, en esta ocasión, era consciente de que lo tenía jodido, muy jodido.

Engañarme a mí mismo habría sido una estupidez, no me quedaba más remedio que reconocer que estaba metido en un buen lío. Todos los delitos de los que se me acusaba eran ciertos y además los había cometido ante una multitud de testigos, por lo que la situación, sin ser imposible, no en balde soy un optimista nato, sí que era hartó difícil. Además, si había en Bilbao algún expolicía con mal cartel entre los jueces de la ciudad, ése era yo. Mi mala fama era inmerecida, por supuesto, aunque yo jamás hice el menor esfuerzo por disiparla, así que si un magistrado un poco cabrón (y el noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento de los que yo conozco son bastante

cabrones) se hacía cargo de la denuncia, podía hacérmelas pasar putas. De todos modos no me preocupé excesivamente. En el pasado había conseguido salir de historias más complicadas y, en el peor de los casos, seguramente podría arreglarlo con una buena indemnización. Lo que es la vida, en mis años mozos siempre despotricaba contra la gente que pensaba que con pasta todo se arreglaba y ahora era yo quien, estando en un apuro, no iba a dudar ni un instante en usar ese dinero, producto de una herencia dudosa, con tal de solucionar el problema en el que estaba metido.

Para mi sorpresa, sobre todo porque nunca he tragado a los componentes de ese gremio, quizás porque yo también lo fui o, al menos, tengo un título que así lo acredita, mi salvación no llegó a través de desembolso pecuniario alguno sino en forma de abogado.

Se trataba, además, de uno de esos abogados que llevaba en su cara la marca del triunfador. Sólo le faltaba, como en las caricaturas, ir fumándose un veguero de talla XXL y golpearse en el pecho con el dedo gordo de su mano derecha en ademán de decir “tenéis ante vosotros a un triunfador, muertos de hambre, y que os den por el culo a todos”. Pero excepto por ese pequeño detalle, cumplía al cien por cien el estereotipo. Era orondo, por no decir obeso, con ojos porcinos, un traje hecho a medida que debía estar confeccionado por un sastre de categoría ya que, hasta cierto punto, conseguía disimular sus nada excitantes curvas, una corbata de seda en la que el logotipo del diseñador era más grande que el propio dibujo de la prenda, un Rolex auténtico –yo para eso siempre he tenido buen ojo– en su muñeca izquierda, un sujetacorbatas con el que habría podido comprarme un yate de esos que suelen estar anclados en Puerto Banús y, sobre todo, una sonrisa de satisfacción en su rostro de ésas que te entran unas ganas irrefrenables de darle una buena manita de hostias, a ver si así le desaparece de una puta vez. Y todo ello parecía estar dedicado a mí, aunque no tenía aspecto de ser un abogado de oficio, como le dije cuando se acercó y me preguntó si yo era Mikel Goikoetxea.

–No, por supuesto que no lo soy. Hace años que no me dedico a esos menesteres –añadió, casi tan molesto como un miembro del Opus Dei al que se le acusara de ser una estrella del porno.

–Entonces no sé qué cojones quiere conmigo, si no es el abogado que me han asignado para asistirme en la comparecencia –le contesté, entre provocativo e intrigado. Soy plenamente consciente de que, como dice la sobreestimada sabiduría popular, “la curiosidad mató al gato”, pero tanto por

mi olvidada profesión, ya se sabe, la cabra siempre tira al monte, como por la situación en la que me encontraba, tenía muy claro que quien posee la información es quien puede manejar los hilos de la situación a su antojo.

–No, no soy su abogado –repitió plácidamente el superhéroe de los bufetes. Estaba tan seguro de sí mismo y de lo que quería que ni siquiera mis exabruptos hicieron mella en su persona, aunque por unos instantes su gesto dejó entrever que no le gustaba mi lenguaje, seguramente zafio y ordinario en su opinión–. De hecho soy el abogado del señor Ledesma.

–¿Del señor Ledesma? Lo lamento, pero no conozco a ningún señor Ledesma.

–Quizás a usted no le suene el nombre, pero de lo que no me cabe ninguna duda es de que el señor Ledesma le conoce a usted, no sé si perfectamente pero sí lo suficiente como para desear no haberle visto nunca en su vida. Le estoy hablando, por si aún no se ha dado cuenta, de D. Xabier Ledesma Goldarazena, su vecino de arriba, el hombre que le ha denunciado.

–¡Ah!, ese cabrón. Pues antes de alejarse de mí, ya que no deseo tener ninguna relación con su abogado, dígame que se acordará de esta. No se va a ir de rositas después de haberme denunciado. Si quiere jugar fuerte admito la apuesta y creo, sinceramente, que lleva las de perder. Lo de la pasada madrugada fue sólo una ínfima muestra de lo que puedo hacerle. A buenas no soy un mal tipo, pero si me tocan las pelotas soy incapaz de contenerme. Y su señor Ledesma me ha tocado mucho las pelotas con esa denuncia. Dígaselo, dígaselo –dije vehementemente, en un ímprobo intento de mostrarme conciliador y atesorar nuevas amistades.

–Le creo, señor Goikoetxea, le creo –la sonrisa seguía sin desaparecer del rostro del leguleyo, que en esa ocasión aguantó impertérrito mi lenguaje barriobajero–, pero le aconsejo que se olvide de todo. Con lo que puede caerle por los delitos y faltas denunciados tiene más que suficiente, y si a eso añadimos las últimas amenazas que acaba de proferir contra mi cliente –abrió los brazos como si intentara resaltar lo absurdo de las mismas–..., pues ya comprenderá usted que su situación puede llegar a ser muy enojosa. Y no me refiero sólo a las consecuencias penales. La indemnización que quizás tendría que abonar a mi cliente podría llegar a ser muy cuantiosa, excesivamente cuantiosa. Tendría que poner a trabajar a destajo a sus chicas para conseguir pagar la décima parte de su montante.

Vaya, hombre, otro hijo de puta que se conocía al dedillo mi historial. A este paso podrían contratarme como tertuliano en uno de esos programas de

la televisión en los que la gente cobra una pasta gansa por narrar sus miserias. Total, que cuarenta millones más de españoles se enteraran de lo cutre que era mi vida, ¿qué más me daba? A estas alturas mi historial parecía estar a disposición de cualquier gilipollas que se interesara por él.

El abogado cortó mis elucubraciones diciéndome que no me preocupara, que comprendía lo que había ocurrido y estaba a mi favor.

–¿A mi favor? Ahora sí que no le entiendo –lo decía sinceramente.

–Pues es muy fácil de entender, señor Goikoetxea –me dijo con suficiencia–. Como abogado del señor Ledesma tengo una doble obligación que usted, que ha ejercido como tal, seguramente comprenderá. La primera, lógicamente, es actuar según las instrucciones recibidas de mi cliente, por eso he redactado la denuncia que le ha traído a este juzgado. Pero además, un abogado que por encima de todo respete los principios deontológicos de la profesión –al oírlo estuve a punto de hacer la señal contra el mal de ojo–, tiene con sus clientes una obligación muy superior, que es la de velar por sus intereses, lo que significa que en ocasiones debe hacerles desistir de sus intenciones cuando ve que no tienen mucho recorrido o que pueden llegar a ser contraproducentes para esos mismos intereses. Y creo que eso es lo que podría ocurrir en el presente caso. Continuar con la denuncia quizás no fuera lo mejor para mi cliente. Ni tampoco para usted, por supuesto.

–Por supuesto –repetí como un papagayo–, pero aún no sé a dónde quiere llegar.

–Usted ha sido ertzaina –estaba claro que el orondo letrado conocía mi vida y milagros mucho mejor que mi santa madre–, así que seguramente sabrá lo que es un “*quid pro quo*”.

La frase sí que me sonaba, pero el latín nunca fue mi asignatura favorita en el Bachillerato. Bueno, ni ésa ni ninguna, si lo acabé fue por la maña que me daba para copiar en los exámenes, pero ésa es otra historia que no viene al caso, así que le pedí que se explicara.

–Es muy sencillo. Yo le hago un favor consiguiendo que mi cliente retire la denuncia y el juez de instrucción proceda al archivo de las diligencias incoadas a causa de la misma, y usted a mí me hace otro. Por el que, además, le pagaré generosamente. Es una buena proposición con la que todos salimos ganando.

Así que se trataba de eso. Tendría que haberlo visto venir, pero a pesar de ello decidí apretarle un poco las tuercas.

–Todos no. Su cliente no creo que se quede muy contento.

–Ya le he dicho, señor Goikoetxea, que la máxima obligación de un abogado es proteger siempre los intereses de sus clientes, incluso aunque éstos no acaben de verlo claro. Soy muy consciente de que antes o después usted cumpliría sus amenazas y prefiero evitar al señor Ledesma los inconvenientes que ese cumplimiento podría generarle. No me entienda mal, no soy de los que les gusta ceder ante la violencia, pero en este caso creo que un pacto entre caballeros es lo mejor. Como decimos los abogados, un mal acuerdo siempre es mejor que un buen pleito.

El cabrón tenía respuestas para todo, se ve que había elegido bien su profesión, así que acepté su oferta, aunque antes le pregunté qué era lo que tenía que hacer en su favor. Algo en la nariz me decía que no iba a ser fácil ni sencillo.

–Tranquilo, señor Goikoetxea, no hay prisa, ya se enterará a su debido tiempo –me respondió, con su sempiterna sonrisa en los labios–. De momento vamos a arreglar lo suyo, para que quede en libertad sin cargos, y mañana a las diez de la mañana pase por mi despacho y allí, tranquilamente, hablaremos del tema –finalizó extendiéndome una tarjeta.

Recogí la tarjeta y la guardé en mi cartera mientras pensaba que lo que había recibido no era una petición, sino una auténtica orden. Una orden a la que no podía, ni tampoco quería, para ser sinceros, sustraerme.

**TRES AÑOS Y SIETE MESES ANTES DE
LA MUERTE DEL MENDIGO**



El período de aprendizaje de Salif fue muy corto. No sólo porque asimiló inmediatamente lo que se esperaba de él, debido tanto a su ingenio e inteligencia naturales como a su deseo de agradar a su protector y no desperdiciar la oportunidad que le estaba dando para salir de la miseria, sino porque no había mucho que aprender, al menos de momento. Salif no estaba destinado a ser un detective de la policía, sino un simple matón, un hombre cuya función era atemorizar a los detenidos o a quienes eran susceptibles de serlo y, si llegaba el caso, conseguir las confesiones necesarias para que su culpabilidad quedara inequívocamente demostrada. A veces se preguntaba si Allah aprobaría eso, la violencia ejercida contra unos hermanos de religión, si no estaría impuro por obtener las declaraciones de los detenidos a base de golpes y métodos más refinados de tortura. O quizás simplemente si él era un blando. Al fin y al cabo, desde que el Creador insufló vida al primer hombre sobre la Tierra, ése había sido el sistema normal de relacionarse el poder y su brazo más importante, la policía, con los súbditos o ciudadanos. Y si las cosas siempre habían funcionado así y Allah, en su infinita sabiduría, nunca había mostrado explícitamente su desagrado, quién era él, un simple creyente, para pensar que había que cambiar todo eso.

El propio Moussa le contó una anécdota sobre un rey cristiano para indicarle cómo no se cometía ningún mal incluso si, por error, se mataba a un inocente.

–Ese rey, que era católico y francés, como nuestra antigua potencia colonial –le explicó su superior– libró una batalla contra los protestantes, otra rama del cristianismo, algo así como entre nosotros los sunitas y los chiítas, y a su término quedaron tendidos sobre la tierra un montón de combatientes heridos. El rey francés ordenó rematarlos a todos. Un consejero le dijo que

entre los heridos también podían encontrarse hombres que habían combatido en defensa de la verdadera fe, católicos fervientes y leales, a lo que el rey replicó que eso no tenía importancia porque “Dios reconocerá a los suyos”. ¿Entiendes la moraleja, Salif? Son palabras sabias aunque provengan de un rey cristiano. Si matas a un buen creyente, por error, no estás cometiendo un crimen porque Allah, en su misericordia y magnificencia, le acogerá en su seno y gozará de las mieles del paraíso. Sólo se le causa un perjuicio desde nuestra limitada visión terrenal, pero no desde la más amplia del Creador.

A Salif no es que le convenciera demasiado el discurso de su jefe, pero no estaba en condiciones de rebatirlo. Sabía demasiado bien qué les ocurría a los que se oponían a sus designios, así que se limitó a agradecerle sus sabias enseñanzas y a cumplimentar, del mejor modo posible, las órdenes que recibía.

Sus primeros trabajos fueron sencillos. Ablandar a algún ratero que había robado mercancías de poca monta, cosa incomprensible para él ya que un buen musulmán tenía vedada esas prácticas más propias de los infieles que de los creyentes, acompañar a los agentes más veteranos a practicar detenciones e incluso, en un par de ocasiones, colaborar en la represión de manifestaciones organizadas por un sindicato de estudiantes que solicitaban más democracia y justicia social.

–No debes de tener escrúpulos con esa gentuza –le dijo Moussa el primer día que acompañó a los agentes antidisturbios–. Los estudiantes son unos privilegiados, supuestamente son los que en el futuro dirigirán el país, la élite de la nación, de nuestra nación, que hace unos esfuerzos ingentes por educarlos y ya ves cómo lo agradecen. En lugar de colaborar al progreso y la estabilidad de la patria, protestan pidiendo no sé qué cosas, pero con la única finalidad de mantener sus privilegios y mangonear a su gusto en los asuntos del estado. No puede haber, por tanto, compasión ninguna para ellos, y cuanto antes cortemos de raíz la cabeza de sus dirigentes, tanto mejor.

A Salif le quedó la duda de si cuando su superior hablaba de “cortar de raíz la cabeza de los dirigentes estudiantiles” lo hacía en sentido figurado o literal, ya que las leyendas que corrían sobre Moussa indicaban que era capaz de eso y de mucho más, pero la duda le duró unos pocos segundos, era un asunto sobre el que no merecía la pena hacerse preguntas si quería vivir tranquilo. Además, su jefe tenía razón, los estudiantes eran unos privilegiados. Ojalá él hubiese podido estudiar en lugar de dedicarse, como lo hacía hasta que Moussa se interpuso felizmente en su camino, a la venta

ambulante de objetos inservibles que nadie deseaba adquirir. Si él hubiese tenido esa oportunidad..., quién sabe, seguramente su vida sería muy diferente en esos momentos. Todo el mundo que le conocía decía de él que era un hombre inteligente y despierto, así que seguramente habría podido hacer carrera, tal vez colocarse en la administración, ostentar un cargo, ser ministro, incluso, ¿por qué no?, llegar a la presidencia de la República.

Salif rechazó esos pensamientos. Si Allah hubiese querido que él llegara a presidente, él habría llegado a presidente, así que elucubrar sobre eso, además de producirle una considerable melancolía, podía considerarse casi hasta blasfemo. Bien mirado, no dejaba de ser un hombre con suerte, muchos de sus vecinos del barrio, muchos no, todos en realidad, desearían intercambiarse con él. Y si para eso tenía que machacar a unos cuantos estudiantes que, a pesar de gozar de lo que él nunca gozó, todavía se creían con derecho a protestar, pues los machacaría.

Fue en una de esas manifestaciones cuando comprendió que, tras varios meses de ser el recién llegado, se había ganado por fin la confianza y el respeto de sus colegas. Aquel día las protestas fueron más violentas que en otras ocasiones, no sólo las piedras y los palos que llevaban los manifestantes cayeron bruscamente sobre ellos sino que los cócteles molotov sobrevolaron el contingente policial hiriendo a unos cuantos de sus compañeros. Ya no se trataba de un problema de orden público o de agresión al estado, generado por una manifestación no autorizada, se trataba de algo personal y las armas de fuego que portaban los policías entraron en acción. Al día siguiente, según narraba la prensa internacional, se contabilizaron setenta y ocho muertos, lo que fue desmentido por el gobierno, que aludía a la existencia de un complot internacional, manejado por el sionismo, para desacreditar al régimen. Pero esos avatares de la alta política no le interesaban para nada a Salif. Lo que él había visto era cómo un compañero, un honesto padre de familia, se revolcaba por el suelo, aullando, preso de las llamas y él, como el resto de los policías, no dudó en utilizar su arma reglamentaria y hacer fuego sobre los manifestantes. Nunca supo, ni quiso saberlo, si había abatido a alguno, pero de haberlo hecho no le habría producido ningún problema de conciencia. Por primera vez desde que entró en la policía, a las órdenes de Moussa, pensó que había cumplido con su obligación no sólo de policía, sino sobre todo de ciudadano.

Las palmadas que recibió en la espalda por parte de sus camaradas más veteranos, que así le demostraban su afecto y reconocimiento, fueron para él

mejor que los elogios que posteriormente recibió del propio Moussa, pero lo que más le llenó de orgullo fue que, por fin, le consideraran uno de los suyos. Lo supo cuando un cabo le eligió, junto a otros tres compañeros, para escoltar hasta los calabozos a un grupo de detenidos.

Los estudiantes se hacinaban en un vetusto camión, la mayor parte de ellos heridos, todos desmoralizados y abatidos, esposados y atados unos a otros con sólidas cuerdas. Su escapatoria era imposible y el mirar errático de sus ojos así lo demostraba. Salif se disponía a subir al vehículo para, como en anteriores ocasiones habían hecho otros compañeros, vigilar a los presos durante el trayecto hasta la prisión cuando la mano del cabo se posó amigablemente sobre su hombro mientras le decía que no tuviera tanta prisa.

–Hay demasiados prisioneros, ¿no crees? –no esperaba que Salif le respondiera, ni éste se sentía lo suficientemente veterano y experto para hacerlo, así que continuó hablando–, y eso representa un problema. No tenemos tanto espacio en los calabozos. Habrá que liberar a algunos, ¿qué te parece? –ahora sí parecía esperar una respuesta, por lo que Salif contestó que lo que el cabo decidiera a él le parecería bien.

–Usted tiene más experiencia que yo –le dijo en tono humilde y respetuoso–, así que lo que ordene será lo más adecuado y correcto.

–Así me gusta, Salif, veo que tienes futuro en la policía.

Tras decir esto estalló en una fuerte risotada, que fue coreada por otros dos compañeros que asistían a la conversación. El propio Salif, intuyendo que se trataba de una broma entre camaradas, se unió a las risas.

–Es un tema muy delicado –prosiguió el cabo–, porque hay que saber a quién liberar, no vayamos a dejar suelto a alguien peligroso, pero como tú muy bien has dicho, soy veterano en estas lides, los compañeros aquí presentes te lo podrán confirmar –señaló a los dos policías que les acompañaban, que volvieron a reírse estruendosamente tras escuchar las palabras de su superior– y ya he tomado una decisión. Vamos a dejar libres a estas cuatro estudiantes –señaló con su grueso dedo índice a cuatro jóvenes que sus otros dos compañeros acababan de separar del grupo–, que no parecen representar ningún peligro para el estado y además son unas chicas muy guapas, ¿no es cierto? Y a las chicas guapas les sientan muy mal los calabozos. Pero claro, un acto tan generoso como el nuestro se merece una recompensa, ¿no estáis de acuerdo?

La pregunta acababa de hacérsela a las cuatro jóvenes que se miraban entre sí, atemorizadas. Una de ellas, quizás la más fuerte de carácter o la más

desesperada, escupió al cabo, pero éste, en lugar de enfurecerse, volvió a reírse con unas carcajadas que atronaron toda la ciudad.

–Así me gustan a mí las mujeres, salvajes y asilvestradas –dijo con un gran vozarrón–. Y cuanto más salvajes y asilvestradas son, más me gustan y más placer me da domarlas. Vosotros repartiros las otras tres como mejor os parezca, que yo me quedo con esta preciosidad.

Mientras pronunciaba esas palabras arrancó de un tirón las ropas de la mujer y se desabrochó la bragueta, penetrándola sin perder ni un segundo, haciendo caso omiso de los gritos de dolor que profería la joven. Los otros dos policías no se hicieron repetir la orden y cada uno hizo lo propio con la estudiante elegida.

Salif se quedó frente a frente con la que parecía más joven y desamparada del grupo. Durante unos instantes no supo qué hacer ni cómo actuar. Intuía que, hasta cierto punto, era una prueba de iniciación e incluso de confraternización con sus camaradas. No imitarles podría suponer una desafección hacia ellos, pero por otra parte, aunque nunca había sido tímido con las mujeres, aquello no dejaba de ser una violación en toda regla y él nunca había necesitado recurrir a esos extremos para yacer con una mujer.

–¿A qué esperas, poli de mierda? ¡Acabemos ya de una puta vez, que quiero irme a casa cuanto antes! ¿O es que no eres lo suficientemente hombre?

La inesperada reacción de la joven que, por descarte, le había sido asignada, disipó todas sus dudas. Ofendido tanto por el inesperado tono de la chica como por las ofensivas alusiones a su virilidad, procedió como habían hecho anteriormente sus compañeros y la desnudó, acometiéndola con una fuerza que seguramente le haría pensar en lo equivocada que estaba.

Cuando, tras violarlas repetidamente, las dejaron libres, Salif no se sintió mal por lo que acababa de hacer, pese a ir contra los más sagrados principios del Corán, sino todo lo contrario, se sintió alegre y más vivo que nunca porque comprendió que, con ese acto, acababa de ser admitido, como miembro de pleno derecho, en una no oficial pero poderosa hermandad de camaradas policías.

SIETE DÍAS ANTES DE LA MUERTE DEL MENDIGO

En un absurdo gesto de rebeldía, o quizás en un baldío intento por demostrar que no era un hombre al que le gustaba obedecer órdenes, en lugar de a las diez llegué a las diez y media al despacho del abogado de mi vecino. Una secretaria que debía ser muy eficiente, ya que carecía de otras cualidades visibles, me dijo que el señor Sánchez-Ávila –ése era el apellido del abogado– me recibiría en breves momentos y me preguntó si deseaba, mientras tanto, tomar algo para amenizar la espera.

–¿Un café o una infusión?. También tenemos refrescos.

–¿No tienen nada más fuerte? –pregunté, en un inútil intento de impresionarla. Debería de saber que las secretarias de los tipos como Sánchez-Ávila están preparadas para todo tipo de situaciones, ya que me preguntó qué prefería: whisky, ron, ginebra, coñac, vodka.

–Agua. Agua fresca –dije finalmente.

–¿De Vichy? –se sonrió al preguntármelo, y por unos instantes hasta pareció atractiva.

–Del grifo, si es posible.

Si pensaba que con ese postrer rasgo de mi ingenio la secretaria se iba a caer de espaldas, estaba muy equivocado, porque la joven se levantó muy educadamente de su silla y acercándose a una de esas máquinas modernas que, en lugar de tabaco, lo que no es políticamente correcto, expelen agua en vasos de plástico, me trajo uno mientras me deseaba, con una sonrisa rastrera, que fuera de mi agrado.

–¡Excelente! –comenté tras el primer sorbo consiguiendo que, en esta ocasión, una sonrisa sincera apareciera en los labios de la secretaria, pero justo cuando iba a pedirle su número de teléfono, por el telefonillo interior, el señor Sánchez-Ávila le ordenó que me hiciera pasar a su augusta presencia.

Si en las dependencias del juzgado Marcelino Sánchez-Ávila y Ribera

de Osma, ése era el nombre completo del letrado, parecía estar por encima del resto de los mortales, allí, en su despacho, en su propia salsa por así decirlo, parecía un dios del Olimpo. Un dios obeso y melifluo, eso sí, pero un dios capaz de lanzarte un trueno y quemarte vivo en el caso de que te opusieras a sus divinos deseos.

–Veo que no es usted muy puntual, señor Goikoetxea –fue lo primero que me dijo. No parecía enfadado sino divertido, como si hubiese hecho una apuesta consigo mismo a que yo llegaba tarde a posta y hubiese ganado–. Seguro que no será tan impuntual cuando venga a cobrar los seis mil euros que tengo preparados para usted.

Directo y a la yugular, ése era el estilo de mi buen amigo Sánchez-Ávila. Y es que si él estaba dispuesto a pagarme esa cantidad, yo por mi parte estaba dispuesto a jurar sobre mil biblias que éramos amigos desde nuestros años de guardería. Aunque, por otra parte, el abogado tenía el aspecto de quien se ha quedado sin amigos de la infancia, más que nada porque, seguramente, para llegar a la cumbre no le habría importado lo más mínimo apoyarse en sus cadáveres. Y ahora acababa de ofrecerme seis mil euros por algo que aún no sabía qué era, pero recordando eso del “*quid pro quo*” supuse que sería más pro Sánchez-Ávila que pro Mikel Goikoetxea.

–Por esa cantidad hasta estaría dispuesto a comprarme un despertador para llegar a la hora, aunque me da la impresión de que esto es un programa de bromas televisivas. ¿Dónde está la cámara oculta?

Sánchez-Ávila sonrió alegremente, como si le hiciera gracia mi chanza, antes de decirme que su oferta iba en serio, completamente en serio.

–¿Y puede saberse qué tengo que hacer para ganarme esos seis talegos? –pregunté finalmente. Tenía curiosidad por saberlo, aunque intuía que no iba a ser algo que aprobaran las autoridades policiales y judiciales. No se trataba de instinto, sino de realismo. Si un tipo como Sánchez-Ávila recurre a alguien como yo no es para que le tramite la declaración de la renta ante Hacienda sino para algo más delicado.

–Algo que no le costará mucho, pero para lo que está sobradamente preparado –me contestó sin concretar, aunque manteniendo en todo momento su sempiterna sonrisa.

Al tío habría que haberle dado el premio a la perogrullada del año. Parece evidente que si alguien da seis mil euros a otra persona por hacer algo, se supone que le va a exigir que haga algo que sepa hacer y para lo que esté perfectamente adiestrado y entrenado. Comprender eso no requiere poseer el

coeficiente intelectual de Einstein, sino un mínimo de sentido común. Pero, por otra parte, lo que Sánchez-Ávila sabía de mí, como me confesó el día anterior, tras nuestro encuentro en el Juzgado de Guardia, era muy concreto y circunscrito a lo que podían denominarse como mis actividades “profesionales”, protector de un pequeño grupo de prostitutas y exertzaina.

Me extrañaba que Sánchez-Ávila recurriera a mí porque le había entrado, de repente, un irrefrenable deseo de follar con una de las chicas. Es cierto que estaban bastante bien, las cinco eran guapas de cara y tenían unos pechos y un culo que podrían ser la envidia de Pamela Anderson y Jenniffer López juntas. Y también es cierto que, por lo que en su momento me confesó mi difunto amigo y antiguo benefactor y beneficiario de las señoritas, éstas follaban como leonas y sabían chupártela como dios, en el dudoso caso de que Dios se dedicara a esos menesteres lo que, según las últimas reflexiones de los teólogos vaticanos, no parecía muy probable. Como, aunque sé que es difícil creerlo, yo no las había catado, estaba dispuesto a fiarme de su palabra, pero incluso así, también es cierto que ninguna de ellas valía seis mil euros y que, seguramente, mi nuevo amigo podía pagarse, e incluso conseguir gratis, mujeres de un nivel mucho más alto. Así que quedaba la otra faceta de mis pasadas y actuales actividades, la de haber sido miembro conspicuo de la Ertzaintza.

Eran unas cavilaciones muy sesudas, como habitualmente lo son todas las mías, pero en esos momentos me limité a mirarle con cara de póquer y decir eso tan tópico y socorrido, aunque tan eficaz, de “usted dirá”.

–Sé cómo se gana la vida, señor Goikoetxea –habló con un tono extremadamente serio, cuando por fin se animó nuevamente a hacer uso de la palabra–, y a qué se ha dedicado con anterioridad. Y también sé perfectamente que aunque usted está limpio, al menos de manera oficial, es decir, que no tiene antecedentes penales, ha estado caminando sobre el filo de una navaja y que tuvo que pedir la excedencia al estar implicado en una red de pederastas.

–Si sabe tanto sobre mí, tendría que saber también que esas acusaciones eran injustas y que fui rehabilitado por completo. Si no he regresado a la Ertzaintza ha sido por motivos exclusivamente personales, no porque no pueda solicitar el reingreso cuando lo desee.

–De acuerdo, de acuerdo –extendió sus manos en un gesto presuntamente conciliador–, también sé eso, aunque no significa que, como dijo Nuestro Señor Jesucristo, esté usted libre de pecado. Tanto cuando

trabajaba como ertzaina como en su faceta de detective sus métodos no han sido jamás excesivamente ortodoxos, por decirlo de un modo suave, y eso sí que no podrá usted negármelo, lo mismo que tampoco podrá negarme que todos los jueces de Bilbao están deseando que tenga un tropiezo, por pequeño que sea, para poder empapelarle. De todos modos, eso no tiene la menor importancia, al menos para mí, que sé mejor que nadie que hay muchas maneras de evitar una condena judicial, aunque eso no signifique que quien quede libre sea precisamente un alma noble merecedora de subir a los altares. Y si quiere saber mi opinión –no lo quería, pero debía de ser un comentario retórico, porque el abogado siguió hablando sin esperar a que le diera la réplica–, eso no es algo negativo, sino todo lo contrario. Toda persona capaz de quebrantar la legalidad sin sufrir posteriormente las consecuencias habituales en estos casos, cuenta con mi más completa admiración. Al menos desde un punto de vista técnico. Por supuesto, hablo del Derecho Penal, no de algo tan obsoleto como la moralidad.

Es posible que yo estuviera equivocado, pero creía que en las facultades de Derecho de todo el país aún se daba la asignatura de Deontología Profesional. De ser así, mi buen camarada Sánchez-Ávila debió fumarse todas las clases de esa materia, pero como entendía a dónde quería ir a parar, en realidad me lo estaba esperando desde hacía rato, me limité a decirle algo tan obvio como que daba la impresión de que lo que me iba a proponer era algo ilegal.

–Si usted se empeña, señor Goikoetxea, en utilizar esa enojosa palabra, “ilegal”, tendré que darle la razón, pero teniendo en cuenta no sólo lo que hizo el otro día en la casa de sus vecinos, sino también su historial, creo que no debería hacerse el estrecho. Además, esa supuesta “ilegalidad” sería beneficiosa para todos. Para usted, porque se gana un buen dinero fácilmente, para mí y mis representados porque eliminamos un problema, e incluso para el ayuntamiento, porque de ese modo se adecenta la ciudad. Si Bilbao quiere explotar a fondo sus posibilidades turísticas hay que cuidar que no haya elementos que ensucien su imagen.

Esto último me puso en guardia. No creía posible que don Marcelino Sánchez-Ávila y Ribera de Osma quisiera que me incorporara al servicio de limpieza municipal, así que sus palabras tenían que ser metafóricas. Y cuando un hombre como el abogado habla de “limpiar la ciudad”, los inmigrantes y los pobres ya pueden ponerse a buen recaudo. Yo no era inmigrante, y de momento no necesitaba cobrar la Renta de Garantía de Inserción, pero aún así

no pude evitar sentir un escalofrío al observar la frialdad con la que hablaba mi interlocutor.

–Soy propietario de un bar en el Casco Viejo –le contesté tras escuchar atentamente sus palabras, aun sabiendo que no estaba diciendo más que tonterías–, así que me interesa también que la ciudad se mantenga limpia, pero sigo sin saber de qué coño va todo esto.

–No hace falta ponerse tan grosero, señor Goikoetxea –me comentó el abogado, que parecía molesto de verdad por mi vocabulario y eso que no conocía aún ni la milésima parte de lo que era capaz de sacar por mi boca si me tocaban mucho los cojones o, en ocasiones, aunque me los tocaran tan sólo un poquito. Lo que me faltaba, el letrado prevaricador era también todo un santurrón, no sé cómo no me dijo que me arrepintiera por mis palabras y rezara tres padrenuestros y seis avemarías–. Además, enseguida le voy a explicar qué es lo que deseo de usted. Pero antes de que entremos en materia permítame que le dé un pequeño anticipo.

Según decía eso, me alargó un sobre que abultaba bastante. Cuando lo recogí y lo abrí pude comprobar que estaba lleno de billetes de doscientos euros. No había ninguno de quinientos. No era nada tonto el señor letrado, sabía que el pago con billetes grandes estaba cada vez más penalizado y con eso quería demostrarme que no iba a tener ningún problema para pagarme en negro. Como es una grosería contar el dinero delante del que te lo está dando, eso al menos recordaba de cuando podía presumir de buena educación, no lo hice, pero así, a bote pronto, calculé que me estaba entregando tres mil euros, doscientos arriba, doscientos abajo.

–Me parece mucho dinero –dije guardándomelo en el bolsillo–. ¿A quién tengo que matar?

En lugar de protestar por lo que no era sino un comentario irónico, Sánchez-Ávila me dijo que se notaba que yo era un tipo listo y luego, sacando de un cajón una fotografía tipo carné, me la entregó.

–No necesita conocer su nombre ni los motivos, tan sólo que casi todas las noches pernocta en el interior de un cajero automático de una entidad financiera de Indautxu. Por motivos que a usted no le interesan, obviamente, unos clientes muy poderosos –recalcó la palabra “poderosos” no sé si para su propia satisfacción o en un intento de acojonarme– me han solicitado que solucione, de una manera discreta y eficaz, un pequeño problema que tienen con él. Y por desgracia, no sólo el mejor sino el único medio que existe para solucionar ese pequeño problema es haciendo que pase a mejor vida.

¿Pasar a mejor vida? Ese cabrón era un hipócrita de tomo y lomo. La palabra era “asesinato”, no “hacer que pasara a mejor vida”. Le miré y comprendí que estaba muy satisfecho consigo mismo, como si al utilizar ese eufemismo su responsabilidad desapareciera y pudiera seguir considerándose un honesto ciudadano, incapaz de decir ni siquiera una palabra malsonante.

–Vamos, que lo que usted y sus amigos quieren es que le dé matarile a este infeliz.

–Ya le he dicho anteriormente, señor Goikoetxea –suspiró, como si pensara que yo era un tipo irrecuperable que seguramente iría derecho al Infierno cuando mi estancia en este valle de lágrimas llegara a su fin–, que no es necesario usar un lenguaje tan ordinario y soez, pero sí, creo que ha quedado meridianamente claro lo que esperamos de usted. Hace un rato se ha guardado el sobre que le he dado, así que puedo considerar ese gesto como una tácita aceptación del encargo. Como usted comprenderá, no puedo extenderle un contrato por escrito, pero entre caballeros no es necesario. Confío en que haga lo que se le ha encomendado y, a ser posible, antes de una semana. Mis clientes, nuestros clientes podría decirse, son personas con muy poca, por no decir nula, paciencia y, aunque pagan muy bien como acaba de comprobar, cuando efectúan una inversión esperan obtener un rendimiento inmediato porque, en caso contrario, se ponen muy nerviosos y pueden llegar a ser extremadamente despiadados. Así es el mundo de los negocios, qué le vamos a hacer. Y en estos momentos usted representa su mayor y última inversión, señor Goikoetxea, no lo olvide.

Si eso no era una amenaza, ya no sabía qué podría serlo, pero aún así me limité a asentir. Lo lógico habría sido tirarle el dinero a la cabeza, pero al cogerlo acepté tácitamente seguir su juego. Quizás, en el fondo, añoraba los tiempos en los que trabajaba como ertzaina o detective y, a pesar de que había decidido hacía ya varios meses alejarme de ese mundo, supongo que me ocurría como en la fábula de la rana y el escorpión, estaba en mi naturaleza clavar el aguijón, aunque eso conllevara mi propio hundimiento.

Me despedí del abogado diciéndole que pronto tendría noticias mías, a lo que él asintió con una sonrisa plena de felicidad tan bobalicona que estuve en un tris de borrarla de la cara a base de hostias, pero me contuve y salí de su despacho sin armar ningún alboroto. Ya habría tiempo para eso.

EL DÍA DE LA MUERTE DEL MENDIGO



Caía la tarde y Tomás se acercó a lo que en la última semana había sido su residencia habitual, el cajero de una entidad bancaria situada no muy lejos de la Plaza de Jado, cerca de la Gran Vía de don Diego López de Haro, donde tenían su asiento las más importantes entidades financieras de la villa que fundó el Señor de Bizkaia que daba nombre a la calle. Era un cajero espacioso, con una máquina normal y otra de esas multiusos, en la que era posible, además de sacar dinero, comprar entradas para el cine, el teatro o incluso algún ballet, aunque a Tomás eso le era completamente indiferente. Hacía mucho tiempo que conceptos como cine, teatro o danza estaban muy alejados de su existencia. Su auténtica realidad era ésa, el cajero en el que dormía todas las noches y cuyo tamaño era suficiente para albergar los cartones que le servían de lecho, su tetrabrik de Don Simón y las escasas pertenencias que conservaba, entre ellas un pequeño transistor, algunos libros, reminiscencias de una vida que quizás en otra época fue diferente, un hatillo con ropa y unas botas de monte que un alma caritativa le regaló, aunque jamás en su vida había pisado un monte.

Con satisfacción comprobó que todavía no estaba cerrado el local. Últimamente los cabrones de los banqueros, bancarios o como cojones se llamaran, habían cogido la costumbre de bloquear las puertas cuando ya declinaba la tarde para impedir, precisamente, que la gente como él se refugiara en ellos. ¡Jodidos burgueses!, pensó. Mientras por una parte ellos disfrutaban de la placidez de un hogar, bien calentitos, seguramente tomando una copa de coñac sentados en una butaca orejera y leyendo un buen libro o viendo un documental sobre la sabana africana en una gigantesca televisión de plasma, por otra impedían que los más pobres entre los pobres pudieran cobijarse de la intemperie poniéndoles, cada día que pasaba, nuevos impedimentos. Afortunadamente en esta ocasión él había sido más rápido y

había conseguido introducirse en el cajero antes de que se bloqueara la entrada.

Lo más curioso es que él había sido uno de esos burgueses, y de los más rapaces e implacables, aunque esa información había desaparecido hacía mucho tiempo ya de su cerebro, derrotada tanto por el alcohol como por algún mecanismo de autodefensa surgido en su interior para aventar los recuerdos más dolorosos. Él ya no era consciente, pero en una vida anterior, casi podría decirse que en una reencarnación anterior, había disfrutado del último modelo de BMW, de una casa con todas las comodidades que ofrece la tecnología más avanzada, una secretaria que conocía perfectamente su oficio y otra, u otras, que no necesitaban conocer ese oficio ni ninguno de los que se enseñan en el sistema educativo porque tenían todo lo que un hombre en plenitud de sus facultades físicas y sexuales podía desear, así como una Visa con la que podía gastar sin límite alguno. Todo iba bien hasta que un día descubrió que aún le quedaba algo de conciencia, y ahí se jodió todo.

Se supone que en esos másteres de Negocios y Dirección de Empresas cuyos profesores son todos titulados por Harvard o Cambridge y han trabajado en Wall Street o de asesores de multinacionales, lo primero que te hacen es extirpar de raíz, de un modo incluso brutal, cualquier atisbo de conciencia que aún tengas, por pequeño que sea. En caso contrario, te enseñan amablemente la puerta de salida mientras con un entrüstecido movimiento de cabeza te dicen que es una pena, pero no vales para el mundo de los negocios. Y en el fondo, aunque ése no sea precisamente el motivo por el que te expulsan, te están haciendo un favor. Alguien con escrúpulos, con ética, no tarda en acabar devorado por las fauces de los tiburones que se manejan en ese mundo con el “todo vale” por divisa. Y Tomás no sólo no fue expulsado del máster, sino que fue el primero de su promoción.

Algo, sin embargo, debió fallar en la reprogramación que de su cerebro efectuó aquella prestigiosa Escuela de Negocios porque muchos años después, cuando estaba en la cúspide de su carrera, la educación que había recibido en el seno de su familia y en el colegio religioso al que le enviaron sus padres afloró inesperadamente y empezaron a surgirle algo así como escrúpulos de conciencia. Siempre había pensado que Pepito Grillo, el fiel escudero de Pinocho, era el más lamentable y aborrecible de los personajes no sólo de la literatura infantil, sino de la literatura universal en general, pero en aquellos momentos sintió como si tuviera pegado a su lado a un Pepito Grillo personal. Y eso no fue lo peor, lo peor fue que comenzó a hacerle caso.

Sabía que ese cambio de actitud sólo podía llevarle al desastre y no se equivocó. No sólo fue despedido del consorcio en el que trabajaba, degradado como un cadete de West Point que ha declarado ingenuamente haber leído “*El capital*”, sino que pronto comprendió que tanto su vida como la de su familia corrían peligro. Sus antiguos jefes y colaboradores eran implacables y jamás perdonarían su debilidad y su defección, y en ese mundo sólo había una pena para los traidores, la de muerte, que debía ejecutarse a la mayor brevedad posible.

No había lugar en el que esconderse. Ningún sitio, barrio, villorrio, ciudad, región, país o continente era lo suficientemente discreto o inaccesible para que no le encontraran. Sabía que antes o después lo harían, la mano de sus antiguos jefes y compañeros se extendía por todo el mundo, y cuanto más tarde lo hicieran más dolorosa sería su muerte, como castigo por haberles hecho perder el tiempo que, en su caso, sí era oro o, mejor dicho, dólares, euros y acciones de las compañías internacionales más importantes y solventes.

Su gran error fue pensar que la venganza de sus exjefes y excompañeros se dirigiría contra él en persona, no contra su familia. Ahí fue donde se quebró y el ejecutivo que había amagado con comerse el mundo dio paso, casi sin solución de continuidad, al indigente que no recordaba su pasado, ni siquiera estaba seguro de que Tomás fuese su verdadero nombre, y sobrevivía a base de limosnas y vino peleón. Sus compañeros de infortunio sospechaban que en el pasado había sido un tío culto, porque le gustaba leer, pero él ni lo afirmaba ni lo negaba. Toda su vida anterior se había borrado y en ocasiones, cuando pensaba en ello y le venían algunos destellos del pasado, intuía que seguramente era lo mejor que podía haberle ocurrido.

Aquella era una de esas noches en las que, sin saber por qué, un halo de tristeza y nostalgia le envolvía, pero pronto dejó de pensar en ello sumergido, como estaba, entre sus tinieblas alcohólicas y retornando a la realidad tomó posesión, como había estado haciendo todos los días de la última semana a esa misma hora, de lo que se había convertido en su vivienda habitual desde que por una serie de circunstancias que no recordaba muy bien, decidió abandonar el cajero que había ocupado anteriormente junto a la plaza de Indautxu. Tras colocar los cartones que le iban a servir de cama, abrió el brik de vino y le pegó un largo trago. Tendría que racionarlo si no quería acabárselo enseguida, aunque eso tampoco le importaba lo más mínimo. Normalmente, tras beberse uno entero, se sumía en el más profundo de los

sueños y no se despertaba hasta que algún chupatintas de la sucursal llegaba allí para abrirla al público. Se limpió la boca con la manga de la camisa y con unos ojos enrojecidos y empequeñecidos por el alcohol se puso a contemplar a los transeúntes que cruzaban por delante del cajero: hombres y mujeres satisfechos de sí mismos, ellos encorbatados y ellas recién salidas de la peluquería; niños y niñas que, acabadas ya las clases, no tenían prisa por llegar a sus domicilios, en los que les esperaba un buen hatajo de tareas escolares; ancianos recién salidos de la tercera edad y que ya estaban por la cuarta o quinta, acompañados por señoras de inequívocos rasgos sudamericanos que les aferraban fuertemente de sus brazos, para que no se cayeran y se dieran de bruces contra el suelo, o negros vestidos con estrafalarias y coloridas túnicas que ofrecían a los viandantes su surtido catálogo de pulseras, collares, relojes o discos, bueno, ya no se llamaban discos, cederrones, devedés o algo así, con los más recientes éxitos de los cantantes de moda o las películas que acababan de estrenarse en los escasos cines que aún se mantenían abiertos en la ciudad.

Muchos de los honestos ciudadanos que le veían desde fuera del cajero, a través de los cristales que le separaban de la acera, le miraban con cara de asco y repugnancia, sobre todo si le veían dándole un trago al cartón de vino peleón, pero hacía ya tiempo que esa actitud dejó de dolerle. Al principio sí, al principio, cuando su mente aún le decía entre brumas que había sido un tío importante, respetado y temido por todo el mundo, era extremadamente susceptible al desprecio que podía adivinarse en los rostros de la gente, pero ahora había superado ya esos últimos vestigios de vergüenza burguesa y lo que pensaran de él se la traía floja.

Haciendo, por tanto, caso omiso al rechazo de sus conciudadanos, Tomás se acurrucó sobre los cartones que estaban ya extendidos como a él le gustaba y, sin dejar de dar un tiento que otro a la caja de vino, sacó de la mochila que siempre llevaba consigo unas cuantas novelas. Cogió una al azar, en el fondo le daba igual, se las sabía todas de memoria, como el personaje de una novela de ciencia ficción que había leído en sus tiempos de estudiante, una extraña pero hermosa novela en la que los bomberos se dedicaban a quemar libros en lugar de apagar incendios y los seres humanos (al menos los seres que seguían siendo humanos, cualidad que él ya no estaba muy seguro de compartir con los personajes de la novela) se aprendían de memoria su contenido para poder transmitirlos a las siguientes generaciones y que de ese modo no cayeran en el olvido. Tomás era consciente de que

había perdido todas las posibilidades de transmitir algo a una nueva generación, pero aún así, y pese a sabérsela de memoria, volvió a leer la novela que había escogido, desde la primera línea a la última, mientras los viandantes que le observaban a través de la amplia cristalera que le separaba del mundo, cada vez con más dificultad porque estaba oscureciendo, pensaban que su bobalicona sonrisa se debía, seguramente, al alcohol ingerido, no a que disfrutara con la lectura.

Había transcurrido ya un buen rato desde que la lluvia decidió hacer compañía a la noche, por lo que no se veía mucha gente por la calle y los escasos transeúntes que aún no se habían refugiado en sus domicilios o en algún bar caminaban corriendo para no mojarse, sin fijarse en el cajero automático ni en su ocupante. Aunque hacía tiempo que Tomás no usaba reloj, comprendió que había llegado el momento de descansar y sumergirse en un sueño reparador que le permitiera abandonar, aunque sólo fuese por unas horas, su triste realidad. Sabía que cuando se despertara seguiría siendo un mendigo, un indigente, parte de la escoria social que los ciudadanos bienpensantes rechazaban, pero mientras dormía sus sueños volvían a hacerse realidad y por unas horas era lo que había querido y llegó a ser antes de que esos estúpidos escrúpulos de conciencia le arrastraran al fango: el más alto, más guapo y más fuerte de todos, el que se llevaba de calle a las chicas e invitaba a copas a todo el mundo, el gran triunfador. En sus sueños esos escrúpulos de conciencia no aparecían por ningún lado, quizás por eso seguía siendo un hombre de éxito. Afortunadamente, aunque él no era consciente de ello, cuando despertaba su embotada mente no recordaba nada de lo soñado y podía continuar, sin pesares de ningún tipo, su miserable existencia de indigente.

Pese a tener un sueño profundo y a estar abotargado por culpa del vino ingerido, un sexto sentido le alertó de la presencia de personas extrañas. Entreabrió los ojos, intentando adivinar qué cojones querían los intrusos. No creía que fuesen clientes de la entidad, necesitados repentinamente de sacar dinero con su tarjeta. De hecho, su experiencia le indicaba que cuando alguien se acercaba al cajero, a ése o a cualquiera de los que habitualmente servían de refugio a otros “personajes” como él y veían que estaban ocupados por indeseables que dormitaban en su interior optaban por no entrar, tal vez por temor a ser asaltados, y se iban en busca de algún otro que estuviese libre de presencias molestas.

Tal vez se tratara de alguien que quería pasar la noche en el cajero. En

alguna ocasión ya había ocurrido, pero quien lo intentó tuvo que salir de allí arrastrándose con el rabo entre las piernas. Aunque llevaba poco tiempo en su interior, para evitar problemas, se había cerciorado de que no tenía “propietario”, así que podía considerar, legítimamente, que ése era su cajero, su territorio, y no estaba dispuesto a aguantar que un desconocido intentara colarse sin permiso y apropiárselo. Farfullando toda la retahíla de insultos y procacidades que le vinieron a la cabeza se esforzó en levantarse para enfrentarse a los recién llegados, pero las piernas le fallaron y cuando estaba a medio levantar se cayó nuevamente al suelo. Aunque quizás no le fallaron las piernas, no estaba tan borracho pese a haberse bebido entero un cartón de vino. Cuando su cuerpo se estrelló contra las baldosas del cajero comprendió que alguien, uno de los intrusos, le había puesto la zancadilla.

No le dio tiempo a protestar porque antes de poder abrir la boca notó cómo un montón de piernas le golpeaban indiscriminadamente todas las partes de su cuerpo que se encontraban a tiro. Las piernas, el estómago, la cabeza, los testículos. Sin poder evitarlo se percató de que sus esfínteres se habían abierto para descargar, en forma de excrementos, el pánico que le estaba atenazando. Unos lagrimones empezaron a recorrerle la cara mientras vomitaba todo el alcohol y la escasa comida que había ingerido hacía pocas horas.

Intentó decir que le dejaran en paz, que no les había hecho nada, que enseguida se iba y les dejaba el cajero para ellos solos, pero no pudo hacerlo, su boca no fue capaz de emitir sonido alguno. La poca consciencia que le quedaba tras recibir la paliza le permitió comprobar, casi entre nebulosas, que sus atacantes eran cuatro hombres de raza negra. No lo entendía, siempre se había llevado bien con ellos, nunca le habían generado problemas. Siempre se habían respetado mutuamente, quizás debido a la solidaridad que a menudo se establece entre los desheredados de la tierra. Abrió su boca, en un postrer esfuerzo por explicarles que se equivocaban, que él no era el enemigo, pero en lugar de palabras lo que surgió fue un torrente de sangre que ensució los zapatos usados que, esa misma mañana, le había regalado un alma caritativa.

En cierto modo tuvo suerte, porque se quedó inconsciente antes de que los agresores le echaran un bidón de gasolina por encima y le prendieran fuego.

Con las llamas se acabó todo para Tomás, sus sueños y sus pesadillas, sus ilusiones y su realidad, lo que era, lo que fue y lo que habría podido ser, su vida como ejecutivo implacable y su vida como sin techo irredento. Sólo

quedó un cadáver totalmente calcinado, un cadáver que, si hubiese podido mostrar alguna expresión, habría mostrado un gesto de impotencia absoluta y, sobre todo, de sorpresa y desconcierto.

SESENTA DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO

Antes de coger el ascensor que le llevará hasta el domicilio del objetivo, Vladimir, que nunca se ha llamado así, mira la fotografía de Nadja y los mellizos que siempre lleva en su cartera, mientras sonríe tristemente pensando que quizás sea ése su único punto vulnerable.

Cuando abandonó Europa acompañado por la hermosa prostituta búlgara pensaba que, simplemente, la usaba de tapadera. A nadie se le habría ocurrido pensar, en el mundo en el que hasta ese momento había vivido, que un lobo solitario como él fuera capaz de encadenarse permanentemente a una mujer. Ni siquiera lo había pensado el propio Vladimir, por eso le pareció un buen plan. Y sigue pareciéndoselo, ya que hasta el momento ha funcionado a la perfección. De hecho, si no hubiese sido por esa llamada desesperada del extraño detective bilbaíno llamado Goiko, no se habría movido del apacible país sudamericano en el que es un importante, aunque prácticamente desconocido, hombre de negocios.

Y sin embargo sí que falló algo en ese plan tan elaborado en el que no cabía el menor resquicio, porque Nadja dejó de ser una compañera necesaria de fuga para convertirse en una necesaria compañera de vida. Cómo dio ese paso ni siquiera él mismo lo sabe, pero es un hecho, y si algo le ha enseñado su viejo oficio es que los hechos son irrefutables y hay que contar con ellos si uno no quiere estrellarse contra un muro o algo peor. Luego, la llegada de los mellizos le dio la puntilla, por usar una curiosa expresión que aprendió en España. Jamás se había planteado tener hijos. Ni siquiera rechazaba conscientemente la idea, simplemente ese pensamiento nunca cruzó por su cabeza. Cuando te has criado en un destartalado orfanato rumano de los tiempos de Ceausescu y has visto morir allí a tu hermano, el simple hecho de formar una familia propia no es que te repela, es que está a millones de años luz de tus intereses, sentimientos y planes. Pero algo se torció en el camino,

porque ahora no puede evitar sonreír mientras procede a guardar la fotografía en la cartera.

Sí, asiente en silencio, no he perdido facultades, pero tener una familia puede volverme vulnerable, éste será mi último trabajo. De hecho ni siquiera puede decirse que sea un trabajo en sentido estricto, porque no va a cobrar por ello. Podría llamarlo favor, seguramente es más adecuado. Y cuando haya acabado ese extraño favor que va a hacerle a Goiko regresará a su país de adopción y, esta vez sí, se olvidará para siempre de su pasado y reemprenderá esa nueva vida que se ha forjado, que se han forjado juntos. Quién sabe, quizás lo que le depare el futuro sea jugar en el jardín de su mansión caribeña con unos nietos que se pasarán todo el día alborotando mientras escuchan, entre escépticos y divertidos, las batallitas que les cuenta el abuelo. Pero de momento tiene una tarea que realizar y la va a hacer como lo ha hecho siempre, con eficacia y minimizando los riesgos.

En esta ocasión, piensa, no parece que el asunto vaya a ser complicado, lo que no significa que pueda confiarse, ése es el primer paso para acabar en la cárcel o el cementerio. La mujer a la que tiene que liquidar no es, precisamente, una fanática de las medidas de seguridad. Las tiene, y en realidad más que la mayoría del común de los mortales, pero son las mínimas que casi por obligación se prescriben a los altos ejecutivos de la *city* londinense. Seguramente las acepta porque van con el contrato, al igual que el sueldo millonario y los bonos convertibles en acciones, pero apenas les concede la menor importancia. Además, esas medidas no se han endurecido tras la muerte de lord Melrose of Whatsonshire, lo que es bueno para él, porque significa que aún nadie sospecha qué es lo que está ocurriendo. Quizás después de hoy alguien empiece a relacionar las dos muertes, aunque duda que en Scotland Yard, o en cualquier otra policía del mundo, no es su intención denigrar a los competentes detectives británicos, haya alguien capaz de hacerlo con tan escasos datos, pero en el caso de que eso ocurriera tan sólo le obligaría a extremar un poco más las precauciones en el futuro, aunque tan sólo un poco. Mientras sepa lo que tiene que hacer y cómo tiene que hacerlo, no va a sufrir ningún problema.

Cuando el ascensor se posa suavemente en la planta adecuada saca nuevamente una fotografía de su cartera, pero en esta ocasión quien le sonrío desde el satinado papel reproductor no es ningún miembro de su familia, sino Janet Campbell, la mujer a la que tiene que matar. Lo que puede ver en la fotografía le agrada. Se trata de una mujer joven y guapa, pero eso no le da

ninguna pena, hace años, muchos años, que aprendió a disociar sus sentimientos de su trabajo. Aún así no puede evitar cierta sensación de extrañeza al pensar que alguien como ella ha tenido que recurrir a los servicios de una agencia de citas para pasar con un hombre la noche, o el tiempo que estime conveniente, hasta ver satisfechas sus apetencias sexuales. Seguramente no lo hace por imposibilidad de conseguir uno utilizando los métodos tradicionales, sino por comodidad, por ser algo más rápido, discreto y eficaz. Un rato de placer y desahogo y hasta nunca, compañero. En el fondo es el mismo caso que el tío que se va de putas, ni más ni menos. Además, él no se considera legitimado para juzgar a nadie. Aunque seguramente si se lo dijera a alguien que conociera su oficio no le creería, su lema siempre ha sido ése de “vive y deja vivir”. Excepto cuando le pagaban por matar a alguien, pero en ese caso el tema era otro, ahí entraba en juego su profesionalidad, su manera de ganarse la vida, y eso estaba por encima de cualquier otra consideración.

En realidad, la circunstancia de que haya contratado a un chico de compañía, un prostituto, sin eufemismos, le ha venido muy bien. Cuando ha interceptado la llamada a la agencia ha sabido inmediatamente lo que tenía que hacer. Dentro de cinco horas el joven guaperas y ultrahormonado que se dirija al domicilio de Janet, con el fin de hacerle pasar un rato agradable, se despertará, seguramente en la cama de un hospital en el caso de que algún alma caritativa haya decidido auxiliarle, con un fortísimo dolor de cabeza, sin recordar nada de lo ocurrido y con su carrera como gigoló arruinada. Eso en el mejor de los casos. Por eso es Vladimir quien en esos momentos está saliendo de ese ascensor, tan veloz como silencioso.

Vuelve a mirar la fotografía de la mujer y piensa que es muy apetecible. ¿Y si primero hiciera el trabajo para el que supuestamente ha acudido hasta su domicilio y luego le diera el pasaporte? Sonríe pensando que más de uno, en esa tesitura, no lo dudaría ni un momento, pero ésa es precisamente la gente que dura poco en este negocio, la que no sabe distinguir entre el trabajo y el placer.

Cuando llama suavemente a la puerta, siguiendo al pie de la letra las instrucciones que Janet Campbell ha dado a la agencia, no tarda ni unos segundos en abrirse. Observa cierta sorpresa en la expresión de la mujer. Seguramente se esperaba alguien más joven, pero tras evaluar en décimas de segundo las posibilidades que ofrece, al menos las que están a la vista, sonrío y le invita a pasar. Aún no le ha dado tiempo a ofrecerle una copa cuando

Vladimir extiende los brazos hacia su cuello.

–Eres un impacientes, ¿eh? ¿No puedes esperar ni un segundo? –le dice ella, con los ojos brillantes de deseo.

No se ha dado cuenta de que entre sus manos sujeta un finísimo hilo de acero. Posiblemente tampoco se habrá dado cuenta de lo que ha ocurrido antes de caer al suelo, muerta. El hilo de acero se ha hundido en su garganta y, sin que le haya dado tiempo para oponer la más pequeña resistencia, la vida le ha abandonado.

No le gusta dejar ningún cabo suelto, por eso recorre toda la estancia escudriñando hasta el último rincón. Cuando comprueba que no hay nada, grabaciones, cintas de audio o vídeo, huellas o señales de cualquier tipo, que pueda delatar lo que acaba de ocurrir, salvo la misma existencia del cadáver, se aleja de la casa con tranquilidad. Sabe que nadie le reconocerá, que nadie se acordará de él. En el futuro la muerte de Janet Campbell sólo será un número más, ni siquiera un nombre, en la estadística de los casos de asesinato sin resolver.

Y ni siquiera le ha hecho falta dejar un *pendrive* en el bolsillo de la muerta, como en el caso del reputado miembro de la Cámara de los Lores. El despacho de Janet Campbell está lleno de ellos. Tan sólo se ha limitado a vaciarlos.

SIETE DÍAS ANTES DE LA MUERTE DEL MENDIGO

Cuando salí del despacho de Sánchez-Ávila conté el dinero que había en el sobre que me había dado el letrado. Mi ojo clínico tampoco me había fallado en esa ocasión, tres mil euros como tres mil soles, totalmente libres de impuestos ya que, en contra de lo que sería mi deber cívico, no pensaba presentarme en la Hacienda Foral para declarar ese ingreso extraordinario que acababa de llegarme tan inesperadamente. Además, ¿bajo que epígrafe lo incluiría? Que yo supiera no había ninguno específico para asesinatos por encargo. Como mucho, y en caso de existir ese apartado en los conceptos de ingresos profesionales como suele ocurrir en las encuestas, tendría que aparecer en el de “otros” o “varios”. El mejor modo, por tanto, de sortear esa duda vital era no comunicárselo a las autoridades fiscales. Además, no había contrato, no había papeles, no había nada de nada. Tan sólo nuestra “palabra de vascos”. Un simple apretón de manos y ya estaba sellado el destino de un pobre infeliz que ni siquiera tenía un colchón sobre el que reposar durante las frías noches invernales de la ciudad.

Mientras decidía qué hacer con ese dinero que ni me había ganado aún, ni tenía la menor intención de ganármelo, me acerqué hasta el cajero en el que, según las indicaciones del abogado que acababa de contratarme, pasaba sus noches el hombre al que se suponía que tenía que matar. Aún era pronto para que se hubiese instalado con sus cartones y el resto de la parafernalia al uso, pero no necesitaba verle. Desgraciadamente esa imagen, la de un sin techo que se acurruca en el interior de un cajero para resguardarse de las inclemencias del clima y, sobre todo, de la mirada despectiva de sus conciudadanos, era cada vez más frecuente, no sólo en Bilbao sino en la práctica totalidad de las ciudades que había visitado últimamente. La crisis, la jodida crisis, o eso era al menos lo que podía leerse en la prensa y escucharse en los informativos radiofónicos y televisivos. Sólo que no es lo mismo oír

hablar de ella, como algo aséptico e impersonal, que contemplar a una persona con brazos, ojos, piernas, y quizás sueños, aunque éstos no puedan verse, que extiende ante ti unos mugrientos cartones para dormir, ya que no posee un lecho cálido en el que hacerlo.

Al parecer me estaba reblandeciendo con el paso de los años, es lo que tiene llegar a la cincuentena. Pensándolo bien lo mejor sería alejar de mi mente esos pensamientos. Ya tenía edad más que suficiente para comprender que es imposible arreglar los males de este mundo cabrón y traicionero y no iba a estar todo el puto día derramando lágrimas por las personas que no disponían de lo suficiente para vivir con un mínimo de dignidad. Si lo hiciera todo Euskadi acabaría anegada por las aguas y habría contribuido a eso del calentamiento global, de modo que alejé de mí esos sentimientos tan solidarios como inútiles y escasamente ecológicos y decidí centrarme en el encargo que me había hecho Sánchez-Ávila.

Obviamente no pensaba realizar el trabajo encomendado, por lo que podría considerarse una temeridad haberlo aceptado. La verdad es que no sé por qué dije que sí, ya que en todo momento fui consciente del lío en el que me estaba metiendo. En mi favor puedo decir que desde que me lo ofreció mi vida ya estaba en peligro. Una negativa no hubiese sido recibida de muy buen grado, con toda seguridad, y de este modo aún contaba con cierto margen de maniobra. En cuanto a lo de aceptar el dinero, pues sí, quizás no fuese una acción muy digna, la inmensa mayoría de los detectives de ficción habrían reaccionado lanzando airados el sobre al rostro del abogado, pletóricos de dignidad, mientras decían eso de que “no todo se puede comprar en la vida”. Bueno, pues seguramente tendrían razón, no todo se puede comprar, de hecho a mí no me habían comprado, pero eso de quitarle tres mil euros a un hombre que no se inmutaba lo más mínimo mientras daba las órdenes pertinentes para matar a un ser humano no me produjo ningún dilema moral, las cosas como son.

Que me hubiese hecho esa oferta no dejaba de ser sorprendente. Es cierto que jamás he sido un santo, pero tampoco un delincuente ni, mucho menos, un matón. Supongo que la mala fama que arrastraba desde hacía lustros en la comunidad jurídica de mi ciudad, unido al hecho de las circunstancias que originaron mi primer encuentro con el abogado podía llegar a explicarlo. Pero en esos momentos, al menos para mí, había un hecho aún más sorprendente. ¿Por qué querría Sánchez-Ávila o, con toda seguridad, alguno de sus clientes, matar a un pobre desgraciado? ¿En qué podía haberles

agraviado? Hasta que no hablara con el interesado no obtendría ninguna respuesta, y eso en el dudoso caso de que el tipo se dignara dirigirme la palabra, pero mientras tanto decidí recabar la máxima información posible sobre él. Entré en el cajero y oteé tras los cristales que le separaban de las oficinas, comprobando que en éstas apenas había actividad. Quizás se debiera a la hora o quizás a la crisis, pero confiaba en que la placidez del momento me facilitara lo que tenía intención de hacer.

Aún conservaba un carné de prensa falso que en ocasiones me servía para acceder más fácilmente a las confidencias de la gente, parece mentira pero a la mayoría de nuestros conciudadanos les encandila eso de que su nombre aparezca impreso en un periódico. Y aún les encandila más si salen hablando por televisión, pero eso requiere llevar encima un material mucho más engorroso, así que cuando me hago pasar por periodista me limito a decir que pertenezco a la plantilla de algún diario de tirada provincial o nacional, según los casos. En aquella ocasión le expliqué al director de la sucursal que estaba trabajando en un reportaje sobre la gente que vivía en la calle y deseaba saber su opinión ya que, en cierto modo, podía decirse que una de esas personas era inquilino suyo. El hombre aceptó hablar conmigo sin poner la menor objeción, se ve que eso de pasarse toda la mañana sin poder vender un miserable bono basura a algún incauto le tenía más que aburrido, aunque añadió que era muy poco lo que podía decirme.

–Nuestro “inquilino”, como usted le ha llamado, no firmó con nosotros ningún contrato de arrendamiento –me dijo sonriendo. Si era tan ingenioso con los clientes como intentaba serlo conmigo, le auguraba un buen futuro, seguramente no tardaría mucho en llegar al Consejo de Administración de la empresa–, así que apenas sé nada sobre él.

Estuve tentado de igualarle en eso del ingenio y decirle que si no sabía nada “sobre él” quizás supiera algo “bajo él”, pero en el mejor de los casos no entendería el sutil matiz lingüístico del comentario, los bancarios, ya se sabe, no son hombres de letras sino de ciencias, y en el peor podría tomárselo como un chiste homófobo, así que me reprimí y me limité a preguntarle si era cierto lo que me había dicho mucha gente, que el mendigo que usaba su cajero para pernoctar era violento y conflictivo.

–¿Eso le han dicho? –me preguntó sinceramente extrañado–. Pues no me lo explico, la verdad es que nunca me ha dado esa impresión. Entiéndame, tener a alguien durmiendo en el interior de nuestros cajeros no deja de ser una molestia, sobre todo para los clientes que, en ocasiones, no se animan a entrar

en él por miedo o, más habitualmente, por repugnancia, pero tampoco es un problema tan grave. La gente ya no se atreve a sacar dinero por las noches, estén ocupados o no los cajeros por algún indigente. No les tienen miedo a ellos sino a los atracadores, a toda esa patulea de inmigrantes, rumanos, moros, sudacas que no sólo han venido aquí a quitarnos el, trabajo –la verdad es que no me imaginaba a un desgraciado que acababa de llegar en una patera asumiendo el puesto de director de una sucursal bancaria, pero si él estaba convencido de ello, sus razones tendría–, sino también a robarnos y violar a nuestras mujeres. Esos son los que de verdad obligan a las buenas gentes del país a quedarse en su casa por miedo, no los mendigos. El hombre que duerme todas las noches en nuestro cajero no tiene nada que ver con esa gentuza, se le ve educado y nunca se mete en líos. Quién sabe, quizás perdió su trabajo y su familia por culpa de algún inmigrante y eso le ha llevado a su estado actual.

–Entonces, ¿nunca le ha visto enfrentarse o pelearse con nadie? –le pregunté, haciendo caso omiso a su lección de sociología barata.

–No, nunca, y tampoco nadie me ha comentado nada a ese respecto. Debe tener en cuenta que habitualmente llega cuando la sucursal ya está cerrada, así que es muy poco tiempo el que coincidimos con él, tan sólo algunas mañanas en las que aún sigue aquí cuando llegamos al trabajo.

Me despedí de él dándole las gracias efusivamente. Estuve tentado de desearle mucho éxito en sus intentos por convertirse en un émulo de Le Pen en Euskal Herria, pero opté prudentemente por no hacerlo, nunca se sabe cómo puede reaccionar una persona como ésa ante un inocente sarcasmo, así que tras despedirme de él, y con su aquiescencia, procedí a hablar con el resto de los empleados que me dijeron, más o menos, lo mismo que el director. El hombre al que me habían encargado matar no era un tipo violento ni conflictivo, ni siquiera excesivamente molesto pese a ocupar, por unas horas, parte del mobiliario de la entidad. Tan sólo hubo uno que me dijo que creía conocerle de cuando estuvo destinado en la central de la entidad ubicada, como no podía ser menos, en la Gran Vía bilbaína, pero él mismo admitió, tras comentármelo, que seguramente estaría equivocado.

–Supongo que será uno de esos casos de parecido entre personas. Se dice que todos tenemos un doble en alguna parte, ¿no? –añadió sin necesidad de que yo le estimulara para seguir hablando–, porque el hombre que yo recuerdo no tiene nada que ver con el que pernocta en nuestro cajero. Él era todo un ejecutivo, un auténtico señor de Bilbao, siempre bien trajeado aunque

con discreción, con un corte de pelo impecable y la barba perfectamente rasurada. Es imposible que se trate de la misma persona, pero la verdad es que, como le he dicho, el parecido es extraordinario.

Le dije que seguramente tenía razón aunque mi experiencia me decía que eran más susceptibles de ser asesinados los altos ejecutivos que habían llegado a la cúspide tras dejar un montón de cadáveres a sus pies que un infeliz que dormía todas las noches arrojándose con cartones, pero también es cierto que los ejecutivos caídos, en el caso de que mi objetivo lo fuera, ya no despiertan los celos ni las envidias de nadie, y mucho menos de un abogado de esos que juega al golf con el propio ministro de Hacienda, llegado el caso.

Como aún tenía mucho tiempo libre, ya que el bar estaba perfectamente atendido por mis empleados que, como suele ocurrir, seguramente trabajarían más felices sin la atosigante presencia del jefe, y hasta dentro de una semana no vencía el plazo para cumplir el encargo de enviarle al otro barrio, decidí hacer un estricto seguimiento de sus actividades. Y para ser completamente sincero, tengo que confesar que fue uno de los periodos más aburridos no ya sólo de mi trabajo como detective sino de mi vida en general. El hombre al que me habían encargado matar llevaba una existencia de lo más anodina, dentro de lo que puede ser una vida como la suya. Cuando la sucursal se abría y empezaban a llegar los empleados y clientes, recogía su petate y se ponía a deambular por la ciudad. En ocasiones se acercaba a la puerta de alguna iglesia y se sentaba sobre el frío suelo, con la mano extendida y la esperanza de que alguna viejuca, cuya pensión seguramente no le llegaba para comer caliente todos los días, se apiadara de él y le diera unas pocas monedas, pero en un par de ocasiones tuvo que abandonarla acosado por otros mendigos a los que no les agradaba que un extraño les robara la clientela. El director de la sucursal bancaria habría disfrutado contemplándolo, ya que los mendigos que no querían intrusos en su territorio eran de origen rumano. Luego, a eso del mediodía, solía acercarse a un comedor social regido por una congregación religiosa, en la que no estoy muy seguro de si alimentaba su alma, pero al menos nutría su cuerpo. Después, continuaba deambulando por la ciudad. En algunas ocasiones se juntó con algún que otro compañero de infortunios, con el que compartió el brik de vino que acababa de comprar en el “eroski” más cercano y por fin, cuando declinaba el día, se acercaba al cajero de Indautxu y se disponía a dormir, quizás soñando con tiempos más felices.

Lo único atípico que observé en él fue que cuando cruzaba junto al

escaparate de una librería o de una tienda especializada en teléfonos móviles y todo tipo de artilugios técnicos siempre pegaba las narices en el cristal, como si examinara las últimas novedades aparecidas en el mercado. Luego, al cabo de unos segundos, moviendo tristemente la cabeza como si fuera consciente de que los placeres que había tras esos cristales le estaban tan vedados como el pegarse una cena en el mejor de los restaurantes del país, retomaba su camino o, mejor dicho, volvía a deambular sin rumbo fijo por las calles de la ciudad.

Resumiendo, de su seguimiento lo único que saqué fue un ostensible desgaste de las suelas de mis zapatos y enterarme de dónde se podía comer gratis, lo que quizás me fuese útil en un futuro si, como en más de una ocasión vaticinaron algunas de mis amistades, yo también acababa sumido en la más negra indigencia. Pero continuaba sin saber por qué uno de los más prestigiosos letrados del país deseaba verle muerto.

Por una extraña asociación de ideas me acordé de Rafael Bizkarrondo, un veterano abogado curtido en mil batallas con el que había contactado hacía más de un año mientras investigaba la muerte de un antiguo miembro de ETA recién salido de la cárcel. Quizás pudiera echarme una mano ya que, a pesar de no ser muy apreciado, como he comentado anteriormente, entre los diversos y variopintos componentes del estamento jurídico, abogados, procuradores, fiscales, jueces y secretarios, de mi villa natal, con él mantenía una buena relación y confiaba en que, al menos, me cogiera el teléfono. En realidad no lo hizo directamente, sino su secretaria, pero cuando le dije quién era y que se trataba de un “asunto de vida y muerte” no tardó en pasarme con él, pese a que seguramente no se creyó la literalidad de mis palabras.

–Señor Goikoetxea, cuánto tiempo sin saber de usted –la voz profunda de Bizkarrondo retumbó a través del auricular–. ¿Qué le ocurre esta vez? ¿Acaso le han pillado en delito flagrante y necesita un buen abogado? –se rió ostensiblemente.

–Pues no exactamente, aunque sí que estoy pensando contratar un abogado. Me han recomendado a un tal Sánchez-Ávila, ¿qué opina usted? ¿Le parece una buena elección?

Durante unos instantes al otro lado de la línea sólo hubo silencio. Tanto, que incluso llegué a pensar por un momento que mi interlocutor había cortado la comunicación.

–¿Sánchez-Ávila? –dijo por fin, con lo que no era sino una pregunta retórica–. ¿Se refiere a Marcelino Sánchez-Ávila y Ribera de Osma?

–Sí, me refiero a ese Sánchez-Ávila. ¿Es que hay otro abogado con ese apellido?

–No, no, Sánchez-Ávila es único e irrepetible, pero no sé, no me lo imagino siendo su abogado.

–¿Por qué no? Puedo pagarle.

–Lo sé, señor Goikoetxea, lo sé, pero si admite un consejo, aléjese de él. Si necesita un buen abogado y comete la imprudencia de no contratar mis servicios –volvió a reírse pero, esta vez, con una risa floja–, puedo recomendarle unos cuantos que seguramente defenderán sus intereses con dedicación y eficacia, y hasta con total falta de escrúpulos si lo consideraran estrictamente necesario, pero hágame caso, aléjese de Sánchez-Ávila, no es una persona recomendable.

–No lo entiendo, por lo que me han dicho se trata de uno de los abogados más prestigiosos de Euskadi.

–Y lo es, señor Goikoetxea, lo es, sobre todo si medimos el prestigio por los centímetros cuadrados de moqueta de su despacho y los ceros a la derecha que aparecen en sus cuentas corrientes, pero créame, no es una persona recomendable. Es de esos abogados que raramente pisan un juzgado, de los que casi todo lo solucionan con una llamada telefónica.

–Bueno, eso no es tan malo –seguí la táctica de llevarle la contraria para que continuara hablando–, los mismos abogados suelen decir que siempre es mejor un mal acuerdo que un buen pleito.

–Así es, veo que ha hecho los deberes, detective, pero el caso es que Sánchez-Ávila nunca llega a acuerdos, siempre impone su voluntad. Por las buenas o por las malas. Y cuando digo “por las malas” no es una simple expresión retórica, no sé si me entiende.

Le había entendido perfectamente, pero le pedí que fuera más explícito.

–Estoy seguro de que sí me ha entendido, pero se lo voy a poner más fácil. Si es usted un yonqui que ha atracado una gasolinera, no recurra a él porque no le va a hacer ni puto caso, pero si tiene contactos con Tailandia para traer heroína desde ese país y distribuirla por todo Euskadi, puede estar completamente seguro de que le ayudará a blanquear sus ingentes beneficios. O si es usted el gerente de un club de carretera en el que se prostituyen unas cuantas mujeres jóvenes de origen eslavo o sudamericano, no se esfuerce en contratar sus servicios, pero si es el jefe de la organización que las trae engañadas desde sus países natales para ejercer entre nosotros el oficio más viejo del mundo, se dedicará en cuerpo y alma a proteger sus intereses.

Podría ponerle más ejemplos, pero creo que son suficientes. Ah, y otra cosa, querido amigo, esta conversación jamás ha existido. De hecho, de los registros de mi despacho ya ha sido eliminada la llamada que usted acaba de hacerme.

Sin decirme nada más cortó la comunicación. Bizkarrondo no era precisamente un tipo timorato, su historial así lo avalaba, incluso había sufrido en el pasado un atentado orquestado por grupos afines a los servicios de inteligencia españoles que querían darle un escarmiento por su colaboración con los presos de ETA, pero percibí miedo en sus palabras. Un miedo que acababa de transmitirme. Si se trataba de un hombre tan peligroso, seguramente no aceptaría de buen grado que le engañara aceptando su dinero y no cumpliendo con su encargo. Pero ya estaba hecho, y la alternativa más sencilla para salir indemne del asunto era darle matarile al indigente, cosa a la que no estaba dispuesto, así que no me quedaba más remedio que medir mis fuerzas con el untuoso de Sánchez-Ávila. Iba a ser un combate desigual, de eso estaba completamente convencido, pero no me quedaba más remedio que pelear. Lo único que podía hacer era utilizar mis propias armas y, a ser posible, en mi terreno. Y en esos momentos la mejor arma era, sin duda, la información. Por eso, lo tenía bien claro, si quería ir por delante del abogado lo más importante era averiguar el motivo por el que me había ordenado asesinar al mendigo.

Como parecía evidente que la llamada parte contratante no iba a decírmelo por mucho que insistiera en ello, mi única posibilidad era sonsacárselo a la futura víctima, por eso me aposté en un bar cercano al cajero automático en el que acostumbraba a pernoctar. Tuve que tomarme cinco cocacolas antes de abandonar mi guarida, ya que no era cuestión de entrevistarme con él atiborrado de alcohol, aunque con eso lo único que conseguí fue que el barman se pusiera nervioso, no debía ser nada habitual que un cliente al que no tenía fichado cometiera ese tipo de excesos. Afortunadamente antes de que se decidiera a llamar a la Ertzaintza el mendigo se acomodó en su cajero y salí del establecimiento. Por la calle transitaba ya muy poca gente, lo que favorecía mis intenciones. Sólo quería hablar con el tipo, pero aún así prefería que no hubiera curiosos contemplándonos.

Disponía de una tarjeta de esa entidad por lo que pude penetrar sin problemas en el cajero. El chasquido que se produjo al abrirse la puerta hizo que el mendigo se revolviere un poco al escucharlo, pero nuevamente se

acomodó mientras yo aprovechaba que estaba en su interior para sacar algo de dinero, concretamente dos billetes de cincuenta euros que extendí sobre su nariz, obligándole a estornudar y a despertarse.

–¿Es que ya no se puede ni dormir en paz? –me preguntó malhumorado–. ¿Se puede saber qué cojones está haciendo?

–Darle la oportunidad de ganarse cien euracos. No me diga que no le interesa –le respondí.

Para mi sorpresa, en sus ojos no apareció la señal de codicia que esperaba ver, sino más bien una actitud de intriga y extrañeza, como si le sorprendiera mi inusitada oferta, como si en lugar de aferrarse a lo que para él tendría que suponer un tesoro mayor que los escondidos en la cueva de Alí Babá, le interesara mucho más saber qué se escondía tras mi generosa proposición.

–¿A qué viene esto? Nadie va por ahí soltando dinero a cambio de nada –farfulló, con un sentido común y una clarividencia impropia en alguien de su condición.

–Y tiene usted razón, a cambio de estos cien euros que le ofrezco le voy a pedir algo. Algo muy fácil. Simplemente que charlemos. Eso es todo, un pequeño rato de conversación entre los dos.

–No entiendo de qué quiere hablar conmigo. No será periodista, ¿verdad? Porque si es así ya puede largarse con viento fresco. No habrá traído cámaras, ¿o sí? No me joda, coño, no me joda, váyase de una puta vez y déjeme en paz.

Mientras me decía eso, en sus ojos había aparecido no ya el miedo, sino el terror. ¿Sabría, quizás, que querían matarle? Pese a las procacidades que acababa de proferir se notaba que poseía cierto aire de mundo, cierta cultura. ¿Tendría que ver su caída con el motivo de que desearan asesinarlo? Y su rechazo a los periodistas y a las cámaras, ¿acaso era debido a un temor a ser reconocido?

–Tranquílcese –intenté calmarle del mejor modo que se me ocurrió–, no soy periodista y no le pienso grabar ni sacar una fotografía, no tiene que tener ningún miedo. Ya le he dicho que sólo deseo hablar con usted.

–¿Qué es entonces? ¿Un tío de esos de Cáritas o de alguna ONG? Pues si de verdad lo es y desea hacer algo por mí, lo tiene muy fácil. Con que se vaya de una puta vez hará de mí el hombre más feliz del mundo.

Las dos coberturas que pensaba utilizar, llegado el caso, la del periodista que estaba trabajando en un reportaje sobre los sin techo y la del voluntario

solidario con sus semejantes sumidos en la miseria y la desesperación, acababa de echarlas por tierra el hombre con el que quería hablar. Quizás lo mejor sería dejarme de atajos y decirle la verdad.

–No, no soy periodista ni miembro de ninguna ONG –admití–, pero quiero ayudarle.

–¿Y por qué tendría que ayudarme? –preguntó receloso–. No nos conocemos de nada.

–Lo sé, pero creo que le interesará hablar conmigo. Al parecer tenemos amigos comunes, aunque quizás la palabra “amigos” no sea la más adecuada para definirles.

Tras haberse pasado todo el día bebiendo vino peleón la mente del mendigo estaba abotargada, pero aún conservaba amagos de lucidez y posiblemente esa misma lucidez fue la que hizo aparecer de nuevo, en sus ojos, una expresión de miedo y recelo.

–Yo no tengo amigos –protestó débilmente.

–Pero quizás sí tenga enemigos.

El terror volvió a vislumbrarse en su rostro cuando escuchó esa última palabra, aunque intentó rehacerse y, tras mandarme a la mierda, me pidió que me largara y le dejara en paz.

–¡Cálmese! –procuré tranquilizarle, aunque sin mucho éxito–, ya le he dicho antes que quería ayudarle, y es la verdad. Su vida corre peligro.

Curiosamente no parecieron sorprenderle mis últimas afirmaciones, aunque intentó disimularlo con una nueva serie de improperios dirigidos a mi persona. Me dio la impresión de que no le salían de un modo natural, sino que estaba sobreactuando. Al comprobar que no quería colaborar conmigo le zarandeeé, en un postrer intento para que me escuchara y se diera cuenta de lo que le estaba diciendo, pero en lugar de conseguirlo lo que ocurrió fue que se puso a gritar pidiendo socorro.

Por la calle no pasaba nadie en ese momento así que le tapé la boca con mi mano, lo que le incitó a mordérmela. Aunque no llegó a sangrar me dolió un huevo, por lo que reaccioné de un modo instintivo dándole un par de hostias, tras las cuales cayó en redondo sobre los cartones que había distribuido en el cajero para que le sirvieran de colchón.

–Escúcheme con atención –le dije bastante irritado–, no sé quién es usted ni por qué se ha creado enemigos poderosos, pero le repito que todo lo que le he dicho es cierto. Su vida corre peligro. Alguien quiere matarle. Lo sé porque me han contratado para hacerlo.

Supongo que me expliqué mal o que en la atrofiada mente del mendigo sólo penetró el mensaje de que me habían contratado para matarlo, el caso es que se revolvió contra mí y me pilló con la guardia baja. Le había subestimado al ver su estado y eso pudo haber sido fatal, porque de repente me encontré con que de no sé dónde sacó una navaja y con una rapidez impensable en alguien que se encontraba en su estado de alcoholismo, me la clavó en todo el costado, para huir acto seguido. No tuve fuerzas para seguirle y menos mal que saqué las suficientes para coger el móvil y llamar al 112. Luego, me sumí en una profunda oscuridad de la que únicamente salí cuando ya estaba tendido en la cama del hospital.

DOS DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO

La convalecencia, salvo por el hecho de tener que aguantar durante la semana que estuve hospitalizado los cuidados que me proporcionaban las chicas heredadas de mi difunto amigo el proxeneta, no fue excesivamente dura. De hecho, en más de una ocasión estuve tentado de preguntarles si no tenían trabajo que hacer, pero conociendo la índole de su actividad profesional opté por callarme. Además, ya eran mayorcitas para saber no sólo lo que tenían que hacer, sino cuándo y cómo. Incluso hubo un conato de reconciliación con Lola, que al enterarse de lo que me había ocurrido se puso tierna y decidió visitarme en el hospital, pero cuando parecía que las cosas se iban arreglando vinieron a verme, en manada, las cinco pupilas de mi difunto amigo, preparadas ya para acudir inmediatamente al trabajo, y ahí volvió a joderse la cosa. Puedo comprenderlo hasta cierto punto, incluso es posible que yo hubiese actuado igual de haber estado en su misma situación. No lo sé a ciencia cierta porque nunca he sido mujer, pero intenté ponerme en su lugar y aproximarme a lo que seguramente estaba sintiendo, y lo entendía. Era ella la que, al parecer, no entendía que tenía un compromiso con las chicas, ya que para volver junto a mí me exigió que me desprendiera de esa enojosa herencia. Mucho más enojosa para ella que para mí, es de justicia admitirlo, aunque también es cierto que cada día que pasaba me sentía más incómodo en esa situación.

Le prometí que lo solucionaría, pero no me creyó y se marchó con un enfado mayor del que tenía antes de visitarme, pese a que intenté persuadirla de la firmeza de mis promesas, aunque ni yo mismo estaba seguro de poder cumplirlas porque, seamos sinceros, ¿cómo se desprende uno de unas mujeres que están convencidas de que eres un gran tipo que hará lo indecible para protegerlas? No es vanidad, bueno, quizás un poco sí, lo reconozco, pero no se trataba de un problema fácil de solucionar. De todos modos había dado

mi palabra, y cuando ponía en juego mi palabra me gustaba cumplirla. Sobre todo tratándose de Lola.

El caso es que, si obviamos ese “incidente”, por llamarlo de alguna manera, durante unos cuantos días estuve, como decía el clásico, alejado del mundanal ruido. Sin leer un periódico, sin ver la televisión, sin entrar en Internet. Nunca habría pensado que sufrir una agresión de ese calibre pudiera llegar a tener consecuencias tan positivas para mi paz interior. Lo negativo sin embargo, las cosas como son, es que llega un momento en que tanta paz, tanta placidez, tanto sosiego, acaba por aburrirte y ansías volver a conectarte con el mundo. Por eso aquella mañana, el primer día que me despertaba en mi domicilio después de que me dieran el alta, tras levantarme, ducharme, afeitarme y vestirme, supongo que por ese mismo orden ya que no acostumbro a ducharme vestido ni a afeitarme en la cama, decidí que era el momento de volver a la calle, entre otras cosas para desayunar, porque una de las consecuencias de que “mis chicas” me acompañaran a casa la tarde anterior fue la de dejarme el frigorífico y la despensa vacíos. Se ve que su trabajo les produce un gran desgaste y tienen que recuperarse como sea. Por eso decidí acercarme a una panadería situada no muy lejos de mi domicilio, una de éstas modernas que tienen mesas para que la gente se tome un café o una infusión de cualquier otro tipo mientras mordisquea un cruasán. Yo soy más de bollo de mantequilla, así que me pedí un par de ellos para acompañar al café con leche y un par de sobres de azúcar. No me va la sacarina por mucho que la recomienden los dietistas y a mí me haya llegado la época en que debe hacerse caso a las recomendaciones de los dietistas. Una vez estuve totalmente acomodado en la única mesa libre que quedaba, y para cumplir con todos los tópicos al uso, me hice con uno de los periódicos que el establecimiento ponía a disposición de los clientes. Fue entonces cuando me enteré de lo que había ocurrido en mi ausencia, y por poco estuve a punto de atragantarme con el bollo.

Bilbao, por mucho que nos guste presumir de ello a los bilbaínos, no es exactamente Nueva York. Al menos, y por suerte, en sus índices de criminalidad. Por eso un hecho que en la prensa de la metrópolis norteamericana apenas hubiese ocupado un pequeño artículo en el interior del periódico, el asesinato de un indigente, aquí aparecía en portada. Sin grandes alardes tipográficos, puesto que el suceso se había producido hacía un par de días y, por lo tanto, no era ya una novedad, pero sí los suficientes como para mantener vivo el interés del lector y seguir explotando lo que seguramente

era un filón para el diario. Por lo que pude leer, un par de días antes un grupo de inmigrantes subsaharianos (así los calificaba el redactor de la noticia) golpeó de un modo brutal y quemó posteriormente a un “sin techo”, causándole la muerte. La agresión se produjo en el interior de un cajero automático del Ensanche, en pleno centro de Bilbao. En realidad no saqué nada en claro del periódico, supongo que la información más jugosa habría aparecido el día anterior y ahora el articulista se limitaba a marear la perdiz, aportando estadísticas sobre la delincuencia en Euskadi, el porcentaje de inmigrantes implicados en actividades delictivas, alusiones a que la mayoría de ellos cobraban el llamado salario social y perlas de ese estilo. El artículo ni siquiera intentaba azuzar inclinaciones xenófobas, pese a que por su contenido podría parecerlo. Simplemente el periodista se limitaba a echar mano de lo que podía, y como los agresores eran inmigrantes, hablaba de la inmigración, sin preocuparle cuál podría ser el efecto en sus lectores.

La muerte se había producido en el interior de un cajero automático ubicado muy cerca de la plaza de Jado, no junto a la de Indautxu, pero no dejaba de ser una extraña coincidencia que a mí me contrataran para asesinar a un mendigo y al de pocos días otro fuera apaleado y quemado hasta la muerte. Pregunté en la panadería si aún conservaban el periódico del día anterior pero, como buenos ciudadanos, ya lo habían reciclado depositándolo esa misma mañana en el contenedor azul. Pagué y salí del local. Desgraciadamente en el kiosco en el que solía comprar la prensa tampoco habían guardado ningún ejemplar del día anterior.

Regresé a mi casa y encendí el ordenador buscando alguna noticia sobre ese asesinato. No me llevó mucho tiempo encontrar lo que buscaba. De hecho, a tenor de la importancia que le daban todas las ediciones digitales de los periódicos, podría haberme apostado un huevo y la yema del otro, sin temor a perderlos, que el único tío en todo Euskadi que no se había enterado de lo sucedido era yo, lo que no avalaba precisamente mis habilidades como detective aunque, por otra parte, hacía tiempo que había abandonado esa profesión. O esas habían sido mis intenciones, pero ya se sabe, a quien nació para martillo del cielo le llueven clavos.

Según explicaban todas las publicaciones consultadas, cada una con sus matices propios, un par de días antes, a eso de las once de la noche, un grupo de inmigrantes de raza negra entró en un cajero automático y sin que se conocieran los motivos apalearon hasta la muerte a un mendigo que se encontraba durmiendo en su interior, prendiéndole fuego antes de irse.

Hasta el momento la Ertzaintza, que se había hecho cargo de la investigación, no había efectuado ninguna detención, aunque confiaban en poder poner a disposición del juez a los autores en un período corto de tiempo. Sí, claro, qué iban a decir ellos, no iban a reconocer que no tenían ni puta idea de lo que había ocurrido. Tampoco había trascendido hasta el momento la identidad del indigente fallecido, que no era conocido en la zona. Según declaraciones de algunos vecinos, hacía muy pocos días que había sido detectada su presencia en ese cajero. Añadieron que no se metía nunca con nadie y que rehuía todo contacto con los transeúntes. “Era como si estuviera huyendo de algo”, añadió uno de los testigos, que no quiso decir su nombre.

¿Huyendo de algo? ¿O, tal vez para ser más exactos, huyendo de alguien? ¿Quizás del hombre que hacía unos pocos días le comentó que le habían contratado para matarle? Las fotografías que aparecían en los diversos digitales no pudieron confirmar ni desmentir esa hipótesis. Las heridas que le infligieron así como las quemaduras que tenía en todo el cuerpo hacían muy difícil una identificación positiva, pero sí que se daba un aire al tipo que me habían encomendado para que le diera el pasaporte al otro barrio.

Me pareció descubrir un detalle significativo en una de las fotografías. Junto al cadáver podía verse un libro, cuyas tapas quemadas no dejaban leer el título, pero de que se trataba de un libro no albergaba la más pequeña duda. Desconozco el perfil sociológico y cultural de los mendigos de mi ciudad, pero no creo que entre ellos haya muchos profesores universitarios de lenguas clásicas o de microcitología macrobiótica caídos en desgracia. Podía pensarse que la conexión estaba traída por los pelos, pero cuando estuve siguiendo a “mi mendigo” saqué la conclusión de que era, o había sido en sus buenos tiempos, un hombre culto, amigo de los libros. Eso no quería decir que fuese necesariamente la misma persona, pero no dejaba de ser un indicio importante.

Cogí el teléfono y llamé a Agurtzane Iturmendi, una amiga periodista con la que trabajé en un caso anterior y que de vez en cuando colaboraba conmigo. Hacía meses que no sabía nada de ella, pero para eso son los amigos, para pedirles un favor a pesar de no hacerles ni puto caso en mucho tiempo. Confiaba, quizás de un modo optimista, que ella fuese de mi misma opinión y accediera a proporcionarme la información que le iba a solicitar.

Resultó que no era exactamente de mi misma opinión, y así me lo hizo saber de una manera que habría avergonzado a más de un endurecido delincuente, pero mi encanto personal así como la promesa de que en el caso

de que hubiese una historia publicable ella sería la primera en enterarse la reblandecieron un poco.

–De acuerdo –me dijo finalmente–. No sé si hago bien, pero me fío de tu palabra. Aunque pensaba que habías dejado de trabajar como detective, que ahora tenías suficiente con tus chicas.

¡Joder!, otra que me venía con ese rollo, era como para ponerse a comer cerillas. Estaba hasta el tuétano, por decirlo de un modo fino, de que todo el mundo pensara que me había convertido en un macarra, utilizando esa palabra en su sentido más clásico, el que según el diccionario de la Real Academia Española define al hombre que trafica con mujeres públicas, así que intenté sacarla de su error, pero fue en vano, por más que lo intenté no la convencí. Quizás pesó en su cerrazón el hecho de que en alguna ocasión nos habíamos acostado juntos. Y aunque fue ella la que dijo en su momento que tan sólo había sido un desahogo sexual sin mayor importancia ni ningún compromiso, no pude dejar de observar un rescaldo de celos y malestar en sus palabras. Y la verdad, con los celos de Lola ya tenía más que suficiente, no necesitaba para nada que Agurtzane se pusiese también en ese plan. Pero si quería que colaborara conmigo, no me quedaba más remedio que aguantar estoicamente su bronca. Cuando por fin se desahogó del todo, me preguntó que a ver qué coño quería, aparte del de las cinco chicas que trabajaban para mí, añadió, haciendo un chiste que no me hizo ni puta gracia, por contradictoria que pueda parecer la expresión.

–Se trata del indigente que mataron hace un par de días en el interior de un cajero, no muy lejos de la plaza del Ensanche. Sabes de qué te hablo, ¿no?

–Sí, claro que lo sé, soy yo quien está cubriendo la noticia, y seguramente tú también sabrías eso si te hubieses dignado a echar un vistazo al periódico. Lo importante es, ¿qué tienes tú que ver con esa muerte?

–No lo sé –le contesté, y no le estaba mintiendo del todo–, quizás mucho, quizás nada, por eso necesito tu ayuda.

–¿Me aseguras que seré la primera en enterarme de todo lo que descubras?

–Ya te he dicho que sí, pero también quiero jugar limpio contigo, no sé si voy a descubrir algo, ni siquiera sé si hay algo que descubrir. Lo que sí te puedo prometer es que en el caso de que encuentre algo publicable, serás tú la primera periodista que acceda a ello.

–Con eso es suficiente, por ahora –me contestó, y debo admitir que ese “por ahora” me pareció muy inquietante–. Dime, ¿qué es exactamente lo que

necesitas?

–En primer lugar, ¿se sabe ya la identidad del mendigo fallecido?

–De momento no. La Ertzaintza no nos ha comunicado nada al respecto, no sé si porque ellos tampoco la conocen o porque prefieren mantenerla en secreto. ¿Por qué no llamas a tu amigo Goirizelaia?

Preferí no decirle que en esos momentos lo más prudente para mí era estar lo más lejos posible de Eneko y sus mariachis, así que obvié su pregunta, actuando como si no la hubiese escuchado, y hábilmente cambié de tema para hablar del que verdaderamente me interesaba en esos momentos.

–Supongo que, aparte de las que habéis publicado en el diario, sacaríais muchas más fotografías del difunto.

–Así es, pero la mayoría de ellas no son publicables. No al menos en nuestro periódico, que todavía se preocupa por no herir la sensibilidad de los lectores. No estamos dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de vender ejemplares.

Tras alabar su ética profesional, con lo que tan sólo conseguí mosquearla aún más de lo que ya estaba, le pedí que me las enviara todas por correo electrónico.

–¿Todas? ¿Has dicho todas?

–Sí, eso he dicho. Te agradecería un montón que me enviaras todas las fotografías que sacasteis al indigente asesinado.

–Te aviso que hay unas cuantas escabrosas, muy escabrosas. ¿No te habrás vuelto un pervertido, uno de esos que se excita sexualmente viendo cadáveres?

Estuve a punto de mandarla a tomar por culo y explicarle con pelos y señales lo que a mí me excitaba sexualmente, pero afortunadamente me contuve a tiempo, aunque tampoco fui muy amable al responder.

–¡No me vengas con hostias, Agurtzane! Ni con remilgos absurdos, que tienes tan pocos como yo. Si te he dicho que necesito que me las envíes todas, es porque necesito verlas todas. Las publicables y las no publicables. De momento no puedo explicarte por qué, pero te he dado mi palabra de que serás la primera en enterarte en el caso de haya algo de lo que enterarse y sabes que siempre la cumplo.

–Sí, claro, en caso de que haya algo de lo que enterarse...

No podía reprocharle su escepticismo así que me limité a reiterar mi petición e intentar convencerla de que me ayudara. Finalmente lo conseguí, no gracias a mi cálido verbo ni a mi innata capacidad de persuasión, sino a

que ella, como buena periodista, prefería no cerrar ninguna puerta, por si acaso. Después de aquello yo le iba a deber un favor y lo de menos era cuándo y cómo se lo pagaría, lo que ambos teníamos muy claro es que acabaría haciéndolo.

Muy pocos minutos después, en la bandeja de entrada de mi correo electrónico, repartido en varios mensajes, ya que eran bastantes las que habían sacado los reporteros de su periódico, aparecieron las fotografías que Agurtzane se había comprometido a enviarme. En la mayoría de ellas ocurría como en las publicadas el día anterior, los destrozos producidos por los golpes y el fuego en el cuerpo del indigente dificultaban su examen, pero tras verlas todas me reafirmé en mi primera idea: el mendigo al que yo tenía que matar y el que había sido asesinado hacía un par de días era la misma persona. Estaba claro que Sánchez-Ávila, o más posiblemente su cliente, estaba empeñado en mandarle al otro barrio, y como yo le había fallado se buscó unos sustitutos que cumplieron a la perfección con su trabajo.

¿Por qué ese empeño en asesinar al mendigo? ¿Qué peligro podía suponer para el abogado o sus hipotéticos clientes? Eran preguntas importantes, preguntas de las que, si hubiese seguido trabajando como ertzaina o detective, estaría ansioso por obtener sus respuestas, pero ambas empujaban ante la que de verdad había empezado a rondar por el interior de mi cabeza: ¿en qué posición quedaba yo después de que el mendigo hubiese sido asesinado? Al no haber podido cumplimentar el encargo, ¿estaría mi vida en peligro o se olvidarían de mí? A veces me han acusado de ser un paranoico, pero en más de una ocasión el ser paranoico fue lo que, precisamente, me salvó la vida. Además, engañarme a mí mismo era absurdo. Desde que acepté un encargo que sabía que no iba a cumplir era consciente de que mi vida corría peligro, así que en cierto modo mi situación no sólo había empeorado sino que quizás había mejorado. Quizás.

El baile había empezado ya y aunque no me gustara la música no me quedaba más remedio que danzar al ritmo que marcaba la orquesta. Quedarme en mi casa, pasivo, a la espera de ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, no era una solución y tampoco casaba con mi carácter. No tenía más remedio que retomar mi viejo oficio de sabueso y lanzarme a la plaza para agarrar el toro por los cuernos, aunque para ello necesitaba saber dos cosas, dos cosas que con toda seguridad estaban unidas: la identidad del mendigo asesinado y el motivo de que quisieran cargárselo. Fácil, ¿verdad? Un par de cositas y, ¡hale hop!, asunto resuelto.

Era posible que, como me había insinuado Agurtzane, la Ertzaintza conociera ya los datos de filiación del indigente asesinado, pero de momento prefería estar lo más lejos posible de mi viejo y entrañable amigo Eneko. Ya habría tiempo para eso, y mi instinto me avisaba de que me volvería a tropezarme con él más pronto que tarde.

En cuanto a lo del motivo, aparentemente no tenía ningún sentido, pero si algo me había enseñado la vida es que los tipos como Sánchez-Ávila no se gastan alegremente seis mil euros si no tienen una razón poderosa. Y aunque el letrado tan sólo era, con toda probabilidad, un simple peón, posiblemente era también la clave de lo que estaba sucediendo. Recordé un viejo consejo de un instructor que tuve en Arkaute cuando iniciaba mis pasos como ertzaina: el mejor modo de conseguir que las abejas salgan de su colmena es agitarla con un palo. Eso sí, añadía riéndose, más nos valía ir bien protegidos porque las picaduras de un enjambre enfurecido podían llegar a ser mortales. Había llegado el momento de poner en práctica un consejo tan sabio, aunque me temo que lo pondría a medias ya que, por más que busqué y rebusqué, me resultó imposible encontrar un traje de apicultor a mi medida.

La secretaria de Sánchez-Ávila debía recordarme perfectamente de mi anterior visita, ya que según me vio se le agrió el gesto y dio la impresión de haberse tragado un limón entero, con cáscara y todo, así que enseguida comprendí, sin necesidad de recibir mayores explicaciones, que en esos momentos era considerado “*persona non grata*” en ese despacho. Estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones, por lo que no me desanimé y con la mejor de mis sonrisas le dije que deseaba ver al señor Sánchez-Ávila.

–Me temo que va a ser imposible –me respondió con gesto no sé si de suficiencia o de eficiencia, o de ambas cosas simultáneamente–, don Marcelino está reunido con un cliente muy importante y no podrá atenderle esta mañana. De hecho no creo que pueda atenderle en el futuro –añadió, abandonando su gesto avinagrado para ofrecerme una sonrisa pletórica de satisfacción.

Como la buena mujer no tenía aspecto de ser un profeta bíblico comprendí que si me había dicho esto último era porque tenía órdenes estrictas de dejarme claro que no era bienvenido en aquel “*sancta sanctorum*” del Derecho. El único problema para ella consistía en desconocer una de las peculiaridades de mi carácter, y es que me encantaba penetrar en todos aquellos lugares en los que previamente se había vetado mi entrada. Algo parecido a lo de Groucho Marx sólo que al revés, estaba en mi naturaleza

hacer lo imposible por acudir a aquellos clubes en los que no se permitía que fueran socios gente como yo. Así que sin pedirle permiso, no por un defecto en mi esmerada educación sino porque hacerlo hubiese sido absurdo puesto que me lo habría denegado, me acerqué hasta la puerta del despacho de Sánchez-Ávila y la abrí bruscamente.

La secretaria fue rápida de reflejos, pero no tanto como yo, por lo que no pudo evitar que me plantara frente al letrado, pese a que me siguió muy enojada mientras me decía que no podía hacer lo que estaba haciendo al mismo tiempo que se disculpaba ante su jefe, simultaneidad que demostraba su capacidad para expresarse con varios discursos a la vez. Tengo que reconocer, asimismo, que no me había mentido. Sánchez-Ávila estaba reunido con un cliente, o quizás fuera un amigo o cuñado, no se me ocurrió preguntarles por su relación, a veces no soy tan ágil de mente como pretendo, pero para cuando pensé hacerlo el visitante ya no estaba. A pesar de la evidente irritación del abogado, su interlocutor, con un gesto comprensivo, le indicó que no se preocupara, que me atendiera ya que lo mío parecía ser más urgente que lo suyo, y sonriéndonos a los dos se despidió, mientras me echaba un largo vistazo, como si quisiera quedarse con todos mis rasgos por si nos encontrábamos en alguna otra ocasión. Encuentro que no estaba yo muy seguro de desear porque el fulano podría haber jugado como pivote en un equipo puntero de la NBA. No sólo porque fuese negro, que ya sé que los blancos también pueden jugar al baloncesto, sino porque medía casi dos metros de altura y su peso y masa muscular parecían estar proporcionados a su estatura. Y también porque el alfiler con el que sostenía su corbata era de oro macizo y el reloj que llevaba en su muñeca derecha tenía todo el aspecto de ser auténtico. Ése era su aspecto, no el de alguien que, como muchos de los inmigrantes africanos que pululaban por Bilbao, vendían relojes falsos para sobrevivir, sino el de alguien que podía permitirse el lujo de lucir uno auténtico. Sabiendo que mi abogado favorito no me iba a responder, no pude evitar preguntarle si el hombre que acababa de despedirse de nosotros era el cónsul de Zimbabwe.

–Creo que nos lo presentaron en un cóctel en el que se celebraba el aniversario de su independencia.

–No se haga el chistoso, señor Goikoetxea –me replicó el abogado con tono desabrido–, sabe usted perfectamente que Zimbabwe no tiene consulado en Bilbao.

¡Vaya, hombre!, con lo que me había costado inventarme una buena

excusa para romper el hielo y resulta que enseguida se dio cuenta mi interlocutor de que le estaba mintiendo. Me lo tenía bien merecido por no haber consultado previamente la Wikipedia. De todos modos no pude disculparme porque el abogado volvió a tomar la palabra.

–No tengo mucho tiempo, así que por favor, dígame cuanto antes qué es lo que desea.

En detalles como ése se nota la buena crianza de nuestras élites. Pueden ordenarte, sin que se les mueva un pelo de la cabeza, que asesines a alguien molesto para ellos, pero eso sí, nunca te dirán “qué cojones quieres” o “para qué coño has venido”, sino que con un tono untuoso y exquisita educación te pedirán, por favor, que les digas qué es lo que deseas. Una petición así no podía quedarse sin respuesta de modo que, pese a que me había personado en sus oficinas sin un plan predeterminado e improvisando, opté por contestarle, también muy educadamente.

–Vengo a cobrar los tres mil euros que me adeuda.

Por la expresión de su cara pensé, durante un corto instante de tiempo, que por fin iba a perder la compostura, pero se limitó a preguntarme de qué le estaba hablando.

–Del encargo que me hizo hace unos días, aquí mismo, en este despacho. Me dio tres mil euracos por adelantado y me prometió que tendría los otros tres mil cuando el trabajo estuviese finalizado. Pues bien, el trabajo ya está finalizado así que me adeuda los tres mil restantes.

–No sé de qué me está hablando –me miró fijamente a los ojos, pero no debía estar acostumbrado a que nadie le sostuviese la mirada, porque pronto los desvió y se puso a contemplar la pared.

–Del mendigo que tenía que matar, el que solía pernoctar en un cajero automático junto a la plaza de Indautxu.

–Le repito que no sé de qué me habla –una cosa había que reconocerle al tío, tenía caradura y desparpajo para dar y regalar, lo que por otra parte no me extrañó, ya que se trataban de requisitos imprescindibles para triunfar en su profesión.

–Ya me lo suponía, pero hagamos un ejercicio de imaginación. E imaginemos que en el caso de que usted me hubiese contratado para matar a una persona, esa persona ya no continuara viviendo en este valle de lágrimas. Siguiendo con ese ejercicio imaginativo, el siguiente paso que debería dar usted sería el de abonarme el precio total del encargo.

–De acuerdo, señor Goikoetxea, continuemos ejercitando esa

imaginación tan calenturienta que usted posee e imaginemos que a la hora de hacer el encargo fallara y acabara ingresado en una clínica, al borde de la muerte. Parece claro que por muchas vueltas que dé a su imaginación no habría cumplido el encargo y no sólo no habría que abonarle el resto de la cantidad pactada, sino que incluso habría que exigirle la devolución del dinero entregado a cuenta.

Así que el ilustre letrado sabía que el mendigo me había enviado al hospital. Tengo que reconocer que estaba muy bien informado, aunque de momento no sospechaba de mí sino que creía que había fallado en mi intento de enviarle al otro barrio.

–Se equivoca, señor Sánchez-Ávila, porque pese a estar hospitalizado puedo asegurar que cumplí con mi parte del trato.

–¿Ah, sí? –el abogado parecía estar divirtiéndose por primera vez desde que irrumpí en su despacho–. ¿Y cómo lo hizo?

–Con algo muy habitual en todo tipo de contratos, usted debería saberlo perfectamente porque es toda una autoridad en Derecho Mercantil: subcontratando. Ya que no podía hacer el trabajo en persona, a consecuencia de mi hospitalización, contacté con un grupo de africanos, a los que conocía previamente de otros trabajos. Y como usted seguramente habrá comprobado, el encargo se resolvió de manera satisfactoria para todos. Excepto para el mendigo, por supuesto.

Sánchez-Ávila se rió abiertamente al escuchar mi explicación. Parecía como si de su primitivo enfado hubiese pasado a disfrutar, casi sin solución de continuidad, de la conversación que estábamos manteniendo.

–Tengo que reconocer que me gusta su estilo, señor Goikoetxea –dijo por fin, pasando de la carcajada a la sonrisa–. Eso es lo que tienen de positivo los sinvergüenzas como usted, que suelen caer bien a la gente. Porque usted, y no creo que esté en posición de llevarme la contraria, querido amigo, es un sinvergüenza de tomo y lomo. Los dos sabemos que no ha tenido nada que ver en la muerte del mendigo, así que su pretensión de cobrar los tres mil euros restantes no sólo es absurda, sino que roza la estafa.

Sí señor, así son los grandes hombres, capaces de reprocharme que quiera estafarles después de encargarme, sin pestañear y sin que se les mueva un pelo del cabello, el asesinato de alguien que, por el motivo que sea, les molesta. Pero esta vez el afamado letrado se había pasado de listo, ya que me había confirmado dos cosas: que el mendigo asesinado por los africanos era, efectivamente, “mi mendigo”, y que su muerte no había sido una desgraciada

coincidencia sino que él también estaba detrás de ella.

–De acuerdo, tiene usted razón, pero quiero que sepa que no estoy dispuesto a devolverle los tres mil euros que me dio como anticipo. Mi intención era cumplir a rajatabla el trato que teníamos y si no he podido hacerlo no ha sido por negligencia mía, sino porque usted decidió contratar a otras personas mientras yo estaba hospitalizado por causas de, ¿cómo dicen ustedes, los letrados?, ¿de fuerza mayor?

–Bueno, en cierto sentido tiene razón, así que lo mejor será que nos olvidemos por completo de este enojoso asunto. Ni le debemos nada ni usted nos debe nada a nosotros –me contestó ofreciéndome nuevamente una amplia sonrisa. No estoy seguro de si hablaba en plural mayestático o en nombre del bufete o de su cliente, aunque se le veía muy satisfecho del modo en que estaba zanjando nuestra pequeña controversia. Total, pensaría seguramente, con cargar esos tres mil euros a la cuenta de gastos del cliente, asunto solucionado.

–Me alegra que sea tan razonable –le repliqué en tono condescendiente–, pero hay una cosa que me intriga. ¿Quién es o qué ha hecho ese mendigo para que su vida o, mejor dicho, su muerte, haya sido valorada en seis mil euros?

–Me temo que ahora es usted quien no se muestra razonable, señor Goikoetxea –volvió a ofrecerme su gesto más duro, un gesto que seguramente acojonaba a los jóvenes pasantes de su bufete, pero que a mí no me impresionaba lo más mínimo–. Lo mejor será que salga inmediatamente de este despacho y se olvide de todo lo ocurrido. Se lo digo por su bien.

Era conmovedora su preocupación por mi bienestar, pero como ahí dentro ya no tenía nada que rascar decidí hacerle caso y despedirme de él tras darnos un apretón de manos. Según sus palabras estábamos en paz, sin embargo yo no las tenía todas conmigo. No era lógico que un hombre capaz de encargarte un asesinato sin apenas despeinarse te despida con un simple “hasta la vista” y una sonrisa y se olvide de todo. Yo no sólo no había cumplido el encargo, sino que además era un testigo molesto de que el abogado había dado la orden de matar a una persona y que esa orden se había cumplido.

Sánchez-Ávila era un tipo listo, sobre eso no tenía la menor duda, pero estaba cometiendo el error que a menudo cometen muchos tipos listos, pensar que los demás somos tontos. Y yo no lo era. Quizás no se me pueda considerar como un prodigio de inteligencia, pero tonto, lo que se dice tonto,

nunca lo he sido. Tenía meridianamente claro que mi vida corría peligro, y aunque seguramente el mundo no se iba a detener el día en que yo falleciera, ni siquiera iba a sufrir un perjuicio considerable, no tenía ningún interés en acelerar ese proceso que, de todos modos, es inevitable. Así que sólo había un modo de cubrirme las espaldas, retomar mi viejo oficio de detective y desentrañar el misterio que se ocultaba tras la muerte del mendigo. Algo de lo que, por otra parte, ya era consciente antes de entrevistarme con el leguleyo.

Mientras bajaba a la calle volví a acordarme del falso cónsul de Zimbabwe. Ya sé que del mismo modo que me cabreaba cuando algunos periodistas metidos a tertulianos y algún que otro juez estrella prácticamente insinuaban que todos los vascos éramos terroristas, habría sido injusto decir, por el hecho de que al mendigo le mataran unos inmigrantes africanos, que todos los negros eran unos delincuentes y asesinos. Aún así no me gustan las coincidencias, y el hecho de que Sánchez-Ávila estuviese reunido precisamente con un hombre de raza negra me daba que pensar. Seguramente no tendría ninguna importancia, un abogado puede tener clientes de todo tipo, raza, posición económica (aunque dudo mucho de que Sánchez-Ávila defendiera a los amenazados de desahucio) o condición sexual, pero tampoco podía desechar que hubiera una conexión con el asunto que me ocupaba. No podía descuidarme lo más mínimo si quería seguir perteneciendo al exclusivo club de los seres vivos.

CINCO DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO

Por una vez en la vida las cámaras instaladas junto al cajero automático en el que dormía el mendigo cuando fue asesinado habían funcionado a la perfección y los rostros de los asesinos eran completamente visibles. Eso tendría que haber facilitado su detención, pensó Eneko Goirizelaia mientras contemplaba por enésima vez las imágenes en el ordenador que tenía en su despacho de la comisaría de Ibarrekolanda. Y, sin embargo, aún no les habían localizado, ni siquiera habían conseguido poner nombres a esos rostros. Parecía como si se los hubiera tragado la tierra, lo que quizás, por otra parte, podría ser cierto, pensó sombríamente.

Más que detenerles para ponerles a disposición del juez encargado del caso, como de todos modos haría cuando les echara el guante, lo que deseaba por encima de todo era saber por qué lo habían hecho, qué había llevado a cuatro inmigrantes procedentes del África Negra, seguramente ilegales, a asesinar a un indigente que pernoctaba en el interior de un cajero automático del centro de Bilbao. No lo entendía, y mucho menos después de que uno de sus subordinados, un agente de la Ertzaintza que tenía una licenciatura en Psicología, le dijera que esos hombres no tenían rostros de asesinos.

—¿De verdad? ¿Y cómo son los rostros de los asesinos? ¿Acaso has encontrado en ellos una menor capacidad craneana, o tal vez un mayor diámetro bizigomático? Ah, no, seguramente lo que has visto en el vídeo es una gran capacidad orbitaria y un escaso desarrollo de las partes anteriores y frontales. ¿Cómo me dijiste que te apellidabas cuando te destinaron aquí, Iturbe o Lombroso? —le contestó en un tono irónico que no podía ocultar el malestar que sentía al escuchar lo que le parecía una solemne estupidez y que ni siquiera el hecho de que el joven ertzaina fuese un novato que acababa de ingresar en la última promoción, podía disculpar.

—No, señor, no me refiero a eso —el novato balbuceaba al principio, pero

pronto se mostró más firme, cuando empezó a hablar de algo que conocía–, ya sé que las teorías de Lombroso están desfasadas. Además, yo no soy antropólogo, soy psicólogo. Cuando hablo de sus rostros no me refiero a si tienen la cara angular u ovalada, las orejas pegadas al cráneo o más salidas y los ojos más o menos grandes. Me refiero a su expresión. No es la que se espera que tengan un grupo de asesinos.

–¿Y qué expresión crees tú que debe tener un asesino, Iturbe? ¿Por un casual has podido contemplar el rostro de alguno mientras llevaba a cabo su acción? –Eneko mantuvo el tono irónico al efectuar esa pregunta, aunque empezaba a interesarse por lo que tenía que decir su subordinado.

–No, señor, no lo he visto –el agente Iturbe tragó saliva, si bien intentó expresarse con cierta firmeza–, pero sí he podido contemplar situaciones similares y en principio un asesino o alguien que golpea o maltrata a otra persona no puede evitar que en su cara aparezcan rasgos gestuales que asociamos a la ira o la rabia, incluso a la frustración. Puede que hasta placer, si hablamos de un psicópata. Salvo que se trate de un profesional, aunque en este caso el rasgo más sobresaliente es, precisamente, la ausencia de algún tipo de rasgo específico. Para él es un trabajo y, en ese sentido, su actitud no se diferencia en nada de la de un carpintero cuando está elaborando un mueble o un camarero cuando nos sirve una cerveza.

–He visto más de un camarero que cuando te servía la cerveza daba la impresión de que quería fulminarte con su mirada.

–Así es, señor –le contestó, algo más distendido, Iturbe–, pero su mirada no tiene nada que ver con su profesión, sino con su modo de ser. Lo mismo ocurriría en el caso de nuestro asesino profesional.

–A mí no me metas en eso –sonrió por primera vez Eneko desde que se había iniciado la conversación–, habla de “tu asesino profesional”, no de nuestro asesino profesional. De todos modos creo que sé por dónde vas. Así que explícame por qué estás tan convencido de que los tipos que mataron al indigente no son unos asesinos. ¿Está el vídeo trucado, tal vez? –de nuevo apareció la ironía en sus palabras.

–No, no, yo no he dicho eso, señor –intentó justificarse el agente Iturbe–, salta a la vista que son los asesinos, está claro, pero..., no sé, sus expresiones no encajan en los estereotipos. No muestran rabia o furia, ni odio o impotencia, tampoco alegría porque han conseguido su objetivo. Ni siquiera la serenidad del que piensa que ha hecho algo justo.

–¿Qué es entonces lo que percibes en sus expresiones?

Eneko Goirizelaia, pese a las pullas que había lanzado contra su nuevo subordinado, era consciente de que pese a tratarse de un novato y faltarle, por tanto, la experiencia que con los años proporciona el patear las calles y enfrentarse a delincuentes de verdad, no de los que aparecen en los libros de texto, no era ningún estúpido. Tanto sus resultados en la Universidad como en la propia Academia de la Ertzaintza así lo indicaban y, de hecho, él mismo había solicitado que lo destinaran bajo sus órdenes, por eso su pregunta se había despojado de todo sentido irónico y esperaba, con interés, la respuesta.

–Angustia. Angustia y desagrado, como si no les gustara lo que hacían, pero no tuvieran más remedio que hacerlo. Como... –titubeó antes de continuar–, como si pensarán que no hacerlo les podría traer más problemas que los que acarrea matar a una persona, y más en un país extranjero.

Eneko permaneció pensativo durante unos segundos antes de hacer una nueva pregunta al agente Iturbe.

–¿Como si hubieran recibido la orden de hacerlo y no pudiesen rechazar dicha orden si no querían sufrir represalias, por ejemplo?

–Sí, claro, podría ser una explicación –le contestó Iturbe–. Una explicación bastante lógica y coherente.

–Es posible que tengas razón, Iturbe, sí, es posible que la tengas. Pero eso complicaría aún más las cosas. Lo sabes, ¿no? Tendríamos que pensar que nos enfrentamos a alguien lo suficientemente interesado en acabar con un mendigo, alguien con el poder suficiente como para acojonar a un grupo de inmigrantes africanos y obligarles a cometer el crimen. Joder, Iturbe, podrías haber estado calladito –el tono con el que le habló esta vez le demostró a su subordinado que Eneko Goirizelaia no estaba molesto, como parecían indicar sus palabras, sino todo lo contrario–. ¿Aún no conocemos la identidad del fallecido?

–Todavía no, jefe.

–Pues habrá que redoblar los esfuerzos para averiguarla. Quizás convendría que contactaras con la prensa, periódicos y cadenas locales de televisión, incluso la ETB, para que su cara aparezca bien visible en los medios. Con suerte alguien le reconocerá y entonces igual averiguamos quién es y por qué tendría alguien interés en asesinarle.

–Ahora mismo me pongo a ello, jefe.

Tras la salida de su subordinado del despacho, Eneko volvió a mirar las imágenes que había grabado la cámara de seguridad de la entidad financiera. Sí, seguramente Iturbe tenía razón. Cuanto más contemplaba la cinta más

convencido se encontraba de que aquellos cuatro hombres no estaban matando al mendigo por gusto. Había algo más, tenía que haber algo más. Y aunque de momento su prioridad era encontrar a esos hombres, sabía que ahí no pararía, que tendría que ir más lejos si deseaba conocer la verdad. Lo que, pese a lo que había insinuado a su agente más joven, no le perturbaba en absoluto. Al fin y al cabo no se había metido a ertzaina para ayudar a las ancianas a cruzar de acera. O, al menos, no sólo para eso. Pero es que, además, no había dejado de darle vueltas a una idea que, al principio de un modo más bien difuso y luego cada vez más claramente, llevaba tiempo revoloteando en su cabeza.

Cogió el teléfono e hizo varias llamadas, alternativamente a un móvil y a un fijo, pero en ninguno de los teléfonos le contestaron, así que sacó del cajón su móvil privado y escribió un whatsapp. Tardó un buen rato en hacerlo, ya que era de los que les gustaba escribir los mensajes sin abreviaturas ni faltas de ortografía, pero finalmente quedó satisfecho y apretó la tecla de “enviar”. Era un mensaje muy conciso y que, sin ningún género de dudas, su receptor entendería a la primera: “Goiko, llevo toda la mañana intentando contactar contigo sin resultado. Si dentro de una hora no sé nada de ti, daré órdenes para que te traigan esposado a la Ertzain-Etxea^[5]. Tú sabrás cómo prefieres que hagamos las cosas, si por las buenas o por las malas. Besarkada handi bat^[6]. Eneko”.

**VEINTINUEVE MESES ANTES DE
LA MUERTE DEL MENDIGO**



Al contrario que muchos de sus compatriotas, Salif no se topó con ningún obstáculo para llegar hasta Larache desde Malí. No tuvo que pagar dinero a las mafias que controlaban las rutas de los aspirantes a viajar a Europa, no tuvo que sufrir un largo camino hasta la ciudad marroquí sin apenas alimentos y tampoco tuvo que esconderse de las autoridades policiales del reino alauita, que a menudo se valían de métodos idénticos, o aún peores, que los que él había aprendido a utilizar en su país natal en los últimos tres años. Salif lo tuvo mucho más fácil, viajó en avión, con su propio pasaporte y el dinero suficiente no sólo para mantenerse unos cuantos días sino para disfrutar de los placeres que podía ofrecerle la ciudad norteafricana antes de embarcar en una patera con la intención de cruzar el estrecho.

Cuando Moussa le propuso, más bien le ordenó, trasladarse a España, se mostró bastante remiso, pero sabía que no podía desobedecer a su benefactor. Antes de conocerle no era nadie, tan sólo un miserable, un desarrapado que intentaba sobrevivir vendiendo baratijas a los escasos extranjeros que visitaban el país, pero todo cambió cuando le conoció y le dio la oportunidad de ingresar en la policía. No, no podía negarse, se lo debía todo a él, y además no era tan tonto como para no percatarse de que desairar a su jefe supondría no sólo su caída en desgracia, eso si se mantenía con vida, sino la de toda su familia, así que no le quedó más remedio que aceptar. Era consciente de los peligros que conllevaba esa misión y que, sobre todo al principio, iba a encontrarse solo, pero si salía con bien de la aventura sí que estaría solucionada su vida y la de los suyos para siempre.

No le gustaba Larache. Se suponía que sus ciudadanos eran musulmanes, como él, y que deberían practicar la caridad con un hermano, pero les diferenciaba el color de su piel y, sobre todo, la consideración de que

aún podía haber alguien más miserable que ellos, alguien que seguramente se había arrastrado por el desierto para llegar hasta allí y tener la oportunidad de subirse a una patera que le llevara hasta el ansiado y opulento continente europeo. Aunque no fuera cierto, su vestimenta, escogida para dar esa impresión, le señalaba como uno más de los más miserables entre los miserables y a pesar de que en ocasiones su orgullo le incitaba a gritar a quienes le miraban con desprecio que era mucho más rico y poderoso que ellos, siempre acababa callándose, para no echar el plan al garete. Un plan muy sencillo, por otra parte, ya que consistía en embarcarse en una patera como un inmigrante ilegal más y, tras cruzar el estrecho, si lograba sobrevivir, ahí el plan dejaba de ser sencillo para convertirse en extremadamente peligroso, dirigirse hacia el norte, más concretamente a Bilbao, una ciudad de la que apenas sabía nada, tan sólo que llovía mucho y que tenía un equipo de fútbol que jugaba en la primera división española. Allí tendría que encargarse de varios de los negocios que Moussa poseía en una extensa zona que abarcaba el norte de España y el suroeste de Francia, entre ellos el control de las mujeres que llegaban de su país con el señuelo de una vida mejor y a las que obligaban a prostituirse, así como otro tipo de actividades ilegales, negocios que en los últimos tiempos se le estaban escapando de las manos. Ése era, en realidad, el objetivo principal de su misión, averiguar quién estaba engañando y suplantando a Moussa en la dirección de los negocios que controlaba en ese territorio, y acabar con él. O con ellos, si había más de un traidor.

Se suponía que tenía un hombre de confianza gobernando con mano de hierro sus asuntos en aquella lejana ciudad, pero hacía más de dos años que no sabía nada de él. Al principio no le dio mucha importancia, porque seguía remitiéndole, por los cauces preestablecidos, su parte de las ganancias, pero poco a poco, de un modo tan sutil que tardó en percatarse de ello, éstas fueron mermando. Tan sólo con el transcurrir del tiempo comprendió que alguien, su hombre de confianza u otra persona que le hubiese suplantado, le estaba engañando.

—Ésa será tu misión —le dijo Moussa cuando le efectuó el encargo—. Descubrir quién me está jodiendo y matarlo. Confío plenamente en ti, eres de mi barrio, de mi familia. Tú y yo, Salif, somos hermanos y los hermanos siempre se ayudan los unos a los otros. Es nuestra ley.

Salif no estaba muy seguro de que eso fuese cierto, nunca había visto a Moussa como un hermano, sino como un jefe, un jefe que además, llegado el

caso, podía ser despiadado y cruel. Pero era cierto que bajo su cobijo había prosperado y que todo lo que era en esos momentos se lo debía a él. Así que aceptó la misión que le acababa de encomendar. Sobre todo porque no podía negarse. La alternativa no era quedarse en Malí haciendo sus labores cotidianas, la alternativa era no tener ningún futuro, salvo que descansar en una fosa común se pudiese considerar un futuro apetecible.

Además, en lugar de disfrutar de las comodidades que podía ofrecerle su propio jefe, un pasaje en avión hasta la ciudad de destino, alojarse en uno de sus hoteles de cuatro estrellas y una visa oro con crédito ilimitado con la que hacer frente a los gastos que fuesen surgiendo, tenía que cruzar clandestinamente el estrecho para conservar el anonimato, viajando en una patera inestable en compañía de un puñado de desgraciados que no tenían donde caerse muertos, y todo porque Moussa había resultado ser un paranoico. Aunque quizás, si sus sospechas eran ciertas, ésa era la mejor de las opciones, pese a ser también la más incómoda y, en apariencia, la más peligrosa. Los dos hombres que su jefe envió antes de asignarle esa misión a él desaparecieron misteriosamente antes de que pudieran ponerse en contacto con el propio Moussa. No se sabía si estaban vivos o muertos, ni siquiera si habían llegado a su destino. O le habían traicionado, lo que era poco probable, o fueron eliminados de un modo silencioso y eficaz. Era mejor aparecer por allí como un inmigrante ilegal, como uno más de esa infinidad de parias que arriesgan su vida cruzando el estrecho tras el señuelo de una vida mejor, que delatarse como agente del hombre al que habían traicionado.

No le fue difícil encontrar al contacto que le habían indicado que le ayudaría a pasar al otro lado del mar. Ni siquiera fue difícil convencerle. Pese a sus suspicacias iniciales, el que pudiera pagarle la cantidad que le exigía disipó todas sus dudas. Aún así, notó cómo casi al instante nació entre ellos una sorda hostilidad. El marroquí desconocía quién era él ni por qué quería trasladarse a España, pero a pesar de ello pudo observar en sus ojos un recelo instintivo, recelo que, no le quedaba más remedio que admitir, era recíproco. Desde ese momento supuso que acabaría teniendo problemas con él.

La noche en que embarcaron amenazaba tormenta. Salif así se lo indicó al patrón, pero éste le dijo que se metiera en sus asuntos. Si quería viajar en esa embarcación, tendría que acatar sus órdenes.

–Además –le dijo concluyente–, eso nos favorece, porque con este tiempo las patrulleras españolas no se adentrarán en el mar y nos dejarán más tranquilos.

Salif no creía que una tormenta disuadiera de hacer su trabajo a unas naves preparadas tecnológicamente para vigilar el estrecho, pero aún así optó por callarse. No quería descubrirse ni poner en peligro su misión. Pero tampoco quería morir ahogado en el mar. Afortunadamente había sido previsor y antes de partir hacia su destino procuró adquirir unos mínimos conocimientos de navegación. Tuvo que hacerlo a través de Internet, uno de los lujos que podía permitirse desde que empezó a trabajar para Moussa, ya que Malí no tenía costa, y tan sólo pudo practicar durante una escasa semana en la que tuvo la oportunidad de trasladarse a un país vecino con salida al mar. También intentó pertrecharse con algún arma, pero nada más llegar a Marruecos comprendió que esa idea no era factible. El patrón de la embarcación cacheaba diligentemente a todos los pasajeros en busca no ya de un arma sino de cualquier objeto que pudiese ser utilizado de tal guisa. Cuando estuviera dentro de la patera tan sólo podría servirse, llegado el caso, de su inteligencia y de sus manos. Y un oscuro presentimiento le indicaba que iba a necesitar ambas cosas. Y no por culpa de la tormenta que amenazaba con estallar y que, finalmente, estalló.

La barca zozobraba y amenazaba con irse a pique. Salif pudo observar el miedo en los rostros de sus compañeros de viaje, entre quienes se encontraban varias mujeres, dos de ellas embarazadas, y tres niños de corta edad. Curiosamente en los ojos del patrón, en cambio, no se vislumbraba ningún asomo de miedo sino algo que había percibido en multitud de ocasiones en los de su propio jefe: una mezcla de determinación, frialdad e incluso, por qué no admitirlo ahora que lo tenía muy lejos, maldad. Casi sin darse cuenta pudo observar cómo agarraba a dos de los hombres que se encontraban más debilitados y los arrojaba por la borda.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le preguntó con voz airada, aunque era una pregunta absurda, todos en la patera acababan de contemplar lo que había hecho el patrón.

—Se llama “soltar lastre” —le contestó, entre irónico y altivo, el patrón—. Si no queremos hundirnos tenemos que deshacernos de todo el peso muerto que podamos.

—No eran lastre, ni un peso muerto —replicó, rabioso, Salif—. Eran seres humanos, hijos de Allah, como nosotros, que habían pagado su viaje, no tenías ningún derecho a hacer eso.

—Tal vez no habían pagado lo suficiente —volvió a hablar el patrón—. Y eso de que eran seres humanos, o hermanos nuestros —se rió a carcajadas—,

¿tú les has visto? –señaló al resto de los pasajeros–. ¿Les has visto de verdad? No son más que piltrafas humanas, el mundo estaría mejor sin ellos.

–Eres un cerdo –dijo Salif, levantándose y caminando hacia el patrón en actitud amenazadora–. Como mejor estaría el mundo sería sin ti.

–Ah, ¿sí? ¿Y que vas a hacer al respecto? Me parece que eres un gallito, y no me gustan los gallitos, revolucionan a los polluelos y suponen un auténtico incordio. Así que lo mejor será seguir soltando lastre y, en estos momentos, tú eres el candidato ideal para sumergirte en el mar.

Mientras decía esas palabras el patrón había sacado de uno de sus bolsillos una pistola que, a pesar de tener un aspecto sucio y avejentado, suponía una clara amenaza para Salif que, pese a todo, se dirigía hacia su enemigo como un toro embravecido ante el capote extendido. Sabía que no tenía ninguna oportunidad, pero no le importaba. Si tenía que morir era mejor hacerlo de pie, peleando. Lo sentía por Moussa, ya que le había fallado, y por su familia, aunque confiaba en que su jefe, cuando se enterara de lo ocurrido, si es que se enteraba, extendiera su manto protector sobre sus mujeres e hijos.

Vio en los ojos del patrón la firme determinación de matarlo y se resignó a ello, pero Allah el misericordioso no debía estar de acuerdo, porque justo cuando fue a apretar el gatillo envió una nueva y fuerte ola sobre la embarcación que la hizo zozobrar e impidió que la bala disparada contra Salif diera en el blanco. Ése fue el momento en que se abalanzó contra el traficante de hombres y con la fuerza que da la desesperación le golpeara una y otra vez en la cara, en el pecho, en las piernas, en los testículos, allá donde había carne que golpear. Y cuando por fin su contrincante estuvo completamente inconsciente, agarrándolo por las axilas lo arrojó al mar.

–En una cosa sí que tenías razón, hijo de puta –musitó como si de una oración fúnebre se tratara–, era necesario soltar todo el lastre posible fuera de la embarcación.

Luego se desmayó. Y al de un tiempo, no sabía cómo ni por qué, quizás alguno de sus compañeros de viaje sabía manejar la patera, se encontró arrojado sobre la arena de una playa que más tarde le dijeron que pertenecía a un pueblo español llamado Algeciras. Intentó caminar, pero apenas tenía fuerzas, y no le quedó más remedio que esperar a que le subieran a una camilla y le condujeran a lo que, como más tarde se enteró, eran las dependencias de la Guardia Civil, un cuerpo policial español, desde donde le enviarían a un centro de internamiento para inmigrantes ilegales. Pero de momento eso no le preocupaba lo más mínimo. Había conseguido su

objetivo, llegar a España. Ahora tan sólo era cuestión de tiempo, y de poner en práctica sus habilidades para escaparse y conseguir llegar a una ciudad que estaba mil kilómetros más al norte, Bilbao.

CINCO DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO

La gente que no nos conoce piensa, y en cierto modo no les falta un punto de razón, que la relación entre Eneko Goirizelaia y yo es extraña y bastante tortuosa. Y es que somos como el agua y el vino, el perro y el gato, y no me atrevo a decir que el yin y el yang porque, según mis escasos conocimientos sobre la cultura china, uno de los dos se corresponde con la figura femenina del universo y el otro con la masculina, así que prefiero no meterme en ciertos jardines, no vaya a salir trasquilado.

En realidad somos grandes amigos, una amistad fraguada en los tiempos en los que ambos éramos aún unos proyectos de ertzainas que deambulaban por Arkaute, la sede de la academia de la Ertzaintza. Luego, al salir del cascarón, trabajamos varios años juntos, en los que colaboramos y nos cubrimos las espaldas, hasta que por circunstancias ajenas a mi voluntad me vi obligado a solicitar una excedencia. Fue de los pocos compañeros que jamás me falló y me ayudó en lo que pudo. Posteriormente pude devolverle el favor, llegando incluso a salvarle la vida, lo que evidentemente nos unió aún más. Y sin embargo, seguíamos siendo polos opuestos. Él reglamentista, mientras que a mí me gusta siempre ir por libre, él sensato y yo temerario, él metódico, racional y eficaz, yo imaginativo y con tendencia a tomármelo todo a broma, él disciplinado y yo anárquico. Resumiendo, que éramos grandes amigos y nada en el mundo podría romper esa amistad. Pero a pesar de ello, si yo recibía un mensaje suyo diciéndome que si en el corto espacio de una hora no me presentaba ante él daría órdenes para que me llevaran esposado a comisaría, sabía que no se estaba marcando un farol sino que cumpliría sus amenazas al pie de la letra. Por eso me encontraba en esos momentos en la comisaría de Ibarrekolanda, esperando ser conducido a su presencia por un agente uniformado al que le acababa de dar mi nombre.

Poco después me acompañaron hasta el despacho que ocupaba Eneko

desde su reciente ascenso. No estaba nada mal, aunque yo sabía que mi viejo camarada prefería mil veces la calle antes que encerrarse entre cuatro paredes, pero así es la vida, no se puede tenerlo todo, el puesto y el sueldo por un lado y un trabajo satisfactorio por otro.

De todos modos una cosa tengo que admitir. Su nueva posición no le había avinagrado el carácter, venía así de serie. A pesar de todo, cuando me vio esbozó algo parecido a una sonrisa y me preguntó, solícito, por mi estado de salud.

–Bien, bien, parece que la cosa va bien. Hace un par de días me dieron de alta y me encuentro estupendamente, en plena forma. ¿Qué tal mis viejos amigos, el rockero y el ejecutivo bancario?

–¿El rockero y el ejecutivo? Ah, ya, te refieres a Muñiz e Ibarrondo. Bien, muy bien, todavía se descojonan cada vez que se acuerdan de ti. Y eso que no contestaste con sinceridad a ninguna de sus preguntas.

–Me ofendes, Eneko. Sabes que “sinceridad” es mi segundo nombre.

–No, no lo sabía, pero incluso en caso de serlo, me parece que tú eres de los que nunca utiliza su segundo nombre, así que déjate de chorradas. No contestaste a ninguna de sus preguntas y me gustaría saber por qué.

–¿Deseas la respuesta educada o la otra?

–Empecemos por la otra.

–Pues porque no me salía de los cojones, porque era una víctima y no un delincuente y no me gusta que me acosen, aunque quien lo haga, lo haga en tu nombre.

–De acuerdo, ahora la respuesta educada.

–Pues porque no tenía nada que contarles. Fue todo muy rápido y apenas tuve tiempo de enterarme de nada. De repente una persona a la que no conocía se abalanzó sobre mí y me clavó una navaja. Eso es lo último que recuerdo antes de despertarme en el hospital.

–Muy bien, ya me has contado la versión educada y la cutre, ahora quizás haya llegado el momento de que me digas la verdad.

–Acabo de decírtela –protesté intentando mostrar indignación, justo lo que precisaba el bueno de Eneko para que sus sospechas se acrecentaran.

–Tú nunca me dirías la verdad ni aunque con ella evitaras que te enviaran a la silla eléctrica –bufó mi excompañero–. Mira, Goiko, no intentes venderme esa moto, que tiene casi más kilometraje que yo. ¿Has estado a punto de palmarla y de verdad quieres que me crea que ha sido una puta coincidencia?

–Es que ha sido una puta coincidencia.

–Joder, Goiko, ¿sabes cuánta gente vive en Bilbao?

–Pues si quieres que te diga la verdad, no los he contado. Es que siempre he sido muy malo para las Matemáticas.

–Cerca de trescientas cincuenta mil personas, más o menos, según los últimos censos –me contestó imperturbable. Eso era lo malo de que me conociera hacía tanto tiempo, que se había vuelto inmune a mis ironías–. Y entre todas las personas a ti, precisamente a ti, te tenía que tocar la lotería del navajazo. ¿Me tomas por gilipollas o qué?

–¿De verdad quieres que te conteste a eso?

–No hace falta, ya sé la respuesta –por un momento pareció sonreír, pero enseguida rectificó y continuó ofreciéndome su aspecto más huraño–, aunque sería una respuesta equivocada. Debes creerte que desde que tú dejaste la Ertzaintza nos chupamos el dedo y no sabemos por donde nos da el aire. Pues va a ser que no, que el señorito Goikoetxea está muy equivocado y, como es habitual en él, se ha vuelto a pasar de listo.

–No sé a qué viene este chorreo, Eneko, te lo digo sinceramente.

–¿Sinceramente? Venga, Goiko, no me toques los cojones. ¿Sigues diciendo que no sabes quién intentó matarte ni por qué?

–Así es. Ya se lo dije a los hombres que enviaste al hospital para que me interrogaran y te lo vuelvo a decir en este momento, no tengo la más mínima idea de por qué me agredieron.

–Si no me equivoco, la ambulancia de la DYA te recogió a eso de las doce de la noche, tirado en el suelo, muy cerca de la plaza de Indautxu, en la acera de la Alameda de Urkijo. ¿Es eso correcto?

–Supongo que sí, así será si tú y los sanitarios lo decís. La verdad es que yo apenas me acuerdo de nada.

–¿Qué hacías por allí a esas horas?

–Joder, Eneko, no empieces como mi padre cuando era chaval, que a ver qué hacía en la calle a horas tan intempestivas, que si había algún local abierto, que si no podía hacer lo mismo a unas horas más normales...

–No te hagas el listo y contéstame, por favor.

–Es que no hay nada que contar. Estaba dando un paseo, sin más.

–¿A esas horas? ¿Acaso tenías insomnio?

–Sí, a esas horas, que yo sepa no hay ninguna ley que lo prohíba. Y no, no tenía insomnio. O quizás sí, quiero decir que no tenía sueño, no me apetecía irme a la cama y todo lo que daban en la tele era una mierda, así que

decidí salir a dar un paseo para despejarme.

–Podías haberte quedado en casa leyendo un libro. Hay gente que lo hace y no suelen sufrir ningún tipo de agresiones por dedicarse a ese vicio.

–Pues sí, podía haberme quedado en casa leyendo un libro, los protocolos de actuación de los descerebrados de la Ertzaintza, por ejemplo, pero no lo hice, preferí salir a dar un paseo.

–Con la mala suerte de que de la nada apareció un desconocido y te lanzó un navajazo que por milímetros no acabó con tu vida.

–Pues sí, supongo que fue mala suerte. Desde luego, muy buena no fue.

Eneko se sonrió de nuevo, esta vez abiertamente y sin recato. En cualquier persona y situación eso suele ser una señal positiva, pero yo le conocía desde hacía años y sabía que eso no presagiaba nada bueno para mí. Mientras no dejaba de dedicarme la mejor de sus sonrisas se puso a hurgar en uno de los cajones de su mesa hasta que finalmente sacó una fotografía y me la extendió.

–¿Te suena de algo esta persona?

No necesité mirarla dos veces para comprender que se trataba del mendigo al que me habían ordenado dar pasaporte y que finalmente murió a manos de un grupo de inmigrantes africanos. Si anteriormente no albergaba la menor duda, esa fotografía, que tenía una nitidez que no poseían las de la prensa gráfica, me lo acababa de confirmar por completo.

–No, no me suena de nada. ¿Tendría que sonarme? De todos modos parece estar muerto.

Eneko no contestó a mi pregunta ni apostilló mi último comentario, limitándose a mover la cabeza y a cambiar, aparentemente, de tercio.

–Volviendo al momento en que te recogieron malherido, los rastros de sangre indicaban que acababas de salir de uno de los cajeros automáticos que hay en esa zona.

–Ya te he dicho que no recuerdo nada. Supongo que si mi rastro llevaba hasta allí es que estuve allí. Quizás me acerqué a sacar dinero, no lo sé. Igual fue ése el motivo de la agresión, algo tan banal y normal como un simple intento de robo.

–Sí que sacaste dinero esa noche, Goiko. Cien euros. Cien euros que permanecieron en tu cartera, junto a otros treinta y siete con sesenta y tres céntimos que debías llevar en ella antes de salir de casa, supongo. Lo sé porque continuaban en tu poder cuando te ingresaron el hospital. Así que no te atacaron para robarte. No te quitaron el dinero ni nada de valor. Quizás

porque tú no tienes nada de valor –remató la frase con lo que seguramente él consideraba una muestra de fino humor.

–Coño, Eneko, ¿me habéis investigado hasta ese punto? Eso es una intromisión en mis derechos civiles y en mi privacidad, tendré que consultar con un abogado si puedo denunciaros.

–Hazlo, hazlo, sería muy divertido. Pero mientras llega ese momento tendrás que darme todavía unas cuantas explicaciones más. Por ejemplo, ¿sabías que en el cajero en el que te agredieron pernoctaba todas las noches un mendigo?

–Pues no, no lo sabía, pero tampoco me extraña. Por desgracia esa situación es algo habitual en estos tiempos, con tanto desahucio y tanta crisis.

–Y seguramente tampoco sabías –continuó Eneko, imperturbable–, que ese mendigo desapareció de allí justo el mismo día en que te agredieron.

–¿Quieres decir que pudo ser él? –intenté aparentar interés–. Es posible. Quién sabe, igual sí, como parece, entré a sacar dinero del cajero, le molestó mi intromisión y tiró de navaja. Como muy bien sabes, esos tipos suelen estar mal de la cabeza y alcoholizados, no sería raro que hubiese reaccionado de ese modo. Aunque si quieres que te sea sincero, si fue así el tipo me da mucha pena, preferiría no tener que poner una denuncia contra él.

Eneko me escuchaba como quien oye llover. Supongo que desde el principio sabía que no le contaría la verdad y actuaba en consecuencia. En el fondo me jodía su actitud. El que estuviera en lo cierto no tiene nada que ver, entre dos buenos amigos, dos camaradas de toda la vida debiera haber confianza, ¿no? En caso contrario, ¿en qué podemos creer en este podrido mundo? Por eso su actitud me dolía, y así se lo dije, pero continuó sin hacerme caso. Se limitó a menear la cabeza como si pensara para sí que era una pena, que estaba claro que su viejo compañero de aventuras policiales era alguien irrecuperable para la causa.

–Así que no te suena este hombre –dijo finalmente con un tono tan tranquilo y pausado que consiguió exasperarme.

–Joder, Eneko, no seas pesado, ya te he dicho que no.

–Pues en caso de ser verdad, lo que por otra parte no me lo creo, me alegro por ti y por tu intuición, porque efectivamente ésta es la fotografía de un muerto. De hecho el hombre de la fotografía que acabo de mostrarte, no sé si habrás leído o visto últimamente las noticias, es el mendigo al que hace unos pocos días asesinó un grupo de negros junto a la plaza del Ensanche. Ya ves lo que son las cosas, llevaba muy pocos días pernoctando en el cajero en

el que fue agredido. Curiosamente los mismos días que el mendigo que ocupaba el cajero de Indautxu al que conducía tu rastro de sangre llevaba lejos de allí. Tú siempre me has dicho que no crees en las coincidencias, así que tú mismo –finalizó con la misma sonrisa con la que el gato Silvestre se deleitaba de antemano cuando pensaba que el canario Piolín no iba a tardar demasiado en estar dentro de sus fauces. El problema de mi amigo es que hacía tanto tiempo que había abandonado su infancia que se le había olvidado que el cabrón del Piolín siempre salía airoso después de joder bien jodido al infeliz de Silvestre.

–Y sigo pensando lo mismo, pero ya sabes lo que dicen los gallegos de las meigas: existir no existen, pero haberlas haylas –luego, para cambiar de tercio y hacer como que estaba interesado en el mendigo, lo que por otra parte era verdad, volví a examinar la fotografía antes de preguntarle a Eneko si le habían identificado.

–¿Y a ti qué más te da? –me preguntó abruptamente–, si no le conoces de nada.

–Simple curiosidad. Me gusta saber qué tal les va a los amigos en el trabajo.

–Pues lo que se dice ir, me va muy bien, salvo cuando me sale un grano en el culo que atiende al nombre de Goiko, pero gracias por tu interés. En cuanto a la identidad del mendigo asesinado, aún la desconocemos, aunque esperamos desvelarla en poco tiempo. ¿Tú no tendrás ninguna idea?

–De momento no –le dije. No fue una imprudencia por mi parte, sabía que con esas palabras me estaba delatando hasta cierto punto, pero también sabía que Eneko no era ningún idiota y, por otra parte, a pesar de lo áspero de sus palabras, su intención no era joderme sino ayudarme, así que de algún modo se lo debía.

Eneko me miró fijamente, sonriendo. Su sonrisa, en esta ocasión, no era encabronada sino comprensiva, incluso compasiva.

–Espero que sepas lo que estás haciendo, Goiko, porque la cosa no es ninguna broma. Si de verdad el hombre que intentó matarte es el mismo al que asesinaron hace pocos días, puedes acabar metido en un buen lío. Un lío muy peligroso, así que lo mejor sería que confiaras en nosotros y no actuaras por libre, como suele ser normal en ti.

¿Qué podía decirle? ¿Que tenía razón, pero que no iba a cambiar mi modo de ser y de actuar por una tontería como, por ejemplo, que mi vida podía correr peligro? ¿Que gracias por el consejo, pero que ya era mayorcito

para tomar mis propias decisiones? ¿Que me conmovía su preocupación por mi persona, pero que si había alguien interesado en salvar mi culo ese alguien era yo mismo? Pues sí, podía decírselo y se lo dije, incluso fui más allá, le prometí que en el dudoso caso de que el asesinato del mendigo tuviese algo que ver conmigo, él sería el primero en enterarse.

Eneko cabeceó en señal de asentimiento y, tras comprender que no iba a sacar nada más de mí, me dijo que podía irme. Bueno, lo que me dijo literalmente es que me fuera a tomar por culo, pero yo lo interpreté como una forma cariñosa de decirme que la conversación había finalizado y podía reanudar mi vida fuera de los muros de la comisaría. Aunque antes de que nos despidiéramos añadió algo más.

–Espero que sepas lo que haces, Goiko, porque en el fondo te aprecio, y me disgustaría mucho, pero que mucho, que la próxima ocasión en la que viera tu fea cara fuese tendido en una camilla en la sala de autopsias.

Decididamente, mi amigo Eneko tenía una manera muy morbosa de expresar su cariño por mí y de alegrarme el día.

**SESENTA Y TRES DÍAS DESPUÉS DE
LA MUERTE DEL MENDIGO**



La muerte de un negro, por lo general, no le suele importar a casi nadie. Sí, es cierto que si el deceso ocurre en Boston o Milwaukee a manos de un policía blanco pueden desatarse terribles disturbios populares e incluso saqueos, pero en el fondo esos disturbios y saqueos se consideran parte de un sistema más o menos estable, una parte que quizás no sea la más agradable del mismo, pero que se conlleva con cierta resignación e incluso, visto desde un lado positivo, como un desahogo necesario por parte de quienes, una vez pasados los primeros momentos, volverán a sus vidas cotidianas y miserables.

Pero incluso en esos casos, y mirándolo con cierta perspectiva, con la perspectiva que los años de profesión le han enseñado a Vladimir, la muerte de un negro vale casi tanto como su vida, es decir, nada. Quizás le importe a su familia, o sin quizás, seguramente le importe a su familia, pero en muchos caso ésta se ha quedado en Senegal, Ghana o Burkina-Fasso y si no recibe noticias de su allegado tampoco les extraña. Cruzar primero el desierto y posteriormente el mar es asumir un riesgo que en ocasiones conlleva la muerte. Y si sobreviven y llegan a la ansiada Europa, allí no están exentos tampoco de peligros. Por eso es consciente de que la muerte de ese negro, en concreto, no va a importarle a nadie. O, lo que es mejor, quizás sí que pueda importar a un puñado de gente, en el caso de que se enteren de su fallecimiento, pero no, desde luego, a la policía, aunque se trate de unos de los cuerpos más afamados de Europa, Scotland Yard.

Y en el fondo debería importarles, porque su muerte no ha sido un accidente, aunque de ese modo lo califiquen los escasos tabloides que en páginas interiores publican la noticia, sino un auténtico asesinato. Vladimir es el único que lo sabe porque es quien lo ha cometido. Le ha resultado relativamente fácil robar una furgoneta, un auténtico juego de niños, y

cambiarle la matrícula. Luego, lo único que ha tenido que hacer, ha sido atropellar al negro y darse a la fuga. Es cierto, como recalca sólo uno de los tabloides, los demás prefieren no mentarlo, que lo correcto hubiese sido que el conductor parara su furgoneta y asumiese su responsabilidad, pero ya se sabe cómo son estas cosas, por un simple e involuntario accidente de tráfico seguramente al pobre hombre se le habría privado del carné de conducir y se habría quedado sin trabajo. Lo que precisamente no es el caso ya que el trabajo de Vladimir es, o ha sido hasta no hace mucho, matar a la gente. El que en esta ocasión no cobre es un pequeño matiz que seguramente a la víctima no le importa lo más mínimo.

Ni seguramente, en caso de saberlo, al detective del Yard encargado del caso, un tal McKinley que, de todos modos, se limitó a hacer correr la voz entre los garajes de Londres, como si hubiese pocos, con la esperanza, pequeñísima para ser sinceros, de que en alguno hayan visto una furgoneta manchada de sangre y con las características de las que atropelló al negro ese de mierda. Que por otra parte era un indocumentado o, mejor dicho, portaba una documentación falsa, lo que no es nada extraño, el asesino tampoco se llama Vladimir, aunque ése sea el nombre que más ha usado durante su larga y exitosa carrera profesional.

Según su pasaporte el muerto era nigeriano, pero a saber de dónde coño era en realidad, pensaba el detective. ¿Quién es capaz de distinguir a alguien nacido en Nigeria de un nativo de Swazilandia o Burundi? Él no, desde luego, así que lo dejó correr. Tener que archivar su muerte en la carpeta de asuntos no resueltos no iba a significar ningún baldón en su expediente.

Otra cosa hubiese sido de haberse enterado que ese negro innominado se había entrevistado, no hacía mucho, con el eminente miembro de la Cámara de los Lores Samuel Melrose y con la no tan eminente, pero igual de voraz en los negocios, Janet Campbell. Sí, seguramente si hubiesen llegado a conectar las tres muertes quizás sus jefes le habrían incitado a poner más empeño en llegar hasta el fondo de lo sucedido, pero eso no ocurrió, al menos hasta que el propio Vladimir, como estaba previsto, decidió tomar cartas en el asunto.

Cuando a James Robertson, detective del Yard, le pasaron la llamada de una persona que decía tener datos nuevos sobre la muerte del negro fallecido en un atropello hacía un par de días, con la intención de quitárselo de encima, comentó educadamente a su interlocutor que agradecía su interés, pero que él no era quien llevaba el caso y que lo mejor sería ponerle en contacto directo con el encargado del mismo. Pero cuando oyó que se le respondía que no

estaba dispuesto a hablar con el inepto de Horace Randolph McKinley sino con alguien que de verdad supiera hacer un trabajo policial, se sorprendió notablemente. Aún así no le dio tiempo a decir nada porque de repente, y sin previo aviso, se cortó la comunicación.

Veinticuatro horas más tarde la misma persona, cuyo acento no pudo identificar como británico, aunque tampoco parecía ser eslavo, sudamericano ni africano, volvió a ponerse en contacto con Robertson y le preguntó si habían encontrado algo extraño al efectuar la autopsia al negro fallecido en accidente de tráfico, pero nuevamente se cortó la llamada antes de que el detective de Scotland Yard pudiera pronunciar una sola palabra. De haberlo hecho tendría que haber reconocido que ningún forense había practicado autopsia alguna en el cadáver de un hombre que, todos los indicios así lo apuntaban, había fallecido en un accidente de tráfico. Tanto los policías como los médicos estaban atiborrados de trabajo y un atropello al cruzar la calle, pese a sus graves y letales consecuencias, no constituía ninguna prioridad, sobre todo porque la causa de la muerte estaba clara. ¿O quizás no lo estaba tanto?

James Robertson había tenido que lidiar en su vida con muchos locos, o simples bromistas o espabilados, que pretendían darle datos sobre pretendidos delitos o crímenes, algunos de ellos inexistentes y otros que habían adquirido notoriedad gracias a las informaciones de la prensa, pero algo en su interior le decía que ese extraño comunicante no era ningún loco ni, mucho menos, un bromista. El modo en el que hablaba, su capacidad para ocultar su acento originario e incluso, se sonrió al pensar en ello, que aludiera a la más que evidente ineptitud de su compañero McKinley, todo ello le avalaba, pero aún así era insuficiente para conseguir una orden de exhumación.

Afortunadamente nadie había reclamado el cadáver aún y continuaba en una fría cámara del depósito. A Robertson no le gustaba jugarse todas las cartas por una simple intuición, pero en ocasiones no había tenido más remedio que hacerlo y casi siempre le había funcionado, así que decidió arriesgarse. Uno de los forenses, el doctor Doherty, le debía un favor y pensó que había llegado el momento de cobrárselo. Si finalmente todo era un fiasco habría desperdiciado esa bala que llevaba en la recámara, pero pese a que era un hombre habitualmente sensato y racional, confiaba plenamente en su instinto. Y éste no le falló.

La autopsia dictaminó que si bien el atropello sufrido fue lo que le causó

la muerte, previamente había sufrido un envenenamiento por medio de una dosis excesiva y altamente tóxica de digitalina lo que, presumiblemente, si no le hubiese llevado a la tumba en caso de no sufrir el atropello, si mermó su voluntad y facultades. Que hubiese relación causa efecto entre la ingesta, se supone que involuntaria, de la digitoxina y su muerte en accidente de tráfico no era fácil de demostrar, pero a Robertson la experiencia profesional le indicaba que, aunque las casualidades existen, es muy improbable que se produzcan en ese tipo de asuntos.

Pero la autopsia detectó algo más que, si no era igual de grave y concluyente, sí que era extremadamente curioso. En el interior del cuerpo del fallecido había aparecido un *pendrive* de 32 GB, cuyo interior estaba vacío de contenido, como si alguien hubiese borrado todos sus datos o jamás se hubiese incorporado dato alguno. No parecía normal que nadie fuese capaz de tragarse un *pendrive* y, en caso de hacerlo, podría considerarse el equivalente de quienes en épocas pasadas, y en situaciones apuradas o de peligro, se comían literalmente papeles para que nadie pudiera llegar a conocer su contenido. Pero aparte del posible peligro y toxicidad que podía originar dicha acción, nadie en su sano juicio se arriesgaría a hacerlo si ese *pendrive* estaba totalmente vacío y no contenía ningún dato. Robertson se consideraba un policía normal, que hacía su trabajo con arreglo a los procedimientos habituales, de acuerdo con lo que le habían enseñado durante su período de aprendizaje y antes de ser considerado miembro de pleno derecho de Scotland Yard. Jamás había hecho un cursillo en las oficinas de Quantico del FBI. No era, por tanto, un “*profiler*” ni, para ser sinceros, creía mucho en esas zarandajas psicológicas, pero algo en las tripas le decía que la aparición en el interior del cadáver de ese *pendrive* tenía que significar algo.

Era uno de éstos de propaganda, con los colores societarios y las siglas de una de las más emblemáticas compañías financieras londinenses, la Carlton, Weston and Bruce Insurance, a la que por la comodidad y eficacia que exigen los mercados, así como porque los primitivos señores Carlton, Weston y Bruce habían fallecido hacía ya más de un siglo y no se encontraban, por tanto, en condiciones de protestar, todo el mundo, incluyendo sus directivos, denominaban la Cwabi, una aseguradora que cotizaba en las más importantes bolsas del mundo occidental y que desde hacía doscientos años tenía su sede central en Londres.

En principio, que el *pendrive* llevara publicidad de la Cwabi tenía tanta importancia como si hubiese lucido el logotipo del club de fútbol Tottenham

Hotspur, del que Robertson era un acérrimo seguidor, pero el detective se encontraba cada vez más convencido de que su desconocido interlocutor telefónico sabía perfectamente lo que estaba haciendo y con quién se había puesto en contacto. Porque James Robertson era el agente al que Sotland Yard había asignado la investigación del asesinato de una joven y prometedora licenciada de Harvard que había regresado a Gran Bretaña, tras finalizar con brillantez sus estudios económicos en Norteamérica, para incorporarse como directiva a la que era una de las empresas más antiguas y consolidadas de su país natal. A la Cwabi precisamente.

A Robertson, pese a disfrutar de una buena memoria, no le gustaba fiarse exclusivamente de ella sino que acostumbraba ir a las fuentes, por eso revisó el expediente de Janet Campbell. Un caso muy extraño, tanto por las características personales de la mujer asesinada como las del propio asesinato. Y en el que se había producido una anomalía muy curiosa, todos los pendrives que la mujer asesinada atesoraba en su domicilio se encontraban vacíos, sin contenido alguno en su interior. Ese hecho les pareció algo anormalmente extraño, tanto a él como a sus hombres, pero fueron incapaces de sacar ninguna conclusión coherente acerca de esa circunstancia.

Por lo demás, Miss Campbell era la típica mujer de cuya vida apenas se sabía nada. Se llevaba muy bien con el resto de trabajadores de su empresa, era una excelente compañera y, como jefa, sabía ejercer la autoridad inherente a su puesto sin herir a nadie ni abusar de su posición. Educada y agradable en el trato, muy cercana a las personas de su entorno, a las que siempre ofrecía una palabra amable y agradable, no estaba, ni lo había estado anteriormente, casada. Tampoco se le conocían relaciones sentimentales estables o inestables. Algunos de sus conocidos insinuaron que de vez en cuando recurría a servicios de pago para satisfacer sus instintos, aunque por su propio aspecto físico y su forma de ser parecía increíble que tuviese que hacerlo, pero no la criticaban por ello. Al fin y al cabo cada uno era muy libre de solucionar sus necesidades sexuales del mejor modo que supiera o pudiera, como argumentó uno de sus conocidos.

Sobre este último punto no le cabía ninguna duda a Robertson, ya que el día en que fue asesinada había concertado una cita por teléfono con una agencia que se comprometió a enviarle un joven atractivo físicamente y extremadamente capacitado sexualmente. Janet había especificado claramente que esas dos cualidades eran suficientes y las únicas que le interesaban de verdad, no necesitaba que le dieran conversación sobre la

situación política o las fluctuaciones del mercado financiero. Lo quería para lo que lo quería y aquí paz y después gloria, adiós muy buenas, ha estado todo muy bien, pero aquí se acabó lo nuestro, si te he visto no me acuerdo.

El único problema es que el joven asignado para satisfacer las necesidades de la joven ejecutiva jamás llegó a su destino. Quien sí lo hizo fue su asesino, un asesino que no dejó ningún rastro, ninguna huella de su presencia. Tampoco el joven gigoló que tuvo que pasarse un par de semanas seduciendo a las enfermeras del hospital público al que fue trasladado supo describir a su agresor ni apareció en su cuerpo ningún indicio, por nimio que fuese, que le permitiera iniciar una línea de investigación, por desesperada que pudiese llegar a ser. Nada de nada, el cero absoluto del que hablan los físicos. Un cero absoluto al que jamás había tenido que enfrentarse en sus casos anteriores. En más de una ocasión había resultado imposible descubrir al culpable, pero siempre había sido capaz de llevar a cabo la investigación, había encontrado un hilo del que tirar, aunque finalmente le hubiese llevado a una vía muerta. Pero en este caso no había nada. O quizás sí, quizás los *pendrives* pudieran ser la clave si, efectivamente, ese caso tuviese alguna relación con el del hombre atropellado. Aunque eso le creaba otro problema adicional.

La muerte del africano, cuya identidad se desconocía, podía ser, si el perfil que tímidamente había intentado efectuar era correcto, producto de un psicópata, tal vez de alguien que odiara a los negros, aunque en ese caso no encajaba como símbolo el *pendrive* vacío. Pero respecto a la muerte de Janet Campbell, estaba claro que había intervenido un profesional. Y no sólo un simple *killer* que se alquila por unas pocas libras, sino alguien de primera, uno de los mejores en su oficio, como lo delataba el que no hubiese dejado ningún rastro de su presencia, salvo el propio cadáver de la infortunada.

Quizás la relación entre ambos casos estuviese cogida por los pelos, pero había otro dato, o quizás fuera mejor decir otra sensación, de la que cada vez Robertson estaba más seguro, y era que posiblemente quien había efectuado la llamada fue el mismo profesional que había acabado con la vida de la directiva de la Cwabi. Y si lo había hecho, entonces también era él quien había asesinado al africano. ¿Por qué, entonces, le había llamado para despertar su curiosidad y obligarle a relacionar ambos sucesos? Lo que menos deseaba un profesional del crimen, y ése parecía ser de los mejores, era que la policía se fijara en él. Así que tenía que haber un motivo, y ése motivo tenía que estar relacionado con la Carlton, Weston and Bruce

Insurance, la Cwabi. Pero eso volvía a hacer que se planteara de nuevo la misma pregunta: ¿por qué?

A Robertson le gustaba estar al tanto de lo que se movía por los despachos del Yard, no tanto por cotilleo o ganas de medrar, como porque estaba convencido de que un policía, si quería hacer bien su trabajo, necesitaba conocer, directa o indirectamente, todo aquello que se saliera de lo normal por sí, en algún momento, pudiera tener relación con alguno de los asuntos que caían en sus manos. Y recordó un caso del que se había estado ocupando, de hecho aún se ocupaba puesto que todavía no estaba cerrado, y quizás nunca llegara a cerrarse favorablemente para la propia policía, su viejo amigo David Chesterton, uno de los máximos responsables de la Brigada Anticorrupción de Scotland Yard.

Uno de los hombres sobre los que la brigada tenía puesta su atención, el prominente miembro de la Cámara de los Lores, Samuel Melrose, lord Melrose of Whatsonshire, había sido asesinado en un pub mientras disfrutaba de una pinta de cerveza y veía en la televisión un partido de fútbol. La información que se le proporcionó a la prensa hizo hincapié en la hipótesis de uno de esos descerebrados que, por desgracia, tanto abundan entre los falsos aficionados al deporte rey que, al observar cómo el fallecido aplaudía el gol que habían metido al que sin duda era su equipo, decidió en un arrebato acabar con su vida. Pero Chesterton, en realidad, estaba seguro de que la muerte del aristócrata no tenía nada que ver con las pasiones deportivas sino con la propia investigación que se estaba desarrollando sobre sus asuntos por parte de la brigada. Aunque hasta el momento, no le quedó más remedio que reconocérselo al propio Robertson, sus hombres no habían encontrado nada en lo que basarse para abrir una línea de investigación. O el asesino tuvo una suerte increíble, o era un auténtico profesional.

Chesterton no pudo dejar de mostrar extrañeza cuando su viejo camarada Robertson le preguntó sobre el *pendrive* que habían encontrado en uno de los bolsillos del aristócrata asesinado.

—Sí, es cierto, encontramos un *pendrive* en su poder, aunque no nos sirvió de nada. Al principio tuvimos la esperanza, o quizás el temor, todo dependía de su contenido, de que pudiera ayudarnos en nuestras investigaciones, pero resultó estar vacío, totalmente vacío. Como ya te he dicho, no nos sirvió de nada.

—¿Y no os extrañó que estuviese vacío?

—Pues si quieres que te diga la verdad, al principio sí que nos chocó,

pero luego no le dimos la menor importancia. Hay gente que suele llevar encima *pendrives* por si en un momento necesita cargar datos y, en ese caso, tal vez prefiera llevarlos vacíos, para tener todo el espacio libre. O quizás había traspasado ya su contenido a algún ordenador y no necesitaba llevarlo encima. O igual acababan de regalárselo hacía poco tiempo y aún no había cargado nada en su interior, puede haber muchos motivos y todos lógicos. Pero me gustaría saber por qué tienes tanto interés en saber si Melrose llevaba encima un *pendrive*.

–Enseguida te lo cuento, pero antes contéstame a una última pregunta. ¿Ese *pendrive*, era uno de propaganda que llevaba el anagrama y emblema de la “Cwabi” en su exterior?

Chesterton se mantuvo unos segundos en silencio antes de responderle que sí, que era un *pendrive* de propaganda de la “Cwabi”.

–Y ahora, ¿me vas a explicar de qué va todo esto? –añadió.

Robertson no era de esos policías que acotaba su territorio como si fuese un castillo protegido por un foso lleno de cocodrilos. Todo lo contrario, era de los que creían que para llevar a buen término una investigación criminal era mejor colaborar con sus compañeros antes que pelearse entre ellos por unas pequeñas migajas de gloria que quizás, en ocasiones, podrían acarrearle un ascenso o algo de prestigio, pero que a la larga acabarían por ser los clavos con los que alguien te crucificará. Además, Chesterton y él eran amigos desde que entraron en la policía y confiaban mutuamente el uno en el otro, así que le contó todo lo que sabía, más que los hechos en sí, que no eran demasiados, sus suposiciones. Y para su sorpresa, su viejo camarada no se rió de él ni le dijo que estaba loco, sino que se las tomó muy en serio. Tras escucharle, él también se quedó convencido de que el hombre que había llamado por teléfono a Robertson era el mismo que había asesinado a Janet Campbell y al africano. Aunque no fuera mucho, tal vez hubiesen encontrado un hilo del que tirar.

Gracias a esa colaboración en la que, en contra de la opinión o más bien prácticas de muchos de sus compañeros, Chesterton y Robertson acertadamente creían, no les costó mucho descubrir que el indocumentado inmigrante subsahariano que había sido atropellado era, en realidad, policía en su país de origen. Y que, aún sin tener nada en concreto contra el fallecido, su jefe, el todopoderoso coronel Moussa Traoré, aparecía en la lista de la Interpol y de los servicios de inteligencia de varios países occidentales como un personaje al que había que vigilar estrechamente, ya que, aparte de

reprimir a sus conciudadanos, lo que no les quitaba el sueño a los dirigentes de Washington, París, Madrid o Londres, se sospechaba que estaba implicado en actividades criminales que afectaban a sus respectivos países.

Sus sospechas se acrecentaron cuando descubrieron que los tres fallecidos habían cenado juntos, un par de semanas antes, en un exclusivo club de Londres. Un club no sólo exclusivo, sino totalmente discreto. Tan sólo la circunstancia de que Chesterton, que llevaba tiempo tras los pasos de Melrose, hubiese conseguido, no sin grandes dificultades, infiltrar a uno de sus agentes entre el personal, hizo que pudieran acceder a ese dato.

Aún así, no era suficiente, en palabras del superintendente Bradshaw, con el que se reunieron pocos días después con el propósito de explicarle sus sospechas, para pedir una orden de registro de las oficinas centrales de la Carlton, Weston and Bruce Insurance.

—¿Sabéis cuántos despachos, salones, oficinas, centros de reuniones y recovecos varios tiene el edificio de la Cwabi? ¿Y cuántos empleados hay pululando por allí? O me dais algo más concreto, o lo que me pedís es imposible. Además, ¿qué pruebas podéis presentar ante el juez? ¿Que esos tres se conocían? ¿Que cenaron un día juntos? Eso no es un delito.

—La cena se pagó con una tarjeta de crédito de la Cwabi, señor —se atrevió a replicar Robertson—. Y esa empresa es el único nexo de unión de las tres personas asesinadas.

—La cena se pagó con una tarjeta de la Cwabi porque uno de los comensales poseía esa tarjeta y la utilizó, seguramente porque estaba autorizada a hacerlo. Y en cuanto a esa hipotética conexión, ¿creéis que porque dos personas estuvieran en posesión de unos *pendrives* de propaganda de la empresa en la que trabajaba una tercera, sus asesinatos tienen que estar necesariamente relacionados?

—Uno de esos *pendrives* apareció en el interior del estómago de una de esas personas asesinadas, señor —intentó convencerle Chesterton—, y luego está el hecho de que en ninguno de los tres casos hay ninguna pista, lo que parece indicar que los asesinatos fueron cometidos por un profesional. Que además seguramente es la persona que llamó por teléfono a James.

—Estupendo —respondió irónico el superintendente—, ya sé qué tengo que decirle al magistrado para que me extienda la orden, que hay tres casos de asesinato sobre los que no tenemos ni puta idea de quién los cometió y que eso los une indefectiblemente a una reputada y respetada empresa bicentenaria de la *city*, a la que tenemos que registrar en su totalidad porque,

además, no sabemos ni qué buscamos ni dónde podríamos hallarlo. James, David –les llamó por sus nombres de pila, demostrando que era algo más que un jefe para ellos–, ¿cuántos años hace que nos conocemos? Así que dejaos de zarandajas y tanto señor por aquí y señor por allá y seamos claros. Estoy seguro de que tenéis razón. Aunque ahora esté alejado de las calles y me encuentre recluido en este despacho lidiando todos los días con políticos, diputados y miembros más o menos importantes del gabinete, aunque todos sin excepción se consideran superimportantes, sigo siendo policía, sigo considerándome vuestro amigo y compañero, y creo que tenéis razón. Pero lo creo porque es lo que me dicen las tripas, no porque tengamos nada que llevar ante un juez. ¿No os dais cuenta de que a mí no tenéis que convencerme de nada? Yo ya estoy convencido. El problema sigue siendo que no tenemos nada para presentar en la corte.

–Entonces, ¿qué podemos hacer? –preguntó Robertson–. Porque tenemos las manos atadas.

–¿Qué podemos hacer? –repitió la pregunta el superintendente, entre irónico y preocupado–. Pues lo mejor que sabemos hacer, tener paciencia y esperar. Y sobre todo, vigilar. Vigilar a la Cwabi, vigilar sus movimientos, ver quiénes eran los más cercanos a Janet Campbell dentro de la empresa, observar quién sustituye a Lord Melrose en sus relaciones con la compañía, recabar más datos sobre el policía africano y su entorno. En fin, lo de siempre, paciencia y ojos abiertos. Es lo único que podemos hacer. Intentaré, sin que se note demasiado, relevaros de otros trabajos para que podáis hacer un seguimiento de la Cwabi, pero tendréis que hacerlo con mucha discreción. No olvidéis que se trata de una de las empresas más influyentes e importantes de la Gran Bretaña y cualquier paso en falso podría dar al traste no sólo con la investigación sino con nuestras propias carreras.

Aunque no les gustaba nada lo que estaban oyendo, tanto Chesterton como Robertson sabían que su jefe y amigo tenía razón y que lo único que podían hacer era lo que les había aconsejado: tener paciencia, esperar y vigilar. Lo que, por otra parte, como reconoció posteriormente el propio Robertson, constituía la base del trabajo policial.

OCHO DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO



Como se había convertido en una costumbre habitual durante los últimos años, ese fin de semana el bilbaíno barrio de San Francisco celebraba la fiesta de “Los arroces del mundo”. En esa zona de la capital vizcaína, una de las más degradadas social y económicamente, en la que habían obtenido cobijo inmigrantes de múltiples nacionalidades, sus vecinos decidieron hacer de la necesidad virtud y con su esfuerzo y trabajo levantaron una fiesta que era símbolo de la multiculturalidad que poco a poco también iba llegando a Bilbao. Si hay algo que une a casi todos los pueblos es el arroz, que puede encontrarse en puntos geográficos muy distantes unos de otros, y que lógicamente se prepara y degusta de maneras muy diferentes. Parecía obvio, por tanto, que antes o después se organizara un festejo en el que cada uno de los vecinos cocinase dicho producto al estilo de sus respectivos países de origen y todos lo compartieran. Además, en un país como Euskadi, en el que siempre se había valorado la buena comida, el éxito estaba asegurado.

En eso pensaba Eneko Goirizelaia cuando se acercaba, acompañado por Ander González, su fiel lugarteniente desde que Mikel Goikoetxea abandonó la Ertzaintza, al citado barrio. En eso y en el arroz a la cubana que solía prepararle su amama^[Z] en el caserío cuando era pequeño y que devoraba con fruición. Nunca se planteó, hasta que le llegó la mayoría de edad, si no legal sí mental, que ese epíteto, “a la cubana”, significaba que era un plato proveniente de otras tierras. Eso, a él, le daba igual, lo importante es que estaba buenísimo y lo comía siempre con deleite. Y si procedía de Cuba, pues ¡Viva Cuba!

La fiesta estaba en su apogeo. Según había vaticinado la prensa, se esperaba que acudieran más de cuatro mil personas, aunque en su opinión el vaticinio se había quedado corto. Lo malo para él era que no acudía por

placer, sino por trabajo, y que siendo ertzaina era, asimismo, plenamente consciente de que no iba a ser bien recibido. En general, la relación de los habitantes del barrio con la policía no era lo que puede decirse buena, y la mayor parte de la culpa no podía achacarse exclusivamente a los vecinos, pero de momento las cosas estaban así, pensó filosóficamente Goirizelaia, y no le quedaba más remedio que apechugar con ello. Además, no iba hacia allí para comprobar si los participantes en el festejo tenían sus documentos en regla, sino para investigar un asesinato y para él, cuando había un muerto por medio, importaba muy poco que el asesino fuera blanco, negro o mediopensionista. Su obligación era detenerlo y presentarlo ante un juez. Ya decidiría éste qué castigo habría que imponerle, en el caso de que efectivamente el detenido fuese considerado culpable.

Y en esta ocasión no le cabía la menor duda de que el mendigo de Indautxu, cuya identidad aún no había sido desvelada, fue asesinado por cuatro hombres de origen subsahariano. Encontrarles, si es que lo hacían, era cuestión de tiempo y aunque no parecía una tarea fácil confiaba en dar con ellos antes o después. Y no sólo para cerrar el caso y llevarles ante el juez sino, sobre todo, porque quería comprender. No se explicaba lo sucedido. Afortunadamente no era algo habitual en su ciudad, pero sabía perfectamente que en muchos puntos de España las agresiones contra los mendigos, en algunos casos con resultado de muerte, estaban convirtiéndose en una desgraciada costumbre. Pero casi en su totalidad los agresores solían ser *skins*, neonazis o similares, y en algunas ocasiones algún grupo de niños pijos que deseaban tener nuevas experiencias. Que él supiera, era inédito que cuatro africanos agredieran a un mendigo hasta el extremo de llevarle a la muerte. Normalmente, y con independencia del color de la piel o del lugar de origen, entre los desheredados suele haber cierta solidaridad o, en el peor de los casos, indiferencia. ¿Por qué, entonces, ese asesinato? ¿Habría mediado algún tipo de provocación? ¿Qué relación podían tener cuatro inmigrantes que seguramente se buscaban la vida vendiendo ropa, baratijas o películas descargadas ilegalmente con un indigente que sobrevivía gracias al vino peleón y las limosnas de los transeúntes?

Además, estaba lo que le había dicho Iturbe, el ertzaina con estudios de Psicología que había sido adscrito recientemente a su unidad. Aunque al principio le pareció simplemente una hipótesis curiosa y aventurada, según contemplaba el vídeo más convencido estaba de que su subordinado tenía razón. Esos negros no estaban disfrutando con la muerte del mendigo, ni

siquiera les era indiferente. Daba la sensación de que lo hacían a su pesar, con desagrado incluso, como si estuviesen obligados a hacerlo para evitar un mal mayor. Y eso era lo que quería saber en esos momentos Eneko Goirizelaia, cuál podría ser “ese mal mayor”. Por eso, y no sólo para llevarlos ante la justicia, quería encontrar cuanto antes a los asesinos. Quería saber cuál era su móvil.

Un aspecto muy sutil iguala a aborígenes e inmigrantes, pensó Goirizelaia mientras llegaba al lugar en el que se celebraba el festejo. Ya puedes vestirte como quieras, disfrazarte, llorar o reír, poner cara de buena persona o fingir que estás de mala hostia, todo da igual, cuando un policía se acerca a un ciudadano, sea éste blanco, negro o de cualquier otra tonalidad de las que aparecen en el arco iris, al instante el susodicho ciudadano sabe que tiene a un madero frente a él. Y eso, que es un axioma reconocido internacionalmente, se acrecienta cuando los ciudadanos tienen motivos más que suficientes para recelar de las buenas intenciones del policía. Y aunque ni Goirizelaia ni González se dedicaban a la caza del inmigrante ilegal, este extremo era desconocido por quienes instintivamente se alejaban de ellos cuando les veían acercarse. Tan sólo un hombre, robusto y de mediana edad, se atrevió a darles la bienvenida. Parecía claro que se trataba de un sacerdote, otro gremio que, como el policial, no puede ocultarse a la vista de los ciudadanos aunque, como era el caso, no llevara sotana ni alzacuellos sino que lucía una frondosa barba, más propia de un guerrillero latinoamericano que de un párroco de barrio, y vestía un jersey de esos que Marcelino Camacho puso de moda a finales de los setenta, cuando dirigía Comisiones Obreras.

–Mis buenos amigos Goirizelaia y González –dijo con un potente vozarrón. Si los ertzainas hubiesen querido pasar desapercibidos, lo que afortunadamente no era el caso, ya se les habría jodido el invento–, me alegra que hayáis decidido compartir con nosotros estos humildes arroces. Venid, venid, todavía sobra, seguro que os encanta.

–No lo dudo, padre, pero no hemos venido a comer –contestó Eneko Goirizelaia.

–Déjate de padre y todas esas hostias –siguió hablando en voz alta el cura–, os he dicho mil veces que me llamo Garikoitz. Gari para los amigos. En fin, si no habéis venido a uniros a la fiesta, ¿se puede saber qué cojones queréis? Aquí somos todos gente de paz, no necesitamos a la policía para nada.

–Me alegra saberlo –contestó Eneko–. Ojalá en todos los sitios se pudiera decir lo mismo. Sería estupendo que no fuese necesaria la policía, aunque nos quedáramos en el paro, pero por desgracia la vida no es así. No mientras no convencéis a la gente de que eso de “amaros los unos a los otros” va en serio y no es tan sólo una excusa para follar.

–Pero qué cabrón eres, Eneko. Ahora va a resultar que la culpa de que exista la policía es nuestra, de los curas, por no conseguir que la gente se comporte correctamente. Aunque quizás tengamos una opinión diferente sobre lo que es portarse correctamente o no.

–Mira, Gari, no hemos venido aquí para hablar de filosofía. Además, sabes perfectamente que nos la suda que toda esta gente tenga o no papeles, lo nuestro es otra cosa, los homicidios. Supongo que te sonarán de algo las palabras homicidio y asesinato, pero por si necesitas que te aclare las cosas es lo que vosotros llamáis el quinto mandamiento, el “no matarás” y toda esa mierda. Pues bien, como hay ciudadanos ejemplares a los que ese “no matarás” no les impresiona lo más mínimo, nosotros tenemos que descubrir quién ha quebrantado ese mandamiento divino y por qué lo ha hecho. Es así de sencillo.

–¿Y por eso venís aquí? En este barrio no vais a encontrar nada de eso. Sí, puede haber pequeños trapicheos, prostitución, estafas y hurtos o tráfico de drogas, lo reconozco. No lo apruebo, por supuesto, pero la gente tiene que sobrevivir. Lo que sí puedo aseguraros es que ninguno de los que está aquí compartiendo su arroz con sus convecinos es un asesino.

–¿De verdad puede asegurarnos algo así, padre? Porque si no es cierto estaría mintiéndonos y, que yo sepa, mentir también es pecado –Ander González, al contrario que su compañero Gorizelaia, que se había educado en un colegio religioso, no profesaba ningún respeto por el estamento clerical, ni por el más tradicional ni por el menos convencional, y no entendía los miramientos que estaba teniendo Eneko con ese cura–. ¿Y cuáles son sus motivos para estar tan seguro? ¿Por el secreto de confesión? ¿Se confiesan con un sacerdote católico los ciudadanos de origen musulmán? ¡Eso sí que sería interculturalidad! Venga, padre, no nos toque los cojones que somos ya muy mayorcitos para esos juegos, ¿De verdad cree que ninguno de los aquí presentes sería capaz de matar a un semejante? No me joda, padre –desde que se había dado cuenta de que al sacerdote le molestaba que le llamaran de esa manera, decidió no privarse de hacerlo–, no puede ser usted tan tonto o tan ingenuo.

–Claro que pueden matar si se les pone en el disparadero –contestó con dureza el sacerdote, aunque intentando, con grandes esfuerzos, no caer en lo que consideraba una provocación–. Lo mismo que usted, supongo. Bueno, no lo supongo, estoy convencido –fijó sus ojos, sin pestañear, en los del policía–. Sólo que si usted lo hace sería legal, ¿no? Así que la Ertzaintza está al servicio de los ciudadanos, ¿no? Pues de momento no veo ninguna diferencia con los policías que machacaban al pueblo en épocas pasadas, da la impresión de que los que se envuelven bajo el manto de la ikurriña^[8] son igual de arrogantes y pendencieros que los que nos oprimían durante el franquismo e incluso muchos años después.

–Bueno, ya está bien –habló Goirizelaia–, esta discusión de taberna no nos conduce a ninguna parte, joder. Parece que estemos en la Edad Media, el clero y la milicia. Ya sólo nos falta el marqués de Bradomín para imaginarnos que hemos vuelto a los tiempos de las sociedades estamentales.

–Aquí no creo que vayas a toparte con ningún aristócrata –se sonrió nuevamente el sacerdote–. Curas y maderos sí, salta a la vista, pero marqueses, condes y duques, ni uno. De todos modos –añadió conciliador–, tu compañero tiene razón, todos podemos ser asesinos en un momento dado, aunque no creo que estéis buscando en el lugar adecuado.

–Aún no sabes lo que andamos buscando –le dijo Goirizelaia.

–Claro que lo sé –replicó el padre Garikoitz–. Pese a nuestra conversación anterior, no soy un cura medieval. Leo los periódicos, veo la televisión, incluso tengo un iPad y un ordenador portátil –se rió–. Venís a indagar acerca del mendigo al que asesinaron hace una semana más o menos, ¿no?

–Así es –contestó Goirizelaia–. ¿Qué puedes decirnos acerca de eso?

–Nada. No puedo decirnos nada, lo siento.

–No creo que lo sienta mucho –intervino Ander González, intentando controlar la furia que estaba sintiendo–. Y tampoco le creo ni un ápice lo que está diciendo, estoy seguro de que conoce a los asesinos.

–Ah, ¿sí? Pues si tan seguro está lo que procede es detenerme por complicidad y encubrimiento, ¿se dice así? O por obstrucción a la acción de la justicia, ¿no? Venga, hombre –extendió sus manos hacia González, en ademán de ser esposado–, cumpla con su obligación, arrésteme. Además, lo tiene muy fácil. Con darme de hostias en la comisaría, y supongo que usted es un experto, confesaré hasta ser el toro que mató a Manolete.

–Bueno, basta ya de payasadas –a Goirizelaia se le notaba molesto y

enfadado con el giro de la conversación–, así no vamos a llegar a nada. Y no te voy a permitir que digas eso de mi compañero. Sabes, porque me conoces, que ningún hombre bajo mi mando ha usado jamás esos métodos, así que no te hagas la víctima de la brutalidad policial, que no cuele y tú lo sabes. Mira, Gari, te conozco y sé que estás haciendo lo que consideras más correcto – obvió el gesto de desagrado de su compañero, que parecía querer comerse al sacerdote, y continuó hablando en tono conciliador–, pero no creo que entre tus funciones pastorales esté la de disculpar o justificar a los asesinos. Independientemente de que esta gente –abarcó con la mirada a los participantes en la fiesta– merezca todo nuestro apoyo y solidaridad por lo que han sufrido, sufren y sin duda seguirán sufriendo, un asesinato es un asesinato, aquí y en Senegal, y no podemos permitir que los asesinos queden impunes.

–Ahora me vas a decir eso de que a quienes más les conviene colaborar con la justicia es a los propios inmigrantes, para que no les metamos a todos en el mismo saco y así poder separar las manzanas podridas del resto, ¿no? – le replicó sonriente el sacerdote.

–Pues sí, aunque suene a topicazo, así es –Gorizelaia estaba irritado y se le notaba–. Pero en este momento lo importante no son las ideologías, ni las religiones, sino los hechos. Cuatro africanos han matado a un mendigo, un hombre que tenía el mismo derecho que ellos a vivir y respirar. Quiero saber quién lo ha hecho y, sobre todo, quiero saber el por qué.

–En eso último coincidimos –se suavizó el gesto del cura–. A mí también me gustaría conocer el por qué, mucho más que el quiénes. Pese a las sospechas de tu compañero no sé quiénes han cometido ese asesinato, aunque en una cosa tiene razón, es muy posible que de saberlo no los delataría. No estoy seguro del todo, pero creo que no lo haría. Y sin embargo, también a mí me gustaría conocer los motivos, porque de momento se me escapan.

“Mirad, no es por hacer filosofía barata ni buenismo, pero llevo años en contacto con esta gente, lo que no siempre es fácil ya que muchos de ellos son musulmanes que recelan de los sacerdotes católicos, pero con el tiempo he llegado a ganarme su confianza y a penetrar, dentro de lo posible, en sus sentimientos. Y la inmensa mayoría de ellos, en contra de lo que piensa mucha de la buena gente del país, no son delincuentes. Al menos no lo son en origen. Eso no significa que, llegado el momento de buscarse la vida y sobrevivir, no acaben cometiendo actos castigados en el Código Penal u otras

leyes estatales y autonómicas, pero la mayor parte de ellos son, como acabo de decir, buena gente, que no desea meterse en líos. Por eso, el asesinato del mendigo me parece inexplicable. No digo que no pueda ocurrir, de hecho ha ocurrido y ha habido más muertes antes que ésta, pero ni el sistema, ni la víctima ni el contexto encajan con lo que yo sé y conozco. Y me preocupa. Quizás por un motivo diferente al vuestro, pero me preocupa.

Los dos ertzainas se miraron tras escuchar las palabras del sacerdote y Ander González, tras recibir un permiso tácito de su superior, que ya le veía más calmado, tomó nuevamente la palabra.

–Lamento lo anterior, padre –comentó con un tono más sosegado–, aunque creo que usted no se ha mostrado muy colaborador, pero vamos a olvidarlo, en el fondo puedo entender su razonamiento, aunque no lo comparta. De todos modos quizás sí hay algo en lo que podemos estar de acuerdo y es en lo extraño del suceso que estamos investigando. Mire, tenemos la grabación del asesinato, una grabación en la que aparecen, en unos casos con más nitidez y en otros con menos, los rostros de los cuatro asesinos, así que es cuestión de tiempo que caigan en nuestras manos, si antes no se han ido del país, pero hay algo que nos llamó mucho la atención. O al menos llamó la atención de un psicólogo que trabaja con nosotros, y es que los asesinos no parecían sentir ningún placer ni satisfacción haciendo lo que hacían, incluso daba la impresión de que lo hacían forzados, no sé si entiende a dónde quiero llegar.

–Me parece que sí –contestó, sombrío, el sacerdote–. Lo que usted está sugiriendo es que seguramente cometieron ese asesinato forzados o coaccionados por otra u otras personas.

–¡Oso ondo!^[9], padre. Lo ha acertado a la primera. Y supongo que sabe lo que eso podría significar.

–No nació ayer, agente. Seguramente en estos momentos la vida de esos cuatro africanos corre peligro.

–Eso es lo que sospechamos –intervino de nuevo Gorizelaia–. Mira, Gari, ya sabes cómo son las cosas. Si los detenemos nada les va a librar de ingresar en prisión y pasarse allí dentro unos cuantos años, no te puedo asegurar cuántos, quizás si colaboran con la justicia su pena se atenúe, no lo sé fijo, pero si no lo hacemos serán unos testigos molestos de cómo alguien, por algún motivo que aún se nos escapa, ha querido matar a un mendigo. Y a cierta gente, me imagino que lo sabes perfectamente, no les gusta dejar cabos sueltos.

–De acuerdo, pero sigo sin saber qué queréis de mí.

Como contestación, Eneko Goirizelaia sacó un puñado de fotografías y se las mostró al sacerdote.

–Éstos son los asesinos del mendigo –dijo–. Como ya te he dicho antes, los rostros no están excesivamente nítidos, pero puede ser suficiente para identificarlos. Supongo que no te sonará la cara de alguno de ellos, ¿no?

–Ya sabes que para nosotros, los occidentales, todos los negros, como todos los chinos, nos parecen iguales –intentó bromear, aunque se le notaba incómodo, el padre Garikotz.

–Sí, claro, será por eso que no eres capaz de reconocerlos –contestó, entre irónico y divertido, Goirizelaia–. De todos modos nuestros laboratorios están trabajando en ello y muy pronto podremos tener unas reproducciones algo mejores que remitiremos a los medios de comunicación para que las publiquen profusamente. Quizás así nos enteremos de algo.

–¿Sabéis lo que significa eso? –palideció el sacerdote–. Si vuestras sospechas acerca de que hay alguien más poderoso detrás del asesinato son ciertas, les vais a poner en el disparadero.

–Desde el momento en que asesinaron al mendigo ya están en el disparadero –intervino nuevamente Ander González.

–Mi compañero tiene razón, Gari. Es posible, no te lo niego, que la publicación de las fotografías acelere los hechos, pero de todos modos si, como pensamos razonablemente, ese asesinato fue un encargo, quien dio las órdenes no se va a quedar tranquilo hasta que los autores materiales del mismo estén fuera de juego. Así que quizás les convenga a ellos más que a nadie ponerse en contacto con nosotros. No te pedimos milagros, Gari, aunque seas sacerdote –se sonrió Goirizelaia al decir esto último–, sólo te pedimos que hagas correr la voz. Nada más que eso, que hagas correr la voz. Y no sólo por el interés de nuestra investigación sino, sobre todo, por su propio bien.

VEINTITRÉS MESES ANTES DE LA MUERTE DEL MENDIGO

Para Salif escaparse del CIE, el Centro de Internamiento de Extranjeros en el que le ingresaron cuando la patera en la que viajaba llegó a Algeciras, fue relativamente fácil, y eso que pese a su nombre y a que se presentaba como una especie de casa de acogida, el recinto funcionaba como una auténtica cárcel. Pero para un hombre que conocía por dentro las prisiones de su país y que posteriormente había sido entrenado como policía, huir de allí no constituía ningún problema. Si esperó algo más de un mes antes de hacerlo fue tan sólo para recuperar fuerzas, ya que el viaje por el estrecho había sido más duro de lo que se imaginaba y le dejó completamente exhausto, así como para ir recopilando la mayor cantidad de datos posibles sobre la tierra a la que acababa de llegar. En Bamako procuró informarse acerca de España y, sobre todo, de cómo era y dónde estaba Bilbao, la ciudad en la que Moussa tenía su centro de operaciones, y cómo se podía llegar a ella desde el punto en el que la patera iba a depositarle, pero para conocer bien un lugar no hay como estar en el propio terreno y Salif, tras haber sobrevivido a una durísima y casi letal travesía por mar, no deseaba cometer ningún error ahora que estaba tan cerca del objetivo.

Por eso esperó unas cuantas semanas antes de largarse del centro, sin despedirse de nadie, ni siquiera de quienes más le habían ayudado durante esos días. No era el momento de hacerse el sentimental, para eso ya tendría tiempo cuando volviera a su ciudad natal y pudiese estar con sus mujeres e hijos. Ahora tenía una misión que cumplir y estaba dispuesto a cumplirla. No por lealtad a Moussa, sino por su propia supervivencia y la de su familia.

Mil cuarenta y cuatro kilómetros, los que separan Algeciras y Bilbao por carretera, constituyen una distancia considerable, sobre todo si se tiene en cuenta que debido a la situación de Salif el recorrido fue incluso más largo, ya que tuvo que buscar caminos poco transitados o susceptibles de estar

menos vigilados, aparte de que al no disponer de un vehículo propio debió arreglárselas del mejor modo posible, en ocasiones robando un coche, o bien subiendo a un transporte público cuando consideraba que este tipo de medios era más seguro. Y siempre con miedo a que debido al tono de su piel algún policía, un colega de profesión, pensó irónicamente, le detuviera y le devolviera al CIE tras comprobar que no tenía los papeles en regla. Ése era un asunto que Moussa y él discutieron hasta la saciedad antes de su partida, pero llegaron a la conclusión de que era preferible arriesgarse a ser expulsado de España como si fuese un inmigrante ilegal cualquiera, ya intentaría volver de nuevo si eso ocurría, a que se sospechara del auténtico motivo de su viaje. Bueno, quien llegó a esa conclusión fue Moussa y a él no le quedó más remedio que acatarla.

Tardó un mes entero en llegar hasta Bilbao, tiempo que aprovechó para ir informándose de las características de la ciudad, sus habitantes y su modo de vida, y cuando por fin pisó sus calles, tal vez no podía considerarse un experto, pero al menos no le era del todo extraña.

Conocía perfectamente los nombres de los representantes de Moussa que al parecer le estaban traicionando, pero decidió acercarse a ellos poco a poco. Lo más importante, si no se lo había recalcado cien mil veces Moussa no lo había hecho ninguna, era ser discreto, no despertar suspicacias, y para eso lo mejor era no precipitarse ni correr ningún riesgo.

–No se trata tanto de esprintar a lo bestia como de aguantar bien la maratón, para poder llegar entero a la meta, y en la primera posición a ser posible –solía repetirle su jefe.

Los primeros meses se fue buscando la vida del mejor modo que supo y pudo, como la inmensa mayoría de sus camaradas de continente. Realizando algunos trabajos de albañilería o vendiendo discos compactos y devedés con los últimos éxitos musicales y cinematográficos, o baratijas y artesanía africana. Incluso los días que llovía, lo que en aquella ciudad no era nada extraño, sobre todo si lo hacía por sorpresa y la gente, optimista, salía a cuerpo a la calle, alguien le proporcionaba un buen número de paraguas para que intentara vendérselos a los transeúntes a los que el cambio climático había pillado totalmente desprevenidos. A él no se le permitía utilizarlos, era material para la venta, no para su uso personal, por lo que casi siempre acababa empapado, pero así estaban de momento las cosas y ésa era su cobertura. A veces recordaba que su cuenta corriente estaba bien engrasada, no tenía nada que ver con las de los desgraciados, en el caso de que las

tuvieran, lo que no era probable, que se dedicaban a lo mismo que él, pero las paranoicas medidas de seguridad que le obligó a tomar Moussa impedían que pudiera solicitar una transferencia para así vivir más desahogado.

–No te quejes, Salif, es por tu bien, no sabemos hasta dónde llega el control de esos traidores hijos de puta –le dijo Moussa, en tono concluyente–. Si te mataran, pese al afecto que tengo y hablando exclusivamente de negocios, para mí no supondría más que un ligero contratiempo, siempre podría enviar a otro hombre o tomar otras medidas, pero para ti sería mucho peor, estarías muerto y enterrado en un país lejano, sin la garantía de que lavaran tu cuerpo ni lo perfumaran, como establecen nuestros ritos, y seguramente te meterían en uno de esos féretros baratos en lugar de envolvete en un sudario. Así que créeme, es mejor pasarlas putas una corta temporada, cómo sea de corta dependerá de tu habilidad para solucionar los problemas, que arriesgarse a ser descubierto con lo que eso puede conllevar.

El cabrón de Moussa tenía razón, eso estaba claro, pero también estaba claro que quien las pasaba putas en Bilbao era él, y no su jefe, que seguramente en esos momentos estaría en Bamako tirándose a la hermosa y blanca esposa de algún diplomático de segundo nivel acreditado ante el gobierno maliense o incumpliendo el precepto que impide a los musulmanes beber alcohol y comer carne de cerdo. Afortunadamente, poco a poco, y siempre manteniendo oculta su verdadera personalidad, fue ganándose la confianza de sus colegas de infortunio. El barrio de San Francisco, en el que se había instalado, era como un pequeño muestrario de su África nativa. Allí podía encontrarse con magrebíes, gente llegada de Burkina Fasso o de Gambia, senegaleses (curiosamente gran parte de los bilbaínos pensaba que todos ellos eran senegaleses) o personas procedentes de su propio país. También podía encontrarse con latinoamericanos y asiáticos, pero con éstos se relacionaba mucho menos. No por racismo, sino porque no le eran útiles para llegar a su objetivo, el hombre u hombres que estaban traicionando a Moussa.

Sabía quiénes eran, por supuesto, su propio jefe le proporcionó sus nombres. Cabía, también, la posibilidad de que no fuesen unos traidores, sino que hubiesen sido “destronados” por otros tipos, pero se trataba de una posibilidad prácticamente ínfima. De hecho, Moussa estaba seguro de que seguían vivos y dirigiendo el cotarro, así que lo único que había que hacer era llegar hasta ellos y ganarse su confianza, para así tener la oportunidad de quitarlos de en medio.

Cuando has vivido en la más absoluta de las miserias, sin ninguna esperanza de salir de ella, y de repente un milagro cambia tu vida a mejor, sabes que harás lo que haga falta para que el nuevo rumbo que ha tomado tu existencia no se tuerza, por eso Salif se convirtió, desde el primer día en que llegó a Bilbao, en el hombre capaz de asumir cualquier trabajo, por duro que fuese, sin emitir ni una queja. Si había que vender paraguas, los vendía. Si había que levantar un muro, lo levantaba. Si tenía que recorrerse todos los bares de la ciudad en busca de clientes para sus baratijas, los recorría. Así fue ganándose la confianza de quienes le proporcionaban el material que tenía que vender y de cuyos beneficios apenas podía quedarse con una mínima parte. Hasta que llegó el día en que se encontraba apenas a un par de escalones por debajo de los compatriotas que manejaban el negocio, los hombres que hacía unos años envió Moussa para que protegieran sus intereses y que, en lugar de agradecerse, como debería hacer un buen musulmán, le traicionaron.

Un día, cuando llegó a uno de los almacenes en los que solía aprovisionarse antes de salir a patear las calles de la ciudad, quien le estaba esperando era el Gran Jefe en persona, el hombre al que todos obedecían y respetaban. No tuvo que fingir temor cuando se encontró ante él. Pese a su preparación como policía o, más bien, como matón al servicio de la policía, era plenamente consciente de que se encontraba desarmado y sin recursos junto a un hombre que, con un solo gesto, podía hacer que le cortaran en cien mil pedazos y luego tirarlos a la ría. El Gran Jefe observó con satisfacción los temblores de Salif, pero le dijo que se tranquilizara.

–Me han hablado de ti –añadió– y por lo que me han dicho, eres un hombre trabajador y leal, que nunca ha planteado problemas. Y también que eres una persona muy callada y discreta. Me gustan las personas discretas. Uno no se puede fiar nunca de quienes no hacen más que hablar, pero la gente callada, la gente que sabe mantener la boca cerrada, ésa es la que me gusta tener a mi lado. Además, por lo que me han contado, eres también inteligente y espabilado. En los pocos meses que llevas aquí ya hablas bastante bien el español y chapurreas un poco el vasco.

Salif se limitó a asentir. Siempre se le habían dado bien los idiomas, cuando uno sobrevive de intentar vender humo a los escasos turistas que visitan su país acaba adaptándose a todo tipo de gentes y lenguas. Además, antes de salir de Malí le habían dado unas cuantas clases de español, no las suficientes como para dominar el idioma, pero sí como para no estar del todo

perdido. Y posteriormente, eso sí que era cierto, su habilidad e inteligencia natural hicieron el resto. Pero de todo eso no dijo ni una palabra a su interlocutor.

–Además, pareces fuerte, muy fuerte –continuó hablando el Gran Jefe–. ¿Lo eres?

–Sí, sí, bueno, creo que sí –contestó Salif, titubeando quizás más de la cuenta, ya que no sabía a dónde quería ir a parar el Gran Jefe.

Como era la primera vez que se encontraba tan cerca de él, aprovechó para examinarle disimuladamente. Hacía unos años había sido uno de los hombres de confianza de Moussa y ahora estaba allí, traicionándole, desafiándole incluso. Y por lo que se podía comprobar seguramente él también había sido fuerte, muy fuerte. Posiblemente seguiría siéndolo, pero el paso de los años y la buena vida habían hecho mella en su persona, y sus músculos, que se adivinaban aún poderosos debajo de la grasa, habían perdido la batalla ante la preeminencia de esta última. Tenía un claro sobrepeso, a un pequeño paso de poder ser considerado obeso, y su cara estaba tan redondeada que apenas se podían vislumbrar en ella sus ojos, como si fueran dos chinchetas colocadas por encima de su nariz. Pero aún así, Salif estaba convencido de que un golpe proveniente del Gran Jefe tendría, sin lugar a dudas, efectos demoledores.

–Es lo que me imaginaba –le contestó–, pero lo mejor será comprobarlo. ¡Kim! –señaló a uno de los guardaespaldas que estaban junto a él, protegiéndole–, vamos a ver cómo es de fuerte nuestro nuevo amigo.

El hombre llamado Kim, una mole que podría haber hecho el papel de Jabba el Hutt en “El retorno del jedi”, sólo que en lugar de grasa estaba repleto de músculos, no esperó a que su jefe le repitiera la orden y sin darle tiempo a reaccionar, se acercó a Salif y le golpeó en la cara del estómago, haciendo que se doblara en dos, mientras boqueaba en un intento desesperado por expulsar el dolor y erguirse, pero no lo consiguió, sino todo lo contrario. Un nuevo golpe propinado por una mano que parecía haber sido forjada con el mismo material que el martillo de Thor chocó violentamente contra su barbilla, haciéndole perder el equilibrio.

En la tesitura en que se encontraba, las frías baldosas del almacén le parecieron la más acogedora de las moquetas, pero no pudo regodearse en ello porque los poderosos brazos de su agresor le agarraron de la cintura y, tras elevarlo sobre su cabeza volvió a arrojarlo, con una fuerza inusitada, contra el suelo.

Salif sólo se dio cuenta de que seguía vivo cuando el dolor producido por una patada recibida en los testículos se le hizo insoportable. Ese dolor tuvo, sin embargo, una influencia positiva en su mente, hasta el momento inundada por una nube roja que le impedía pensar. No sabía si era simplemente una prueba, una manera de comprobar su aguante y lealtad o es que habían descubierto que era un hombre de Moussa, lo que sí sabía es que no podía continuar recibiendo impunemente una paliza de ese tipo si quería salir vivo de allí y con las menores secuelas físicas posibles.

Aprovechó un momento de respiro para levantarse torpemente. No estaba seguro de haber hecho lo correcto, quizás si se hubiese quedado tirado en el suelo el castigo habría cesado. Ahora, en cambio, su cuerpo volvía a ser susceptible de ser utilizado como un *punching-ball* por el guardaespaldas del Gran Jefe. Pero en las escasas centésimas de segundo que duró la tregua se dio cuenta de que tenía una posibilidad de vencer en ese extraño combate. El gigantón llamado Kim poseía sin duda, acababa de comprobarlo en sus carnes, una gran fuerza, pero era mayor que él y aunque se le veía en forma, estaba tan acostumbrado a que todos le temieran y se apartaran de su camino que quizás no sabría responder con la necesaria rapidez y eficacia a un contraataque lanzado con rabia, con esa rabia que Salif sentía en esos momentos, una rabia no solamente originada por los golpes que estaba recibiendo sino, sobre todo, por el recuerdo de lo miserable de su existencia antes de que Moussa le acogiera bajo su brazo protector, una existencia a la que se había jurado no volver jamás en la vida.

Era ahora o nunca, se trataba de Kim o de él. Se abalanzó con furia sobre su contrincante y, aprovechándose de su peso, le tiró al suelo, cayendo sobre él. No era el momento de practicar el juego limpio, a la mierda los occidentales con sus tesis del *fair play*, un *fair play* que no utilizaron, por cierto, cuando conquistaron y colonizaron su país, así que viendo cómo su oponente estaba aturdido, más por la sorpresa que por el golpe recibido, hundió sus dedos en el interior de las órbitas de los ojos de Kim. El almacén debía estar completamente insonorizado, o quizás a la gente que transitara por sus alrededores no le preocupaba para nada lo que pudiera ocurrir en el interior de un local ocupado exclusivamente por africanos, ya que nadie asomó su jeta para interesarse por lo que estaba sucediendo, pese a que los aullidos lastimeros del gigantón tuvieron que escucharse no sólo en todo Bilbao, sino en los pueblos adyacentes. Pero eso lo pensó más tarde, en esos momentos sus manos eran más rápidas que sus propios pensamientos y

asiendo con ellas el cuello de Kim lo giró violentamente hasta que estuvo seguro de que se encontraba ya más cerca de Allah que de él mismo.

–¡Quieto!

Esa palabra, dicha en un tono casi más fuerte que los gemidos que acababan de salir de la garganta del ya difunto Kim, hizo que Salif volviera a la realidad. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había estado a punto de morir. El compañero del hombre con el que acababa de pelear tenía desenfundada su arma y estaba apuntando en su dirección. Sólo la rápida intervención del Gran Jefe evitó que le disparara.

Durante un tiempo los tres, el Gran Jefe, el compañero del matón muerto y él, se miraron sin decirse nada, como si aún necesitaran tiempo para recapitular sobre lo que acababa de suceder. Finalmente fue el Gran Jefe, como por otra parte era lo obligado, quien rompió el silencio.

–Lo has matado –habló dirigiéndose a Salif.

Éste no contestó. ¿Qué iba a decir? ¿Que había sido un accidente? ¿Que no fue su intención matarlo? Sería absurdo afirmarlo, los dos hombres que le estaban contemplando con rostros serios habían sido testigos de lo que acababa de ocurrir.

–Tendrás que compensarme –volvió a decir el Gran Jefe.

Salif siguió sin decir nada. ¿Para qué? Era consciente de que sólo había un modo de compensar lo que había hecho. Como decían los judíos, ojo por ojo y diente por diente. Había conseguido escapar de las garras de Kim, pero dudaba mucho que consiguiera escapar de las del Gran Jefe. Allí iba a finalizar, pese a todo, su vida. Se preguntó si Allah sería capaz de perdonar las maldades que se había visto obligado a hacer para cumplir fielmente las órdenes de Moussa. No había escapatoria, así que estaba dispuesto a morir del modo más digno posible, por eso se extrañó cuando, antes de volver a hablar, el gesto del Gran Jefe se distendió y se echó a reír.

–Sí, amigo Salif, tendrás que compensarme por lo que has hecho –dijo por fin, cuando cesó su ataque de risa–. Tendrás que ocupar el puesto que Kim ha dejado vacante. Acabas de demostrarnos que estás perfectamente preparado para hacerlo.

DIEZ DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO

La identidad del mendigo seguía siendo desconocida. Al menos ésa era la tesis oficial de la Ertzaintza y lo único que escuché de los labios de Eneko las pocas veces que le llamé para preguntarle, aparte del consabido “vete a tomar por culo”, que más que como un exabrupto funcionaba casi como un mantra. Cuando mostraba mi escepticismo ante la respuesta sólo obtenía, a cambio, una sonrisita (mi teléfono no es de éstos en los que se puede ver el careto de tu interlocutor, pero no me hacía ninguna falta, soy capaz de percibir la típica sonrisa autosuficiente de mi excompañero a miles de kilómetros de distancia) y la no por esperada menos desagradable pregunta: ¿y a ti qué coño te importa, si dices que no tienes nada que ver con el caso? Como no tenía respuesta a esa pregunta o, para ser sincero, como no deseaba contestarla, respondía con evasivas, acrecentando de ese modo la natural desconfianza de mi viejo camarada de fatigas.

El tira y afloja que nos traíamos empezaba a ser cansino, sobre todo para mí, que llegué a pensar que si seguíamos así jamás averiguaría la identidad del mendigo asesinado. Afortunadamente Eneko decidió compadecerse de mí, o seguramente pensó que era el momento de presionarme algo más, porque pocos días después de salir de la clínica se presentó en mi domicilio sin avisar y sin una orden judicial, como me digné expresarle cuando le abrí la puerta.

–Deja de tocarme los cojones y prepara ese café tan infecto con el que sueles obsequiar a los amigos –me respondió tomando posesión de mi casa, como si fuera Hernán Cortés tras la toma de Tenochtitlan.

Pese a lo ofensivo de sus comentarios sobre mi habilidad cafeteril obedecí sumiso y poco rato después nos encontrábamos ambos tomando sendas tazas bien cargadas en la habitación que solía utilizar como despacho. El gesto de mi amigo al sorber su taza desmentía sus palabras anteriores, pero

me abstuve de efectuar ningún comentario irónico. Viendo lo apacible y feliz que estaba preferí no romper ese momento mágico, sobre todo pensando en mi propio interés.

–Bueno, y ¿a qué se debe que honres esta humilde morada con tu presencia? –rompí finalmente el hielo.

Me miró sorprendido, como si se hubiese olvidado de mí, lo que seguramente era más un deseo que una realidad, y tras acabarse la taza me preguntó, finalmente, si me sonaba de algo un tal Tomás Navarro Aretxederra.

–¿Tomás Navarro Aretxederra? –repetí el nombre que acababa de escuchar de labios de Eneko–. No, no me suena para nada –era totalmente sincero al decirle eso–. ¿Tendría que sonarme?

–Depende –me contestó enigmático Eneko, antes de añadir–: si el mendigo asesinado es la misma persona que te acuchilló hace unos días, pues sí, tendría que sonarte. Pero claro, supongo que sigues insistiendo en que los dos casos no tienen nada que ver.

Llega un momento en la vida en el que hay que tomar decisiones. Ése era uno de esos momentos y, pese a mi falta de costumbre, decidí contarle parte de la verdad a Eneko. Eso sí, adornándola, aunque sabía que no me iba a servir para nada.

–En realidad pensaba llamarte por teléfono justo antes de que aparecieras por aquí –comenté sin que la mentira que acababa de salir de mis labios me hiciera sonrojar, a mi edad ese tipo de vergüenzas las tenía superadas–, ya que he estado mirando de nuevo la fotografía del hombre asesinado y creo que quizás tengas razón, quizás sea él la persona que me agredió.

–Vaya por Dios –me replicó sonriendo Eneko, con esa sonrisa que era sinónimo de “te he vuelto a pillar, cacho cabrón”–, es como para creer en los milagros. Justo unos momentos antes de que tocara el timbre de tu casa viste la luz divina y decidiste llamarme para confesármelo todo. Pues desembucha, cariño, que soy todo oídos.

–No sé a qué viene esa actitud –protesté débilmente–, ha sido una simple coincidencia el que te hayas adelantado a mi llamada. Pero sí, creo, mejor dicho, no creo, estoy seguro, de que se trata de la misma persona. Y de lo que también estoy completamente seguro es que tenía que ser un loco, porque no le conocía de antemano. Y ahora que me has dicho su nombre, sigo sin saber quién era.

El hecho de que esto último fuese cierto quizás contribuyera a que Eneko me dijera que seguramente yo tenía razón. Aunque me sorprendió que me la diera, procuré que no trasluciera mi sorpresa al exterior.

–Sí –volvió a decir mi amigo–, el tío estaba loco o, por usar un término técnico, era un psicópata. ¿De verdad no te suena su nombre? Salió en la prensa hace varios meses. Fue un caso muy sonado.

–Pues no lo recuerdo –contesté.

–Sí, hombre, seguro que en cuanto te refresque la memoria te acordarás del asunto. Un hombre que mató a su mujer y a su hija, una niña de siete años. Las degolló y luego desapareció. Hasta que los africanos le quemaran vivo en el cajero. ¿Te suena ya el asunto?

Sí, la verdad es que sí que me sonaba. Lo conocía a través de la prensa nada más, por eso no recordaba el nombre del fulano, pero fue un caso sobre el que los periódicos se cebaron, y no sólo los periódicos sino, sobre todo, la totalidad de los canales de televisión. Así se lo dije a Eneko, aunque mostrando bastante extrañeza por lo sucedido.

–Puedo entender que siendo un psicópata me agrediera el otro día, aunque parece raro que no haya dado señales de vida hasta ahora, pero ¿qué relación puede tener su historial con su asesinato a manos de unos inmigrantes subsaharianos?

–En lo primero tienes razón –me reconoció Eneko–, pero en cuanto a lo otro –se encogió de hombros–, supongo que es simple mala suerte, le tocó a él como podría haberle tocado a cualquier otro. No hay ningún motivo para pensar que quienes le mataron desearan vengar la muerte de su mujer e hija. Algunos podrían calificarlo de justicia divina, pero yo prefiero pensar que es, simplemente, puta casualidad.

Creo que ya he comentado que Eneko Goirizelaia y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo, desde que ambos dábamos nuestros primeros pasos en la Ertzaintza, así que me di cuenta de que en esta ocasión era él quién me estaba ocultando algo y se lo dije.

–No sé por qué me dices eso –había llegado su turno de hacerse el ofendido y lo estaba disfrutando–, sabes que soy tan leal contigo como tú lo eres conmigo.

–Pues por eso mismo sé que me estás ocultando algo –le espeté.

De todos modos no estaba entre mis planes, al menos dentro de los más inmediatos, confesarle que había sido contratado para eliminar a Navarro, así que no insistí en un duelo de reproches en el que, con toda seguridad, habría

salido trasquilado. Me limité a agradecerle la información que me acababa de proporcionar y a manifestarle nuevamente que no podía ayudarle, que estaba claro, ahora más que antes, que la agresión que yo había sufrido fue, también, pura mala suerte. Una funesta combinación entre un psicópata que, nadie sabe por qué, decidió volver a las andadas y el hecho de que yo me encontrara en el momento equivocado en el sitio equivocado.

Nos despedimos amigablemente, con el convencimiento de que nos ocultábamos mutuamente información y la promesa de que si nos enterábamos de alguna novedad perderíamos el culo para informar al excompañero de las novedades. El que cumpliéramos o no esa promesa era harina de otro costal, pero en el fondo ambos sabíamos de qué iba el juego y no íbamos a hacernos mala sangre por ello.

Una vez despejado el terreno, fui hasta mi ordenador y empecé a navegar por Internet. En ocasiones pienso cómo podía arreglárselas mi antepasado Sherlock sin una herramienta tan importante y fundamental como ésta. Allí estaba todo. No tuve más que teclear el nombre que me había proporcionado Eneko, “Tomás Navarro Aretxederra” y ante mí se abrió todo un mundo compuesto por cientos de enlaces, todos ellos de periódicos o de las ediciones digitales de medios de prensa generalistas. Y en todos ellos comprobé que mi excompañero no me había mentado. Tomás Navarro Aretxederra degolló a su mujer y su hija y luego desapareció, como si se hubiese desvanecido. Comprendí que Eneko y sus hombres se resistieran a proporcionar la identidad del mendigo asesinado a la prensa, ya que eso desataría, sin lugar a dudas, un montón de artículos sensacionalistas en los que, posiblemente, la Ertzaintza no saldría muy bien parada, pero seguía sin comprender por qué Sánchez-Ávila y sus clientes deseaban verle muerto.

En todas las fuentes que consulté se narraba la misma historia, con palabras o enfoques distintos, pero a fin de cuentas tampoco había mucha diferencia entre unas versiones y otras. Tomás Navarro había sido, en su juventud, una de esas lumbreras que enseguida despiertan la atención de los cazatalentos. Premio fin de carrera en la Universidad Comercial de Deusto, un par de másters en el ESADE y en una universidad de la Costa Este norteamericana. Cuando volvió a Bilbao fue fichado por uno de esos bancos de inversiones en los que no puedes abrir una cuenta corriente salvo que detrás de la primera cifra haya muchos ceros. Una carrera fulgurante, que incluía su boda con una antigua Miss Euskadi que llegó a ser dama de honor en el certamen de Miss España y una hija de éstas que no desentonaría en el

caso de ser invitada al cumpleaños de la princesa de Asturias, esa niña a la que todo el mundo llama “doña Leonor”, pese a su corta edad. Podría decirse que era una vida de cuento de hadas salvo por el hecho de que para mantener ese estatus económico y social tenía que trabajar veinticinco horas al día. Posiblemente eso fue lo que le quebró, según algunos psiquiatras entrevistados por los medios. En opinión de la mayoría de ellos, el exceso de trabajo acabó por desequilibrarle y le llevó a asesinar a su mujer y su hija, los seres que más amaba en este mundo. Bien por los psiquiatras, yo siempre he pensado que el exceso de trabajo es perjudicial para la salud, y el que unos eminentes profesionales llegaran a la misma conclusión me reafirmaba en mis pensamientos.

Una vez hecha esa sesuda reflexión seguí trabajando en el tema, así de contradictorio es el comportamiento humano. Estaba tan embebido navegando por Internet que cuando vi en la pantalla del móvil que me estaba llamando Lola, decidí apagarlo, sin dignarme a contestar. Ya sólo me faltaba eso, tener que escuchar un sinfín de reproches de mi examante mientras me sumergía en todo el cúmulo de información sobre Navarro que Internet ponía a mi disposición. La verdad es que no sabía lo que buscaba, simplemente me limitaba a picotear por aquí y por allá esperando que saltara alguna liebre, pero se ve que ese animal tan apetitoso no estaba por la labor de acabar en mi cazuela, así que no conseguí nada de nada, salvo atiborrarme de detalles escasamente interesantes, pero necesarios para que los periodistas de turno pudiesen rellenar el mínimo de cuartillas exigidos por sus redactores jefes.

Viendo que poco más podía sacar de las crónicas del doble asesinato perpetrado por Tomás Navarro, intenté cruzar sus datos con los de Sánchez-Ávila, el abogado que me encargó su liquidación, pero no obtuve ningún resultado. Si antes de que yo entrara en escena el letrado y el economista habían tenido algún tipo de relación, tuvo que ser tan discreto que no quedó ningún rastro del mismo en la red. Seguramente en eso no me mintió el abogado y el encargo no lo hizo *motu proprio* sino a instancia de algún cliente. El dilema estribaba en saber quién deseaba ver muerto a un psicópata de las características de Navarro y por qué. De hecho, si averiguaba lo segundo estaría muy cerca de averiguar la identidad de los instigadores de su asesinato. O viceversa.

Lo primero en lo que pensé fue en una posible venganza, tal vez a los allegados de la antigua Miss Euskadi no les gustó ni un pelo que el bueno de Tomás se cargara a su familiar o amiga y decidieron tomarse la justicia por su

mano. A veces ocurre, pero no parecía muy probable. No por falta de ganas, sino de medios, sobre todo económicos. Por lo que pude deducir navegando por Internet la familia de la mujer asesinada no tenía el suficiente poder económico como para encargarse de un asesinato, no al menos a través de un abogado del renombre y el caché de Marcelino Sánchez-Ávila. Y no me los imaginaba impulsando un “*crowdfunding*” para obtener el dinero necesario.

¿Tendría que ver el asunto con su actividad profesional? Siempre he desconfiado de los jóvenes tiburones de las finanzas que con tal de conseguir un euro más para su cuenta corriente (bueno, lo de “un euro más” es lógicamente un eufemismo) no se paran en barras y arrasan con todo lo que pueden, dejando tras de sí una riada de cadáveres, pero tampoco parecía tener sentido. ¿Por qué esperar, para darle su merecido, a que demostrara que era un psicópata asesino de manual? Aunque pensándolo bien, no sería el primer caso en el que una persona, sintiéndose acosada, decidiera llevarse por delante a su familia. Pero habitualmente, cuando eso sucede, el siguiente paso es suicidarse y, por mucha imaginación que uno tenga, nadie se suicida contratando a un grupo de negros para que primero le apaleen y después le quemem en vivo y en directo.

Aunque no podía desechar ninguna opción, por descabellada que pareciera, no parecía plausible que esas hipótesis llegaran a confirmarse, pero eso no me solucionaba nada, todo lo contrario, continuaba totalmente confundido y sin saber por dónde tirar. El problema estribaba en que no tenía mucho tiempo, porque de una cosa sí que estaba completamente seguro: antes o después alguien pensaría que podría ser un testigo molesto e intentaría eliminarme.

Volver a hablar con Sánchez-Ávila no tenía sentido después del éxito de nuestra conversación anterior. Mientras pensaba en ello me acordé del hombre que estaba reunido con él en el momento en que irrumpí en su despacho, el falso cónsul de Zimbabwe. Había cosas que no me cuadraban, y no sólo el hecho de que fuera negro, como los asesinos de Tomás Navarro. Cuando les interrumpí no dio muestras de sorpresa o enfado, como hubiese sido lo natural. Incluso hizo un gesto al abogado, que sí había dado señales de estar irritado, para que me atendiera, como si supiera quién era yo y le pareciera conveniente que mantuviéramos una conversación. En un primer momento pensé que estaba fijando mi imagen en su retina para poder reconocermé en el caso de que volviéramos a encontrarnos, pero cuanto más pensaba en ello más creía que no se trataba de eso sino de todo lo contrario,

que ya me había reconocido y por eso mismo me observaba con extremo interés. Pero si me había reconocido, eso significaba que sabía perfectamente por qué estaba allí. No era un pensamiento tranquilizador, precisamente.

Gracias a mi apoyo y consejo las jóvenes prostitutas a las que, según la opinión de todo el mundo excepto la mía, estaba protegiendo y controlando, habían conseguido abandonar la calle, lo que al menos era un primer paso para salir del pozo en el que habían estado metidas, así que me dirigí al piso en el que actualmente ejercían su oficio. Tres de las cinco eran africanas, y quizás podrían saber algo sobre el tipo que había estado departiendo amigablemente con Sánchez-Ávila antes de mi llegada. Mientras me encaminaba hacia allí la musiquita del móvil me indicó que acababa de recibir un “*whatsapp*”. Cuando lo abrí pude ver que se trataba de Lola. Su mensaje decía escuetamente “llámame”, pero en lugar de hacerlo lo que consiguió fue que me pusiera de mala hostia. Sabía perfectamente que no era poseedora de poderes paranormales, pero que justo irrumpiera de nuevo en mi vida en el momento en el que me disponía a visitar a las mujeres por cuya causa me había mandado a la mierda no produjo vibraciones positivas en mi persona. De hecho, cuando me abrieron la puerta, las cinco comprendieron que no estaba de muy buen humor, pero no pusieron pegos en ayudarme en todo lo que necesitara, y ese “todo lo que necesitara” casi hizo que me derritiera al momento.

Me sobrepuse a ese momento de debilidad, ya se sabe lo que dice la Biblia, el espíritu está fuerte pero la carne es débil, y les expuse lo que quería. La colombiana y la rumana de Abaltzisketa, desconocían de qué les estaba hablando, pero las dos nigerianas y la maliense, cuando escucharon lo que les estaba preguntando, casi se descompusieron mientras negaban saber nada de nada acerca del fulano que les estaba describiendo. No digo que se pusieron blancas para no hacer un chiste fácil e incluso racista, pero por ahí anduvo la cosa, y pese a mi insistencia se negaron a decirme nada excepto que no le conocían ni sabían quién era. Como confiaba en ellas y sabía por lo que habían pasado opté por no presionarlas de momento. Quizás fuese una equivocación, porque al día siguiente, según me comentaron posteriormente sus compañeras, las tres desaparecieron sin despedirse ni darles ningún tipo de explicación y nunca más volvimos a verlas. Me gustaría pensar que huyeron a otro país donde sus vidas mejorasen, pero esto último no lo tengo muy claro. No es que me haya convertido en un filósofo de taberna, pero siempre he sabido que, como dice el refrán, hay personas que nacen con

estrella y otros estrellados, y las jóvenes africanas no parecían pertenecer al gremio de los seres humanos más afortunados. De todos modos, pese a esas carencias, una de ellas, nunca sabré si por decisión personal o como portavoz de sus compañeras demostró que, dentro de las circunstancias, era una buena amiga y se mostraba agradecida, ya que dos días después recibí un “*whatsapp*”, procedente de un número desconocido cuyo origen no pude rastrear, en el que aparecía tan sólo un nombre: Salif. Pese al anonimato bajo el que se escondía el mensajero, supuse que se trataba de alguna de mis viejas amigas, pero cuando intenté contactar con ellas el móvil del que procedía el mensaje se encontraba fuera de servicio y nunca más volvió a funcionar.

Al menos tenía dos cosas: un nombre, Salif, y que tenía atemorizadas a las prostitutas de origen africano. No era mucho, pero retomando de nuevo la filosofía tabernaria, no me quedaba más remedio que admitir que menos daba una piedra.

CATORCE DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO

Al principio la noticia fue una más de esas que suelen aparecer en los telediarios y que, aunque sobrecogen a la mayoría de los ciudadanos, pronto se olvidan. En la ciudad de San Juan de Luz, a unos escasos 15 kilómetros de la frontera franco-española, en el interior de un camión frigorífico, habían sido hallados los cadáveres de cuatro inmigrantes subsaharianos fallecidos por congelación. Al parecer, según constaba en el exhaustivo informe redactado por agentes de la *Gendarmerie*, se introdujeron en su interior con el ánimo de pasar desde España a Francia sin ser detectados. Desgraciadamente no se debieron percatar del tipo de vehículo que iban a utilizar o, si lo hicieron, no previeron las desastrosas consecuencias que su decisión les podía acarrear. Las autoridades francesas dedujeron que se encontraban ante un suceso trágico, pero sin ninguna significación especial ni mucho menos policial. El conductor del camión frigorífico era un veterano que llevaba años haciendo la misma ruta, sin haber tenido jamás un problema, ni siquiera una multa por adelantamiento indebido o velocidad inadecuada. Y, por supuesto, no tenía antecedentes penales ni policiales. Lo mismo podía decirse de la empresa de transportes y de la propietaria de la mercancía transportada. El informe final resaltaba tanto lo accidental del suceso como la desconocida identidad de los fallecidos, que los esfuerzos de la policía, no excesivos en realidad, no consiguieron desvelar.

La noticia, aunque tuvo cierto realce al norte de los Pirineos, apenas ocupó unas pocas líneas en los periódicos que se publicaban al otro lado del Bidasoa, por lo que hubiese pasado desapercibida si no fuese por la desaforada pasión que sentía Ander González, oficial de la Ertzaintza, por el rugby.

Sí, González, el frío y cerebral González, el leal lugarteniente de Eneko Goirizelaia, el policía eficiente que parecía estar dedicado tan sólo a su

trabajo las veinticuatro horas del día, era un apasionado del rugby, al que había jugado en su juventud. No se perdía ninguno de los partidos que emitían por televisión del Torneo de las Seis Naciones y cuando daban por satélite algunos encuentros internacionales importantes todo el mundo sabía que podía encontrarse pegado a su televisor, salvo que estuviera de servicio. Incluso había aprendido a realizar el famoso *haka*, el baile ritual de la selección neozelandesa, aunque sólo lo practicaba en la intimidad de su hogar cuando nadie podía verle, para evitar ser objeto del cachondeo de sus amigos y familiares. Era seguidor del Aviron Bayonnais Rugby Pro, el club de Baiona que, junto al Biarritz Olympique Pays Basque, representaba al rugby vasco en una de las mejores ligas del mundo, la francesa. Siempre que podía y el trabajo se lo permitía, solía asistir al estadio Jean Dauger a animar a su equipo mientras cantaba, como un bayonés más, el “Peña Baiona”, el himno del club cuya melodía estaba sacada de la canción “Vino griego” de la que el canario José Vélez hizo una versión en español. O el “Txoria, txori” de Mikel Laboa, esa fábula sobre un hombre que amaba tanto a su pájaro que se negó a cortarle las alas, aunque de ese modo se hubiera tenido que quedar con él para siempre y que, pese a que no había sido compuesta con ese fin, en los últimos tiempos se había convertido en una especie de grito de guerra de los aficionados bayoneses.

Nadie sabía a ciencia cierta de dónde le venía a González su apasionado apoyo al Aviron. Algunos de sus compañeros pensaban que se debía a cierta afinidad, por motivos de apellido común, con el que fuera uno de sus jugadores más emblemáticos, Jean-Michel González. Los más maliciosos, en cambio, achacaban esa opción personal de Ander González a que en fútbol era un acérrimo hinchado del Athletic y la sección dedicada a ese deporte del Aviron tenía un convenio de colaboración con el equipo bilbaíno. En el fondo daba igual cuál fuese el motivo, lo importante era que debido precisamente a su afición al rugby y su lealtad a los colores del equipo vascofrancés solía buscar diariamente, en la versión digital del periódico Sud-Ouest, noticias relativas al mismo. Y por eso fue que, de pura casualidad, leyó una noticia que había pasado desapercibida al sur de la frontera, la de la muerte por congelación de los cuatro inmigrantes africanos.

En el mundo literario que especula sobre las actividades policiales se ha convertido en una máxima la frase de que las casualidades no existen, y puede ser una máxima que tenga bastante sentido, pero en la vida cotidiana de quienes tienen por profesión la lucha contra la delincuencia se sabe que,

en ocasiones, los asuntos se resuelven, precisamente, por pura casualidad. De ahí que Ander González especulara con la posibilidad de que los africanos tan trágica y accidentalmente fallecidos fuesen los mismos que asesinaron a Tomás Navarro e hiciese partícipe de esas sospechas a su superior inmediato, Eneko Goirizelaia que, pese a su escepticismo inicial, decidió ponerse en contacto con sus homólogos de la policía francesa, fiándose de la intuición de su compañero y amigo.

La *Gendarmerie* no tardó ni veinticuatro horas en facilitarles la información solicitada. Seguramente pensaban que de ese modo no sólo se quitaban un muerto de encima, sino cuatro de una sola tacada. El *dossier* iba acompañado además de por las diligencias policiales y las actas levantadas al efecto, por un buen número de fotografías sacadas a los fallecidos. Al cotejar esas fotografías con las grabaciones tomadas en el cajero en el que fue asesinado el indigente, los ertzainas pudieron comprobar que sus sospechas eran ciertas y que por fin habían encontrado a los asesinos, aunque Goirizelaia ya nunca podría conocer los motivos que les indujeron a asesinar a ese pobre desgraciado y ningún juez abriría un sumario contra ellos. El caso estaba cerrado. ¿O no?

Porque a pesar de haber accedido a esa información por casualidad, Goirizelaia seguía siendo muy escéptico ante las casualidades. O, al menos, ante las coincidencias, lo que no es lo mismo. Es cierto que todo parecía encajar. Los cuatro subsaharianos, tras asesinar al mendigo, deciden huir de Bilbao y del país para evitar ser apresados y en su precipitación por escaparse utilizan un camión frigorífico sin darse cuenta de que están firmando su propia sentencia de muerte. Todo encajaba, no serían los primeros que, en su intento por huir de la policía o de unas penosas condiciones de vida, se encontraban con un destino mucho peor que el de acabar recluidos en un centro penitenciario. Pero, ¿habían sucedido así las cosas? Si Iturbe, el novato licenciado en Psicología que estaba a sus órdenes desde hacía muy poco tiempo estaba en lo cierto, y Goirizelaia estaba convencido de que era así, los asesinos de Tomás Navarro parecían verse sometidos, en el momento de su acción, a una enorme tensión, como si no perpetraran ese crimen voluntariamente sino obligados y bajo unas amenazas que podían considerarse extremas. De ser así, y a pesar de no tener prueba alguna que mostrar ante un juez, estaba convencido de que ni Iturbe ni él se equivocaban, no sólo el inexistente instinto policial con el que a menudo se especula en los medios sino el simple sentido común parecían indicar que lo sucedido con

esos cuatro desgraciados no fue un triste y trágico accidente, sino un asesinato múltiple. El problema era que, además de no poder demostrarlo en esos momentos, tenía las manos atadas para intentar hacerlo en el futuro, porque el caso era competencia de la *Gendarmerie* y de los jueces franceses. Y tanto la policía como la judicatura gala, de un modo lógico y razonable por otra parte, habían dictaminado que el asunto era, precisamente, un accidente.

Decidió ponerse en contacto con su homólogo francés, quien, amablemente, accedió a comentarle las incidencias del asunto, incluidos los detalles que no se suelen poner, por innecesarios, en los informes policiales. Todo parecía estar en orden, aún así Goirizelaia se atrevió a transmitirle sus sospechas. No sería justo decir que el responsable francés de la investigación dejó en ese momento de atenderle con la misma amabilidad que al principio, pero sí que su tono pasó a ser algo más seco y rígido, sobre todo cuando le aconsejó que no se complicara la vida (en realidad le estaba exigiendo que no se la complicara a ellos) con esas especulaciones que quizás estaban bien como ejercicio mental, pero que no conducían a nada positivo.

Cuando, tras agradecerle sus atenciones, Gorizelaia cortó la comunicación con su colega del otro lado de la muga^[10], comprendió que éste tenía razón, que no se podía hacer nada más de lo que ya se había hecho sobre ese asunto. Pese a ello fue consciente de que antes o después haría algo, no sabía qué ni con qué resultados, pero no podía dejar el tema así, como si no hubiese ocurrido nada, como si efectivamente hubiera sido un accidente. El problema era que, de momento, no sabía qué pasos tenía que dar.

DIECIOCHO DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO

Salif, por lo que pude descubrir, era un nombre bastante habitual entre los inmigrantes subsaharianos, así que preguntar por alguien llamado así en el barrio de San Francisco era como preguntar en el resto de Bilbao por alguien que se apellidara García o Etxebarria. Una lamentable pérdida de tiempo. Es cierto que seguramente, si daba su descripción, el terreno de búsqueda se acotaría bastante, pero tras la experiencia de lo ocurrido con las jóvenes prostitutas africanas que salieron del país poco después de preguntarles por él, no me pareció oportuno dar ciertos datos, no fuera a ser que ocurriera lo mismo o algo peor.

En realidad lo habría hecho si no hubiese tenido otra alternativa, pero entonces me acordé de Etxebe, un antiguo ertzaina que si bien no me apoyó cuando estuve metido en problemas, como lo hizo Eneko Goirizelaia, no fue de los que ostensiblemente me dieron la espalda ni me retiró el saludo. Nunca fuimos excesivamente amigos, pero tampoco nos convertimos en enemigos y aunque no sabía si estaría dispuesto a ayudarme, no se perdía nada por intentarlo. Debí pillarle en un momento de buen humor, quién sabe, o tal vez le caía a él mejor de lo que él siempre me había caído a mí, preferí no preguntárselo. El caso es que accedió a verme y nos citamos en uno de los locales que últimamente habían proliferado por Juan de Ajuriagerra, antaño una calle más bien sosa y muerta, pero que en los últimos tiempos había cobrado nueva vida.

–¿Un tipo llamado Salif? –repitió el nombre que yo le acababa de citar, tras paladear con satisfacción el cuba libre de Bacardí al que la necesidad me había obligado a invitarle. –¿Qué sabes de ese Salif, qué negocios tienes con él?

No sé si he explicado ya que el humor de Etxebe solía oscilar entre la ironía, la autosatisfacción y el recelo. Pues bien, en aquellos momentos en sus

palabras no predominaban ni la ironía ni la satisfacción.

–Nada, no sé nada de él, por eso te lo pregunto –intenté poner un aspecto lo más inocente posible.

–Vamos a ver, Goiko. Resetea esa esponja que tienes por cerebro. Voy a ponértelo más fácil. Imaginemos que exista un desconocido que se llame Salif, que por cierto hay más de un centenar con ese nombre pululando por Bilbao, y coincida con las características del fulano por el que me has preguntado y suponiendo, que es mucho suponer, que yo lo conozca... indicaría que no es precisamente un honrado ciudadano. Entonces, ¿por qué cojones lo buscas?

–No lo busco –protesté–, sólo quiero saber quién es, a qué se dedica... qué es lo que hace en Bilbao.

–Nada bueno, eso seguro –apostilló Etxebe a mis últimas palabras, aunque, por supuesto, jamás en la vida admitiría que en su expresión pudiera aparecer un poso xenófobo o racista–. Pero a estas alturas, querido Goiko, y pese a que estoy seguro de que me vas a invitar a otro cubata –sin esperar mi respuesta a ese último comentario pidió al camarero “otro como éste, pero más cargado”–, que le busques o que sólo quieras información sobre él, pues lo mismo me da que me da lo mismo. ¿Ulertu?^[11]

La música del “Gora ta gora beti”, la canción que el grupo Oskorri dedicó a Lapurdi, interrumpió nuestra conversación. Cuando saqué el móvil del bolsillo izquierdo de mi pantalón leí en la pantalla el nombre de Lola y haciendo caso omiso a las palabras de Etxebe, que me decía que no me preocupara por él, que atendiera la llamada, corté la comunicación.

–Joder, Goiko, ni que te hubiese llamado una novia molesta, jamás he visto a nadie que apagara tan rápido el móvil –me dijo Etxebe con una sonrisa en los labios y los ojos brillantes. Daba la impresión de que los cubatas empezaban a hacerle efecto, pero sus palabras, por lo atinadas, pese a que ni él mismo lo supiera, me perturbaron bastante.

De todos modos la interrupción me había venido bien para aclarar mis ideas y pensar qué es lo que iba a contar a Etxebe. Con él no iba a servirme el rollo de la confidencialidad con los clientes y tampoco podía esperar que, como hacía Eneko, aceptara mi silencio por amistad y confianza mutua. Tenía que darle algo y lo mejor, en este caso, era darle la verdad. O, al menos, parte de ella. A Etxebe, por su carácter y modo de ser, seguramente no le extrañaría que quisiera arreglar cuentas con un tío que, al parecer, estaba detrás de la agresión que había sufrido hacía ya casi un mes. Y si

encima el tipo era extranjero y negro, le importaba un huevo la reacción que yo pudiera tener. Así que si no se lo conté todo, sí lo suficiente como para que comprendiera mi interés por Salif y, llegado el caso, no se fuera con el cuento a donde mi buen amigo Eneko Goirizelaia.

–Vamos, que quieres devolvérselas una a una a ese cabrón –dijo risueño, después de conseguir que le invitara a un tercer cubata–. Me parece de puta madre, hay que hacerse respetar por esos tipejos.

–Yo no diría tanto, sencillamente me gustaría tener más información sobre él, por si acaso, ya sabes.

–¡Cómo no lo voy a saber! –dijo guiñándome un ojo–. En fin, algo sí que sé, aunque no es mucho. Hace tiempo que le tenemos echado el ojo, porque sospechamos que no es trigo limpio. Pero no me refiero a que no sea trigo limpio como los demás negratos que pululan por San Francisco y las Cortes, no, este tío es un capo. Creemos que nada se mueve en el barrio sin que él lo controle o, al menos, dé el Visto Bueno. Por lo menos en lo que respecta a los subsaharianos. Pero nunca hemos conseguido ninguna prueba en su contra, ni siquiera el más pequeño indicio. Oficialmente está limpio, más limpio que las vajillas esas que anuncian por televisión, ya sabes, las de Villarriba y Villabajo –evidentemente la ingesta de cubatas estaba generando efectos nocivos en el cerebro de Etxebe.

–¿Se sabe de él que haya matado u ordenado matar alguna vez a alguien?

–Se sabe, se sabe..., ¿qué coño quieres decir con esas palabras? ¿Qué es saber exactamente? ¿Tener pruebas para llevarle ante un juez? Pues no, amigo Goiko, no tenemos ni una puta prueba, no sólo para acusarle de asesinato sino ni siquiera de haber robado un bolígrafo. Ahora bien, si la pregunta consiste en si pensamos que podría estar detrás de más de una muerte ocurrida en Bilbao y sus alrededores, pues te diría que no sólo detrás, sino delante, de frente y de costadillo. Así que por ese lado no tienes nada que rascar, si tuviéramos no ya alguna prueba, sino el más leve indicio de actividades ilegales, ya le habríamos empapelado. Pero de momento lo único que podemos hacer es jodernos y esperar. La rutina policial, como dicen algunos.

Sí, la rutina policial. Pero yo ya no era policía y odiaba las rutinas, así que le pregunté si tenía algún lado oscuro por el que poder atacarle.

–¿Un lado oscuro? –empezó a descojonarse el bueno de Etxebe–. Todo él es un lado oscuro, ¿o acaso te has olvidado que es negro negrísimo desde

las plantas del pie hasta la cabeza?

Muy bueno el chiste, pero yo no le estaba pagando el cuarto combinado de ron y Coca Cola para oírle decir sandeces ni chismorreos xenófobos, y así se lo dije.

–Joder, Goiko, no sabía que fueses tan políticamente correcto.

Me han llamado muchas cosas a lo largo de mi vida, pero era la primera vez que alguien me calificaba de políticamente correcto. Se ve que siempre hay una primera vez para todo. O quizás para Etxebe el listón de lo políticamente correcto estaba muy bajo.

–No lo soy, pero no he venido a discutir de eso. Es lamentable que no hayáis podido pillarle en ningún delito, ni siquiera en la más pequeña falta, pero tendrá algún resquicio por donde meterse, algún vicio poco confesable aunque legal, una amante, el alcohol, el juego, las bebidas isotónicas, los gnomos de jardín, qué sé yo, cualquier cosa me podría servir para conocerle mejor.

–Pues va a ser que no –cabeceó tristemente Etxebe. Esperaba que eso no significara que estaba pasando de la euforia a la depresión, lo único que me faltaba era tener que aguantar la crisis de los cincuenta a un ertzaina racista, violento, borrachín y melancólico–. El cabronazo de Salif está totalmente limpio. Por no poder acusarle de nada, ni siquiera podemos decir que se haya tirado un pedo en un espacio público. Aunque quizás tenga algo para ti.

–¿De qué se trata? –pregunté esperanzado.

–No te me emociones ni aceleres, que no es para tanto, me temo. Pero hay un tipo, un tal Touré, que quizás pueda decirte algo más que yo.

–¿Quién es ese Touré? ¿Es de fiar?

Etxebe se encogió de hombros antes de decirme que era todo lo de fiar que puede ser uno de esos negros que pululan por el barrio de San Francisco, en el absurdo caso de que yo fuese tan tonto como para fiarme de alguno de ellos.

–Aunque en el fondo no es un mal tipo –añadió–. Es un sin papales que ha venido desde Burkina-Fasso. ¿Quieres creerme que hasta que le conocí ni siquiera sabía que existiese un país con ese nombre tan raro? Yo pensaba que todos los negros eran de Senegal, Nigeria o Camerún, ya sabes, como en la vieja canción de Zarama, “Iñaki, ze urrun dagoen Kamerun”^[12], pero se ve que no, que también existe Burkina-Fasso, que tiene cojones el nombrecito. ¿Cómo habrá que llamarles? ¿Burkinafesses, burkinafeños, burkinamierdas? No pongas esa cara, Goiko, que es una broma, joder, no sabía que te cayeran

tan bien los negros. Además seguro que Touré te gustará –añadió jocoso mientras se pedía el quinto combinado de ron y le explicaba bien claro al camarero que tenía que cobrármelo a mí–, en ocasiones ha trabajado como detective. Un detective de pacotilla, eso sí, lo mismo que tú, aunque tiene una ventaja sobre ti, sus superpoderes. Sí, superpoderes. ¿O quizás sea un embaucador? –se rió de su propio chiste–. Adivina el porvenir, quita el mal de amores, espera, espera, que te leo todo el rollo que pone en sus panfletos publicitarios –añadió cuando la risa le permitió sacar un papel de sus bolsillos–: profesor Touré, gran vidente africano, experimentado en todos los campos de la alta magia, ahuyenta la mala suerte, protege contra el mal de ojo, soluciona problemas de salud, de negocios, sentimentales, resultados garantizados al 100% en muy poco tiempo. Como verás el tipo es una auténtica joya, así que podría decirse que no me he equivocado al decir que sois almas gemelas.

–Más bien tiene pinta de ser uno de tus confidentes –dije tan sólo para tocarle los cojones.

–No creas, el muy cabrón se me resiste, pero ya caerá si no quiere regresar a su puto país con el rabo entre las piernas –me contestó al borde del cabreo–. Pero en alguna ocasión ha colaborado conmigo y supongo que a ti no te pondrá pegas, ya que hace tiempo dejaste de ser ertzaina. Te he concertado una entrevista con él, en campo neutral, ya que no desea que le vean en San Francisco con alguien que pueda oler a pasma. Así que mejor será que nos demos prisa o, mejor dicho, que te des prisa, ya que me pidió que fueras solo. Será que con un poli tiene más que suficiente, no creo que pueda llegar a aguantar a dos en el mismo paquete, aunque uno de los dos no sea un policía de verdad sino un huelebraguetas –volvió a reírse de su propio chiste.

Le dejé solo, bueno en realidad no le dejé solo, le dejé con los siete cubatas que se había tomado. Supongo que al día siguiente llamaría a la comisaría diciendo que tenía la gripe A, o la gripe porcina, que en su caso parecía lo más adecuado, y que por eso no podía acudir al trabajo. Aunque nunca se sabe, el tío hasta el momento había aguantado imperturbable, quizás fuera de esos a los que el alcohol ya no les hace mella, hasta que un día notan cómo las hormigas y las cucarachas les recorren por todo el cuerpo y acaban tirándose por la ventana.

De todos modos, lo que ocurriera con Etxebe y sus cubatas me era indiferente y me dirigí hacia el lugar en el que me había concertado la cita

con el tal Touré. No tenía que andar mucho, ya que se trataba de un pub de la zona de Mazarredo, que conocía de algunas otras ocasiones y que, eso tengo que reconocérselo, era un sitio ideal para que nadie sospechara de nosotros si nos veía hablando, ya que por su interior pululaba gente de lo más variopinta. Incluso podría decirse que de lo más estrafalaria, si no fuera porque el tiempo y lo que a través de él he vivido, me ha hecho cada vez más tolerante, por lo menos en lo que atañe al aspecto físico y vestimenta de mis conciudadanos más noctámbulos. Además, con la música que atronaba en local apenas podíamos entendernos entre nosotros, así que para alguien ajeno a nuestra conversación sería imposible captar ni una sola palabra, por más que lo intentara.

Mientras caminaba los escasos metros que separan las calles Juan de Ajuriagerra y Alameda de Mazarredo decidí ser un buen tipo y devolverle a Lola sus llamadas. Por tres veces teclé su número, pero en las tres ocasiones, tras escuchar en vano durante bastante tiempo la señal de llamada, tuve que apagarlo al no encontrar respuesta por su parte. ¿Estaría ocupada o quería pagarme con la misma moneda? Me daba igual, yo ya había cumplido, ahora le tocaba a ella mover pieza nuevamente. Y si no lo hacía, pues a la mierda. Lo habíamos pasado muy bien juntos, pero ni deseaba compromisos ni aguantaba celos absurdos. Mujeres había a patadas. O, al menos, eso es lo que me decían los amigos cuando lloraba sobre sus hombros mientras les aburría narrándoles con pelos y señales mis problemas erótico sentimentales. El que cuando yo salía de casa no viera tantas mujeres que se morían por mis huesos, era accesorio. Si mis amigos decían que había mujeres a patadas, seguramente tendrían razón. O yo deseaba dársela, lo que no es lo mismo, pero como dice el refrán, el que no se consuela es porque no quiere.

Hay un dicho un tanto racista que dice que todos los negros, y llegado el caso también todos los chinos, se parecen y es imposible distinguirlos unos de otros. Aparte de que hay que ser muy ciego o cretino para no distinguir un negro gordo de uno escuálido, un lampiño o uno con una generosa barba, uno alto u otro bajo, en cuanto le eché una ojeada supe que aquel subsahariano tenía que ser el famoso Touré. Y no sólo porque en esos momentos era el único negro que se encontraba en el interior del local o porque parecía estar esperando a alguien, sino por su mirada. Cuando nos presentamos comprendí que le viera donde le viese en el futuro, siempre le reconocería. No por ser alto o bajo, gordo o escuálido, barbilampiño o barbudo, sino por esos ojos que me indicaban que había visto el horror en su totalidad y no había

conseguido salir indemne. Supuse que su vida no había sido fácil, nunca lo es el recorrido que les lleva desde su aldea africana hasta las aparentemente opulentas capitales occidentales, pero instintivamente comprendí que había algo más, aunque prudentemente opté por no hurgar en su herida. Además, como hubiese dicho un famoso escritor ya difunto, yo había venido a hablar de mi caso, no del de los demás.

Tras los preliminares de rigor, que fueron extremadamente breves, ya que ninguno de los dos deseábamos perder el tiempo, Touré me preguntó por qué me interesaba tanto Salif.

–Es un tipo muy peligroso, no conviene tener tratos con él –fue lo primero que me dijo.

–Por eso mismo, porque es muy peligroso y cuanto más sepa acerca de él, mejor podré protegerme.

–¿Protegerme? ¿De qué necesitas protegerme? –se extrañó Touré–. Salif casi nunca se mete con los blancos, no es bueno para su negocio. Que un africano aparezca muerto en el interior de un contenedor a la policía no le preocupa en exceso, es tan sólo un dato estadístico más en los informes que tienen que rellenar en las comisarías, pero un blanco..., y de Bilbao además. Eso, amigo, es diferente, muy diferente.

No lo decía enojado ni cabreado. Se limitaba a constatar, con total resignación, lo que para él era un hecho incontrovertible. Probablemente tenía razón, pero por algún motivo que desconocía confiaba totalmente en ese africano, que sería con toda seguridad, como me había adelantado Etxebe, un embaucador que se aprovechaba de la ingenuidad de la gente cuando les prometía que sus hechizos de amor eran infalibles, pero que aún así tenía un halo de dignidad, de honradez, que hizo que me olvidara de esos pequeños detalles sin importancia y le contara el motivo de mi interés por ese tal Salif.

Durante unos instantes estuvo callado, limitándose a sostener en su mano, sin pegarle ni siquiera un pequeño sorbo, la taza de té que había pedido. Finalmente su semblante se volvió aún más triste que en el momento en que nos presentamos.

–Esos cuatro hombres, los que mataron al mendigo, están muertos.

Me quedé de piedra. Era la primera noticia que tenía acerca del tema. Desde luego, si Eneko lo sabía, había conseguido que el asunto no trascendiera a la prensa.

–Ni trascenderá ni aparecerá –me contestó nada más oír lo que yo acababa de decir–. No murieron aquí, en el País Vasco, sino en Francia.

Bueno, para vosotros también es el País Vasco –sonrió por primera vez, aunque su sonrisa se diluyó nuevamente en segundos–, así que no es noticia. Si apenas lo es que un negro muera en Bilbao, ¿cómo va a serlo que cuatro mueran en San Juan de Luz?

–¿Cómo murieron?

–Oficialmente en un accidente al esconderse en un camión frigorífico, pero estoy convencido de que fueron asesinados y que Salif dio la orden.

–¿Por qué estás tan convencido?

Touré volvió a encogerse de hombros. Para saber eso no hacía falta ser un adivino ni escudriñar las conchas tradicionales, era suficiente con vivir en el barrio y tener las orejas bien abiertas. Pero al mismo tiempo que era necesario tenerlas abiertas, era aún más necesario tener la boca bien cerrada, si se quería sobrevivir.

–¿Sabes por qué esos cuatro hombres asesinaron al mendigo?

–Lo único que sé es que eran buena gente, que no eran unos asesinos –me respondió, aunque por su gesto intuí que estaba seguro de que no le iba a creer.

–Sí, serían maravillosos –objeté, con la idea de pincharle un poco–, pero no dudaron en matar a un hombre indefenso.

–Lo sé y no me lo explico –admitió, tras unos segundos de vacilación–, pero sigo pensando que eran unos buenos tipos, que tan sólo se preocupaban, como todos nosotros, por sobrevivir en este país y enviar dinero a la familia, allí en África, para aliviar su pobreza.

–¿Quizás decidieron sobrevivir de otro modo?

–Si eso es lo que piensas –sonrió tristemente–, no parece que lo hayan hecho muy bien, ¿verdad? Me refiero a lo de sobrevivir. En realidad no les conocía mucho, sólo a uno de ellos, pero ya sabes, uno conoce a otro y al final, de algún modo, todos estamos conectados. Ya sé que para vosotros, desde vuestra mentalidad occidental, en la que lo más importante es la privacidad, es difícil entenderlo, pero para nosotros es importante el apoyo mutuo, el sentirnos dentro de una misma comunidad, aunque provengamos de países tan diferentes en África como puedan serlo en Europa Suecia y España –hizo una parada, como si hubiera hablado mucho más de lo que estaba acostumbrado o de lo que tenía intención de hablar, antes de proseguir–. No sé por qué mataron a ese pobre mendigo, pero estoy seguro de que tenían que estar amenazados gravemente, no sólo ellos sino sus familias, para hacer algo que estaba en contra de su naturaleza.

Me gustaron las últimas palabras de Touré, sobre todo porque me retrotraían a un tiempo en el que yo también pensaba que matar a un semejante no estaba dentro de la naturaleza humana. Desgraciadamente la vida me había enseñado lo contrario o, al menos, la vida con la que yo había tenido contacto cuando trabajaba como ertzaina. Pero no era el momento de filosofar. Touré empezaba a ponerse nervioso y aún tenía unas cuantas preguntas que hacerle antes de que nos despidiéramos.

–¿Podría haber sido Salif el que hubiera dado la orden de matar al mendigo?

–No lo sé, pero no se me ocurre nadie más que pudiera haberles obligado –me contestó Touré, mientras miraba inquieto a la puerta. No había entrado nadie y tal como era el local y su público, parecía un lugar seguro para charlar, pero podía entender perfectamente sus temores. Aunque aún no estaba dispuesto a dejarle marchar, no sin antes haber aclarado algunos puntos acerca del tal Salif, como por ejemplo cómo había llegado a adquirir tal poder en el barrio de San Francisco.

–No lo sé seguro, pero al parecer se cargó a quien lo controlaba anteriormente, un hombre al que todos llamaban “el Gran Jefe”, así como a sus hombres de confianza. Incluso se cuenta que al primero que mató fue a un tal Kim, un hombre cuya sola mención causaba un irreprimible temor entre los africanos que vivían no sólo en Bilbao, sino en todo el País Vasco. Salif, como el Gran Jefe, es oriundo de Malí y se dice que trabaja para el jefe de la policía política de ese país, un hombre llamado Moussa. De hecho se dice también que él mismo era policía, hasta que vino aquí a encargarse de los negocios de su antiguo jefe.

Si lo que me decía Touré era cierto, y no tenía ningún motivo para dudar de su palabra, eso explicaba que Salif supiera cubrirse tan bien las espaldas. Quizás los policías africanos no posean laboratorios tan prolijos como los que aparecen en la serie del CSI (como por otra parte suele sucedernos en Europa) y las enseñanzas de sus academias policiales no sean tan sofisticadas como las nuestras, pero un policía es un policía en Nueva York, Bilbao o Bamako y, si no es rematadamente tonto, a veces incluso siéndolo, conoce todos los trucos del oficio necesarios para guardarse las espaldas.

Me despedí de Touré antes de que se pusiera tan nervioso que desapareciera a una velocidad mayor que la de los últimos ganadores keniatas de la maratón de Nueva York, y después de prometerle que no volveríamos a vernos en la vida. No estaba muy seguro de poder cumplir esa promesa. En

estos tiempos globalizados hasta la tradicional “palabra de vasco” se ha devaluado, pero si de ese modo se quedaba más tranquilo, prometérselo, aunque fuera en vano, más que una mentira era una obra de caridad.

Hablando con Touré se había hecho de noche y mientras caminaba hacia mi domicilio miré nuevamente el móvil. No había ningún mensaje de Lola en contestación al mío anterior. Pues lo tenía claro si pensaba que iba a pagarme con la misma medicina, la muy cabrona. Volví a meter el móvil en el bolsillo y, recordando que no tenía nada para cenar, me acerqué hasta el “Eme”, en General Concha, y cogí dos de sus famosos triángulos para llevar que, curiosamente, no tienen forma triangular, pero así es la vida. Además, mientras estuviesen tan buenos como siempre, la forma geométrica que adoptaran era lo de menos.

Quien me hubiese visto acercarme a mi casa habría pensado que era un paranoico de manual, pero si ya antes de reunirme con Touré había decidido tomar precauciones por si a Sánchez-Ávila o sus clientes se les ocurría tomar represalias por haber incumplido el extraño contrato que me unía a ellos, tras enterarme de la muerte de los cuatro africanos que me sustituyeron a la hora de darle el pasaporte al mendigo, las extremé hasta el máximo. Desde mi época de ertzaina no había vuelto a mirar en los bajos de mi automóvil, ni me había dedicado a poner pequeñas trampas para descubrir si alguien había intentado penetrar en mi domicilio, pero de repente me vi volviendo a los antiguos tiempos, sólo que más viejo y cansado.

Tras haber comprobado que podía tomar posesión de mi vivienda sin riesgo alguno para mi persona y una vez acabada mi atípica aunque sabrosa cena, acompañada por un par de cervezas tan frías como tostadas, decidí abrir el ordenador. Nada más meterme en Internet tecleé el nombre de Moussa Traoré, el jefe de la policía política maliense del que me había hablado Touré y no me hizo falta leer mucho para comprobar que era un auténtico pájaro de cuenta. Si así era el policía más importante y poderoso del país, no quería ni pensar cómo serían los delincuentes. Aunque casi con toda seguridad no le llegarían ni a la suela del zapato.

El amigo Traoré había participado en los tres últimos golpes de estado que se habían producido en Malí. Siempre, por supuesto, apostando a caballo ganador. Quizás porque, como se traslucía de las noticias aparecidas en la red, él era quien decidía cuál iba a ser ese caballo ganador. Y no se andaba con miramientos, por lo que podía leerse en Internet era más partidario de aplicar la pena capital que un gobernador republicano del estado de Texas,

sobre todo con los opositores o quienes en un futuro podían llegar a serlo.

Sí, decididamente era un tipo interesante. Incluso algunos juzgados europeos y sudamericanos, en aplicación del principio de justicia universal, habían dictado contra él una orden de busca y captura y el mismo Tribunal de La Haya había decidido investigarle, por eso no podía salir de su país sin correr el riesgo de ser detenido. Si, como me había dicho Touré, Salif era el hombre de Moussa Traoré en Euskadi y, en general, en todo el norte de España y sur de Francia, tenía que ser también un tipo de cuidado. Aún no tenía nada claro qué relación podía mantener con Sánchez-Ávila, pero desde luego era una relación que no podía significar nada bueno. Al menos para mí.

Aquella noche tomé precauciones especiales. Cerraduras, sensores, trampas sonoras, toda la parafernalia que los adictos a las conspiraciones pueden encontrar en Internet y tiendas especializadas las puse a mi disposición. Incluso dormí con una pistola colocada debajo de la almohada. Era absurdo, lo único que podía conseguir era que, en plena pesadilla, me pusiera a dar tiros a diestro y siniestro y la Ertzaintza o, aún peor, los loqueros vinieran a detenerme. Eso si en el fragor de un combate onírico una bala perdida no aterrizaba en mi propio cuerpo. De todos modos no tardé en conciliar el sueño y, cuando me desperté, pude comprobar que mi persona continuaba intacta, lo cual, dadas las circunstancias, no dejaba de ser todo un acontecimiento.

TRECE MESES ANTES DE LA MUERTE DEL MENDIGO



Por segunda vez en su vida, la tercera si contaba también su viaje a España en patera, aunque en ese caso la situación en la que se encontraba había sido totalmente diferente, Salif se vio tocado por el dedo de Allah. La primera fue cuando allá en su aldea natal Moussa Traoré, el todopoderoso jefe de la policía de su país, decidió ponerle a su servicio, incorporándole a las fuerzas policiales de la nación y haciendo que tanto su prestigio social, un prestigio más debido al temor que la población sentía por uno de los más leales esbirros del régimen que a sus cualidades personales, de lo que era plenamente consciente, como sus ingresos económicos, inmensamente mayores que el de sus conciudadanos aunque todavía lejos de los de la corrupta elite que gobernaba el país, alcanzaran cotas inimaginables para él unos pocos años antes.

La segunda ocasión en la que comprendió que era un elegido de los dioses, aunque como buen musulmán jamás utilizó esa expresión, ni siquiera se le pasó por la cabeza, fue tras la muerte de Kim, el guardaespaldas favorito del Gran Jefe. Éste, en lugar de sentirse enfurecido o molesto porque matara a su valido, le colocó en su lugar, como si el sistema de ascenso en su organización, esa organización con la que estaba estafando a Moussa, fuese precisamente acabar con quien estuviera por encima en el escalafón.

De algún modo esa segunda ocasión en la que había obtenido los favores divinos ratificó a Salif en su idea de que todo lo que hasta ese momento había hecho, y todo lo que le quedaba por hacer, era del agrado del Todopoderoso. Él no era hombre de grandes conocimientos ni teologías, pero en el fondo pensaba que torturar a estudiantes, aunque fueran elementos subversivos, o violar a mujeres, por mucho que su aspecto no guardara el recato exigible a las hembras de la especie, o enriquecerse a costa de la miseria de la población, no estaba del todo bien. Es cierto que en el mundo en que había

vivido hasta entonces no existían más que depredadores y piezas de caza, pero aún así algo le decía, en su interior, que obrar de esa manera no era el modo más correcto de estar a bien con los preceptos que le habían imbuido sus antepasados. Y sin embargo ahí se encontraba él, en la cúspide, como si fuese el vivo ejemplo del superviviente, del hombre que había sufrido miles de calamidades y se había sobrepuesto a todas y cada una de ellas. Había dejado de ser el vendedor humilde y desarrapado que deambulaba por las calles de su Boulkassombougou natal intentando ganarse unas pocas monedas con las que poder sobrevivir y mantener a su familia, para ser el poderoso Salif, el temido Salif, el adulado Salif, el hombre de confianza del coronel Moussa Traoré allá en Bamako y también el número dos del Gran Jefe que dominaba la comunidad africana de Bilbao. Y en ningún momento dudó que, si había conseguido llegar hasta donde había llegado, todo se lo debía al único dios, Allah, el misericordioso y omnipotente. Saberse uno de los elegidos fue, para él, como el sacramento de la confesión para un católico. De repente se vio libre de toda culpa y remordimiento. Con la ventaja añadida de que, al contrario de lo que ocurría en el caso de los católicos, esa absolución no solo limpiaba los pecados cometidos en el pasado, sino también los que cometería en el futuro.

La muerte y sustitución de Kim fue sólo el comienzo. Pese a que su vida no había sido un camino de rosas y apenas pisó la escuela cuando era pequeño, Salif tenía una inteligencia natural que supo explotar mientras hacía los trabajos sucios de su protector. Aprendía rápido y pronto demostró que su cabeza servía para algo más que para embestir contra los estudiantes que se manifestaban contra un régimen corrupto, aunque esa misma cabeza le dijera que era preferible, si quería medrar, apoyar a ese régimen, por podrido que estuviese, antes que a quienes se oponían a él. Por eso, cuando la causalidad o el destino o, quién sabe, el mismo Allah, hizo que el Gran Jefe le nombrara su lugarteniente, no desaprovechó la ocasión y pronto se convirtió en una pieza insustituible en el engranaje que el supuesto hombre de Moussa en Bilbao había montado.

Incluso estuvo tentado de traicionar a su protector, y si no lo hizo no se debió a ningún rescoldo de lealtad al implacable jefe de los torturadores de su país, sino porque conocía que su poder era largo y su mano aún más larga. Era cierto que, ayudados por la lejanía, los hombres que envió anteriormente a cuidar de sus negocios habían conseguido engañarle, pero era aún más cierto que no tardó en apercibirse de esos engaños y que había decidido

acabar con ellos de manera fulminante y ejemplarizadora. Si hasta ahora ninguno de los espías que envió para poner fin a esa situación había conseguido arreglar el entuerto, se debía a que no fueron lo suficientemente listos o se pasaron al otro bando, pero Salif era consciente de que esa situación no podía durar.

Pese a que la Interpol, en cumplimiento de instrucciones recibidas desde el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, tenía órdenes de detenerle en el mismo momento en que pusiera su pie en territorio extranjero, el coronel Traoré había tejido una gran red de favores mutuos no sólo en el continente africano, sino también en Europa. En más de una ocasión Salif había asistido, como guardaespaldas y hombre de confianza de su jefe, a reuniones con italianos engominados y rusos con la cara enrojecida por el vodka que, pese a desconocer el idioma en el que hablaban, no tenían ninguna pinta de ser misioneros dispuestos a levantar en Malí hospitales para luchar contra el ébola y otras enfermedades. Si hasta entonces había optado por no pedir ayuda a sus aliados europeos ello se debía a que en el fondo Moussa, pese a su poder, seguía siendo un campesino celoso de su huerta que pensaba que la ropa sucia se lava siempre en casa. Y también porque en el fondo no se fiaba del todo de sus socios de raza blanca y era muy consciente de que los favores se acaban pagando, a veces a precio muy alto. Por eso, pese a sus sucesivos fracasos a la hora de meter en vereda a sus representantes en esa zona entre el País Vasco y Aquitania que algunos denominan “eurorregión atlántica”, había decidido darse una última oportunidad antes de pedir sopitas a los arrogantes mafiosos occidentales con los que habitualmente hacía negocios. Ése era el motivo de que hubiese confiado en Salif para deshacer el entuerto. Pero si éste le fallaba o traicionaba, estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de dar un escarmiento a los traidores y si aquel llegara a encontrarse entre esos traidores, lo mejor que podría desear era una muerte lo más rápida posible. El problema es que cuando uno traiciona al coronel Moussa Traoré, jamás sus deseos se convierten en realidad.

Salif temía mucho más a Moussa, pese a estar muy lejos, en Bamako, que al Gran Jefe que dominaba el Bilbao subsahariano, por eso mantuvo incólume su lealtad pese a ir ganándose, poco a poco, la confianza del propio Gran Jefe. Para ello tuvo que hacer cosas que jamás se hubiera imaginado cuando era un humilde vendedor ambulante ni incluso cuando era uno de los policías más odiados y temidos en su país natal. Golpear, extorsionar,

amenazar, violar, se convirtieron en su modo de vida. Matar también, aunque eso era más delicado. Afortunadamente en aquella ciudad la muerte de un negro, cuando se descubría, y tenía suficientes recursos como para evitar que se descubriera en la mayoría de las ocasiones, no era algo que preocupara en exceso ni a la policía, ni a la prensa ni a los ciudadanos.

En pocos meses pasó de ser el guardaespaldas favorito del Gran Jefe a convertirse en su mano derecha. Para ello tuvo que armarse de paciencia, pero esa era una cualidad que había cultivado desde los tiempos en los que perseguía incansablemente a los escasos turistas que pululaban por su ciudad natal intentando venderles las más absurdas baratijas. Paciencia e inteligencia, sus dos cualidades máspreciadas, fueron las armas que utilizó para convertirse en alguien imprescindible. Paciencia, inteligencia y una nueva cualidad para la que ni siquiera él sabía que estaba ampliamente cualificado: su capacidad para urdir traiciones y conspiraciones.

Gracias a ello pudo ir eliminando a los más fieles hombres del Gran Jefe, siempre acusados con pruebas falsas de deslealtad y traición. Pruebas falsas, pero que a los ojos de su nuevo protector eran más fiables que la Biblia y el Corán juntos. Salif no era ya tan sólo un buen ejecutor de las órdenes del Gran Jefe y un prudente consejero, era su hermano, su padre, su hijo unigénito, el único hombre en el que podía confiar, el único amigo, más que subordinado, al que hacía caso ciegamente, sin cuestionar jamás lo que le decía o aconsejaba. Era, en definitiva, el hombre, aunque eso todavía no lo sabía, que iba a acabar no sólo con su poder, sino también con su vida.

La cita con el Gran Jefe tuvo lugar en un almacén abandonado e insonorizado que tan sólo él controlaba, ayudado por unos pocos hombres de su total confianza que, con mucha paciencia y un grado extremo de prudencia, había conseguido que le fueran total y ciegamente leales,

—¿De qué se trata, que no puedes decírmelo ni en mi casa ni en cualquiera de nuestros pisos o almacenes francos?

Como única contestación Salif le envió un *whatsapp*, no sin antes decirle que lo borrara nada más leerlo. En realidad sabía que no iba a ser detectado por nadie, pero de ese modo alimentaba la inquietud e incluso la paranoia de su jefe.

“He descubierto una conspiración. Alguien quiere matarte y ocupar tu lugar. No puedo decirte nada más, pero ven solo, no puedes fiarte ni siquiera de tus guardaespaldas. Y por favor, borra este mensaje cuando lo leas y deshazte del móvil al que te lo he enviado, la vida de nosotros dos está en

juego”. Parecía un texto muy dramático y teatral, pero sabía que el Gran Jefe se lo iba a tomar completamente en serio. Además, el hecho de que pusiera que también su propia vida estaba en peligro, disiparía los pequeños resquicios de desconfianza que su superior pudiese albergar. Confiaba tanto en él que haría lo que le dijera como si de ello dependiese su existencia. Y en realidad de ello dependía, aunque de un modo diferente al que pensaba.

Sus suposiciones se vieron confirmadas cuando segundos después, desde un móvil diferente al anterior y cuyo número ni él mismo conocía, recibió un mensaje que escuetamente decía: “hecho”.

A través de otro número de teléfono, que sólo una persona además de él conocía, Salif recibió dos horas después el aviso que estaba esperando. “Ya viene. Y solo. En cinco minutos estará en el almacén”.

No fueron cinco minutos, sino tres. Al parecer el Gran Jefe estaba ansioso por conocer las noticias que Salif iba a darle.

–¿Qué es eso tan importante que querías decirme? –le preguntó sin más preámbulos nada más entrar, sin cumplir con las educadas formalidades de rigor que precedían a cualquiera de sus encuentros y sin buscar antes una silla donde poder sentarse—. ¿Es cierto que alguien quiere matarme para usurpar mi puesto?

–Así es, Gran Jefe –asintió Salif, con una triste sonrisa en sus labios.

–Pues no me hagas perder más tiempo –le dijo, nervioso, su superior—. ¿Quién es ese mal nacido hijo de puta?

–¿Sabes, Gran Jefe? No me gusta nada que me llamen mal nacido ni hijo de puta.

La cara de desconcierto que puso el Gran Jefe en un primer momento dio paso a un miedo exacerbado. Quizás se hubiese descuidado en los últimos tiempos y había confiado en quien no debía, pero su capacidad de comprensión, al parecer, seguía intacta.

–¿Qué quieres decir con eso?

Era una pregunta no ya retórica, sino totalmente absurda, como todos los presentes, incluyendo los hombres que acompañaban a Salif, sabían.

–Que no te he mentado en ningún momento –respondió este último—. Es cierto que uno de tus hombres de confianza desea matarte para ocupar tu puesto. Lo que no te había comentado, y confío en que disculpes esta lamentable omisión, es que esa persona soy yo.

Al Gran Jefe no le dio tiempo a implorar por su vida, ni siquiera a insultar o maldecir a sus asesinos, porque nada más escuchar esas palabras

una ráfaga de ametralladora, enviada por uno de los acompañantes de Salif, acabó con su vida.

–Deshaceros del cadáver sin dejar rastro de él –dijo a sus hombres antes de abandonar el almacén–. Nos vemos más tarde, como hemos quedado, en el punto de encuentro. Os prometí que ibais a ser recompensados y yo siempre cumplo mis promesas. Ahora disculpadme, pero aún me quedan cosas importantes que hacer.

Media hora más tarde paseaba por la Gran Vía de don Diego López de Haro, en pleno centro de Bilbao, ajeno a las miradas de extrañeza de quienes no salían de su asombro al contemplar a un africano que no sólo no vendía baratijas, sino que por su aspecto, sus modales y vestimenta, daba la impresión de que no necesitaba venderlas. Sacó del bolsillo de su chaqueta uno de los últimos y más caros modelos de móvil que habían aparecido en el mercado y sin preocuparse porque quienes le rodeaban escuchasen su conversación, ya que hablaba en bambara, tras marcar un número pidió que le pasaran con el coronel Traoré.

–Coronel, misión cumplida –le dijo nada más ponerse Moussa en contacto con él–. La situación vuelve a estar bajo nuestro control.

Las palabras de felicitación de su superior sonaron a los oídos de Salif mejor que si le hubiesen anunciado que acababan de nombrarle ministro del gobierno de su país. Entre otras cosas, porque tras haber llegado hasta donde había llegado, ya no contemplaba la posibilidad de volver al mismo. No traicionaría nunca a Moussa, porque sabía cuáles podían ser las consecuencias, pero incluso ser su lugarteniente en ese perdido lugar del continente europeo era mejor que ser un alto dignatario en su patria.

DIECINUEVE DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO

Gracias a Touré, el extraño confidente, en el caso de que lo fuera, de Etxebe, sabía muchas cosas acerca de Salif, el hombre que se estaba entrevistando con Sánchez-Ávila cuando irrumpí en su despacho, pero lo que no estaba nada claro era qué relación tenía con el pomposo abogado y, sobre todo, con la muerte de Tomás Navarro, el extraño hombre que tras acabar con su familia acabó mendigando por las calles de Bilbao como un indigente más. Estaba muy claro que el letrado no me iba a sacar de mi ignorancia, y no sólo por eso tan manido de la confidencialidad abogado-cliente, sino porque seguramente él mismo estaba metido hasta las cachas en temas oscuros que no desearía desvelar. Y no era una suposición gratuita, cuando alguien desea contratarte para dar pasaporte a un semejante, se pueden decir muchas cosas de él, algunas justas y totalmente merecidas y quizás también algunas otras injustas e inmerecidas, pero lo que no puede afirmarse bajo ningún concepto es que se trata de una hermanita de la caridad.

Que Salif tuviera algo que ver con la muerte de Tomás Navarro no era seguro al cien por cien, pero yo habría apostado a que sí lo era a un noventa y nueve con noventa y nueve por ciento. El hecho de que pareciera saber quién era yo cuando interrumpí su conversación con Sánchez-Ávila podía ser un dato circunstancial, pero no soy tan conocido e importante en mi ciudad. Al fin y al cabo, aunque la modestia no es mi característica más reseñable, tampoco soy de éstos que salen todos los días en las crónicas de sociedad de los periódicos ni en los programas del corazón. Es cierto que mi pasado de ertzaina y posteriormente mi actividad como detective me había hecho algo famoso entre ciertos estratos de la sociedad. Y si Salif sabía de antemano quién era, y se dedicaba a lo que se dedicaba, como me había informado Touré, no parecía nada estrambótico pensar que estuviera al tanto del encargo que se me había hecho.

El que los asesinos del mendigo fueran africanos como él también podía ser un dato significativo. Ya sé que por el hecho de ser todos negros no tienen por qué conocerse, yo no conozco a la inmensa mayoría de los blancos que pululan por mi ciudad, pero si Salif parecía estar relacionado con el hombre que me contrató para matar a Navarro y quienes finalmente realizaron el trabajo que yo me negué a efectuar eran, como él, inmigrantes subsaharianos, pues qué quieren que piense, como dicen en mi pueblo, verde y con asas, botijo. También podría ser un marciano, lo admito, pero hasta el momento, aunque he visto y usado muchos botijos jamás me he topado con un marciano, digan lo que digan Iker Jiménez y J. J. Benítez.

La clave estaba en el eminente ciudadano que respondía al aristocrático nombre de Marcelino Sánchez-Ávila y Ribera de Osma, que hay que ver lo complicados que son los apellidos de la gente rica, pero a lo largo de mi vida profesional había tratado con muchos abogados y sabía que hasta los más honrados, que también los hay aunque parezca difícil de creer, nunca sueltan prenda sobre las actividades de sus clientes. Ni sobre sus propias actividades, por supuesto. Además, ya le había hecho una visita de cortesía al bueno de Marcelino sin conseguir nada a cambio. Así que tendría que usar unos métodos que jamás habrían sido aprobados por mis superiores cuando trabajaba como policía. O quizás sí, pero sin reconocerlo.

Me acordé del expreso que me protegió cuando estuve ingresado en la prisión de Basauri acusado del asesinato de mi exmujer. Antonio Jiménez Borja era un gitano que había hecho varios másteres y doctorados en delincuencia de todo tipo y que, tras una breve estancia en la misma prisión, se convirtió en la mano derecha del Relojero, apodo de un oscuro funcionario de prisiones que controlaba todos los trapicheos que se producían en el centro penitenciario. Pese a que Eneko Goirizelaia y yo habíamos conseguido pruebas suficientes, si no para encarcelarle sí al menos para que se le abriera un expediente disciplinario, en su momento optamos por ocultarlas y negociar directamente con él, convencidos como estábamos de que llegado el caso, como efectivamente ocurrió, tenerle allí dentro como funcionario era mejor que tenerle también dentro, pero en calidad de presidiario. Quizás fuera poco ético, aunque eso nos haría entrar en el famoso debate entre la ética de la responsabilidad y la de la convicción, de la que hablaba Max Weber, pero como nunca me he sentido intelectualmente preparado para participar en esos debates tan trascendentales, me limité a comprobar que tener a un tío que controlaba lo que allí ocurría y, hasta cierto punto, era capaz de poner unos

límites que impidieran que se convirtiera en una sucursal del Bronx, tenía su lado positivo.

Antonio Jiménez, como he dicho, me protegió cuando estaba encarcelado, aunque lo hizo de tal manera que casi me envía al otro barrio, y posteriormente, en varias ocasiones, colaboró conmigo cuando tuve necesidad de trabajar con alguien a quien no le importara quebrantar todos y cada uno de los artículos que se recogen en el Código Penal español. Nuestra relación, aunque meramente profesional, siempre había sido buena. Para entendernos, una relación de éstas que no son suficientes como para invitarte a la primera comunión de su primogénito, pero sí como para enviarte ese jubiloso día una bandeja de pasteles. Por eso mi sorpresa fue mayúscula cuando, tras proponerle que asaltara el bufete de Sánchez-Ávila en busca de toda la información que hubiera en él sobre el tal Salif, se negó rotundamente a hacerlo.

–¿Qué te ocurre? –le pregunté zumbón y un tanto mosqueado, con intención de provocarle–. ¿Has perdido facultades?

Pese a lo que se suele decir acerca de la sangre caliente de los gitanos, Antonio Jiménez Borja jamás perdía los nervios, y tampoco lo hizo en aquel momento, sino que, sonriendo, me dijo que de eso, nada.

–Sigo siendo el mejor –añadió sin perder la sonrisa–. Sencillamente no me interesa el trabajo.

–¿Por qué no? Te pagaré bien, todo lo que me pidas, por exorbitante que sea tu precio. Sabes que puedo hacerlo.

–Lo sé, no hay nadie en este mundillo que no sepa que el cabrón de Apodaka te hizo heredero de toda su fortuna, pero no se trata de dinero. No al menos en este caso.

Se calló durante un rato, como si necesitara elegir mentalmente del modo más adecuado las palabras que iba a pronunciar.

–Y tú deberías también olvidarte de lo que me has propuesto. Sánchez-Ávila es intocable.

–¿Cómo que Sánchez-Ávila es intocable? ¿A qué te refieres?

–¿Es que no entiendes bien el castellano? Si quieres te lo digo en vascuence: Sánchez-Ávila ukiezina da.

Lo más sorprendente no fue que el gitano supiese hablar euskera, no era el primero ni seguramente sería el último, incluso en el pasado crearon su propio dialecto vasco-romaní, el erromintxela. Lo auténticamente sorprendente fue su afirmación de que el abogado era intocable y que lo

mejor que podía hacer era olvidarme de él. Antonio Jiménez Borja no era ningún aficionado ni ningún cobarde. De hecho sus gestos y palabras no traslucían miedo, sino su convencimiento de que lo más sensato del mundo era no tener nada que ver con Sánchez-Ávila. Lo malo del asunto era precisamente que entre mis múltiples virtudes y cualidades personales la sensatez nunca ha ocupado un lugar preferente.

Estaba claro que el prominente abogado producía un respeto reverencial, por no decir directamente miedo, entre quienes le conocían o habían tenido tratos con él. Recordé la conversación que al principio de todo este asunto había tenido con Rafael Bizkarrondo, el veterano abogado que tenía el culo pelado de defender a presos encausados por la Audiencia Nacional acusados de terrorismo, entre otras cosas, y que había sido objetivo en más de una ocasión de seguimientos y algo más, por parte de las fuerzas de seguridad del estado. Él también, que debido a la rama de la abogacía en la que se movía, las había pasado más que putas y las había visto de todos los colores, me aconsejó que me olvidara de su famoso colega.

Lo más curioso de todo es que cuando yo ejercía como ertzaina el tipo ése me era totalmente desconocido. Y las cosas como son, si hay una profesión que a los policías nos sienta como una mosca cojonera con galones es precisamente la de la abogacía, así que decidí volver a tirar de teléfono y llamar a mi buen amigo y exjefe Eneko Goirizelaia. Quizás le pillara de buen talante y accediera a explicarme de dónde había salido el bueno de Sánchez-Ávila y cómo había llegado a ser uno de los letrados más respetados y temidos de Bilbao.

Como no me contestaba al móvil llamé a la comisaría, pero al parecer tampoco se encontraba allí en ese momento. Por unos instantes pensé que me rehuía, y esos breves instantes fueron suficientes para comprender que estaba en lo cierto, pero no me amilané. Pedí que me pasaran con Ander González, el lugarteniente de Eneko, que accedió finalmente a hablar conmigo, aunque para ello tuve que recordarle que me debía un favor de los grandes. Lo noté extremadamente nervioso, pero no me extrañó demasiado, los maderos son así, sobre todo cuando están detrás de algo importante y por las evasivas de González daba la impresión de que, efectivamente, estaba detrás de algo importante. Curiosamente pareció tranquilizarse cuando le pregunté por Sánchez-Ávila. Por lo que me dijo hacía tan sólo un par de años, algo después de que yo pidiera la excedencia en la Ertzaintza, que se hizo cargo del despacho de un viejo conocido, un tal Jorge Rabanal que ése sí, ése era un

leguleyo del que siempre habíamos sospechado que estaba metido en todas las actividades ilegales que fueran lo suficientemente lucrativas como para ser considerado un auténtico pilar de la sociedad. En su momento la jubilación de Rabanal fue una auténtica sorpresa ya que todo el mundo pensaba que moriría con las botas puestas, o en su caso mejor habría que decir con la toga puesta, pero al parecer decidió pasar sus últimos días tostándose al sol en una playa de las Bahamas rodeado de mulatas complacientes. Sobre todo complacientes con quienes tenían tanto dinero como él. Cuál fue la razón de que abandonara y cediera los trastos a Sánchez-Ávila era un misterio hasta para mis excompañeros de la pasma, aunque se sospechaba que la edad le había reblandecido y por eso quienes de verdad movían los hilos tomaron la decisión de reemplazarle por otro abogado seguramente igual de manejable y con unos lazos familiares y profesionales capaces de abrirle todas las puertas.

Alegando que tenía mucho trabajo y que ya me había contado todo lo que sabía sobre el letrado de mis amores González cortó bruscamente la comunicación, sin desearme siquiera algo tan socorrido como que pasara un buen día. Tengo que admitirlo, quizás yo no sea el tipo más educado del mundo, pero está claro que siempre hay quien puede ganarme. Aún así no me molesté, porque pese a sus modales bruscos González era un buen tipo y además era cierto que después de hablar con él mi información sobre Sánchez-Ávila había aumentado considerablemente. El problema es que esa información no me servía para nada. Necesitaba saber más, mucho más; sobre todo su relación con el indigente asesinado y con Salif, el hombre del que yo estaba convencido que tenía mucho que ver con la muerte del anterior.

Si me había fallado el gitano, y tras procesar internamente la información proporcionada por González, comprendí que sólo me quedaba un último recurso si quería saber cuál era la posible relación entre el abogado y el falso cónsul de Zimbabwe, como yo seguía denominando al amigo Salif. Aunque para ello tuviera que pedir la ayuda de Gerardo Azurmendi, un reconocido empresario, miembro del Comité Ejecutivo de la Confederación de Empresarios Vascos, de la Junta Directiva de la Cámara de Comercio de Bilbao, patrono de varias fundaciones dedicadas al progreso económico y cultural del País Vasco y asiduo al palco de San Mamés. Un hombre que se había hecho a sí mismo, pero que en ese proceso de “hacerse” había llegado a utilizar medios que seguramente, de conocerlos, hubiesen hecho empalidecer al propio Salif, y no es mi intención hacer un tópico chiste racista.

Por motivos que se me escapaban, aunque sospecho que mi amistad con Apodaka, el hombre que me legó su inmensa fortuna amasada seguramente por medios muy poco lícitos influyó en ello, yo le caía bien, pese a que cuando era ertzaina, e incluso posteriormente, intenté por todos los medios llevarle ante un juzgado. Incluso, sin saberlo, resultó que había trabajado para él en más de una ocasión o, por decirlo de un modo más exacto, para alguna de las empresas legales que controlaba.

Azurmendi era un tipo inteligente y aunque llegó a ser el hombre que controlaba todos los negocios que se movían en Bilbao al borde de la legalidad o, para decirlo más claramente, rebasando esos bordes, decidió que llegado a cierta edad y con unos hijos a los que supo mantener al margen de sus actividades delictivas había llegado el momento de reconvertirse en el honesto y honrado baserritarra^[13] que antes que él fueron su padre y sus abuelos, bisabuelos, tatarabuelos así como el resto de sus antepasados, sólo que cambiando los negocios agrarios por los financieros e industriales y manteniendo su residencia en la ciudad, si bien últimamente pasaba gran parte de su tiempo en el caserío que poseía en las inmediaciones del Urdaibai. Por eso poco a poco se fue alejando de sus actividades ilegales para mantenerse dentro de las exclusivamente legales y poder ser, de ese modo, admitido entre lo mejor de la sociedad bilbaína, aquella que antaño había despreciado a sus padres y abuelos porque apenas hablaban correctamente castellano. Pero deshacerse de sus negocios contrarios a la ley en su caso no era sinónimo de que se mantuviera en la ignorancia más absoluta o de que hubiese renunciado al control de personas y fuentes de información que siempre le habían sido leales y necesarias. Por eso, más de una vez tuve que solicitar su ayuda y, hasta el momento, jamás me la había negado. Hasta el momento.

En aquella ocasión, en lugar de recibirme, como solía hacerlo, en uno de los reservados que poseía la Sociedad Bilbaína en el número 1 de la calle Navarra, envió a uno de sus guardaespaldas a entrevistarse conmigo en mi domicilio. El Increíble Hulk, así le llamaba yo porque nunca supe su verdadero nombre y era idéntico al personaje del cómic salvo por el pequeño detalle de que no era de color verde, había colaborado conmigo, por órdenes de su patrón, en más de una ocasión. Incluso en una de ellas se divirtió de lo lindo haciéndose pasar por policía, demostrando un sentido del humor que nadie, vista su terrorífica apariencia, le habría adjudicado. La verdad es que en las pocas ocasiones en las que trabajamos juntos llegamos a entendernos a

la perfección, así que aunque me extrañó que Azurmendi no me recibiera en persona me alegró que fuese él la persona designada para hablar conmigo.

–Egun on^[14], Humphrey –me saludó nada más abrirle la puerta, usando un apodo que siempre he odiado, pero que a él le gustaba utilizar cada vez que nos encontrábamos, posiblemente porque sabía cuánto lo detestaba–. Como ves, desde que el *boss* se ha refugiado en el caserío estoy aprendiendo euskera.

Al parecer últimamente a todo el mundo le apetecía practicar conmigo el idioma de nuestros ancestros, aunque opté por no hacer ninguna alusión a su pronunciación. Hulk no era un hombre excesivamente susceptible, su cuerpo le permitía no serlo, pero nunca se sabe cuándo se puede tocar la fibra sensible de un tipo como él, así que devolviéndole educadamente los buenos días empecé a explicarle lo que quería de ellos; sin embargo, no tuve ocasión de hacerlo ya que antes de que finalizara el discurso que tenía preparado me interrumpió meneando tristemente su cabeza de izquierda a derecha diciéndome que lo que yo pretendía era imposible.

–Con Sánchez-Ávila y Salif mejor no meterse –me cortó. Y añadió–. Te lo digo por tu bien. Ya sabes que te apreciamos pese a haber sido madero, pero hay cosas que es mejor no menearlas.

Mi sorpresa fue total. Podía entender que Antonio Jiménez Borja, un tipo que actuaba siempre por libre, prefiriera no meter sus hocicos en los dominios del abogado y sus clientes, pero no me esperaba eso de Azurmendi, un hombre que, pese a su aparente y quizás real, situación de retiro, seguía controlando una organización tan férrea como poderosa y bien informada.

–No es que no queramos ayudarte –contestó el Increíble Hulk tras haberle expresado mi extrañeza–. Es más, si tu deseo fuese verlos muertos, lo haríamos cuando tú quisieras. Eso es muy fácil. ¡Pam, pam! –emitió el sonido onomatopéyico de un disparo mientras extendía su dedo índice y se reía–. Eso no dejaría rastro ni huellas, tú ya nos conoces y sabemos hacer las cosas. Pero infiltrarse en su organización..., no es que no sea posible, pero por bien que se haga siempre hay alguien que sospecha, algún cabo suelto. Nada que no pudiéramos solucionar, por supuesto, pero mucho más complicado, porque seguramente se originaría una guerra que no interesaría a nadie, y no sólo por las víctimas que podrían producirse, supongo que ya me entiendes. Así que ya lo sabes, si quieres verles en Derio^[15], ningún problema, pero acceder a sus papeles, de momento, es algo en lo que no te podemos ayudar. Lo siento.

Parecía sincero al decirme eso de “lo siento”, y también cuando se ofreció a liquidar al abogado y a Salif, lo que parecía contradictorio, aunque hasta cierto punto podía entenderse. Él mismo me lo explicó a su manera. Un asesinato es más fácil de olvidar, sobre todo cuando alguien ocupa inesperada y felizmente el puesto de los asesinados y se le ofrece, como llegado el caso ocurriría, un culpable en bandeja de plata. En esa situación quienes ocuparan los puestos de los finados preferirían disfrutar de su nueva posición sin meterse demasiado en líos. En cambio, escudriñar a fondo en los papeles, negocios y relaciones de quienes dirigían el cotarro seguramente levantaría sospechas y suspicacias que a nadie, y menos a alguien de la posición de Azurmendi, le interesaba que se produjeran.

Durante unos segundos sopesé su propuesta, pero la deseché. Yo no era un asesino. Es cierto que en ocasiones me había visto en la tesitura de tener que acabar con alguien antes que ese alguien acabara conmigo, pero así, a sangre fría...No, ése no era yo.

Al menos ése no era yo hasta que de madrugada, poco antes de que sonara el despertador para indicarme que un nuevo día había comenzado, un nervioso Eneko Goirizelaia vino a mi casa a darme una noticia que sólo podía dármela él, y en persona. Una noticia que hizo cambiar, radicalmente, mi percepción del asunto.

Una noticia que jamás habría esperado escuchar, ni en mis más absurdos delirios, ni en mis más escandalosas borracheras. Una noticia que nunca hubiese querido escuchar.

Lola había muerto. Asesinada. Por su marido.

VEINTE DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO

La violencia sexista, doméstica o de género, como se le quiera llamar, no era algo nuevo, por desgracia, en el país. De joven llegué a pensar que con el progreso y la educación esa lacra, que pensábamos más propia de la España negra y rural que se había padecido no sólo durante el ya casi olvidado franquismo sino también en los regímenes anteriores, iría desapareciendo de la flamante nación europea en la que aparentemente nos habíamos transformado, como han desaparecido las cocinas de chapa, las televisiones en blanco y negro y los teléfonos incrustados en las paredes. Pero mi trabajo como ertzaina me demostró que mientras el hombre fuese hombre siempre habría quienes pensarán que lo eran mucho más si maltrataban a sus mujeres. El famoso dicho “la maté porque era mía”, tan castizo como hijoputesco, no había perdido su vigor. Y de repente, lo que antaño había sido trabajo y posteriormente repugnantes noticias leídas en la prensa, llegaba a mi vida para destrozarla.

Supongo que tendría que haberle agradecido a Eneko que se presentara en persona para contármelo, sin esperar a que me informara a través de la radio o la televisión, que ya estaban haciéndose eco de lo que denominaban el luctuoso suceso, pero en esos momentos no me sentía muy versallesco. De todos modos, durante unos instantes se impuso mi instinto profesional al dolor y le pregunté qué había ocurrido.

–¿Para qué quieres saberlo? ¿Para que te duela más?

Su intención era buena, pero inútil. Ambos lo sabíamos, no en vano llevábamos muchos años en el oficio y habíamos tenido que ser en multitud de ocasiones los pájaros de mal agüero transmisores de las peores de las noticias.

–Me va a doler lo mismo, Eneko, y de todos modos prefiero que me lo cuentes tú antes que enterarme por la prensa. Si no, ¿por qué has venido a

decírmelo en persona?

Mi excompañero tragó saliva antes de hablar. Se le veía también muy afectado. No tanto como yo, eso era imposible, pero adivinaba que estaba sufriendo y, de algún modo, él también sufría conmigo. En muchas ocasiones podríamos tratarnos a patadas y darnos de hostias, pero si de alguien podía decir que era un amigo, ese alguien era Eneko Gorizelaia.

–La ha tirado por la ventana –dijo por fin–. Desde un sexto piso. No hace falta que te cuente más.

–Y el marido, ¿está detenido? –pregunté, pensando quizás que el único modo de mitigar mi dolor era volver a actuar como un policía.

–Se suicidó. Se metió en la boca una escopeta que tenía en su casa, no sé si sabías que era cazador, y apretó el gatillo.

No, no sabía que era cazador, salvo de jovencitas de buen ver y mejor hacer. Por eso no me encajaba nada de lo ocurrido. Lola y su marido vivían en el mismo piso, pero no se podía decir que vivieran juntos ni, mucho menos, que convivieran. En su momento decidieron no separarse legalmente porque no lo necesitaban y también, por qué no admitirlo, para dar una buena imagen ante el exterior, lo que convenía a los negocios del marido, pero cada uno hacía la guerra por su cuenta. Mi relación con ella no había sido, en ningún caso, el detonante de la ruptura matrimonial. No tenía ningún sentido lo ocurrido y así se lo hice saber a Eneko.

–Esas cosas nunca tienen sentido –me respondió mi amigo, abriendo los brazos como si quisiera abrazarme o, aún peor, abarcar con ellos todos los males del mundo.

Eneko tenía razón, esas cosas nunca tienen sentido, pero yo deseaba encontrárselo.

–¿Estáis seguros de que todo ha sucedido como parece?

–Joder, Goiko, no me toques los cojones, no al menos en un momento como éste –luego, quizás apesadumbrado por haberme echado una bronca en un momento como ése, añadió más apaciguado–. Puedo asegurarte que si en algún caso he procurado ser exquisito en la forma de actuar ha sido en éste. La investigación aún está abierta, por supuesto, pero todos los indicios parecen claros. Tras una fuerte bronca su marido la lanzó por la ventana y posteriormente se suicidó pegándose un tiro.

–¿Hay algún testigo de esa supuesta bronca?

–De supuesta nada. Se armó tal escándalo que fue su propia vecina quien les oyó discutir, y eso que los tabiques de las viviendas no son

precisamente de papel, como en los pisos modernos.

–¿La vecina? ¿Y las empleadas de hogar? Que yo sepa, para el matrimonio trabajaban dos mujeres colombianas, ambas en situación totalmente regular, creo que estaban dadas de alta en la Seguridad Social y todo.

–Según parece –contestó Eneko–, no se encontraban en ese momento en la casa. Hemos podido hablar con una de ellas y les habían dado el día libre.

–¿A las dos al mismo tiempo? No parece muy lógico.

–Sí, no parece muy lógico, es cierto, pero quizás el marido tenía ya pensado matar a su mujer y por eso decidió quedarse a solas con ella.

Lo que me estaba diciendo Eneko era del todo razonable, y seguramente así era, pero seguía sin encajarme del todo. Yo no llegué a conocer en persona al marido de Lola, pero por lo que ésta me había contado no era del tipo pasional, ni siquiera machista en el sentido de considerarse propietario de su mujer, aunque sí en el sentido de que le gustaba alardear de sus aventuras sexuales con mujeres ajenas. Pero también es cierto que hay momentos en la vida en que los mecanismos que nos mantienen dentro de los límites de la civilización pueden llegar a romperse, y quizás eso fue lo que ocurrió. Seguramente no había motivo alguno para darle vueltas al asunto, pero se trataba de Lola, y yo no podía evitarlo.

Ni siquiera estaba seguro de que lo nuestro fuese amor. Nos encontrábamos a gusto juntos, follábamos cuando nos apetecía, de vez en cuando hacíamos cosas tan convencionales como ir a cenar o a una exposición, incluso al cine, pero nada más. ¿O sí? En alguna ocasión incluso fantaseamos con la idea de irnos a vivir juntos, pero enseguida la deseamos. Entonces, ¿a qué vinieron esos celos cuando tuve que hacerme cargo de las protegidas de mi difunto amigo el proxeneta? ¿Y por qué me tomé yo tan a mal sus celos? Y, sobre todo, ¿por qué de repente estaba llorando a moco tendido como si fuese una plañidera en el funeral de un famoso músico de jazz de Nueva Orleans? ¿Era posible que estuviera locamente enamorado de ella y no me hubiese dado cuenta hasta que fue asesinada? Sí, claro que era posible. Y no sólo era posible, sino que de repente comprendí que era real, muy real. Pero lo comprendí, como muchas cosas en mi vida, demasiado tarde.

–Tendrás que acompañarme a comisaría, para tomarte declaración – cortó en seco mis ensoñaciones Eneko.

–¿Para qué? Ya te he dicho todo lo que puedo decirte.

–Es el procedimiento habitual, y lo sabes. Además, no me has dicho todo lo que puedes decirme. He venido aquí tan solo para informarte, porque creía, y sigo creyéndolo, que era mi obligación y que tenías derecho a enterarte de lo ocurrido directamente por mí, no por otras personas, pero sabes perfectamente que como amante de la mujer fallecida, y lamento tener que usar estos términos, tenemos que interrogarte formalmente.

–¿Estoy detenido?

–No, no lo estás, pero si es necesario detenerte antes que dejarte aquí solo, en esta pocilga que tú llamas casa, bebiéndote todas las existencias que tienes en el mueble bar en la absurda creencia de que así podrás mitigar tu dolor, te detendré, puedes estar seguro de eso. Y si hace falta, tiraré a la ría las llaves de las esposas.

Eneko volvía a tener razón, aunque me negué a dársela, pero de todos modos accedí a acompañarle voluntariamente hasta la comisaría de Ibarrekolanda.

Allí un agente al que no conocía, un jovencito de aspecto empollón y que tenía toda la pinta de ser nuevo en el cuerpo y se identificó como el agente Iturbe, me explicó que mi declaración iba a ser grabada en vídeo, aunque yo no estaba acusado de nada. Era una simple precaución para estar seguros por ambas partes de que mis palabras no se tergiversaban. Como no escuché risas de fondo supuse que no era ninguna broma que me estaban gastando los cabrones de Goirizelaia y González, y que éstos, debido a la amistad que mantenían conmigo, preferían mantener las distancias, aunque estaba completamente seguro de que iban a ver y escuchar toda la declaración.

El tal Iturbe, con evidente señales de nerviosismo, seguramente era la primera vez que interrogaba en solitario a un tipo de aspecto dudoso, empezó con lo que en los juzgados se denomina las generales de la ley, es decir, mi nombre y apellidos, si acudía voluntariamente a decir la verdad, a lo que dije que no, que no acudía voluntariamente sino a petición de un compañero suyo, momento en el que se le cayeron los papeles con los que estaba jugueteando nerviosamente mientras hablaba conmigo, si prometía decir la verdad, a lo que contesté que no lo prometía, sino que lo juraba por Dios, que para eso había acudido de pequeño a un colegio religioso, lo que le hizo enrojecer, y si tenía alguna relación de parentesco, amistad o de cualquier otra clase con doña Dolores Baztarrika Etxegibel.

–Si se refiere a Lola Baztarrika, sí, claro que la conocía. En un sentido

bíblico, además.

El agente Iturbe sería un excelente psicólogo, con sobresalientes o matrículas de honor en la mayoría de las asignaturas cursadas en su facultad, como más tarde me explicó Eneko, pero su cultura dejaba mucho que desear o, al contrario que en mi caso, no había estudiado en un colegio de curas, por eso tuve que explicarle más crudamente que lo de conocernos en un sentido bíblico significaba que éramos amantes y follábamos siempre que nos apetecía.

—¿Y cómo eran últimamente sus relaciones? —me preguntó nuevamente ajustándose a un guión que seguramente había escrito previamente, no sé si sólo o ayudado por algún hijo de puta que se consideraba su compañero.

—Pues mire, como éramos muy tradicionales, normalmente ella se colocaba debajo y yo encima, aunque de vez en cuando nos apetecía experimentar nuevas sensaciones y variábamos de posición.

O mucho cambiaba en el futuro el bueno del ertzaina Iturbe o lo iba a pasar fatal cada vez que tuviera que efectuar una redada en un burdel o interrogar a una puta, porque volvió a enrojecer más que el capote de un torero. La verdad es que mi intención no era joderle, ni siquiera yo mismo entendía por qué le contestaba de ese modo cuando era yo quien estaba totalmente jodido y roto por dentro. O quizás era por eso, mientras me esforzaba por demostrar un ingenio que no venía a cuento, intentaba inútilmente olvidarme del dolor que me tenía cogido por los huevos.

—No se haga el gracioso —intentó reponerse de su anterior azoramiento y demostrarme que era un policía duro, aunque tendría que pasarse semanas enteras viendo videos de Clint Eastwood si quería mejorar en ese aspecto—, ya sabe a qué me refiero.

—Sí, perdone —contesté pensando, quizás por primera vez desde que entré en comisaría, que seguramente Iturbe era un novato, pero que no se merecía ser tratado del modo que lo estaba tratando—, es que..., ha sido muy duro para mí. Como ya le he dicho éramos amantes, pero últimamente nuestras relaciones se habían enfriado.

—¿Quizás a causa de su relación con —esta vez no se sonrojó, pero sí titubeó un poco—,... con un grupo de prostitutas?

—Veo que el cabrón de su jefe le ha informado correctamente, agente Iturbe. Sí, Lola se puso celosa sin motivo debido a que por una serie de circunstancias entré, como usted dice, en relación con un grupo de prostitutas. Se puso tan celosa que me hartó, así que cogí un cuchillo

jamonero y la corté en mil pedazos, que he distribuido por todos los contenedores de Indautxu y zonas adyacentes. Además, soy tan mal ciudadano, que ni siquiera me he preocupado por reciclar, y algunos pedazos los he metido en el contenedor de plásticos, otros en el de papeles y cartones e incluso algunos en los recipientes destinados al aceite industrial. Ah, se me olvidaba, aproveché toda la sangre derramada para hacer unas morcillas que están para chuparse los dedos, mucho mejores que las de Artzeniega.

No me di cuenta de cuánto había perdido los papeles hasta que media hora después, como si hubiese despertado de un mal sueño, me encontré esposado enfrente de Eneko Gorizelaia, en su despacho.

–Ya puedes quitármelas –le dije–. No voy a hacer ninguna burrada más.

–No es suficiente –me contestó.

Sabía perfectamente de qué me estaba hablando, así que le dije que no se preocupara, que cuando saliera de allí ofrecería mis disculpas al agente Iturbe.

–No parece un mal tipo, no sé qué me ha pasado. Pero te aseguro que ya estoy bien. Al menos, todo lo bien que puedo estar en esta situación –añadí–. Así que sé bueno por una vez en tu vida y quítame las esposas.

Debí convencerle, porque accedió a mis ruegos, no sin recordarme nuevamente que me había pasado con Iturbe.

–Es un buen policía y lo será mucho mejor en el futuro, aunque quizás haya sido prematuro haber hecho que se enfrentara a ti cuando todavía no está maduro.

–¡No me cuentes milongas, Eneko! Me conoces perfectamente, y supongo que también a Iturbe, y sabías lo que iba a ocurrir. Además, no es por echarme flores, pero seguramente ha aprendido mucho más conmigo, durante el interrogatorio que me ha hecho, que trabajando estos últimos meses a tu vera.

Eneko se limitó a sonreír, en señal de aquiescencia, y a preguntarme si estaba preparado para que continuáramos con el interrogatorio, pero ahora más en serio, añadió.

–Creo que sí –le dije–. Aunque va a doler. Bueno, no va a doler, está doliendo.

–Lo sé y lo siento, pero este es nuestro trabajo. Lo sabes perfectamente porque también era el tuyo.

–Así es, y por eso mismo, antes de que empieces a interrogarme, me gustaría que me contaras exactamente qué es lo que ha ocurrido. Me parece

que tengo derecho a ello.

Técnicamente no lo tenía, ya que no era familiar de Lola, y la condición de amante no proporciona los mismos derechos que la de ascendiente, descendiente o cónyuge, pero tanto Eneko como yo obviamos esos tecnicismos jurídicos y accedió a contarme a grandes rasgos lo sucedido.

En realidad no había historia o, al menos, no una historia diferente a las que por desgracia nos hemos acostumbrado a conocer últimamente en este país. De hecho ya me la había explicado cuando vino a mi casa a darme la noticia. Primero una fuerte discusión, de un calibre tan grande que una vecina medio sorda pudo escucharla, posteriormente el marido la arrojó por la ventana y, por último, el suicidio del asesino, así como el extraño detalle, no tan extraño si el asunto había sido premeditado como pensaba Eneko, de que a las dos empleadas de hogar se les dio el día libre.

—Cuando viniste a casa me dijiste que el marido de Lola se mató pegándose un tiro. ¿Habéis averiguado si tenía licencia de armas?

En esos momentos era yo el que preguntaba, pero Eneko es un tío listo y sabe que entre nosotros no sirve el juego de uno es el que hace las preguntas y el otro tiene que limitarse a responderlas, así que me contestó, consciente de que de ese modo fluiría la conversación y él también podría obtener de ella algo en claro. Aunque ni yo mismo sabía qué es lo que podría ser.

—En el domicilio, de momento, no hemos encontrado ningún documento que lo acredite, y tampoco consta en nuestros archivos, así que suponemos que no. ¿No sabrás, por casualidad, si era cazador?

—Ni cazador ni pescador. Como te dije anteriormente, la única caza que le interesaba era la de jovencitas en edad de buen ver y mejor hacer. Pero si no tenía licencia de armas, ¿cómo consiguió la que utilizó para suicidarse?

Eneko se encogió de hombros antes de decirme que aún no lo sabían.

—Estamos en ello, pero no sé si conseguiremos resultados. Del arma había sido borrado todo posible elemento identificador.

—No lo entiendo. Eso es más propio de un delincuente profesional que de alguien como el marido de Lola, un empresario de éxito. Seguramente ni siquiera sabría a quién recurrir para conseguirla.

—En eso no estoy de acuerdo contigo, Goiko. En este país, si tienes dinero, se puede conseguir prácticamente de todo, incluyendo cualquier clase de arma mortal. Pero tienes razón en lo de que no deja de ser un punto oscuro en toda esta historia, aunque seguramente nunca llegaremos a saber la verdad sobre el arma. Es posible que haya sido utilizada anteriormente, en un atraco

o incluso en algún asesinato, la policía científica ya está en ello, y por eso fueron eliminados todos sus elementos identificativos, pero como te puedes imaginar no se le va a dar prioridad, sobre todo porque el caso está tan claro: muerte de la mujer a manos del marido y suicidio posterior de éste, que el juez instructor archivará el caso en menos de dos días. Fin de la historia.

–¿Sabes? No puedo creerte que Ignacio matara a Lola. No es posible, no puedo creérmelo.

–Pues en eso te vuelves a equivocar, Goiko, porque no hay duda de que lo hizo.

–¿Estás completamente seguro?

–¿Tú qué crees?

La verdad es que Eneko tenía razón. Parecía un caso claro, el que nos gusta llevar a todos los policías del mundo por duro que sean los hechos. De una misma tacada mueren víctima y culpable y lo único que hay que hacer es meter algunos datos de relleno para que el informe ocupe algo más de dos folios y parezca que se ha trabajado en el asunto. El problema es que en este caso concreto el relleno era yo. Me lo demostró Eneko con su siguiente pregunta, que no fue ninguna sorpresa para mí.

–¿Sabes si se llevaba últimamente mal con su marido? ¿Si la había amenazado de algún modo?

–Como no fuera con quitarle la Visa –enseguida me arrepentí de mi frivolidad y contesté más en serio–. No, de ningún modo. De hecho, por raro que parezca, ambos conocían al dedillo la vida del otro y lo aceptaban. Su matrimonio en realidad era ficticio, una tapadera con la que los dos estaban satisfechos, de ahí mi extrañeza por lo sucedido. Ignacio sabía, entre otras cosas porque la propia Lola se lo había contado, que de vez en cuando salíamos juntos y nos acostábamos, del mismo modo que Lola sabía que su marido era un adicto al sexo con veinteañeras. Sinceramente no encuentro ningún sentido a lo ocurrido.

–Ni tú ni nadie –filosofó Eneko–, pero sabes tan bien como yo que muchas de las cosas que ocurren en la vida, y más cuando hablamos de asesinatos, no tienen una explicación lógica. Quién sabe, quizás su marido, pese a su vida, seguía enamorado de Lola y de repente algo se rompió dentro de él.

Recordé entonces que Lola y yo habíamos fantaseado con la idea de irnos a vivir juntos, pero finalmente la desechamos de mutuo acuerdo. ¿Podría haber sido ése el detonante de lo ocurrido? No, no era posible, en

cuanto se me ocurrió la idea la deseché por absurda, aunque Eneko me dijo que no podía descartarse tan rápidamente.

–De todos modos –añadió–, no tiene la menor importancia y ni siquiera lo voy a recoger en tu declaración. Como ya te he dicho antes es un mero trámite antes de que el juez dé carpetazo al asunto. ¡Joder, si casi son las dos! –añadió de repente, mirando su reloj–. Si te parece bien, mientras Iturbe redacta tu declaración –así que el bueno del novato había estado escuchando mi conversación con Eneko. No me extrañó, pero me pareció curioso que mi excompañero lo reconociera tan abiertamente–, podemos salir a comer. Invito yo.

Una oferta de ese tipo no podía despreciarse, así que poco tiempo después nos encontrábamos comiendo un menú del día en un restaurante de la Avenida del Lehendakari Agirre. Una sopa de pescado de primero y un filete a la plancha con pimientos rojos y patatas fritas de segundo. Nada excepcional, pero que entraba bien y acabó por entonarme, aunque al principio el mero hecho de meterme un trozo de comida en la boca me supuso un gran esfuerzo.

Me imagino que no tanto por sonsacarme aspectos nuevos del caso como por alejar de mi cabeza los fantasmas de la muerte de Lola a manos de su marido, Eneko volvió a hablarme del asesinato de Tomás Navarro, el extraño mendigo asesinado por cuatro inmigrantes de raza negra mientras dormitaba tranquilamente en un cajero automático del centro de Bilbao.

–Supongo que no sabrás nada nuevo acerca del hombre que te acuchilló –me dijo en un tono claramente irónico.

–Por supuesto que sí –ahora me tocaba a mí tirar de ironía–. Según parece los hombres que lo asesinaron aparecieron a su vez muertos en Donibane Lohizune^[16], en un camión frigorífico. Congelados totalmente, desde los pelos del cabello hasta las plantas de los pies.

El que pareció quedarse helado con mis palabras fue Eneko, que apenas pudo balbucir cómo cojones estaba yo enterado de eso.

–No eres mi único contacto en la Ertzaintza –me limité a decir, sin proporcionarle ningún nombre. No es que Etxebe me cayera especialmente bien, más bien me caía como un grano en el culo, pero me había ayudado cuando se lo pedí y en mi mundo las cosas funcionan así, o eres leal con quienes te ayudan o despídete de ellos para siempre. Eso también funcionaba lógicamente en mi relación con Eneko, aunque entre nosotros además de la posible colaboración profesional existía una fuerte amistad, pero aún así

pensé que debía compensarle por mi silencio sobre el topo que me había filtrado lo de los subsaharianos y decidí contarle la historia, mi historia al menos, desde el principio.

Cuando acabé de explicárselo no puedo decir que mi amigo estuviese horrorizado ni que mostrara claras muestras de enfado en su rostro, cosa que hubiese entendido, pero sí que daba señales de una fuerte agitación y preocupación interior.

—¿Me estás diciendo que Sánchez-Ávila te contrató para matar a Tomás Navarro, el mendigo, y que aceptaste? Tú, tío, estás loco, pero no un poco loco, como lo estamos casi todos, sino loco de atar, de psiquiátrico, de esos que hay que encerrar en una celda acolchada con una camisa de fuerza bien abrochada para que ni el mismísimo Houdini si saliera de su tumba pudiera abrirla.

—Bueno, dicho así es posible que parezca una locura —no me quedó más remedio que admitirlo—, pero una vez que me hizo la oferta yo ya estaba jodido, tanto si respondía que no, porque era un testigo de sus intenciones, como si respondía que sí. Esto último al menos me daba tiempo para pensar en cómo solucionar el problema. De hecho, si Navarro me apuñaló, fue porque intenté avisarle de que su vida corría peligro y se asustó al creer lo contrario, que era yo quien deseaba matarle.

Los restos de café que aún permanecían en la taza de Eneko tenían que haber quedado fríos hacía ya tiempo, pero aún así los apuré de un trago antes de reconocer que quizás tuviese razón y estuviese en lo cierto.

—Supongo que por eso le preguntaste ayer a Ander qué sabía sobre Sánchez-Ávila, aunque no le comentaste el motivo ni él te lo preguntó porque, por desgracia como ambos sabemos, tenía la cabeza ocupada con la muerte de Lola a manos de su marido y conocía tu relación con ella. En fin, eso no tiene nada que ver con esto otro, pero es posible que si cuando ocurrió lo que acabas de contarme te hubieses sincerado conmigo quizás habríamos podido evitar muchos problemas. Incluyendo la muerte del propio Tomás Navarro.

No era una acusación, no lo decía para joderme, pero tal vez tenía razón. Es posible que si les hubiese contado al ejecutivo agresivo y al roquero el motivo de mi visita al hospital aún estuviese vivo el mendigo, aunque tenía mis dudas.

—En primer lugar porque no me hubieseis creído —le dije.

—Yo lo habría hecho —me contestó, casi ofendido, Eneko.

–Lo sé, y seguramente González también, pero habríais sido los únicos. ¿De verdad piensas que habríais podido protegerle indefinidamente? Por el motivo que fuese, Tomás Navarro había sido condenado a muerte y antes o después la condena se habría cumplido. Y ahora los ejecutores están muertos y no hay ninguna prueba que nos lleve hasta Sánchez-Ávila.

–Podríamos pedir una autorización judicial para registrar su despacho.

–¿Y en qué te basarías para solicitar esa orden? ¿En lo que acabo de contarte? No me hagas reír, Eneko. Si hay alguien en esta ciudad al que la totalidad de los miembros de la judicatura no le tengan el menor cariño, por decirlo de un modo suave, esa persona soy yo. Que, por supuesto, negaría en todo momento haber tenido esta conversación contigo, como muy bien te puedes imaginar.

–Eres un auténtico cerdo. Lo sabes, ¿no?

Nos habíamos salvado mutuamente la vida en varias ocasiones, así que no me tomé esas palabras como un insulto, sino más bien como una reflexión, aunque no estoy seguro de que eso me dejara en mejor lugar, pero entendía perfectamente a mi amigo. Por eso decidí seguir contándole algo más de lo que sabía y le hablé de Salif. Lo que no supuso ninguna novedad para él.

–Llevamos tiempo siguiéndole los talones, aunque desgraciadamente no hemos encontrado nada ilegal que achacarle –me confesó, tras escuchar todo lo que pude decirle acerca del personaje–. Como tú muy bien has dicho, fue policía en su Malí natal, pero aquí se dedica a eso tan etéreo de “import-export”. Y hasta el momento no ha dado ni un paso en falso. Es cierto que fue subordinado y protegido del coronel Traoré, jefe de la policía política de su país y un hijo de puta tan grande que los jerifaltes de la Interpol no han podido mirar hacia otro lado, como es lo habitual, y le tienen entre sus objetivos, pero ser amigo de un sádico criminal como él no es un delito. Puede ser algo repugnante, incluso un claro indicio de que no estamos tratando con un honrado ciudadano, pero vivimos en un Estado de Derecho y eso significa que hasta un tipo como Salif es inocente mientras no se demuestre lo contrario.

–Quizás su relación con Sánchez-Ávila pueda ser el hilo que necesitáis para desenredar la madeja.

–O has perdido facultades, Goiko –se sonrió por primera vez desde hacía un buen rato– o has decidido llevar muy lejos tu sentido del humor. Por supuesto que sabíamos que era cliente de Sánchez-Ávila, pero si los dos son intocables por separado, juntos tampoco les vamos a pillar. Aunque parece

claro que si el abogado ordenó la muerte de Tomás Navarro, Salif tiene que estar también implicado. El problema es el de siempre, la falta de pruebas.

Parecíamos encontrarnos en un callejón sin salida. Recordé las palabras que no hacía mucho había dicho el presidente del Tribunal Supremo en una conferencia, sin que al ministro de Justicia ni a ninguno de sus palmeros se les cayera la cara de vergüenza, eso de que la legislación procesal está pensada para los robagallinas, no para los grandes defraudadores, lo que suponía una gran traba para la lucha contra la corrupción. Y no sólo contra la corrupción, podíamos añadir, sino contra el crimen a gran escala. Aunque a fin de cuentas, ¿en qué se diferenciaba una cosa de otra? ¿O de verdad alguien cree que un corrupto, es decir, un criminal de cuello blanco de esos que, según dijo en una ocasión un alto cargo de Instituciones Penitenciarias, son personas plenamente integradas en la sociedad, con una familia normalizada, un buen trabajo y contactos sociales, no sería capaz de matar, a través de personas interpuestas, por supuesto, si piensa que su estatus y posición social corren peligro?

Tras este desahogo tan certero como demagógico, según me dijo Eneko, al que gracias a su nueva posición como jefazo de la Ertzaintza se le debía haber pegado algo de lenguaje de los políticos, ambos llegamos a la conclusión de que lo único que podíamos hacer era esperar. El viejo adagio que todo policía conocía: siéntate en la puerta de tu casa para ver pasar el cadáver de tu enemigo. Es decir, esperar a que antes o después alguien, Salif, Sánchez-Ávila o alguno de sus adláteres cometiera un error, nadie es infalible en este mundo, y gracias a él pudiésemos desenredar la madeja.

—El único problema —volvió a decirme Eneko, nuevamente sombrío—, es que el adagio puede tener una doble dirección. Que quizás sea tu enemigo quien se quede sentado tranquilamente en la puerta de su casa para ver cómo pasa tu cadáver. O aún peor, que no se quede quieto sino que sea él quien intente convertirte en cadáver.

No lo decía para acojonarme, sino porque era la pura verdad. Aunque ese más real que hipotético enemigo era, con total seguridad, consciente de que ningún juez de Bilbao haría caso a una denuncia presentada en su contra sin más base que mi propio testimonio, el hecho de que supiera quién había dado la orden de matar a Tomás Navarro me convertía, si no en un testigo incómodo, sí en una mosca cojonera. Y el mejor método de acabar con una mosca cojonera es aplastarla.

Durante unos instantes sopesé volver a llamar al Increíble Hulk y

aceptar la oferta que, por su mediación, me había hecho el veterano capo bilbaíno, el respetado y respetable Gerardo Azurmendi, pero enseguida deseché la idea aunque, por si acaso, no le hablé de ella a Eneko. Pero en una cosa tenía razón mi amigo, debía andar con pies de plomo si no quería sufrir un percance irremediable.

Prácticamente, sin darnos cuenta, la noche había sucedido a la tarde y los camareros del restaurante, si bien de un modo educado, nos insinuaron que ya era hora de abandonar el local porque tenían que preparar las mesas para los clientes que dentro de muy poco irían a cenar.

–¿Quieres venir a cenar a casa? –me ofreció Eneko cuando salimos a la calle y comprobamos que, efectivamente, el cielo ya se había oscurecido—. Isabel estaría encantada y las niñas ya sabes que te adoran. No porque te lo merezcas –añadió riéndose–, sino porque su plato favorito es la tortilla de patata y siempre que tú vienes a casa a cenar Isabel prepara tortilla.

Le agradecí su ofrecimiento que sabía que era sincero. Pero también sabía que estaba motivado, sobre todo, por su temor a que hiciese alguna locura.

–Tranquilo –le dije, intentando sonreír aunque tan sólo me salió una mueca–, ni me voy a tomar un frasco de píldoras ni voy a liarme a tiros con nadie –estuve tentado de añadir “por mucho que me apetezca”, pero me abstuve de decirlo.

También me abstuve de decirle que no necesitaba una niñera cuando se ofreció a llevarme hasta mi domicilio. Me limité a comentarle irónicamente que no sabía que la Ertzaintza hubiese instalado un nuevo servicio, el traslado de los testigos a sus domicilios en sus vehículos oficiales, pero Eneko era tan inmune a mis ironías como yo a sus amenazas, así que no me hizo ni puto caso y casi a rastras me llevó en su coche hasta el mismo portal de la calle Manuel Allende en el que tenía mi humilde morada. Todo parecía estar en orden, pero por si acaso subió conmigo hasta mi piso y comprobamos que nadie me estaba esperando con aviesas intenciones ni me habían tendido ninguna trampa. En cuanto a las señales que yo había dejado, en previsión de que apareciera algún intruso, se encontraban como las puse. Si mis sospechas eran fundadas y mi vida se encontraba en peligro, de momento la persona o personas que deseaban verme muerto me estaban dando una tregua. El motivo quizás se encontrara en la cinta del contestador automático de mi teléfono.

Una mujer que se identificó como Ibone Gutiérrez Soltxaga, abogada y

socia del despacho del señor Sánchez-Ávila, deseaba concertar una cita conmigo. Si podía ser a primera hora, a las ocho de la mañana, le haría un gran favor, porque a partir de las diez tenía que hacer unas gestiones en el Palacio de Justicia.

De esa llamada deduje varias cosas: la primera, que Sánchez-Ávila podía ser un hijo de puta, pero no un misógino, ya que entre los socios de su despacho se encontraba, al menos, una mujer. La segunda que, a pesar de lo que dijo en nuestro último encuentro, seguía interesándose por mi persona, aunque no lo suficiente como para recibirme él mismo. Y la tercera, que si se me había citado a las ocho y para las diez la abogada tenía que estar en la sede de los juzgados de la calle Berastegi, la charla, como mucho, no podía durar más de hora y media.

No, si yo cuando me pongo a hacer deducciones soy una fiera, eso lo tengo claro. Pero sobre lo más importante de todo el tinglado, es decir, de qué cojones quería hablar conmigo la socia de Sánchez-Ávila, sobre eso no tenía ni puta idea.

—¿Vas a ir? —me preguntó Eneko, que estaba conmigo cuando escuché el mensaje grabado.

—¿Tú qué crees?

—Que, como siempre, te vas a meter en la boca del lobo.

Nuevamente mi viejo compañero tenía razón. Y en esta ocasión no me dolieron prendas por tener que dársela, porque estaba en lo cierto. Y es que el mejor modo que tiene Caperucita Roja para evitar que el Lobo Feroz se la coma, a ella, su cestita y a su abuelita, es penetrar en su madriguera para averiguar tanto su fuerza como sus intenciones. Aunque con eso se pueda correr el riesgo de ser una presa aún más fácil. De todos modos, si se trataba de una trampa, era una trampa muy burda, ya que la señora Gutiérrez Soltxaga tenía que ser consciente de que si me pasaba algo por acudir a la cita, podía verse metida en graves problemas. Y seguramente la abogada, si era socia de Sánchez-Ávila, quizás no fuese la mujer más honrada del mundo, pero con toda seguridad tampoco era ninguna imbécil ni ninguna suicida. Así que hasta cierto punto tenía si no la garantía absoluta sí una esperanza razonable de que, al menos por esa vez, Caperucita Roja podría salir indemne de su encuentro con el Lobo Feroz.

TREINTA DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO

Marcelino Sánchez-Ávila y Ribera de Osma era consciente de que hacía ya muchos años que renunció a ser ese adalid de la justicia con el que soñó en convertirse durante sus años de estudiante en la Facultad de Derecho de la Universidad de Deusto. La vida, como a la mayoría de sus compañeros, le llevó por caminos muy diferentes a aquellos que pensaban que iban a transitar cuando corrían delante de los grises, como en aquella época se denominaba a los policías antidisturbios por el color de sus uniformes. Algunos, los menos, siguieron en la brecha política y sindical, e incluso acabaron en prisión por militar en partidos independentistas. Otros mantuvieron, al menos aparentemente, sus ideales sociales e incluso revolucionarios, aunque cualquier observador imparcial no dudaría en decir que se habían ido aburguesando según iban ocupando coches y despachos oficiales, siempre en beneficio del pueblo, no en el suyo propio, por supuesto. Y la mayoría decidió que eso de ser abogado no era un sacerdocio sino una profesión, y lo que se busca en una profesión, al fin y al cabo, es ganarse el sustento del mejor modo posible para poder vivir de un modo aún mejor. Sánchez-Ávila se unió al carro de estos últimos y jamás se arrepintió, aunque había momentos, como aquel, en los que pensaba si de verdad había tomado el camino más adecuado y correcto.

No solía ser proclive a esos pensamientos. Tener conciencia era un lujo que no podía permitirse, por eso se desprendió de ella hacía mucho tiempo, pero allí, en Nueva York, frente al lugar en el que se habían erguido las Torres Gemelas, viendo las flores y leyendo las inscripciones recordatorias de los fallecidos, trabajadores, policías, bomberos, transeúntes, turistas, no pudo evitar estremecerse al pensar hasta dónde podía llegar la maldad humana. Él no era así, ni mucho menos, él no tenía nada que ver con el horror que en los últimos tiempos se había desatado en un mundo cada día más loco.

Era cierto que constantemente bordeaba la legalidad e incluso había ordenado cometer acciones claramente delictivas, pero en su caso no hubo jamás placer ni ensañamiento. Él era un abogado, un hombre de negocios que, como tal, actuaba del modo que creía más conveniente para sus clientes y para su propia cuenta de resultados. Sus métodos no eran ni legales ni ortodoxos, pero no se diferenciaban prácticamente en casi nada de los de la inmensa mayoría de tiburones jurídicos y financieros que había conocido a lo largo de su carrera.

Se preguntó qué pensarían su mujer y sus hijos si supieran a qué extremos había tenido que llegar para conseguir primero, y posteriormente mantener, el nivel de vida que les había proporcionado. Su mujer posiblemente le defendería, no porque siguiera enamorada de él como cuando eran jóvenes, en el caso de que lo hubiese estado algún día, ya que el de ellos fue el típico matrimonio de compromiso conveniente para ambas partes, sino porque a su edad sabía que en ningún lugar del mundo ataban los perros con longaniza y, como era una mujer leída e instruida, conocía perfectamente aquello que un día de lucidez, no sólo literaria sino simplemente humana, dijo Honoré de Balzac acerca de que detrás de una gran fortuna siempre hay un gran crimen. Sus hijos, en cambio, eran otra historia. La pequeña, que estudiaba algo tan poco práctico como Magisterio, pertenecía a una ONG de esas preocupadas por la justicia en el mundo y la lucha contra la pobreza, aunque en el fondo no era tonta y sabía que ella jamás caería en la pobreza gracias al dinero de sus padres. En cuanto al mayor, que seguía sus pasos y estaba acabando la carrera de Derecho, era un joven entusiasta y convencido de la primacía de la ley por encima de todo. Como él lo fue, aunque seguramente, como también ocurrió con él, cambiaría con el tiempo. Pero mientras tanto, si ambos supieran qué tipo de cosas había tenido que hacer su progenitor para garantizarles su lujoso nivel de vida, seguramente se horrorizarían e incluso renegarían de él.

Aún así, seguía pensando en sí mismo como en un buen hombre al que las circunstancias le habían obligado a hacer cierto tipo de acciones no muy bien vistas por los ojos de la ley para acrecentar y defender su patrimonio y su estilo de vida. Pero aquello, lo de las Torres Gemelas, aquello no tenía nada que ver con lo suyo, aquello era maldad en estado puro. Él, al menos, cuando cometía una ilegalidad, buscaba un beneficio económico, pero ¿qué buscaban los cafres que habían hecho eso? ¿Extender por todo el mundo su religión? ¿Atemorizar a quienes no comulgaban con sus ideas?

Por primera vez en varios días, al venirle a la cabeza esos pensamientos, volvió a sentirse intranquilo. Pensar en los musulmanes le obligaba a pensar también en Salif y en la conversación que habían mantenido pocos días antes de que se tomara unas merecidas vacaciones para relajarse. Y lo había conseguido, hasta que la visión de las malditas Torres Gemelas, o de sus fantasmas habría que decir mejor, le habían hecho rememorar la causa de su nerviosismo.

El maliense se presentó en su despacho sin avisar. Era una de las pocas personas que podía hacerlo, pero aún así no le gustaba nada, no le dejaba en buena posición delante de sus empleados porque daba la impresión de que estaba a las órdenes del puto negro. Y aunque fuese cierto, y le reportase pingües beneficios, eso dañaba su orgullo.

Además no entró en su despacho, como en otras ocasiones, para pedirle un favor o concertar algún negocio, sino para recriminarle su actuación en el asunto del mendigo.

–¿Cómo se te ocurrió contratar a un madero para liquidar a ese cabrón? –fue lo primero que le dijo. Su pronunciación no era muy buena, pero dominaba lo suficiente el español como para elegir siempre las palabras exactas.

–Ya no es un madero –le replicó–. Además, según mis informes, no es precisamente el hombre más honesto del mundo.

–Tus informes me los paso yo por el culo –el castellano del africano podría ser extremadamente grosero, pero impecable léxicamente–. Si te hubieses informado sobre él un poco mejor, sabrías que las acusaciones que se le hicieron en su día eran falsas y que, aunque la mayoría de jueces y policías no le tienen excesiva simpatía, está totalmente rehabilitado.

–Bueno, da igual –procuró ser conciliador Sánchez-Ávila–. El problema ya está resuelto.

–Sí, lo tuve que solucionar yo –le replicó Salif–, porque lo tuyo fue un desastre en toda regla.

A Marcelino Sánchez-Ávila y Ribera de Osma no le gustaba que le trataran como a un lacayo, aunque lo fuera, pero apenas pudo protestar y se limitó a decir que todos cometemos fallos y que era la primera vez, desde que se conocían y habían empezado a hacer negocios juntos, que había cometido un error.

–Eso es cierto –admitió Salif–. Quizás he sido muy duro contigo, pero es que el asunto ha sido muy grave y podría habernos puesto en peligro.

Afortunadamente ya está arreglado, al menos en parte, y no creo que vayamos a tener problemas. De todos modos, convendría que te tomaras unas vacaciones. Hasta que el tema se enfríe un poco, por lo menos.

La primera reacción del abogado fue decir que no necesitaba unas vacaciones, pero luego lo pensó mejor. ¿Por qué no? Llevaba mucho tiempo sin disfrutar de tiempo libre para él y su familia y quizás la sugerencia, orden más bien, de Salif no fuera tan descabellada. Unos días lejos de Bilbao y de sus problemas cotidianos le vendrían bien, francamente bien, y cuando volviera podría retomar su trabajo con más bríos que nunca, y su pasado error sería tan sólo un borrón que poco a poco se iría difuminando.

Por eso se encontraba esos días en Nueva York, una ciudad en la que ya había estado en anteriores ocasiones y a la que le encantaba volver siempre que podía. Y tenía que reconocer que había sido una buena idea, en los días que llevaba allí había conseguido olvidarse de sus problemas y relajarse del todo. Tan sólo la visita al lugar en el que en el pasado se erguían las Torres Gemelas le trajo a su cabeza pensamientos sombríos, pero enseguida los desechó. Si el mundo estaba loco, totalmente loco, rematadamente loco, no era culpa suya y poco, o nada, podía hacer para remediarlo, así que decidió seguir disfrutando de una de las ciudades más interesantes y maravillosas del mundo.

Mientras paseaban por la ciudad vio un puesto callejero en el que servían perritos calientes, los conocidos como “*hot dogs*”, y acercándose al vendedor le pidió uno.

—¿Pero tienes hambre? —le preguntó su mujer extrañada, porque acababan de salir de un restaurante italiano en el que las raciones eran copiosas, además de excelentes.

Sonriendo intentó explicarle que no se trataba de eso, pero que estando en Nueva York había decidido no privarse de esos pequeños placeres como podía ser el de comerse un *hot dog* en plena vía pública de la Gran Manzana.

Intentó explicárselo, pero no pudo, porque cuando iba a hacerlo un par de negros se acercaron a donde estaban y les tirotearon con el propósito de robarles. En una ocasión, en una demostración de que quizás no fuera muy inteligente aunque sí muy pelota, un político español le dijo a un presidente norteamericano, que prefería morir de una puñalada en el metro de Nueva York antes que vivir en las calles seguras de Moscú. Si Sánchez-Ávila se hubiera acordado de esas palabras y hubiese podido hablar con el afamado político seguramente le habría dado una opinión muy distinta, eso en el caso

de haberse limitado a dar una simple opinión, pero no pudo acordarse de esa apabullante frase ni de ninguna otra estupidez de ese jaez, porque su muerte, al igual que la de su mujer, fue instantánea. Como posteriormente comentaron piadosamente a los hijos de las víctimas, creyendo absurdamente que con eso iban a mitigar en algo su dolor, ni siquiera se enteraron, no les dio tiempo a sufrir.

Tanto el alcalde de Nueva York como las autoridades norteamericanas en general deploraron, lamentaron y condenaron el execrable asesinato de ambos turistas españoles, uno de los cuales eran además un afamado abogado y ciudadano ejemplar. Para lavar su imagen ante el exterior y mantener que Nueva York seguía siendo una ciudad abierta y segura, indicaron cómo después de haber cometido su ominoso crimen, los dos negros fueron abatidos por la policía. Eso sí, como los policías que les acribillaron a balazos eran también afroamericanos, no se produjeron los disturbios raciales que últimamente habían sacudido con frecuencia a todo el país. De modo que la situación se arregló a gusto de todos. Menos de los fallecidos, por supuesto, pero eso ya no importaba nada, porque ninguno de los cuatro muertos iba a levantarse de su tumba para quejarse ni, sobre todo, para explicar lo que en realidad había sucedido.

VEINTIÚN DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO

En esta ocasión no hice esperar a la abogada, ni la secretaria, que como un dóberman guardaba la guarida de sus dueños, me enseñó los dientes para amenazarme con mordirme si me propasaba. Todo fue versallesco, excesivamente versallesco para mi gusto, al menos al principio, salvo por el hecho de que me hicieran pasar por un detector de metales.

–Espero que lo comprenda –se disculpó la secretaria, haciendo un esfuerzo por sonreír–. Son medidas rutinarias que la dirección del bufete ha establecido hace poco tiempo. Ya sabe, son los tiempos que corren...

No me digné a contestar, aunque interiormente me alegré de no haberle hecho caso a Eneko cuando me pidió que llevara un micrófono para grabar la conversación que me disponía a mantener con Ibone Gutiérrez Soltxaga. La abogada se encontraba en ese tramo de edad del que podemos decir que aún estaba de buen ver, de hecho lo estaba, pero que ya había acumulado suficiente experiencia en la vida como para ser una reputada profesional de la abogacía. Admito que nunca utilizaría esa expresión para calificar a un hombre, pero qué le vamos a hacer, aunque intento luchar contra ellos, en ocasiones todavía afloran los viejos clichés machistas que mamé en mi infancia o adolescencia.

Pero con prejuicios o sin ellos, debo admitir que la letrada me recibió calurosamente. A ver si me explico para que me entiendan quienes también comparten esos resabios machistas que desgraciadamente aún anidan en la inmensa mayoría del sector masculino de nuestra especie: no me besó apasionadamente ni se abalanzó sobre mí presa de incontenibles deseos sexuales, pero me recibió con una agradable sonrisa y su apretón de manos fue cálido y firme. E inmediatamente entró al grano.

–Me alegra conocerle en persona, señor Goikoetxea, porque aunque no hemos coincidido hasta ahora mi compañero, el señor Sánchez-Ávila, me ha

hablado mucho de usted.

–¿Y eso es bueno o malo? –opté por preguntar, entre prudente e irónico.

–Ni bueno ni malo –volvió a sonreírme Ibone Gutiérrez–. Ya sabe cómo hablamos los abogados, para nosotros no hay nada bueno ni malo, sino si algo sirve o no sirve a los intereses de nuestros clientes.

Estuve tentado de decirle que en ese caso la impresión que tenía que haber sacado sobre mí era negativa, ya que no fui un fiel cumplidor de las órdenes del señor Sánchez-Ávila y, por tanto, no contribuí a la defensa de los intereses de sus clientes, pero opté por asentir en silencio con un leve cabeceo, a la espera de que continuara hablando. Si algo había aprendido de mi trato con los abogados es que incluso al más taciturno le encanta hablar, deben ser cosas del oficio, y la señora Gutiérrez Soltxaga no constituía ninguna excepción, como pude comprobar tras esa pequeña pausa.

–En primer lugar tengo que pedirle disculpas en nombre de mi compañero. A él le habría gustado poder recibirle en persona, pero en estos momentos se encuentra en el extranjero, haciendo una gira por los Estados Unidos. Es un hombre muy trabajador y llevaba años sin tomarse unos días de vacaciones, así que espero que acepte las excusas que le doy en su nombre. Seguramente ese viaje le vendrá muy bien para liberarse de las tensiones acumuladas durante estos años y volver al trabajo con más energía y dedicación, si cabe, que las que tenía hasta ahora.

Educadamente le comenté que me alegraba por su compañero y ya, de paso, le pregunté qué era exactamente lo que deseaba de mí y por qué había concertado esa cita a una hora tan temprana de la mañana, pero antes de que me contestara sonó mi móvil.

–Cójalo, no se preocupe por mí –me animó amablemente–. Aunque le ruego que en lo posible sea breve, ya que desgraciadamente no puedo dedicarle mucho tiempo.

No fui breve sino brevísimo, porque según fui a contestar, pese a que me llamaban desde un número que desconocía, se cortó la comunicación. Y cuando intenté devolver la llamada una anónima voz femenina me indicó que el número al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura. Indudablemente era una añagaza para saber si tenía el móvil abierto para que alguien, al otro lado de la línea, escuchara la conversación, pero en lugar de mostrar en voz alta mis sospechas pedí perdón por la interrupción, como si hubiese sido culpa mía, y volví a preguntarle a la abogada qué era exactamente lo que deseaba de mí y por qué había concertado esa cita a una

hora tan temprana de la mañana

–A la segunda pregunta es muy fácil contestar. Soy madrugadora y tengo la agenda del día completa, así que ésta era la hora que más me convenía. Si a usted le parece una hora excesivamente temprana, lo lamento, pero creo que no se arrepentirá de haber acudido a la cita. Porque el motivo de la misma, y contesto de paso a la primera de sus cuestiones es entregarle este sobre que contiene tres mil euros –dijo cogiendo un sobre de color papel manila que tenía sobre la mesa y extendiéndomelo–. En billetes de cien, para que no tenga problemas con la Hacienda Foral –añadió sonriendo.

Así que de eso se trataba, de sobornarme. Volvía a encontrarme ante un dilema, no tanto ético como práctico, soy de los convencidos de que, como dice el refrán, quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón. Si me negaba a recoger el dinero, era como proclamar en voz alta que acababa de desenterrar el hacha de guerra. En cambio, si lo aceptaba, al menos ganaría algo de tiempo. No creía que atentaran contra mi persona nada más pagarme esa cantidad. Dilema solucionado: cogí el sobre y conté parsimoniosamente, bajo la atenta mirada de la abogada, su contenido.

–Tres mil euros. Está correcto –dije–. Pero me gustaría saber a cambio de qué se me ofrece este dinero –tal vez esa pregunta volviese a ponerme en el disparadero, pero sentí la necesidad de hacerla.

–Por lo que me dijo el señor Sánchez-Ávila antes de irse de vacaciones, es la cantidad que le adeudaba por un trabajo que le encargó.

–¿Y no le dijo que finalmente no pude realizar el trabajo encomendado?

–Eso es cosa de ustedes dos –encogió los hombros en señal de que ese tema no era de su incumbencia–. Supongo que mi compañero habrá pensado que dadas las circunstancias usted cumplió, hasta donde pudo hacerlo, con su parte del trato y por eso habrá considerado que le debía pagar la totalidad de lo acordado.

–¿Conoce usted la naturaleza del encargo que me hizo su compañero?

Ibone Gutiérrez Soltxaga volvió a sonreírme, pero en esta ocasión su sonrisa no mostraba amabilidad sino desprecio.

–Señor Goikoetxea, si usted es de esos machistas que creen que mi presencia en el bufete del señor Sánchez-Ávila está motivada por la necesidad de cubrir una cuota de mujeres trabajadoras políticamente correcta o, más sencillamente, porque tengo unas hermosas piernas y los vestidos ceñidos me sientan de puta madre, se equivoca por completo. Conozco todo lo que se cuece dentro de estas cuatro paredes y, por supuesto, sé cuál fue el

encargo que usted no cumplió y que debió ser rematado –no supe discernir si al usar esa palabra lo hizo conscientemente o utilizando un sentido meramente metafórico– por cuatro inmigrantes africanos.

–Cuatro inmigrantes que, casualmente, murieron poco después de hacer su trabajo.

La abogada debía ser una buena jugadora de póquer o, si le iba lo autóctono, de mus, porque no se movió ni un músculo de su cara al escuchar mis últimas palabras.

–Veo que está usted bien informado, señor Goikoetxea, pero no me extraña, me figuro que es parte de su trabajo. Y creo sinceramente que cobrar seis mil euros por un trabajo no realizado no está nada mal. Si quiere saber mi opinión, yo no le habría pagado la segunda parte de lo pactado, e incluso le habría exigido que devolviera los primeros tres mil euros que se le abonaron, pero mi compañero insistió en que hiciéramos las cosas de este modo y yo acepté su criterio. Así que por nuestra parte la deuda está saldada. Espero que también por la suya –añadió.

–Supongo que se refiere a mi silencio –dije, no para salir de dudas, sino para demostrarle que, efectivamente, sabía por qué me acababa de entregar esos tres mil euros.

–En un contrato, cada parte sabe cuáles son sus obligaciones y las contraprestaciones que recibe a cambio de cumplirlas. Si quiere conocer nuevamente mi opinión, creo que es usted de los que habla demasiado, así que esa alusión a su silencio podría parecerme una broma. Podría parecérmelo –añadió–, si no supiera que es usted un hombre inteligente que seguramente sabe qué es lo que más le conviene.

Lo que acababa de escuchar sonaba a amenaza, y sin duda lo era. Y la abogada también tenía razón en lo último que acababa de decir: que yo sabía qué era lo más conveniente.

El problema, y eso sí que lo desconocía por completo doña Ibone Gutiérrez Soltxaga, la socia, compañera y, al parecer, mano derecha de don Marcelino Sánchez-Ávila y Ribera de Osma, consistía en que don Mikel Goikoetxea era un exertzaina que, tanto mientras ejercía de policía como posteriormente durante el tiempo que trabajó como detective, jamás hizo lo que a los ojos de casi todo el mundo, incluidos los propios, era lo más conveniente. Pero esa era una característica de mi persona que opté por callarme antes de despedirme, de nuevo con una sonrisa y un cálido apretón de manos, de la abogada.

Nunca es bueno que lo sepan todo sobre ti, y más cuando tu vida está en peligro. Y por mucho que la abogada pensara que acababa de comprar mi silencio, yo era consciente de que seguía estando en peligro. Y cada día que pasara lo estaría más. No me quedaba otro remedio que pasar a la ofensiva, aunque aún no sabía cómo hacerlo.

SETENTA Y OCHO DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO



Vladimir no era nostálgico, por eso no sintió ninguna emoción especial al regresar a Bilbao después de tanto tiempo, pero sus sentidos, siempre atentos y alertas, sí recuperaron olores, sonidos, calles, direcciones.

En Bilbao se iba a cerrar el círculo. O quizás, para ser más exacto, tendría que decir que se iban a cerrar dos círculos. El primero, el que se inició hace años, cuando llegó por primera vez a aquella ciudad donde fraguó su nueva personalidad y su desaparición del mundo en el que hasta entonces se había movido. El segundo era el que había iniciado su antaño enemigo y posteriormente protegido, ese extraño expolicía al que todo el mundo llamaba Goiko. Iba a culminar la tarea que le había encomendado y que él, en contra de lo que cualquier persona razonable hubiese hecho, no dudó en aceptar.

De nuevo iba a ejercer, en esta ocasión sí que esperaba que fuese por última vez, su antiguo oficio: matar a gente por encargo. Tres en Londres, una en Bucarest y otra en Bilbao. Dos hombres y tres mujeres, aquí no había paridad, las hembras de la especie se llevaban la palma. Un aristócrata, una joven ejecutiva, un policía africano metido de lleno en asuntos más oscuros que su piel, una abogada a la que los expedientes sucios le proporcionaban más dinero que los limpios y una jueza vasca independiente hasta que alguien con dinero y poder le convenció de que eso de la independencia judicial ya no estaba de moda. Cinco personas, cinco circunstancias diferentes. Algunas comunes, otras muy disímiles. A él eso no le incumbía lo más mínimo. Le habían pedido un favor y se había prestado a hacerlo. Aunque eso significara matar a cinco personas. Cinco personas que seguramente se merecían morir, aunque eso no le quitaba el sueño. En más de una ocasión había acabado con la vida de alguien que quizás no se lo mereciera, pero a él, siempre que le hicieron un encargo de ese tipo, lo único que le preocupó era el precio. El

resto lo dejaba para filósofos, teólogos y moralistas, que seguramente llegarían a conclusiones muy interesantes, pero que Vladimir jamás se preocuparía en conocer.

Era curioso, pensó tras cruzar, debidamente identificado como turista suizo, las puertas del aeropuerto de Bilbao. Le traía más recuerdos esta ciudad que su natal Bucarest. Para él la capital rumana fue tan sólo un infierno, un infierno en el que sobrevivió y aprendió a encarar la vida. Pero cuando volvió para asistir a un Congreso Jurídico en el que iba a encontrarse con Ibone Gutiérrez Soltxaga, una jurista española experta en Derecho Internacional Privado, no sintió ningún ramalazo de nostalgia, ni siquiera de temor. Allí ya nadie se acordaba de él, ni le reconocería. Ni siquiera la abogada, con la que jamás había cruzado anteriormente palabra alguna y a la que sólo había visto en una ocasión, a través de una fotografía. Pero allí estaba anunciada, en un gran cartel a la entrada del lujoso hotel en el que se alojaba y se desarrollaba la convención: a las 19:30 horas conferencia de la doctora Gutiérrez Soltxaga sobre “El problema de la ejecución de los títulos ejecutivos en los países europeos que no han firmado los convenios reguladores sobre la materia”. Una disertación que debió ser espléndida, a tenor de los entusiastas aplausos que recibió por parte de los asistentes tras su finalización, pero que a él, pese a dominar la lengua inglesa tan perfectamente como la oradora, le aburrió sobremanera. Estaba claro que lo suyo no eran los títulos ejecutivos, con o sin convenio regulador, sino más bien ejecutar a la gente, independientemente de sus títulos.

Fue un trabajo fácil. Rumania era de esos países en los que, al derrumbarse el comunismo, no llegó un capitalismo más o menos civilizado, en el caso de que capitalismo y civilización sean términos compatibles, sino un capitalismo dominado por las mismas mafias que antes controlaban el partido y algunas nuevas que, caído Ceacescu y su régimen, reclamaban su porción del pastel. Era fácil, por lo, tanto, pensar que la insigne abogada había sido excesivamente imprudente al aventurarse por calles poco recomendables en las que algún paria de la tierra, que ya no enarbolaba una bandera roja sino una navaja susceptible de teñirse de ese color, decidió que era una presa fácil y tras robarla acabó con su vida, para que no pudiera ser testigo del atraco sufrido. Si la abogada hubiese tenido cierto sentido poético de la justicia, lo que en esas circunstancias no suele ocurrir, habría recordado ese pasaje bíblico en el que se expresa que quien a hierro mata, a hierro muere, y que del mismo modo que ella dio en su momento la orden de

asesinar a Sánchez-Ávila, alguien había decidido responderle con la misma moneda. El que su fallecido socio no tuviese nada que ver con su muerte, el pobrecito llevaba ya semanas enterrado en el panteón familiar del cementerio de Derio, tan sólo aportaba ese absurdo sentido de la paradoja que en ocasiones alegra nuestra existencia, aunque seguramente Ibone Gutiérrez Soltxaga no mostrara ninguna alegría en el momento en que acabaron con su vida.

Vladimir no se dignó leer los periódicos rumanos que hablaron del asalto a la ponente estrella del congreso jurídico, pero estaba convencido de que algún excompatriota, o quizás más de uno, habría sido detenido en los días siguientes al atraco con resultado de muerte de la letrada de origen vasco y que un tribunal implacable, deseoso de lavar la mancha y el desdoro que se había abatido sobre un país pacífico que deseaba sumarse con celeridad al concierto europeo de naciones democráticas, les habría condenado en menos tiempo del que dura rezar un padrenuestro.

Dos eran las razones por las que no leyó la noticia. En primer lugar, porque jamás, salvo que le interesara para realizar algún trabajo, leía los periódicos del país en que nació. Y en segundo, y más importante, porque una vez culminado su cuarto encargo Bucarest volvía a ser el pasado y su mente estaba ya centrada en el lugar en el que debía efectuar el quinto y último, Bilbao, la ciudad que supuso para él un camino sin retorno, ya que estos últimos cinco trabajos no eran en realidad, al menos para él, tales trabajos, sino simplemente la manera que él tenía de saldar una deuda, una deuda quizás inexistente, pero que de algún modo se veía obligado a pagar.

Dudaba mucho de que alguna de las personas con las que estuvo en tratos en su anterior paso por la ciudad le reconociera, en el caso de que estuviese en condiciones de reconocerle, se sonrió interiormente, pero aún así tomó sus precauciones. Que por otra parte eran las que siempre había tomado, las que tomaba cualquier profesional que quisiera seguir viviendo de su oficio hasta que llegara la hora de jubilarse, como él hizo en su momento.

Su próxima y última víctima iba a ser también una mujer, una jueza. Para Vladimir eso era algo indiferente, él nunca había sido machista en ese aspecto, si había que matar a un hombre, se le mataba, y si a quien tenía que liquidar era una mujer, pues lo mismo. Todo dependía del precio y de su propia seguridad. Una vez firmado el contrato, para él eran iguales los hombres, las mujeres o los elefantes de Botswana, llegado el caso.

Se sonrió cuando le indicaron, como si se tratara de un chiste mafioso,

eso de que “pareciera un accidente”. No era una indicación tan tonta como podía pensarse, en los otros cuatro asesinatos no le habían sugerido nada parecido. De hecho, aunque tampoco creía que ése fuera el caso, en ocasiones quien hacía el encargo no deseaba que la muerte de su objetivo pareciera un accidente, sino todo lo contrario, que todo el mundo supiera cómo y por qué había fallecido la víctima. E incluso por orden de quién, siempre que eso no supusiera ningún conflicto con la justicia. “El miedo guarda la viña”, pensó, acordándose nuevamente de un antiguo refrán que había escuchado por primera vez en España.

No estaba seguro de por qué le había solicitado eso, ni lo preguntó. Supuso que sus razones tendría el extraño detective que le había hecho el encargo. Quizás porque al tratarse de su ciudad necesitaba tener más cuidado, aunque no creía que ése fuera el motivo principal. Tal vez el hecho de que fuese una jueza la víctima podía influir, pese a que ni su socio ni él fuesen unos defensores de la justicia. Más bien se inclinó a pensar que necesitaba tiempo o, aún mejor a tenor de lo que iba a hacer posteriormente, quería jugar con el factor sorpresa. Sí, seguramente ése era el motivo principal y, en cierto modo, le habría gustado estar en la piel del detective de Scotland Yard, James Robertson, al que había empezado a apreciar desde la distancia que le exigían sus obligados márgenes de seguridad, cuando por fin resolviera, o creyera haber resuelto, el caso que le ocupaba en los últimos tiempos.

La honorable jueza era una mujer joven que, cuando abandonaba su despacho, actuaba como el resto de las demás mujeres jóvenes. Salía de paseo con las amigas, en ocasiones también con algún amigo, quedaba de vez en cuando a cenar con algunos compañeros del trabajo o del colegio, iba al cine, al teatro e incluso a conciertos de “heavy metal”, que hoy en día los jueces no son esos señores circunspectos con barba de tres siglos y levita que antaño dibujaban los caricaturistas, sino gente normal con un trabajo un tanto peculiar y delicado. Y en ocasiones especiales, para qué negarlo, se daba algún que otro homenaje particular gracias a los servicios de un inmigrante senegalés al que le había conseguido todos los papeles y permisos necesarios para poder residir permanentemente en el país, sin riesgo de expulsión, y que solía mostrarle su agradecimiento del modo que a ella más le gustaba. Que al fin y al cabo ser juez no es sinónimo de ser célibe y cuando una llega a casa tras un día de trabajo agotador, en pro de la comunidad, se tiene más que merecido un buen rato de esparcimiento.

Hasta ahí, todo en Idoia Gastaminza era normal. Salvo por el hecho de

que le quedaban pocos días de vida, pero eso ella no lo sabía, afortunadamente. El ser humano es el único animal que es consciente de que, antes o después, va a morir indefectiblemente, filosofó para sí Vladimir, aunque la mayoría piensa que eso es algo para lo que nunca hay prisa. Y tienen razón. Al menos, hasta que llega un tipo como él y dice que, efectivamente, no hay prisas, pero tampoco pausas. Ni prórrogas de ningún tipo. Idoia Gastaminza, pese a su juventud, pese a su jovialidad, pese a que aparentemente su vida era totalmente irreprochable y a que pensaba, como piensan todos los jóvenes y muchos mayores, que la vida iba a ser eterna, tenía que morir. Y moriría.

La jueza compartía, como mucha gente de su edad, hacía tan sólo un par de años que acababa de rebasar la treintena, su pasión por el deporte. La natación era una de sus mayores aficiones. Y el surf el deporte en el que más destacaba. Le gustaba ir a Mundaka, aunque en ocasiones también se acercaba hasta Sopelana o Bakio para desmelenarse con el traje de neopreno y las olas salvajes. En esas ocasiones, sola frente al mar, se sentía en paz consigo misma e incluso disculpaba esas pequeñas concesiones, así las llamaba ella, que de vez en cuando tenía que hacer para poder escalar profesionalmente. Si hubiese vivido unos pocos años más seguramente habría conseguido su sueño de llegar al Tribunal Supremo o, quién sabe, quizás al Consejo General del Poder Judicial, pero aquel accidente fatídico, sí, accidente, truncó su vida y, por consiguiente, también su carrera.

Nadie se explicaba cómo perdió el control de su vehículo mientras se dirigía, precisamente, a Mundaka y se estrelló contra un muro. El vehículo se encontraba en un estado impecable, salvo por los desperfectos causados por el accidente, ella no había ingerido ninguna sustancia tóxica y el firme se encontraba en perfecto estado. ¿Quizás se confió y tomó demasiado abierta aquella curva? Nunca se supo y el único hombre que podía haberles resuelto las dudas calló, no en balde siempre había basado sus éxitos profesionales en su extremada discreción, aparte de su reconocida habilidad a la hora de acabar con sus semejantes. El detective que le efectuó el encargo le pidió que pareciera un accidente y eso era lo que el juez instructor que se ocupó del caso, con más dedicación incluso de lo habitual en él, ya que se trataba de una compañera, consideró que tenía entre manos, un accidente. Un accidente inexplicable, pero tan sólo un accidente. Jamás nadie sabría cómo lo había hecho, y no sólo por su propia seguridad, sino porque, como ocurre con los magos más prominentes, nunca desvelaba a nadie sus secretos.

Pero el resultado estaba claro. La quinta y última víctima acababa de fallecer. Lo que ni el mismo Vladimir sabía era si eso significaba el final o el comienzo de alguna otra cosa. Tampoco le importaba mucho en realidad. Él había cumplido con su parte del trato y lo demás le daba todo igual. Una de las virtudes gracias a la que había sobrevivido era su falta de curiosidad sobre aquellos extremos de su trabajo que no fueran de su incumbencia ni vitales para su propia supervivencia.

VEINTIÚN DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO

Lo primero que hice cuando abandoné el despacho de Ibone Gutiérrez Soltxaga, la abogada, fue acudir al barrio de Deusto. Más concretamente a la parroquia de San Julián. Hacía tiempo que no veía a Carlos Saratxaga, un viejo sacerdote con más aspecto de guerrillero latinoamericano que de legionario de Cristo, al que conocí cuando estaba investigando el asesinato de la mujer de un notario^[17] que, a la postre, supuso también mi rehabilitación, no sólo como policía sino, sobre todo, como ser humano. El padre Saratxaga me ayudó notablemente en aquel asunto gracias al cual, además, conocí a Lola. Habían transcurrido ya cinco años, pero parecía que sólo habían pasado unos segundos. O quizás cien años, dependiendo de cómo lo analizara o me sintiera en esos momentos.

El propio Saratxaga estaba oficiando misa, pero había tan poca gente en la iglesia, la mayoría señoras de edad propecta, por no decir directamente que recién salidas del Pleistoceno, que me vio nada más entrar y no me equivoqué al pensar que la sonrisa que surgió de sus labios cuando dijo eso de “podéis ir en paz” iba dirigida a mi persona, sobre todo porque luego añadió “a excepción del señor Goikoetxea, al que le espero dentro de quince minutos en la sacristía”. De la época en la que acudía regularmente a misa no recordaba que se hicieran ese tipo de avisos, salvo para anunciar las misas de salida en los funerales, pero los tiempos cambian o quizás, de algún modo, se percató de que mi estado de ánimo era, precisamente, el del asistente a un funeral.

Un cuarto de hora más tarde me encontré con él. El anciano cura, curtido en mil batallas, todas ellas perdidas, me abrazó como a un viejo amigo, mientras me decía que se alegraba de verme nuevamente.

–Me enteré por la prensa que solucionó el asesinato de Maribel. Y extraoficialmente de algunas cosas más, que no aparecieron –me dijo con una

sonrisa socarrona. Tenía buen aspecto, se ve que Dios cuida bien de los suyos, aunque cuando le conocí ya tenía el aspecto de ser más viejo que el planeta, por lo que prácticamente era imposible que se deteriorara más. Pero de su persona parecía salir una fuerza, una vitalidad, que curiosamente le proporcionaba un sorprendente aspecto de energía juvenil-. ¡Cuánto tiempo ha pasado! –suspiró–, quizás demasiado. No se lo tome como una crítica, pero durante unos meses esperé su visita.

–Pensé hacerlo –repliqué–, pero supuse que por fin la jerarquía se habría cansado de usted y le habría enviado a Botswana o a cualquier otro lugar en el que pudiera dar rienda suelta a sus peligrosas ideas revolucionarias sin suscitar, por ello, las críticas de la feligresía.

–Como ha podido comprobar, mi feligresía no está para participar en movilizaciones contra su párroco, aunque la mayoría de las señoras, y también algunos señores, no vaya usted a acusarme de machista, tienen una lengua de lo más viperina. Pero en fin, dado lo exiguo de sus pensiones, que por lo menos ejerzan el derecho a protestar y quejarse de todo es algo por lo que no se les puede hacer ningún reproche. Por cierto, aunque supone un auténtico placer para mí, me gustaría saber el motivo de su visita.

–He venido a hacer un donativo.

Ante su gesto de sorpresa, saqué un abultado sobre en el que se encontraban los seis mil euros que había cobrado por no matar a Tomás Navarro y se lo extendí.

–Hay seis mil euros. Si quiere puede contarlos.

–¿Para qué? –me dijo–. Me fío de su palabra. Además, no tenía por qué darme nada, así que tampoco podría demandarle si sólo hubiera cinco mil novecientos en lugar de seis mil –añadió con un gesto en que más que tristeza mostraba pena. Evidentemente, pena por mí–. ¿Quiere contarme algo?

–¿Sobre el motivo de que haga este donativo o sobre cómo he conseguido el dinero? La respuesta es la misma a ambas preguntas. Es el precio por matar a un hombre, por eso no puedo quedármelo. Y quién mejor que mi párroco favorito para usarlo del mejor modo posible.

–Pero usted no le ha matado –me contestó a lo primero, obviando mis últimas palabras.

–Está usted muy seguro de eso, padre.

–Dios me ha castigado por mis muchos pecados dándome una larga vida, lo que me ha proporcionado, de paso, una gran experiencia en el alma humana. Por eso confié en usted hace años, pese a que nada más verle supe

que era, o que había sido, policía. Y por eso estoy seguro ahora de que no ha matado a nadie.

–En eso se equivoca, padre. Sí que he matado. Y quizás vuelva a hacerlo –dije sorprendiéndome a mí mismo por lo que acababa de decir.

–Los sacerdotes poseemos el privilegio de perdonar los pecados pasados, no los futuros. Eso en el caso de que quiera confesarse.

–¿Hay diferencia entre una confesión y un desahogo?

–Un teólogo seguramente diría que sí, pero yo sólo soy un pobre párroco de barrio. Si quiere confesarse o desahogarse, a mí me da igual, en el fondo la diferencia es más semántica que otra cosa.

–Seis mil euros. Eso es lo que al parecer vale la vida de un hombre, por lo menos la del que me ordenaron matar. Yo acepté el encargo, aunque no lo cumplí. Nunca tuve intenciones de cumplirlo, pero tampoco pude salvarlo.

–Me está diciendo que finalmente el hombre del que me habla fue asesinado.

–Así es.

–Pero usted no es culpable de ello. Sospecho que seguramente intentó avisarle y ahora es usted quien está en peligro.

Era un hombre inteligente, pero yo no había acudido hasta él para sostener una conversación inteligente, ni siquiera una conversación normal. En realidad no sabía muy bien por qué estaba allí. O quizás sí, como acababa de decirle, necesitaba desprenderme de ese dinero que estaba manchado de sangre. No la había derramado yo, pero ése era al menos el motivo por el que esos seis mil euros habían llegado a mis manos. Creo que eso fue, más o menos, lo que le dije al sacerdote.

–Espero que no le importe la procedencia del dinero –añadí.

–Nuestro propio Señor Jesucristo dijo algo así como que no es necesario que la mano derecha sepa lo que hace la izquierda. La cita quizás no sea literal, para eso los mejores son los obispos y yo nunca llegaré a serlo –se rió abiertamente al decir eso–, pero por ahí anda la cosa. Y seguramente lo dijo en el sentido de que no debíamos envanecernos de nuestras buenas obras, pero cada uno puede interpretarlo como quiera y para mí es un dinero que aunque no me haya venido del cielo, entre nosotros, confiando en que no me delate a las altas jerarquías eclesiásticas, hace ya mucho tiempo que sé que el dinero no viene de allá, con él podré hacer mucho bien, así que bienvenido sea y muchas gracias. Si lo desea, puedo darle la absolución de los pecados, pero me gustaría darle algo mejor, un consejo, aunque sé que nadie sigue mis

consejos: no se torture. Procure obrar del mejor modo posible, pero sin torturarse. Es cierto que, como decimos los curas, nuestras vidas están en manos de Dios, pero si nosotros le ayudamos no haciendo tonterías, como flagelarnos a nosotros mismos, tenga la absoluta seguridad de que Él lo agradece.

Me despedí del párroco pensando que era un buen consejo al que, seguramente, no haría ni puñetero caso. Como no estaba muy lejos de la comisaría decidí acercarme hasta allí, para hablar con Eneko Gorizelaia, aunque en el fondo no sabía qué iba a decirle ni preguntarle. En realidad lo que no quería era dar vueltas por las calles, sin rumbo fijo, lamiéndome unas heridas por una mujer de la que ni siquiera sabía que estaba enamorado hasta que falleció.

Últimamente tenía acceso libre al despacho de mi amigo, así que no me pusieron ninguna pega, como ocurría antaño, para que me acercara. Eneko, de todos modos, ya estaba avisado, porque cuando entré había colocado, encima de su mesa, dos cafés de esos de máquina que se sirven en vasos de plástico.

–Toma –me dijo alargándome uno de ellos–. Ya sabes, corto, solo y amargo. Como tú –añadió, repitiendo por enésima vez un viejo chiste que siempre me lanzaba cuando me invitaba a un café, pero que en esta ocasión no nos hizo gracia a ninguno de los dos–. Bueno, ¿qué te trae por aquí? Porque no creo que tengas intención de ayudarme con el papeleo.

Me hubiese gustado responderle que sí, que en esos momentos mi mayor deseo era ayudarle con el papeleo. Y en cierto modo lo era. Ojalá mis problemas o, para ser más expresivo, mis pajas mentales se limitaran a pelear con los papeles que reposaban desordenadamente encima de la mesa de mi excompañero. Pero para ser sincero, tan sólo había acudido hasta allí para encontrarme con un amigo con el que poder charlar. El asunto es que ese amigo era también ertzaina así que, casi sin darme cuenta, le pregunté cómo iban sus indagaciones sobre el mendigo muerto.

–No hay ningún tipo de investigación, y lo sabes –me contestó Eneko–. El asunto está zanjado, con la muerte “accidental” –hizo el gesto universal que indicaba que sus palabras estaban entrecomilladas, aunque no hacía falta, tanto él como yo sabíamos de qué iba la cosa– de sus asesinos. Y además, en territorio francés, así que no hay nada que hacer. El caso está concluso y así lo ha dictaminado la jueza de instrucción que lleva el asunto.

–¿Quién?

–Una jueza joven, pero con fama tanto de justa como de dura, no sé si te sonará su nombre, Idoia Gastaminza, porque tomó posesión de su plaza después de que pidieras la excedencia.

La conocía de oídas y todo lo que me habían dicho de ella era positivo. Al parecer tenía fama de ser honrada e independiente, cualidad que se supone a todos los jueces, dicho sea de paso. Pero si para diferenciarla del resto, mis informantes me recalcaban que era honrada e independiente, eso no decía mucho en favor de sus colegas. Y así se lo dije a Eneko.

–Olvídate por una vez de tu fobia contra la judicatura –parecía enfadado al decirme esto–. Sé que te las han hecho pasar putas y que la mayoría de los jueces no te aprecian por motivos de los que no eres totalmente responsable, pero no apreciarte no es ningún delito. De hecho a veces yo mismo me sorprendo al darme cuenta de que te aprecio. Y sí, Idoia Gastaminza tiene fama de ser una jueza recta, justa y honrada, pero por eso mismo no hay nada que hacer. Cuando hablé con ella y le expliqué mis sospechas me dijo que las entendía, e incluso que simpatizaba con mi postura, pero que eso no era suficiente. Para reabrir un caso de asesinato sobre el que hay pruebas más que concluyentes acerca de quiénes son los responsables, cuando estos mismos han fallecido de un modo accidental, de acuerdo con los informes emitidos por la *Gendarmerie* y la magistratura francesa, es necesario tener si no una prueba concluyente al menos algún tipo de indicio más o menos racional. Y que un agente de la Ertzaintza, tras visualizar un vídeo, piense que los asesinos realizaron su acción porque estaban sometidos a algún tipo de presión, no es un indicio suficiente para reabrir el caso. Y, las cosas como son, si yo fuera la jueza pensaría lo mismo.

Mi amigo tenía razón, aunque me jodiera dársela. Pero quedaba pendiente el hecho de que yo sabía que un abogado había encargado esa muerte, aunque no podía demostrarlo de ningún modo. Y no sólo un abogado, sino que su socia en el bufete también había intervenido o, al menos, sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo.

–De acuerdo, no pongo en duda lo que me dices –me contestó Eneko–, pero tú mismo me reconociste el otro día, cuando comimos juntos, que ningún juez de Bilbao haría caso a una denuncia presentada contra los abogados con la única prueba de tu testimonio. Y no tenemos nada en qué basarnos para pedir una orden de registro o de intervención de sus comunicaciones. Quién sabe, quizás se hayan olvidado de ti y a partir de este momento te empiecen a dejar en paz. De otro modo no te hubieran pagado los

tres mil euros extras que le reclamaste a Sánchez-Ávila. Creo que lo mejor que puedes hacer es tomarte unas vacaciones, puedes permitirte las perfectamente, y olvidarte de este asunto.

–Así, ¿sin más?

–Sí, así, sin más. Hay que saber cuándo se ha perdido, y nosotros hemos perdido este partido. No hay prórroga posible, y de haberla correremos el riesgo de acabar descendiendo de división.

Eneko volvía a tener razón. Aunque aún debía tomar todas las precauciones necesarias, mi vida ya no parecía correr tanto peligro. Unas vacaciones me vendrían muy bien. Para olvidarme del asunto del mendigo y, sobre todo, de la muerte de Lola. Aunque sabía que eso era algo que jamás olvidaría.

–¿Sabes? –le dije–, no puedo dejar de torturarme por mi actitud con ella durante los últimos días. No cesó de llamarme, pero cada vez que veía en la pantalla que era ella no atendía la llamada. Y en una ocasión que lo hizo desde otro teléfono, corté la comunicación nada más darme cuenta de quién era. Y no sólo eso, sino que me envió un montón de whatsapps y mensajes de texto que no sólo no contesté, sino que ni siquiera los leí, incluso los borré inmediatamente nada más recibirlos. Y luego, cuando quise retomar el contacto, pasó de mí. La verdad es que me lo tenía merecido, por gilipollas, pero no puedo dejar de pensar en que ha muerto mientras estábamos enfadados. No sé si me entiendes, una vez que ha muerto casi puede decirse que da igual, el dolor es inmenso, pero saber que ha ocurrido después de haberla rechazado hace que me sienta como una puta mierda.

Eneko sabía escuchar a la gente, por eso no sólo era un buen policía sino, sobre todo, un buen amigo, pero no pudo evitar que en su rostro apareciera un gesto de extrañeza al escuchar mis últimas palabras, gesto que desapareció enseguida, pero no lo suficientemente rápido como para que yo no lo notara.

–¿Qué ocurre, Eneko? ¿Hay algo que me has ocultado hasta ahora? Si lo has hecho lo entendería, créeme, pero por favor, si hay algo nuevo sobre el caso dímelo, necesito saberlo.

–¿Dices que en los últimos tiempos no dejó de intentar contactar contigo llamándote por el móvil y enviándote *whatsapps* y *sms*?

–Si, así es, ¿por qué me lo preguntas?

–Porque por rutina, aunque el asunto estaba claro, hemos analizado su móvil y no hemos encontrado rastro alguno de que te enviara *whatsapps* o

mensajes, ni de que te llamara. De todos modos yo no le daría ninguna importancia a ese hecho. Lo mismo que tú borraste sus mensajes, ella pudo hacer lo mismo, por puro cabreo y despecho. Lo siento, no quería decírtelo de ese modo, pero...

Eneko tenía razón. Por más que me jodiera, tenía razón. Si yo había sido tan cabrón como para no contestarla, ¿por qué no iba a borrar ella los mensajes que me había enviado? Me lo tenía más que merecido. El único problema es que ya no tenía remedio. Recordé lo que nos enseñaban de pequeños en el colegio religioso al que asistí sobre las condiciones para una buena confesión: examen de conciencia, dolor de contrición, propósito de la enmienda, decir los pecados al confesor y cumplir la penitencia.

Había examinado en mi cabeza millones de veces cómo me había comportado y estaba arrepentido. Es cierto que en una ocasión intenté contactar con ella, pero al no recibir respuesta me molesté y la mandé mentalmente a la mierda. El que no supiera en ese momento que ella había fallecido no era una excusa para mi comportamiento, aunque convertía en un absurdo eso del propósito de la enmienda. ¿Qué era lo que podía enmendar si Lola estaba muerta? En cuanto al dolor por mi actitud y lo sucedido lo iba a llevar siempre conmigo, pero eso era algo que no me iba a proporcionar la paz que necesitaba. Y sí, podía confesarme con Eneko, que además de policía era un buen amigo, quizás el único al que podía catalogar de ese modo y que me absolvería sin imponerme ninguna penitencia. ¿Pero de qué me valía eso? Era yo quien tenía que perdonarme y sabía que eso no iba a suceder. No al menos en mucho tiempo, si es que llegaba a hacerlo algún día.

Había algo que quizás pudiera hacer, recuperar, en lo posible, los últimos mensajes que me envió, como si con eso quisiera recuperar también su memoria. No soy un experto en tecnología, manejo el ordenador y el móvil, como suele decirse, a nivel de usuario, pero en algún lugar había leído que es posible recuperar los mensajes perdidos. Se lo pregunté directamente a Eneko y me contestó que él tampoco estaba del todo seguro de cómo se hacía, pero que creía que sí, que de hecho en algún otro caso los de la científica habían conseguido sacar datos que previamente se habían eliminado de móviles y ordenadores.

—Aunque no sé si merece la pena hacerlo, salvo para que te tortures aún más de lo que estás —añadió con cara de desaprobación.

—¿Y si quería decirme algo importante? ¿Si quería avisarme de que estaba en peligro, de que tenía miedo de que su marido intentara algo contra

ella?

Mi amigo suspiró, como si considerara que yo era un tipo no sólo exasperante sino también irrecuperable.

–Lola no era ninguna idiota. Si hubiese sospechado que corría peligro a manos de su marido no habría esperado a que estuvieses disponible. ¿De acuerdo? Así que entérate de una puta vez, lo ocurrido no es culpa tuya. Quien la mató fue el cabrón de su marido, no tú.

–Tienes razón –de verdad pensaba que la tenía, pero no era ningún consuelo–. De todos modos, me gustaría recuperar esos mensajes y saber lo que decían. ¿No puedes entender una cosa tan sencilla?

Dije esto último con rabia, aún a sabiendas de que era injusto con mi amigo, pero no se lo tomó a mal, sino todo lo contrario, y me pidió el teléfono.

–No creo que nuestros técnicos tengan ningún problema para recuperar los mensajes. Por cierto –me dijo cuando se lo entregué–, se te ha acabado la batería. Muy típico en ti.

–¿Que se me ha acabado la batería? –respondí extrañado–. ¡Es imposible! Lo cargué ayer mismo, a la noche, y desde entonces no lo he usado para nada.

–Uno no puede fiarse de estos aparatos modernos –me contestó como si fuera un experto en nuevas tecnologías–, cuantas más cosas se puede hacer con ellos más batería gastan, incluso aunque no los utilices. De todos modos, compruébalo por ti mismo –me devolvió el móvil.

Más extrañado aún que antes comprendí que tenía razón, el aparato no tenía batería. De repente una desagradable sospecha cruzó por mi cabeza.

–¿No tendrás aquí un cargador? –le pregunté.

Lo tenía, por supuesto, y era compatible con mi móvil, pero cuando intenté cargarlo no se encendió nada ni dio señal alguna de que estaba cargándose.

–Espera un momento –me dijo Eneko, mientras hacía una llamada telefónica. Al de pocos segundos entró una joven uniformada que le preguntó, con cierto desparpajo que supuse debido a la confianza, y no a la falta de respeto hacia un superior, qué era tan urgente.

–Ésta es Ainhoa Arana –me presentó a la joven antes de contestarle–. Está destinada en la Científica y si hay alguien en esta comisaría que pueda decirnos algo sobre lo que pasa con tu móvil, es ella. Ainhoa, Mikel Goikoetxea, aunque puedes llamarle Goiko, un antiguo compañero que ahora

está en el sector privado –finalizó las presentaciones.

–Sí, ya he oído hablar de ti –sonrió tras acogerme con un par de besos–. Eres todo una leyenda.

–No te creas todo lo bueno que se dice de mí –intenté bromear–, en el caso de que alguien hable bien de mí, cosa que dudo.

–Eneko lo hace y eso es más que suficiente para mí –me respondió. Y dicho esto, recomponiendo su gesto profesional, volvió a preguntarnos qué era tan urgente como para haberle ordenado que fuese inmediatamente al despacho del comisario Goirizelaia.

Mi amigo le explicó lo que ocurría y tras pedirme el móvil salió del despacho, no sin decirnos antes que nos llamaría en pocos minutos. No nos llamó sino que vino en persona nuevamente al despacho, para indicarnos que no había nada que hacer, que mi móvil estaba muerto.

–¿Muerto? ¿Cómo que muerto?

Ainhoa se encogió de hombros mientras me explicaba que mi móvil ya no servía para nada.

–En estos momentos, tu móvil cumple el mismo servicio que el típico de plástico que el Olentzero^[18] haya podido traer como regalo navideño a un niño de dos años.

Cuando le pregunté a qué podía deberse ese súbito apagón no se encogió de hombros sino que me contestó, muy erguida, que podía deberse a muchas causas.

–Confiamos tanto en los artilugios de esta nueva era electrónica y tecnológica que pensamos que son infalibles y nunca van a dejarnos tirados, pero a veces fallan, como cualquier obra humana –se atrevió a filosofar, sin perder por ello la sonrisa.

–¿Ese fallo podría ser inducido? –le pregunté.

–¿Te refieres a si ha podido causar un virus? No sería nada raro, la gente habla mucho acerca de los virus informáticos que atacan a los ordenadores, pero no pensamos que los virus también pueden hacerlo a los teléfonos móviles. No sabría qué decirte, no es la primera vez que un móvil sufre de muerte súbita, hace poco le ocurrió a una amiga. De todos modos –añadió, y ya no había la menor pizca de chanza en su voz–, conociendo tu profesión e historial, no sería raro que alguien haya querido, y lo haya conseguido, sabotearlo. Lo he dejado en el laboratorio y seguiremos examinándolo, aunque no tengo muchas esperanzas de poder recuperar nada, por lo que he comprobado a primera vista. ¿Guardabas en él algo importante

relacionado con un caso?

Eneko y yo nos miramos antes de responderle. En nuestros ojos podía leerse tanto un considerable estupor como la conciencia de que quizás las cosas no fueran tan sencillas como todos, yo incluido, deseábamos creer.

–No lo sé –contesté finalmente–. Yo pensaba que no, de hecho por seguridad jamás guardo en el móvil ese tipo de datos, pero hubo unos mensajes que borré sin haberlos leído previamente y..., y ya no sé qué pensar.

En realidad sí sabía qué pensar. Y eso era lo terrible, que de lo que estaba empezando a pensar no podría salir nada bueno. De eso estaba completamente seguro.

OCHENTA Y CINCO DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO



Ninguna institución, por importante que sea, está libre de la plaga de “spams” que, en ocasiones, se ceban en sus ordenadores. Ni siquiera Scotland Yard, pensaba el detective James Robertson, pese a que el trabajo de sus informáticos había conseguido reducirlos al mínimo, cuando no eliminarlos definitivamente. Y, sin embargo, se daba la paradoja de que se encontraba sentado en esos momentos frente a la pantalla de su monitor esperando ansiosamente que apareciera en la bandeja de mensajes no deseados uno de esos cansinos “spams” de los que tanto solía despotricar.

El motivo de esa desesperante espera era, precisamente, una nueva llamada telefónica del anónimo informante del que sospechaba que estaba detrás de las muertes de Samuel Melrose, Janet Campbell y el africano que finalmente había sido identificado como Salif Diallo, policía en su país natal, Malí, y hombre de confianza del todopoderoso coronel Moussa Traoré. En esa llamada, que por supuesto no pudo ser localizada, su interlocutor le avisaba de que estuviera atento a un correo electrónico que le enviaría próximamente, no fuera a eliminarlo creyendo que se trataba de correo basura. En él iba a proporcionarle una información que, a buen seguro, le interesaría. Por eso, en contra de su costumbre, ya que se consideraba más un hombre de acción que de despacho, Robertson no había salido en todo el día de su oficina mientras miraba fijamente la pantalla del ordenador, como el creyente que observa con esperanza que de nuevo se repita el milagro de convertir el agua en vino.

Mientras esperaba que se produjera ese milagro, el detective de Scotland Yard tuvo que tragarse varios anuncios en los que le ofrecían, entre otras cosas aún más disparatadas, un alargamiento de pene, viagra a bajo precio, créditos ilimitados con intereses usureros e incluso sufrió un intento por parte

de una supuesta entidad bancaria para que le confirmara, como “medida de seguridad” le decían los muy cabrones, cuál era el número secreto de su tarjeta de crédito. Pero la espera dio sus frutos cuando vio un mensaje procedente de una dirección totalmente desconocida cuyo título era “*PENDRIVE*”. No podía ser una coincidencia y no lo era, pero aún así el contenido del mensaje era desconcertante, porque lo único que aparecía en él era un enlace a un artículo de un periódico español en el que se mencionaba la muerte, en un trágico accidente de tráfico, de una joven jueza con fama de dura, exigente y buena profesional. El artículo no proporcionaba excesivos datos sobre la forma en que murió, al fin y al cabo los accidentes de tráfico pueden llegar a ser truculentos, pero no hay mucho misterio en ellos, no es fácil alargar la información para que ocupe un par de páginas. Por ello, el periodista que lo firmaba hacía hincapié, sobre todo, en la personalidad de la fallecida, una de las mujeres más jóvenes que había aprobado las oposiciones y que contaba con el respeto tanto de sus compañeros como de sus superiores. O eso se desprendía, al menos, de las declaraciones que, con profusión de fotografías en las que se veían rostros cariacontecidos, recogía la sección digital del diario.

El nombre de la jueza, Idoia Gastaminza, le era totalmente desconocido. Preguntó a algunos compañeros que, en ocasiones, habían colaborado con la policía española, pero ninguno de ellos pudo ayudarle. Nadie había oído hablar de ella. Y, sin embargo, estaba seguro de que su informante no le estaba tomando el pelo. Volvió a revisar los expedientes de Lord Melrose, Janet Campbell y Salif Diallo, pero en ninguno de ellos aparecía que hubiesen tenido problemas, en algún momento, con la policía o la judicatura española. Aún así, Salif tenía su residencia en Bilbao, la ciudad en la que ejercía como juez Idoia Gastaminza. Quizás podría encontrarse ahí la clave del mensaje.

Necesitó hacer varias llamadas telefónicas para aclararse un poco más de qué podía ir el caso. En el País Vasco, por lo que pudo comprobar, había más de un cuerpo policial, lo que complicaba las cosas. La Policía Nacional, dependiente del gobierno central, era quien ostentaba las competencias sobre extranjería y, tras preguntarle con más recelo que educación que a qué venía ese interés por el señor Diallo, le despidieron diciendo que tenía todos sus papeles en regla. Por otra parte, quienes ejercían por lo general como policía judicial eran los miembros de la Ertzaintza, la policía autonómica que dependía del Gobierno Vasco. Desde allí, gracias a que sus periódicas visitas

a la Costa del Sol le habían proporcionado ciertos conocimientos del idioma de Cervantes uno de sus oficiales, de impronunciable apellido, le confesó que no tenían nada contra él. Al menos, nada que pudieran llevar ante un juez, porque lo que sí era cierto es que sospechaban que se encontraba detrás de la mayor parte de la delincuencia que se movía alrededor de los barrios en los que vivían los inmigrantes de origen subsahariano.

–Pero hasta el momento no se ha podido conseguir nada contra él –le confesó su interlocutor, que no era otro que el comisario Eneko Goirizelaia–. Incluso en estos últimos días no hemos tenido noticias tuyas, parece ser que ha salido del país. Pero como tiene su pasaporte y su tarjeta de residencia en orden, no podemos hacer nada a ese respecto.

Robertson aprovechó ese momento para decirle que podían olvidarse de vigilar al sujeto, ya que había aparecido muerto, con todo el aspecto de haber sido asesinado, en Londres. Y de paso le preguntó si en algún momento Salif había sido investigado por una jueza llamada Idoia Gastaminza.

–¿Idoia Gastaminza? –repitió el nombre Eneko, antes de contestar–. Sí, sé quién es, pero salvo que hubiese ordenado a otro cuerpo policial que investigara a Salif, cosa que no creo que haya sucedido porque antes o después nos habríamos enterado, no tenemos constancia de que estuviera detrás de sus pasos. Fue algo trágico, y una pena también desde el punto de vista profesional, porque era una jueza muy trabajadora y competente, pero falleció hace una semana en un accidente de tráfico. ¿Piensa que quizás tuviera alguna relación con Salif? –no pudo dejar de preguntar a su interlocutor británico, ya que el giro que acababa de dar la conversación acababa de sumirle en un gran desconcierto.

–Aún no lo sé –admitió Robertson abiertamente–. En realidad no sabemos qué tenemos entre manos con la muerte de Salif y si tiene alguna relación con la de la jueza. De momento andamos a ciegas, pero le prometo que cuando tengamos algo más concreto me pondré de nuevo en contacto con usted.

Si a Eneko Goirizelaia le había desconcertado la charla que había mantenido con el detective Robertson, éste tampoco quedó excesivamente satisfecho tras colgar el teléfono. Y no porque su interlocutor le hubiese ocultado información, estaba seguro de que le había dicho todo lo que sabía o podía decirle, sino porque era muy poco, por no decir nada, lo que había conseguido sacar en claro. Y eso que aún no sabía que no podría cumplir, al menos al cien por cien, su promesa de volver a llamarlo para contarle todo

cuando el asunto estuviese resuelto.

Tuvo que esperar un día para recibir un nuevo mensaje, que en su cabecera llevaba como título “*PENDRIVE 2*”. En esa ocasión no se preocupó por avisar a los informáticos del Yard, como había hecho anteriormente, para que rastrearan el origen del mensaje. Si tras la primera recepción había sido imposible dar con la dirección desde la que se le envió, estaba convencido de que en la segunda no iban a mejorar las cosas, así que prefirió no perder ni un segundo de su tiempo con algo que consideraba completamente inútil y optó por leer cuanto antes el contenido del mensaje.

En esa ocasión el correo electrónico no contenía un enlace a un artículo periodístico sino un documento en formato “pdf”. Concretamente se trataba de la fotocopia de unas diligencias judiciales que, según se desprendía de las mismas, habían sido instruidas por la fallecida Idoia Gastaminza. Se trataba de un asunto trágico, de violencia doméstica. Una lacra de la que no está exento ningún país del mundo, ni siquiera Gran Bretaña, suspiró recordando las bondades del viejo y glorioso imperio perdido, pero que no dejaba por ello de ser banal. Un hombre mata a su mujer y luego, preso de remordimientos o, simplemente, por habérsele ido la cabeza, se suicida. Fin de la historia. Era algo completamente lógico que la jueza hubiese archivado y declarado concluso el asunto, ya que el culpable del asesinato también estaba muerto. Pero aún así tenía que haber algo más, estaba convencido de que había algo más, que la intención de su interlocutor, por críptica que fuese, no era precisamente la de burlarse de él.

Tras comprobar que sus conocimientos de español no eran suficientes para adentrarse en la intrincada prosa judicial del expediente, pidió que se lo tradujeran, pero no hizo falta. Su anónimo informante debía estar al tanto del tiempo que pueden llegar a utilizar los diversos cuerpos policiales para traducir un documento y un par de horas después le remitió un nuevo mensaje titulado “*PENDRIVE 2-ENGLISH*”, en el que el expediente estaba completamente traducido, hasta la última coma, al idioma de Shakespeare.

Era una lectura muy tediosa, como todos los documentos administrativos o judiciales de cualquier país, pero aún así se obligó a leerlo entero, sin saltarse un solo párrafo por innecesario que pareciera. Y finalmente dio con el dato que le interesaba o, al menos, con el dato que estaba seguro que le interesaba a su anónimo informante que encontrara, ya que aunque le confirmó que sus sospechas e intuiciones eran correctas, de momento no parecía que pudieran servirle para conseguir más de lo que

habían considerado que era necesario avanzar en la conferencia que mantuvo con el detective David Chesterton, su compañero de la brigada que investigaba la corrupción en las altas esferas, y el superintendente Bradshaw. Como mucho, ambos le dirían que tenía razón, que el mensaje recibido demostraba sin lugar a dudas que su suposición era acertada, pero que continuaban sin tener el hilo necesario del que debía tirarse para desenredar la madeja.

La clave estaba en el informe de la autopsia, firmada por uno de los médicos forenses que atendían los juzgados de Bilbao. Era un informe muy prolijo en datos, la mayor parte de ellos, no obstante, similares a los de otros miles que había podido leer con anterioridad en los dictámenes de los forenses británicos. Pero había algo que lo diferenciaba de los demás, y es que alojado en la garganta de la fallecida se había encontrado un *pendrive*. Un *pendrive* que, al ser examinado, resultó no contener en su interior ningún documento o fichero. Se encontraba totalmente en blanco. Como había ocurrido anteriormente con los relacionados con las otras tres muertes. Y había otra coincidencia, que ésta sí que era totalmente concluyente. El *pendrive* encontrado en el interior de la mujer asesinada era un *pendrive* de propaganda. De una empresa muy conocida en la *city* londinense y en todo el mundo en general, la Carlton, Weston and Bruce Insurance, mucho más conocida por sus siglas, Cwabi.

No sabía si la dirección de correo electrónico desde la que había recibido el documento relacionado con la muerte de la jueza española seguiría en funcionamiento, pero supuso que sí, ya que no había cambiado del primer al segundo mensaje, por eso decidió responder a su anónimo interlocutor con un escueto mensaje: “desconozco de qué va el tema. Lo siento, pero si no me proporciona más datos, no podré hacer nada con la información que me ha remitido”.

Aunque lo escribió nada más pensarlo, tardó en apretar el cursor para dar al “responder”. Era consciente de se trataba de una jugada arriesgada y si, por una de esas malas rachas que de vez en cuando se tienen en la vida, no sólo no conseguía nada sino que su mensaje llegaba a manos de ciertos compañeros y superiores o a la prensa, no sólo se cubriría de ridículo sino que su propia carrera podría estar en juego, pero también sabía que en ocasiones es necesario arriesgarse si se quieren obtener resultados positivos, así que finalmente lo envió. Pocos segundos después llegó a su ordenador la contestación: “paciencia, ya falta poco”, le decía su anónimo informante, y

junto al texto aparecía el emoticono que identifica a un hombre sonriendo.

No por su propia voluntad, sino porque no tenía ninguna otra posibilidad, el detective Robertson se cargó, como le había solicitado su anónimo informante, de paciencia. Pero la espera dio sus frutos. Aunque en esta ocasión, el mensaje que, como el propio Robertson esperaba, estaba encabezado por la leyenda “*PENDRIVE-3*”, no contenía ningún documento, ni en español ni en inglés, sino dos direcciones. En la primera de ellas tenía que recoger una llave y la segunda correspondía a una oficina de correos de Londres, donde se encontraba una taquilla que supuestamente debía abrir con esa llave.

La primera dirección era la del pub en el que había sido asesinado lord Melrose. Cuando se identificó como el detective Robertson un camarero, que dejó bien claro que no sentía ningún aprecio por las fuerzas policiales londinenses, le dio la llave. Pero muy poco más pudo darle. La llave se la habían entregado hacía ya varios días y quien se la dio fue un tipo normal, por su acento seguramente irlandés, aunque no le pareció raro, ya que la zona estaba llena de esos jodidos irlandeses. Aunque por otra parte, mientras pagaran religiosamente sus consumiciones, lo mismo le daba que sus clientes fueran irlandeses, escoceses, galeses, ingleses o de Madagascar, llegado el caso.

En la oficina de correos fueron más amables, pero tampoco le pudieron decir mucho. La taquilla había sido alquilada por un hombre que pagó tres meses por anticipado y se había identificado como James Robertson, el mismo nombre que el detective. Al parecer su anónimo informante tenía un extraño sentido del humor. Incluso le comentó al empleado de la oficina que era agente de policía, lo que acreditó con una documentación que al eficiente funcionario, que sólo las había visto anteriormente en las series policíacas que daban por la BBC, le pareció auténtica.

Cuando el auténtico detective Robertson abrió la taquilla, ya sabía lo que iba a encontrar dentro de ella: un *pendrive*. Sólo que en esta ocasión no estaba vacío, sino repleto de datos, de datos que le quemaban las manos.

En esta ocasión tanto el detective Chesterton como el superintendente Bradshaw coincidieron con él en que el asunto era de los que podían poner patas arriba no sólo la investigación sobre los asesinatos sino a todo el país. Las palabras de Bradshaw fueron lo suficientemente significativas:

–Tenemos que informar de esto, inmediatamente, al Primer Ministro.

Y ninguno de los otros dos policías presentes en la reunión puso la

menor objeción a las palabras que acababan de escuchar. Aunque eso significara que el asunto podría escapárseles de las manos para ir a parar a las de unos políticos cuyos intereses no siempre coincidían con los de los agentes. Pero así funcionaba el sistema y no les quedaba más remedio que aceptarlo

VEINTIÚN DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO

No me gustan los funerales. Ya lo sé, en ese aspecto no soy nada original, a casi nadie le gustan los funerales, aunque a lo largo de mi vida he conocido a más de un tipo que leía con fruición las esquelas del periódico para saber cuál le pillaba más cerca y a mejor hora para acudir al mismo, por puro entretenimiento. Uno de ellos incluso llegó a decirme que asistir al funeral de alguien totalmente ajeno a él le reconfortaba por ese mismo motivo, ya que al no estar unido de ninguna manera a la persona fallecida no sufría, como sería el caso si fuese el de un pariente o amigo. Se ve que, como expresa el dicho clásico, hay gente para todo.

Pero en mi caso el hecho de aborrecer los funerales se debía, no tanto a que sean actos tristes, en los que todo el mundo, incluso quienes íntimamente se alegran de que “por fin haya palmado ese cabrón o esa guarra”, ponen cara de circunstancias y dicen con falso gesto de pena eso de que siempre se van los mejores, como si los hijos de puta no se murieran también, aunque quizás no a la velocidad que muchos desearíamos, eso es cierto, sino a que había tenido que asistir a tantos a lo largo de mi vida profesional que ya estaba más que saturado. Sólo que aquel funeral era distinto. Aquél era el funeral de Lola.

En ningún manual de etiqueta o urbanidad, ni en el de la marquesa de Parabere ni en el de ninguna otra marquesa, condesa, duquesa o baronesa, ni siquiera en el de algún republicano eminente, en el caso de que a los republicanos eminentes les diera por escribir sobre ese tipo de temas tan trascendentales, se indica si el amante de una mujer puede o debe asistir a sus exequias fúnebres. Ni siquiera para el caso de que el óbito lo hubiese producido de modo aleve su propio cónyuge, así que haciendo mío ese principio de las democracias occidentales de que lo que no está prohibido está permitido decidí acudir, aún en contra de los consejos dados de buena fe

por mis mejores amigos. Seguramente tenían razón, iba a ser, de hecho lo fue, uno de los tragos más amargos por los que iba a pasar en mi vida, pero tenía que ir. No estoy muy seguro de si se lo debía a Lola, de lo que estoy completamente seguro es de que me lo debía a mí mismo.

Afortunadamente, pese a mi negativa inicial, Eneko no me hizo caso cuando le dije que no necesitaba compañía y acudió junto a mí al funeral. Fue un acto íntimo, al que asistieron muy pocas personas, supongo que los parientes del marido no aparecieron, aunque como no les conocía quizás estoy siendo injusto y estuvieron presentes. La verdad sea dicha, en esos momentos todo me daba igual. El mismo cura apenas sabía qué decir en la homilía, y acabó por repetir eso tan manido de que los designios del Señor son inescrutables y que debemos perdonar si queremos ser también perdonados. Si el mensaje estaba dirigido a mí, había chocado en hueso, eso lo tenía claro. Quizás en el futuro fuera diferente, ojalá incluso lo fuera, pero aún no había llegado para mí la hora del perdón.

El momento más emotivo fue cuando el sacerdote dijo eso de “démonos la paz” y todo el mundo se vuelve hacia quien está a su lado para estrecharle la mano, aunque luego, en la calle, si cree que le ha pisado el callo, sea capaz de darle dos buenas hostias. Eneko, en contra de la costumbre tradicional, no me apretó fuertemente la mano sino que me dio un abrazo. Casi se me saltaron las lágrimas. Bueno, sin casi, pero conseguí recomponerme enseguida, bajo la mirada entre atenta y sorprendida de algunos de los asistentes.

Si en el interior de la iglesia no había mucha gente, en el exterior era diferente. No es que se agolparan las multitudes, pero la presencia de la prensa, con sus cámaras, sus máquinas fotográficas y su constante salto de un personaje a otro, por lo general políticos locales de diferentes partidos que estaban encantados de proclamar a la ciudadanía que la violencia de género era una lacra insoportable que debía ser erradicada cuanto antes, para lo que se necesitaba que todos remáramos juntos en la misma dirección, o expresiones similares que pese a ser ciertas, de tanto repetirse sin obtener ningún resultado se habían vuelto vacías, daba cierto colorido a la calle que, quizás en otros instantes hubiese sido capaz de apreciar. Pero no en aquel preciso momento.

Entre los periodistas que pululaban en torno a la iglesia se encontraba Agurtzane Iturmendi, la joven reportera con la que había colaborado en algunas ocasiones y con la que mantenía una relación de amistad aunque,

como suele ocurrirme con casi todas mis relaciones, antes o después acabara cagándola. En el fondo no sé ni cómo me aguantan, pero a mi modo lo valoro y agradezco.

–¿Qué, tú también al olor de la sangre? –le espeté nada más acercarse a mi lado.

–Eres un capullo Goiko, por no decir que un auténtico cabronazo –me contestó, airada–. Tan sólo venía a darte el pésame, gilipollas.

Después de Eneko era la segunda persona que me daba el pésame. En realidad, aunque muchas personas estaban al tanto de mi relación con Lola, al no estar unido a ella con ningún lazo oficial ni extraoficial, no vivíamos juntos y, como mucho, se podía decir que de vez en cuando nos acostábamos en la misma cama, la gente no pensaba en mí como en alguien a quien debían apoyar y consolar. Podía entenderlo perfectamente, por eso agradecí el gesto de Agurtzane y así se lo hice saber.

–Perdona, lo siento, creo que no estoy en mis cabales. Muchas gracias por tu apoyo –le dije, mientras le besaba en la mejilla.

–Lo entiendo, no tiene importancia. Además, éste es un asunto que como periodista no me interesa, he venido porque soy tu amiga. Y para agradecerte que cumplieras con tu parte en el trato.

–¿Mi parte en el trato? –pregunté, extrañado.

Al principio no caí en cuenta, pero cuando le pedí las fotografías del mendigo asesinado le dije que, de enterarme de algo interesante, sería la primera en saberlo. Y aunque no le conté todo lo que estaba ocurriendo, sí fue la primera en conocer tanto la identidad del muerto como la de sus asesinos, e incluso lo ocurrido con estos últimos.

–¡Ah!, sí, ya caigo. Pero lamentablemente no te pude ofrecer gran cosa.

–Es cierto –me contestó sonriendo–, pero al menos mi periódico fue el primero en dar las noticias y eso también fue bueno para mí. Hay que saber tomarse la vida como viene.

No estaba seguro de si esas últimas palabras eran un intento de consuelo. Agurtzane no era tonta y sabía perfectamente que las palabras, por mucho que se pronuncien con la mejor de las intenciones, son incapaces de curar las heridas del alma, pero por otra parte todo gesto de apoyo y solidaridad es de agradecer, y así se lo hice saber.

–¿Quieres que te acompañe a casa? No me parece buena idea que te quedes solo, en tu salón, rumiando lo que ha pasado y pensando en ello.

A Agurtzane, lo mismo que a Eneko, parecía haberle entrado extraños

temores sobre cuál iba a ser mi actitud cuando me enfrentara a la soledad de mi hogar. Pero sus miedos eran infundados. Estaba acostumbrado a vivir solo y no era la primera vez que mi mente se encontraba repleta de negros pensamientos, así que decliné educadamente su oferta. Educadamente aunque quizás con cierta brusquedad, en el caso de que ambas actitudes sean compatibles.

–No, Agurtzane, muchas gracias. Te lo agradezco de todo corazón, pero prefiero estar solo en estos momentos. Y estate tranquila, entre mis planes a corto plazo no entra el del suicidio.

–No te imaginas cuánto me tranquilizan tus palabras –me contestó con una forzada sonrisa, que intentó parecer irónica sin conseguirlo–. Pero ya sabes, puedes llamarme cuando quieras. Es más, espero que lo hagas.

La joven periodista y yo habíamos tenido nuestros enfrentamientos, pero siempre nos habíamos reconciliado, incluso en alguna ocasión uniendo nuestros cuerpos desnudos, como diría un poeta poco inspirado. De alguna manera ambos sabíamos que si aceptaba su ofrecimiento acabaríamos en la cama. Quizás fuera verdad eso de que no hay nada más cercano a la muerte que el amor, pero aún así no me arrepentí por haber rechazado la oferta. De algún modo sabía que aunque en el futuro volvería a acostarme con alguna mujer, y es que en el fondo no soy más que un hombre normal con deseos normales de hombre, no podía hacerlo con el cadáver de Lola aún caliente. No es que nos debiéramos ningún tipo de fidelidad, de hecho, y esporádicamente, cuando aún vivía tuvimos aventuras sexuales por separado. Pero esto era distinto. No soy ningún santo, lo había demostrado en el pasado e iba a hacerlo nuevamente en el futuro, con toda seguridad, pero tampoco soy un canalla integral. Y no es que por acostarme con Agurtzane pudiera considerárseme un canalla, seguramente acabaría haciéndolo más adelante, pero algo me decía por dentro que aún no había llegado el momento.

No le transmití estos pensamientos con palabras, pero de algún modo ambos sabíamos lo que estaba ocurriendo, así que nos besamos en silencio como señal de despedida. Pero antes de marcharse Agurtzane aún me dijo una cosa más.

–Por cierto, supongo que no asistirás al funeral del marido, ¿no? Yo voy a tener que hacerlo, porque el periódico me ha mandado cubrir la información, aunque es poco lo que se puede contar del funeral de un hombre que ha matado a su mujer y luego se ha suicidado. No me va a quedar más remedio que rellenarlo con las tonterías de siempre, los informes policiales,

las estadísticas sobre violencia de género y los comentarios de allegados y vecinos que dicen que no se explican lo ocurrido, porque parecía una pareja normal, dentro de lo normal que puede ser que cada uno haga su vida, y que jamás discutían ni se les vio nunca un gesto de enfado o desagrado. En fin, como ya te he dicho, lo habitual. Aunque tengo una carta en la manga, un as que espero que no conozcan los demás periódicos. No es que sea muy importante, pero me servirá para poder escribir unas cuantas líneas más y adelantarme de nuevo a otros periodistas.

No le pregunté con palabras cuál era esa carta que Agurtzane tenía en la manga, pero mi mirada debió ser tan expresiva que se vio obligada a contármelo.

—¿No lo sabías? El marido y asesino de Lola trabajaba en la misma empresa en la que estuvo trabajando Tomás Navarro, el mendigo asesinado del que se descubrió que se volvió loco después de haber acabado con su mujer y su hija. Una trágica coincidencia, dos empleados de la misma firma que en un corto lapso de tiempo matan a sus familiares más directos. Creo que en una compañía francesa sucedió algo similar, aunque en ese caso se trató de una oleada de suicidios. Ya sabes, esas coincidencias siempre despiertan el morbo del público, y aunque a mí no me gusta demasiado practicar ese tipo de periodismo —intentó cortar de raíz las palabras que suponía que iban a salir de mi boca—, no deja de ser un dato reseñable que me permitirá alargar el artículo. Son las reglas del periodismo moderno. Además, he pensado darle un tratamiento diferente, más allá del morbo, incidir en el estrés que puede producir trabajar para cierto tipo de empresas que exigen de sus directivos que den el ciento cincuenta por ciento de sí mismos más de veinticuatro horas al día. Creo que es un buen enfoque, no excesivamente sensacionalista, pero sí lo suficientemente humano como para interesar a los lectores. ¿No te parece?

Le contesté que sí por decir algo antes de despedirme y prometerle que estaría bien y que si le necesitaba le llamaría, pero lo que acababa de descubrir me perturbó bastante. ¿Tendrían alguna relación la matanza de su familia por parte de Tomás Navarro y su posterior asesinato con la muerte de Lola a manos de su marido? Soy de los que no creen en coincidencias tratándose de mi trabajo, pero eso me parecía excesivo. Si seguía así iba a acabar viendo fantasmas por todas las esquinas. Eso fue, al menos, lo que me dijo Eneko cuando volví a encontrarme con él, tras despedir a la periodista.

—Aunque quizás... —añadió de repente, como si pensara que tal vez no

fuese una idea tan descabellada como los dos habíamos creído al principio—. No sé qué decirte, estaría todo muy cogido por los pelos, pero aunque el caso está cerrado y no podemos hacer nada para reabrirlo, sigo convencido de que Salif Diallo fue, de algún modo, el instigador de la muerte del mendigo. ¿Podrían tener también alguna relación el marido de Lola y Tomás Navarro?

De repente me vino a la cabeza la imagen de uno de los *whatsapp*s que había recibido de Lola. Aunque lo borré inmediatamente, como los demás, al ser una fotografía muy nítida pude vislumbrar a su marido abrazado a otro hombre, supuse que un pariente o amigo. ¿O quizás un compañero de trabajo? Según lo vi lo borré, además enfadado, ya que al aparecer su marido pensé que era un mensaje subliminal de que yo le importaba menos que él, pero ahora no sabía a qué atenerme. Intenté fijar de nuevo la imagen en mi retina, puede que el otro hombre fuese Navarro. Quizás, aunque no podía estar seguro del todo. Tenía un aire, era cierto, y según lo pensaba me iba convenciendo más a mí mismo, posiblemente porque deseara convencerme, pero jamás lo podría asegurar ante un juez. Aunque en el caso de serlo, ¿qué conclusiones se podían sacar? Alguien había borrado los *whatsapp*s del móvil de Lola. Entraba dentro de lo posible que lo hubiese hecho ella en persona, de la misma manera que yo eliminé los suyos, pero si mi teléfono había sido atacado por un virus, ¿se trataba también de una coincidencia?

—Son muchas casualidades, lo admito —me respondió Eneko—, pero aún así no tenemos gran cosa en la que basarnos. Aunque quizás pueda hablar con la juez que llevó el asunto de Tomás Navarro.

—¿Te refieres a Idoia Gastaminza? Por lo que me dijiste es bastante dura y estricta, de las que se atienen escrupulosamente a la letra de la ley, sobre todo de la procedimental.

—Así es, pero también te comenté que cuando le transmití mis sospechas me dio la sensación de que las entendía, aunque no pudiese actuar porque no tenía base jurídica ni legal para hacerlo.

—Tampoco la tiene ahora —contesté, escéptico.

—No, pero resulta que los dos asuntos han caído en su juzgado, con lo que ella misma puede, de alguna manera, calibrar si entre ambos puede existir una relación, por nimia que sea, y obrar en consecuencia.

Como no me quedaba más remedio decidí confiar en Eneko y esperar a ver si fructificaban sus gestiones. Pero pocos días después me dijo que la jueza no veía ninguna conexión entre los dos asuntos, salvo la coincidencia de que ambas víctimas habían trabajado para la misma compañía, la “Cwabi

Spain, S. L. U.”, una subsidiaria española de la internacionalmente conocida e influyente “Carlton, Weston and Bruce Insurance”. En su opinión nada tenían que ver un brutal asunto de violencia doméstica con resultado de muerte y el asesinato de un mendigo a manos de otros infelices a los que seguramente se les cruzaron los cables y creyeron que eran unos guerreros de Allah con la misión de matar a algún infiel, y qué mejor infiel que un indigente indefenso y sin capacidad de reacción por abusar del alcohol, uno de los tabúes del Islam.

–Lo que nos faltaba por oír –resoplé al escuchar esto último–, que la excelentísima señora magistrada juez achaque el asesinato de Tomás Navarro al terrorismo islámico.

–No ha dicho eso –intentó defenderla, sin mucha convicción, Eneko–, pero es la única explicación aceptable si no se puede escarbar más allá.

–¿Si no se puede o no se quiere?

–¿Y qué mas te da? –Eneko empezaba a enfadarse–. El resultado es el mismo. Los dos casos están cerrados, no le des más vueltas.

Seguramente mi excompañero tenía razón. Los dos asuntos estaban cerrados y no teníamos ninguna posibilidad de reabrirlos. Pero algo me impulsaba a continuar investigando o, al menos, a intentar saber más. No me había olvidado por completo de que mi vida podía continuar en peligro, por lo que me trasladé a una vivienda que una hermana de Eneko poseía en una urbanización de Bakio y que tan sólo la utilizaba en verano. La verdad es que no podía quejarme, incluso disponía de piscina y cancha de pádel, aunque en esa época del año la piscina no estaba en funcionamiento y jugar al pádel contra mí mismo no se puede decir que constituya una divertida actividad deportiva. Pero teniendo en cuenta que me estaban haciendo un favor, no podía quejarme. Además, no estaba muy lejos de Bilbao y podía desplazarme a la capital siempre que lo considerara necesario. De hecho estaba más en ella que en el pueblo. Y muy pronto me di cuenta de que ese exilio, al que prácticamente me había obligado el propio Eneko, era innecesario. Al menos, de momento.

Y eso que nunca me he considerado un ingenuo, por lo que no dejaba de extrañarme que la socia de mi buen amigo Sánchez-Ávila pensara que había comprado mi silencio con los tres mil euros adicionales que me había dado hacía pocos días. Seguramente tan sólo trataba de ganar tiempo, para que el asunto del mendigo se fuera olvidando, y que me confiara. El hecho es que, durante el tiempo que estuve recluido en Bakio, Eneko Goirizelaia y Ander

González se turnaron, ya que ambos preferían hacer el trabajo en persona, para vigilar mi domicilio bilbaíno y sus cercanías sin observar nada extraño. Ningún tipo mal encarado me esperó en el portal con un kalashnikov dispuesto a ser disparado según asomara por allí mi jeta, nadie forzó la cerradura de mi puerta y tampoco arrojaron por la ventana de mi dormitorio un cóctel molotov o una bomba incendiaria. Era una buena noticia aunque tal vez de un modo morboso me sentía ninguneado, como si pensarán que era una cucaracha que en cuanto se enciende la luz se esconde rápidamente y ya no se atreve a salir de su agujero. Pero bromas macabras aparte, teniendo en cuenta los temores de mis antiguos colegas de la Ertzaintza, que no ocurriera nada de eso podía considerarse todo un éxito. Seguíamos sin fiarnos, las cosas como son; no obstante, esa aparente calma nos daba cierto margen de maniobra. Al menos me lo daba a mí, que no estaba sujeto por los protocolos de actuación policiales ni por la Ley de Enjuiciamiento Criminal. Si lo estaba, en cambio, al Código Penal, pero ese era un problema que ya solventaría llegado el caso, si llegaba.

A la hora de investigar un asesinato los informes, tanto de la policía científica como de los médicos forenses, pueden llegar a ser determinantes. Aunque yo, desde que entré en la Ertzaintza, me consideré siempre un madero de los de la vieja escuela, de los que patean y patean las calles las veces que haga falta para poder hablar con testigos reticentes, sospechosos habituales e inhabituales, presuntos inocentes y más que presuntos culpables, nunca desdeñé el trabajo de los compañeros que se quedan en sus despachos o laboratorios e investigan con un microscopio o un bisturí. Y sabía que los de mi ciudad podían competir en profesionalidad y minuciosidad con los más reputados profesionales del ramo. Por eso, acordándome de Andoni Zubikarai, uno de los forenses que trabajan en el Instituto Vasco de Medicina Legal, decidí recurrir a él.

Zubikarai era un buen tipo, algo apocado hasta que se echó novia y sacó la pantera que, sin nadie saberlo, llevaba dentro. Aunque ese descubrimiento tardío de su más oculta personalidad le condujo a meterse en unos graves problemas de los que conseguí librarle, no sin esfuerzo por lo que puedo decir, sin exagerar, que me quedó eternamente agradecido. Por eso, cuando le pedí que me proporcionara los informes de las autopsias de Tomás Navarro y de Lola, pese a que no esperaba encontrar nada que no hubiera podido ver la juez encargada de ambos casos, me los envió sin demora ya que había sido él precisamente el encargado de abrir en canal los dos cadáveres para ver si

había en ellos algo raro.

Como sospechaba, las causas de la muerte coincidían con las versiones oficiales. Tomás Navarro había fallecido a consecuencia de la paliza recibida, con casi todos sus órganos internos reventados, y Lola no pudo resistir el impacto de su cuerpo arrojado al vacío contra el suelo. Cuando leí la prosa descarnada y estrictamente oficial de Zubikarai estuve a punto de vomitar y cagarme en sus muertos, pero me contuve. El forense sólo había escrito lo que había sucedido y cómo. Además, el responsable de la muerte de Lola fue el cabrón de su marido, no el médico. Pero eso no evitó que mis heridas se reabrieran.

Sólo encontré un detalle extraño en el informe que firmaba Zubikarai. En la garganta de Lola, al parecer no le había dado tiempo a llegar al estómago, se encontró un *pendrive* con las siglas de la empresa en la que trabajaba su marido y asesino, la “Cwabi Spain, S. L. U.”. Curiosamente el *pendrive* estaba totalmente vacío, sin ninguna información en su interior, como pude comprobar leyendo una providencia dictada por la jueza Idoia Gastaminza en la que se indicaba cómo, tras haber sido introducido en uno de los ordenadores del juzgado, no había aparecido ningún dato, ni visible ni oculto. No parecía tener mucho sentido, aunque Iturbe, el joven subordinado de Eneko que estaba licenciado en Psicología comentó que, seguramente, se lo había introducido su propio asesino.

–Es como decir que él estaba al mando de todo, porque era el sustento de la familia. Por eso el *pendrive* llevaba la marca de la empresa en la que trabajaba. Y el hecho de que estuviese vacío podría ser como un símbolo del vacío de sus propias vidas, de su relación.

Si Iturbe lo decía, quizás tuviera razón. Al fin y al cabo había dado en el clavo cuando sugirió que los cuatro subsaharianos que asesinaron a Tomás Navarro no actuaban “*motu proprio*”. Parecía una explicación un tanto retorcida y alambicada, pero no dejaba de ser una explicación, y de momento no teníamos datos suficientes para encontrar una diferente.

Todo cambió cuando recibí una llamada de una residencia de ancianos de Bilbao, pidiéndome que acudiera hasta allí urgentemente, porque mi tía Natalia deseaba hablar conmigo. Se encontraba muy enferma y quería despedirse, por si Dios decidía llevársela junto a él. Por mí podía llevársela cuando quisiera, entre otras cosas porque nunca he tenido ninguna tía llamada Natalia, pero antes de colgar mi interlocutora, que por la voz parecía ser una persona joven, me dijo que comprendía mi postura, pero que se trataba del

último deseo de una anciana.

–Soy consciente de que tuvo que dolerle mucho que creyera las injustas acusaciones que lanzaron contra usted, pero también tiene que admitir que desde que demostró su inocencia, tras el desmantelamiento del “Karibeko Kluba”, su tía ha intentado disculparse en múltiples ocasiones y en todas ellas se ha negado a escucharla. No se puede vivir toda la vida con ese rencor – añadió con una voz muy dulce, que por unos segundos creí reconocer.

No, la joven tenía razón. Quizás, efectivamente, había llegado el momento de reconciliarme con mi tía Natalia, aunque nunca hubiese tenido un familiar con ese nombre. Pero sí que conocía otro nombre muy distinto, el del “Karibeko Kluba”. Y si eso no fuera suficiente para despertar mi curiosidad, la chica que me había llamado conocía mi historia. O, al menos, parte de ella.

La residencia se encontraba muy cerca de mi domicilio, ocupando el solar en el que antaño se ubicó uno de los cines más importantes de Bilbao. Es ley de vida, los jóvenes se bajan ahora las películas por Internet y la gente mayor tiene otras necesidades más perentorias que ir a ver los últimos estrenos de Hollywood, así que parece totalmente coherente la reconversión de una vieja sala de cine en un nuevo geriátrico. Aún así, como aún seguía refugiado en Bakio, tardé poco más de media hora en llegar hasta allí. Media hora en la que mi cabeza no dejó de dar vueltas, sin ningún resultado, salvo el de exponerme a una fuerte jaqueca.

Cuando creí reconocer la voz de la joven que me había llamado acerté de pleno, porque quien me recibió, aunque no dio muestras de conocerme, fue Ainhoa Gómez, la novia de mi forense favorito, Andoni Zubikarai. Sabía que trabajaba con ancianos, pero hacía tiempo que le había perdido la pista. Llevaba un anillo en el dedo anular de su mano derecha, así que deduje hábilmente que su relación no se había roto, sino que había culminado en la sacrosanta institución del matrimonio. Me alegré por ellos, aunque en el fondo me daba igual. Se trataba de su vida, no de la mía, y en el peor de los casos siempre queda la posibilidad de un buen divorcio o una mala separación.

–Me alegro que haya venido, señor Goikoetxea –dijo estrechándome la mano–. Su tía Natalia se alegrará mucho de verle.

–Eso espero –le seguí el juego–. Ha pasado ya tanto tiempo que no sé si la reconoceré.

Sonrió levemente y con un gesto hizo ademán de que la siguiera. Así lo

hice y me condujo hasta el interior de una habitación en la que una contemporánea de la marquesa de Pardo Bazán, y eso quitándole años, se encontraba mirando fijamente un televisor. Al menos el aparato debía ser de nuestra época, porque emitía en color, y en esos momentos se estaba retransmitiendo en directo un programa en el que una serie de señoras y un caballero sin un pelo de tonto, no porque tuviese una inteligencia preclara sino porque era totalmente calvo, estaban tildando de guarra y desaprensiva a otra señora que no estaba presente pero que, al parecer, debía ser íntima de todos los que la estaban despellejando.

–Doña Natalia –dijo Ainhoa con su dulce voz–. ¡Mire quién ha venido a verla!, con las ganas que usted tenía...

La vieja ni siquiera nos echó una rápida mirada. Sus ojos y sus oídos seguían absortos, contemplando ahora cómo una de las contertulias se echaba a llorar, diciendo que ella en realidad quería mucho a la mujer de la que acababa de decir que era una puta desorejada, pero que lo había dicho desde el cariño, y no desde el desprecio. Joder, hasta a mí había empezado a interesarme el tema. ¿Cómo se puede decir de alguien que es una puta y una guarra desde la amistad y el cariño?

No tuve tiempo de enterarme porque Ainhoa volvió a decirle a doña Natalia que su único sobrino había venido a visitarla.

–Deje ya de molestar, joven –contestó airada la anciana–, que no me estoy enterando de nada de lo que dicen esos imbéciles. Además, yo no tengo ningún sobrino.

La contemporánea de Matusalén tendría, seguramente, muchos defectos, pero tonta no era y sabía lo que decía. A pesar de ello, Ainhoa no se desanimó.

–Pero cómo es posible que diga eso, mujer. Con lo contenta que estaba cuando le dije que iba a venir su sobrino Mikel.

–¿Mikel? ¿Además se llama Mikel? ¡Qué nombre más horrible! Ya nadie pone a sus hijos nombres fuertes y con carácter, como el de mi difunto Filiberto.

Me entraron temblores con sólo pensar cómo habría sido la vida del difunto Filiberto, del que sin la menor duda posible se podría decir con toda la razón del mundo que seguramente estaba descansando en paz. Y los temblores aumentaron cuando la señora me miró fijamente, me escrutó más bien, y dijo que quizás, después de todo, tenía un aire de familia.

–Aunque mi Filiberto era mucho más guapo. Y mucho más hombre. No,

no puede ser –decidió finalmente–, no tengo ningún sobrino. ¿O sí? –miró angustiada a Ainhoa, y por primera vez, desde que entramos en la habitación me di cuenta de que no estaba delante de un ogro sino de una pobre mujer que, seguramente, había perdido todo lo que la anclaba al mundo real.

–No importa, doña Natalia, no se preocupe –volvió a hablarle con un tono cariñoso Ainhoa–, ya se acordará en otro momento. Tiene usted un sobrino muy majo y seguro que vuelve a visitarla.

–De eso nada –protestó la anciana–. Seguro que es como todos, un buitre que lo único que quiere es que se lo deje todo en herencia. Pues se va a joder bien jodido, porque he hecho testamento a favor de la parroquia. Pero bueno, si vuelve, que me traiga churros. ¿De acuerdo? Los buenos sobrinos siempre llevan churros a sus tías.

Le prometí firmemente que en mi próxima visita le traería un paquete de churros y de nuevo, obedeciendo a una indicación de Ainhoa, que seguía aparentando que no me conocía, salimos al pasillo.

–Lamento haberle hecho venir para nada, señor Goikoetxea, pero esta mañana, cuando su tía me pidió que le llamara, le funcionaba perfectamente la cabeza. Es algo intermitente, en ocasiones está totalmente lúcida y en otras, en cambio, ni siquiera sabe cómo se llama. Y la cosa va a peor, cada vez tiene menos momentos lúcidos. Por eso, quizás previendo que iba a tener una recaída, me dio esto para que se lo entregara en persona –añadió dándome un sobre–. Ya sabe cómo son de paranoicas las personas mayores, no se fían del servicio de correos. Y mucho menos de las empresas de mensajería. La buena mujer, cuando es capaz de pensar, suele decir que cómo se pueden dejar las cartas en manos de unos tipos que van de aquí para allá en moto. En fin, supongo que antes o después todos acabaremos igual que doña Natalia. Y eso si tenemos suerte.

Tras lanzarme esa reflexión filosófica la novia, pareja, esposa o lo que fuese, de Andoni Zubikarai, se despidió de mí. Vamos, que me echó de la residencia. Palpé el sobre y me pareció notar que en lugar de folios o papeles impresos en su interior había un objeto pequeño. Y si no estaba completamente equivocado, se trataba de un *pendrive*. Nada más regresar a Bakio confirmé esa primera impresión. Todo aquel circo orquestado en torno a doña Natalia se había montado para confiarme ese *pendrive*. Y teniendo en cuenta que hacía tiempo que no sabía nada de ellos, pero que pocos días antes le había pedido a Zubikarai que me informara lo que descubriera sobre los asesinatos de Tomás Navarro y Lola, parecía obvio pensar que se trataba de

una copia del que se había hallado en la garganta de mi amante.

¿De verdad era tan obvio pensar que se trataba de una copia del encontrado al hacerle la autopsia a Lola? Según se explicaba en las diligencias judiciales, con la firma autorizada de la jueza Idoia Gastaminza, ese *pendrive* estaba vacío, no contenía nada en su interior.

Sólo había una manera de salir de dudas, enchufarlo en mi portátil. Fue entonces cuando comprendí que estaba sentado sobre un barril de dinamita. Una dinamita que alguien se había ocupado de inutilizar. Y la única persona que podía hacerla estallar era yo. Sólo que, como ya he dicho, estaba sentado encima del barril. Y si no jugaba bien mis cartas, corría el peligro de ser el primero, y quizás el único, que saltara por los aires.

CIENTO DOCE DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO

(Eneko Goirizelaia)



El gesto de satisfacción con el que Eneko Goirizelaia tecleó la palabra “enviar” de su correo electrónico fue tan evidente que Ander González, subordinado y amigo, que se encontraba presente en ese momento, no pudo evitar que en sus labios apareciera una sonrisa irónica, semejante a la que aparece en la de los padres que ven cómo su hijo pequeño acaba de meter un gol en un partido de la liga escolar.

–Veo que te has quedado a gusto –le dijo.

–Y has acertado –sonrió Goirizelaia–. El jefe de la *Gendarmerie* en Iparralde es un buen tipo, con el que por lo general siempre me he llevado bien y hemos colaborado en muchas ocasiones sin que entre nosotros surgieran problemas o roces, pero no me gustó ni un pelo cómo me trató cuando le trasladé nuestras sospechas de que los cuatro subsaharianos que habían aparecido muertos en el interior de un camión frigorífico fueran asesinados. No llegó a discutir mi capacitación profesional, pero estuvo cerca. Por eso, cuando hemos tenido la constatación de que fueron mandados asesinar por un extraño policía maliense llamado Salif Diallo, que controlaba desde Bilbao un grupo mafioso de origen africano, no he podido resistir la tentación de enviarle un extenso informe, para que lo una a sus archivos. O lo envíe a la papelera de reciclaje, me da igual, es un tema ya acabado y que nunca irá a juicio porque todos los que han intervenido en él, o quizás no todos, pero sí quienes de algún modo eran sus cabezas visibles, han fallecido.

Ander González hizo un gesto de asentimiento. Comprendía a su jefe, pese a que el propio Goirizelaia le había indicado, en más de una ocasión, que jamás debía llevar las cuestiones profesionales al lado personal. Sin duda tenía razón, pero no siempre es fácil dejar atrás el orgullo propio cuando se han reído de ti o, aún peor, cuando te han tratado con la típica

condescendencia de quien piensa que no sabes por dónde te da el aire. Por eso, y no sólo por el debido respeto a un superior, González no recriminó a su jefe la actitud casi pueril que había mostrado al ponerse en contacto con su colega del otro lado de la muga.

Eneko Goirizelaia se había hecho a sí mismo la promesa de que descubriría qué había tras la horrenda muerte de los cuatro subsaharianos que asesinaron a Tomás Navarro y lo había conseguido. Quizás de un modo inesperado, pero eso era lo de menos. El trabajo policial suele ser, pese a lo que aparece en las películas y series de televisión, muy monótono y rutinario, y no siempre se consiguen resultados a la primera. De hecho el mismo Goirizelaia reconoció, cuando se hizo esa promesa, que no sabía cómo podría cumplirla, pero en esa ocasión la suerte estuvo de su parte. La suerte encarnada en el extraño asesinato de Salif Diallo en Londres, aunque esa parte del pastel tendrían que comérsela los inspectores de Scotland Yard.

Cuando muere quien te tiene atemorizado te liberas, y la *omertà*, ese pacto de silencio que te obliga a callar lo que sabes acerca de las actividades delictivas de un grupo o persona, que no es tal pacto ya que has sido obligado a acatarlo, desaparece. No el primer día, ni el segundo, pero acaba desapareciendo. Y quienes antes habían negado conocer, ni de lejos, aquello sobre lo que les estabas preguntando, de repente, sobre todo si ven que es bueno para sus intereses u odiaban profundamente al fallecido, acaban hablando tanto que se agota la totalidad de cintas reproductoras que están expuestas a la venta en el centro comercial más cercano. Y Salif Diallo podría haber ganado un campeonato en el que se eligiera al hombre más odiado, si no de Euskal Herria, que quizás era mucho decir, sí de ese Bilbao africano que la mayoría de autóctonos desconocen pese a tenerlo a su lado. Y con los estímulos y ayudas suficientes, el miedo a las consecuencias de la delación desaparece ante la perspectiva de que no vas a sufrir represalias e incluso que la propia policía te esté agradecida por ayudarle a desvelar no ya un crimen, sino toda una organización criminal.

Por eso supieron que Salif Diallo dio, en primer lugar, la orden de asesinar a Tomás Navarro y posteriormente la de acabar con los cuatro inmigrantes que llevaron a cabo esa orden. Y, como el agente Iturbe vaticinó en su momento, lo hicieron por miedo, no sólo miedo a lo que pudiera ocurrirles, sino por miedo a que, de no obedecer, quienes sufrieran las peores y más drásticas consecuencias fueran sus familiares que todavía sobrevivían, a duras penas, en la lejana África.

Quedaba la cuestión de por qué Salif querría eliminar de una manera tan drástica a quien ya no era más que un despojo humano. Navarro era un psicópata que en un arrebato había asesinado a su mujer y a su hija y que posteriormente, quién sabe si presa de remordimientos o porque su cabeza jamás funcionó del todo bien, cayó en la demencia y la indigencia. ¿Qué podía temer de él Salif?

No fue muy difícil tirar del hilo que les había llevado a esclarecer el asesinato de los cuatro subsaharianos para averiguar que Navarro, en el pasado, había hecho negocios con Salif, negocios que no estaban amparados por el Código Mercantil y sí, en cambio, castigados por el Código Penal. Posiblemente el capo maliense temiera que si algún día recobraba la razón y le volvían los remordimientos, le delatara y su imperio gansteril se consumiera más rápidamente que un cigarrillo en boca de un fumador compulsivo al que su médico de cabecera le hubiese prohibido el tabaco. Matarle, desde ese punto de vista, parecía la solución más lógica. Así que también podía considerarse cerrado el caso en ese aspecto.

Navarro no actuaba sólo, tenía un cómplice en su misma empresa, pero ese cómplice también estaba muerto, así que no merecía la pena darle muchas vueltas al asunto. El jefe de la trama, un tal Moussa Traoré, era un hombre muy bien situado en el interior del gobierno de Malí, pero desgraciadamente no se podía arremeter contra él, en cierto modo era intocable. Era verdad que algunos países como los Estados Unidos o la Gran Bretaña habían dictado órdenes de busca y captura contra él, órdenes lógicamente simbólicas y que no servían para nada, como tampoco hubiesen servido para nada las emitidas por un juez español, así que no se planteó ni siquiera el tema. Si algún día las autoridades estadounidenses o británicas conseguían detenerle, las del Reino de España enviarían, en el mejor de los casos, una comisión rogatoria para que se les permitiera interrogarle sobre los posibles delitos cometidos en territorio nacional y asunto zanjado a satisfacción de todos.

Al menos a satisfacción de sus superiores en el Departamento de Seguridad y del juez de guardia al que envió el correspondiente informe. Quedaban solucionados varios asesinatos y se desmantelaba una trama criminal. Gorizelaia no se engañaba a sí mismo, sabía que la naturaleza tiene horror al vacío y pronto otra vendría a ocupar el lugar de la que había desaparecido, pero mientras tanto las cosas habían mejorado algo en su ciudad.

A veces se preguntaba si él mismo estaba satisfecho y, aunque con

dudas, la respuesta era que sí. Había cumplido con su promesa de solucionar el asesinato de los subsaharianos y, como añadido, un peligroso delincuente ya no ejercía su poder en Bilbao. Era cierto, y lo sabía demasiado bien, que las cosas nunca eran tan maravillosas y sencillas como aparentaban. Seguramente tenía que haber más gente implicada, pero había llegado hasta donde podía llegar y había hecho bien su trabajo. Además, estaba lo de Goiko.

Como si Ander González le hubiese leído el pensamiento, le comentó que en su informe, ese informe del que acababa de enviar una copia a la *Gendarmerie*, no se mencionaba a Goiko.

–Sí, no aparece para nada nuestro amigo –contestó dubitativo Goirizelaia a su subordinado y amigo, para añadir con voz más firme–. En realidad no lo he considerado necesario. Mencionarle no aporta nada concluyente y, por otra parte, con todo lo que está pasando, creo que se merece que le dejemos tranquilo y le proporcionemos un poco de tregua. Quizás más adelante... –dejó sin acabar la frase.

–¿Más adelante qué? –le replicó, sonriendo, González–. Lo que no aparece en el informe actual no puede aparecer en el futuro.

–Lo sé, no me refería a eso. Creo que el informe está completo como está. No veo necesario añadir ni quitar nada y, como ya hemos comentado, mencionar a Goiko no serviría más que para perturbarle sin que aportara nada. Estrictamente no ocultamos información al juez ni a los mandamases de Gasteiz^[19], sencillamente he quitado toda la paja que sobraba y no aportaba nada para hacer más sencillo y comprensible el informe.

–No le vas a dar una copia, ¿verdad? –preguntó González, que había asentido con un ligero de cabeza a las palabras de su superior–. Supongo que te referías a eso, cuando hablabas de que quizás más adelante.

–Sí, así es –admitió Goirizelaia.

–¿No crees que tiene derecho a saber la verdad?

–El mismo derecho que tengo yo a no contársela. Mira, Ander, sé que con el tiempo le has cogido aprecio a Goiko, pese a que al principio no te caía nada bien y sólo le ayudabas por lealtad hacia mí, pero yo le conozco desde hace muchos años. Y en este caso, al menos, sí que la experiencia es un grado. Por eso sé que está jodido, muy jodido, y que de momento lo suyo no tiene solución. Tan sólo el tiempo podrá, si no arreglar lo ocurrido, sí mitigar poco a poco su dolor. ¿De qué le iba a servir conocer la historia al completo? A estas alturas, ¿tú crees que iba a significar algo especial para él saber que

Tomás Navarro, el indigente al que le propusieron asesinar, había sido socio de Salif Diallo, el hombre que movía los hilos de ese asesinato? ¿O que Navarro y el marido de Lola eran compañeros de trabajo y socios?

–Eso ya lo sabe –le cortó González– Por lo menos hasta cierto punto.

–Sí, claro, lo sé –titubeó de nuevo Gorizelaia–, pero por lo que nosotros sabemos, en realidad desconoce la importancia y consecuencias de esa relación. Al menos, no en su totalidad. Y tampoco le iba a hacer ningún bien saber por qué su marido mató a Lola.

–Eso seguramente se lo puede imaginar.

–Tal vez, pero no es lo mismo imaginar que saber. Tú puedes imaginar o sospechar todo lo que quieras, pero mientras no esté demostrado fuera de toda duda, siempre te quedará la posibilidad de pensar que, después de todo, quizás estés equivocado. Y eso, por lo general, es bueno. No hay nada peor que las certezas absolutas.

Ander González estuvo un buen rato callado antes de admitir que seguramente su jefe tenía razón.

–Pero si yo estuviera en su caso –añadió–, me gustaría conocer toda la historia.

–No, no te gustaría –le llevó la contraria Gorizelaia–. Piensas que sí porque no estás en su lugar, pero si lo estuvieras no querrías saber la verdad. O mejor dicho, quizás si quisieras saberla, lo mismo que me diría Goiko si se lo preguntara, pero luego desearías que no te la hubiese contado.

–Voy a tener que darte otra vez la razón –sonrió nuevamente González–, vas a pensar que soy un pelota. De todos modos, en las últimas semanas se le ve muy calmado, dentro de lo que cabe, como si poco a poco fuera asumiendo lo sucedido y que el asunto del asesinato de Lola está archivado y no hay motivo para reabrirlo.

–Pues que siga así –zanjó la discusión Goirizelaia–. Se dice muy a menudo eso de que la verdad nos hará libres, pero lo que es cierto es que es la ignorancia la que nos mantiene felices. O, al menos, nos da una oportunidad de ser felices.

CIENTO DOCE DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MENDIGO

(Mikel Goikoetxea)



Lo leí en un tabloide sensacionalista británico, en su edición digital. Un alto cargo del Foreign Office, como se denomina al Ministerio de Asuntos Exteriores del Reino Unido, había fallecido en un lamentable accidente. En otros periódicos no se especificaban las causas del mismo, pero aquél era tremendamente explícito. John Gardner, asesor del Gobierno de Su Graciosa Majestad para asuntos relacionados con el continente africano, había muerto a causa de la denominada asfixia erótica, que por lo que pude entender tras leerme el artículo al completo, es una forma de obtener placer sexual a través de la disminución de la respiración durante el acto, ya sea en solitario o acompañado. Parece ser que en ese caso la satisfacción, si es que llegó a obtenerla antes de morir, fue en solitario.

¿De verdad se le fue la mano, dicho sea sin segundas intenciones, o con esa información lo que se pretendía era encubrir un suicidio o un asesinato, más bien una ejecución? Ni lo sé, ni me importa. Para mí, con esa noticia se acababa de cerrar el círculo infernal que se inició cuando Sánchez-Ávila creyó, supongo que tendría sus motivos pero ya nunca podré discutirlos con él, que yo era uno de esos tipos sin escrúpulos capaz de matar a alguien a cambio de una buena recompensa. Y en el fondo quizás lo sea, aunque no por los motivos que el abogado pensaba.

Durante los últimos días no había dejado de leer la prensa británica, no sin ciertas dificultades debido a lo primario de mi inglés, pero entre lo que me acordaba de cuando lo estudié en el colegio y los traductores simultáneos que uno puede encontrar en Internet, cada cual más risible y ridículo, pero que si conoces algo la estructura del idioma pueden llegar a convertirse en una buena ayuda, fui enterándome de los últimos acontecimientos ocurridos en el Reino Unido, si es que todavía se le puede aplicar este último calificativo.

Unos acontecimientos de los que, en última instancia, puedo considerarme responsable. No culpable porque si lo eché todo a rodar fue, precisamente, porque en mi interior el concepto de culpa se fue difuminando según iba creciendo el sentimiento de justicia o, ¿por qué no admitirlo?, de ira y venganza.

No soy un justiciero, entre otras cosas porque para serlo hay que estar convencido al cien por cien de que lo que piensas o crees es totalmente cierto, sin fisuras, y tener el careto de Charles Bronson. Y mal que me pese, no poseo ninguna de esas dos cualidades, aunque es cierto que la segunda, a base de recibir hostias, quizás llegue a hacerse realidad algún día. Por eso esperé a ver cómo se conducían los acontecimientos en el futuro, pese a mi perplejidad. Porque estaba convencido de que el *pendrive* que me había enviado Zubikarai a través de su novia era copia, tenía que serlo, del que se encontró en la garganta de Lola. Y ese *pendrive* no estaba vacío. Todo lo contrario, ése estaba lleno de datos que eran, como ya he dicho en una ocasión anterior, auténtica dinamita.

¿Por qué en las diligencias firmadas por la jueza Gastaminza aparecía, entonces, que se encontraba completamente vacío, sin documentos ni datos de ningún tipo en su interior? Hasta un niño de pecho sabría la respuesta y yo no era, precisamente, ningún niño de pecho.

Esperé durante un tiempo. Quizás la jueza, viendo la envidia de lo que tenía entre manos, decidió remitir a la Audiencia Nacional la información que realmente contenía el *pendrive*. Pero mi espera fue en vano. Lo mismo podría haberme quedado sentado en el portal de mi domicilio esperando que Megan Fox apareciera para declararme su amor eterno. Los dos asuntos que estaban relacionados, la muerte del indigente que en una vida anterior fue un brillante ejecutivo llamado Tomás Navarro Aretxederra, y el asesinato de Lola a manos de su marido, que posteriormente se suicidó, ¿realmente se suicidó?, me pregunto sin saber la respuesta, fueron archivados en cuestión de pocas semanas y pasaron a engrosar el armario de asuntos resueltos satisfactoriamente a gusto de todos. O de casi todos, porque cuando conoces la verdad de lo ocurrido, eso de que archiven el caso pues como que no acaba de gustarte.

Que estaban relacionados al principio fue sólo una intuición, una de mis locuras, en palabras de Eneko, pero al final fue una certeza, una certeza de la que yo era el único poseedor, salvo que Zubikarai hubiese hecho más copias, cosa que dudaba. Con lo pusilánime que es, bastante hizo con sacar una y

enviármela, y nunca podré agradecerérselo lo suficiente. Y la relación venía dada porque tanto Tomás Navarro como el marido de Lola trabajaban en la misma empresa, la Cwabi Spain, la marca que utilizaba en España la Cwabi global, una compañía dedicada originariamente a los seguros, pero que desde hacía décadas habían ampliado sus negocios a todas las ramas del sector financiero, especialmente a las ramas más podridas del árbol.

Primero fue el blanqueo de dinero, pero seamos sinceros, ¿de verdad blanquear dinero es un delito? Según los códigos penales de la mayoría de los países, así como de sus gobernantes, por supuesto. Pero esos mismos gobernantes acostumbran a hacer con cierta regularidad amnistías fiscales, con el loable propósito de que ese dinero que jamás ha salido a flote lo haga y beneficie al conjunto de la población. El que luego eso no ocurra es por pura mala suerte, no porque la idea no fuese excelente. La política y la economía, ya se sabe, no son ciencias exactas.

Más adelante, algunos cerebros privilegiados, pensaron que ya que blanqueaban dinero ajeno, ¿por qué no hacerse directamente con ese dinero? Es decir, ¿por qué no convertirse en socios de aquellos a quienes se les blanqueaba la pasta? Porque seamos serios, estamos en una economía de mercado, y si alguien necesita pincharse o follarse a una tía con dos buenas tetas o armarse hasta los dientes para hacer una revolución con la que el pueblo soberano, por supuesto, pueda mejorar sus condiciones de vida, ¿tenemos derecho a impedirlo? Las leyes dicen que sí, pero si de verdad cumpliéramos todas las leyes con las que los parlamentos supranacionales, nacionales o autonómicos hacen más divertida nuestra existencia, la economía se pararía. Al menos la economía que empezó a engrosar de un modo considerable los bolsillos de los altos ejecutivos que vieron en esas actividades lo que en algunas instituciones denominan nuevos “nichos de negocio”.

Primero empezaron con los secuestros de barcos, lo que antiguamente se llamaba piratería, en Somalia. En Euskadi tuvimos algún que otro caso, felizmente solucionados, eso sí, pero a costa de pagar unos considerables rescates. Aunque no sólo fueron atacados barcos vascos, sino de otras nacionalidades. Obviamente los ejecutivos de la Cwabi no se paseaban por el Índico con un pañuelo sobre la cabeza, un sable entre los dientes y una bandera con el símbolo de una calavera ondeando en un barco, pero negociaban los rescates con una suculenta comisión, e incluso llegaron a proporcionar a los piratas datos imprescindibles para ellos sobre cuándo y

dónde debían atacar. Puro márketing. Para conseguir succulentas comisiones hay que vender un producto, y si ese producto es el secuestro de embarcaciones pesqueras, pues eso es lo que se vende.

Cuando la Task Force 150, la coalición de varios países que empezó a patrullar por las costas somalíes consiguió disuadir a los piratas de que volvieran a las andadas, los hombres de la Cwabi no sufrieron ningún trauma. Una vez hechos los contactos, una vez haber pasado del simple blanqueo de dinero, algo “limpio” como la propia palabra lo indica, a la participación en los secuestros de embarcaciones pesqueras, los posibles escrúpulos a la hora de iniciar nuevas actividades ilegales, en caso de haber existido, dejaron de tener razón de ser, y pronto llegó el tráfico de armas, de drogas, de mujeres, de niños. Sobre todo de niños. ¿Hay alguien más indefenso que un niño al que han arrancado de su aldea natal, en Asia o África, y al que envían lejos de su lugar de origen? Además, de los niños, como de los cerdos, todo es aprovechable. Cuando están vivos, sus cuerpos infantiles y púberes para solaz de quienes, aburridos de su ociosa existencia, desean y pueden pagarse nuevas experiencias aún a costa de la desgracia ajena. Y cuando están muertos, o los matan, sus órganos internos se pueden comprar y vender para que otras personas, mucho más afortunadas y adineradas que ellos, puedan vivir.

Todo eso estaba en el *pendrive* que Ainhoa me había pasado a instancias de Zubikarai, y tendría que haber estado en el original que estudió la jueza Idoia Gastaminza. Pero milagrosamente, ése estaba completamente vacío sin que ni siquiera la naturaleza, de la que los entendidos dicen que tiene “horror al vacío”, se extrañara o protestara.

Me imagino que llegó un momento en el que Navarro también se horrorizó, que llegó a sentir asco de sí mismo y de todo lo que le rodeaba. Quizás no le parecía tan mal secuestrar a fornidos pescadores, o proporcionar drogas duras a desgraciados que estaban ya más muertos que vivos. Quiero pensar que si intentó destapar todo el asunto fue por lo de los niños. Y quizás por eso le castigaron del modo que lo hicieron, matando a su hija, junto a su mujer, y destrozando su vida. No me extraña que se alcoholizara y se volviera loco, era el único modo de autodefensa que tenía. Supongo que de vez en cuando conservaba o le llegaban ráfagas de lucidez y por eso, cuando le pregunté por qué había alguien decidido a matarle, reaccionó del modo que lo hizo.

Me acordé de la canción de Javier Krahe, ésa que tiene como estribillo

“...y yo como un gilipollas”. Porque fui un auténtico gilipollas al confiar en que la jueza hiciese algo. Estaba claro que si toda la información que había en el *pendrive* había desaparecido, ella era la única responsable posible. Y si ella la hizo desaparecer..., como dicen en mi pueblo, blanco y en botella.

Durante unos días me sentí como Vladimir Ilich Ulianov, el famoso Lenin, y su famoso libro-pregunta: *¿Qué hacer?* O por ser más contundente que el propio padre de la Revolución Bolchevique, *¿qué cojones podía yo hacer?* *¿Enviar una copia de mi pendrive a la Audiencia Nacional o a cualquier otro juez?* Aparte de mi mala fama entre el noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento de quienes visten toga en este país, tendría que explicar cómo había llegado a mis manos y, seguramente, lo invalidarían como prueba. Con toda la razón del mundo, además. Por lo menos, con toda la razón del mundo del derecho.

¿Pasarle una copia a mi amigo Eneko? Sobre su honestidad e integridad no tenía la menor duda, pero su reacción lógica habría sido ponerlo en conocimiento de la judicatura, que de nuevo habría cerrado el caso, con lo que, además de la lógica frustración, lo único que habría conseguido hubiese sido poner en peligro tanto su vida y la de su familia como la de Andoni Zubikarai, el forense. Estaba la posibilidad de acudir a la prensa. En más de una ocasión habían sido periodistas, y no jueces ni policías, quienes habían destapado algunos de los casos de delincuencia y corrupción más importantes ocurridos en España. Seguramente encontraría algún medio lo suficientemente valiente como para publicar la información que podía proporcionarles, o quizás no, todos somos humanos, pero su recorrido no sería muy largo, me temo, y de originar alguna actuación judicial lo más probable es que se eternizara. Fue entonces cuando, tras pensar en el Vladimir que hizo una revolución me acordé de otro Vladimir, un asesino a sueldo que curiosamente me salvó la vida y que, aunque no me debía nada, sino más bien al contrario, yo era el deudor, aceptó ser el ejecutor de mi plan. Ese plan que había rechazado cuando quien me lo propuso fue el Increíble Hulk, el hombre de confianza de Gerardo Azurmendi. Ese plan que rechacé porque tenía una autoestima tan elevada que pensaba que yo jamás acabaría convirtiéndome en un asesino. Y quizás no lo sea, todo depende de la perspectiva con la que lo miremos. Aunque jamás he sido partidario de engañarme a mí mismo, y quizás ése no fuera el momento más adecuado para empezar a hacerlo.

De todos modos, me miro al espejo y sigo sin parecerme a Charles

Bronson, aunque cada vez son más las arrugas que surcan mi cara. Tampoco soy un justiciero. No llevo una capa negra ni unos calzoncillos rojos encima de mi pantalón. Ni poseo superpoderes, salvo que se considere así a hacer daño a las personas que más quiero. En el fondo no soy más que un pobre hijo de puta al que le jode que haya gente que sea todavía más hija de puta que yo.

Por eso diseñé el plan para acabar con quienes consideraba los máximos culpables de todo: Salif, Melrose, Janet Campbell y los abogados Sánchez-Ávila e Ibone Gutiérrez Soltxaga. Aunque en lo del abogado se me adelantaron, supongo que sus propios compinches no se fiaban de él. No eran los únicos responsables, pero sí los que más poder tenían y quienes daban las órdenes. Lo de Idoia Gastaminza fue como la guinda del pastel o, como dicen los literatos, el estrambote del soneto. Quizás sí era una jueza honrada e íntegra, y tan sólo lo que en derecho se considera como la eximente de “miedo insuperable” le obligó a actuar como actuó. Pero si por culpa de esa actuación me convertí en un asesino, parecía lógico que ella también sufriera las consecuencias de esa conversión.

Porque dejémonos de rodeos, pese a lo que he dicho antes acerca de la perspectiva y ese tipo de chorradas, lo que estoy viendo frente al espejo es a un asesino. Un asesino que no se arrepiente de lo que ha hecho, pero un asesino. Quizás porque convertirme en asesino fue la única forma de hacer justicia, aunque a estas alturas de mi vida ya ni siquiera sé lo que significa la palabra justicia. O quizás simplemente me haya movido un afán de venganza. ¿Habría actuado del mismo modo si no hubiesen matado a Lola? Aún no he sabido responderme, pero da igual, Lola murió y con ella murió algo de mí, tal vez lo mejor, en el caso de que en algún momento haya habido algo bueno dentro de mí.

Intento justificarme diciendo que si la razón de la justicia, de la oficial al menos, es desterrar la venganza, y la justicia, esa institución ciega que debía defendernos, nos ha fallado, ¿qué podemos hacer? ¿Aceptar como corderos que no hay solución? Posiblemente sería lo más sensato, pero yo nunca he sido un ejemplo de sensatez. Por eso recurrí a Vladimir. Y por eso le envié al más frío y eficaz asesino profesional que he conocido nunca el vídeo que hizo enloquecer a Tomás Navarro y casi me hace enloquecer a mí. Sabía que pese a su pasado, o quizás precisamente por su pasado, mi viejo amigo rumano iba a colaborar conmigo sin poner la más mínima objeción.

Lo de Scotland Yard fue un añadido. No se puede ir por la vida matando

a todo el mundo, así que antes o después teníamos que parar, los objetivos elegidos eran suficientes. Pero había más responsables y aunque no estaba seguro de cuál iba a ser la reacción de la policía británica, sí estaba convencido de que, de alguna manera, moverían ficha. No se puede dejar impunemente una serie de cadáveres en tu patio trasero sin que te obligues a hacer limpieza. Además, aunque él jamás sabrá que yo estaba detrás de todo, cuando era ertzaina tuve que trabajar en una ocasión con Robertson y sabía que era un hombre íntegro. Íntegro y prudente. Por eso las noticias que poco a poco fui leyendo en los digitales británicos no traían titulares sensacionales ni sorprendentes, pero sí que de vez en cuando se hablaba de la dimisión de algún político o del procesamiento por delito fiscal de algún que otro financiero. Y hoy, cuando he leído la noticia de la muerte accidental, provocada por sus curiosos gustos sexuales, de un alto cargo, he decidido que ya está bien. Ni sé ni me importa lo que los ingleses vayan a hacer con el resto de la información que llegó a sus manos. Sinceramente, ya no me importa un carajo.

Vuelvo a mirarme al espejo y sigo sin identificarme con Charles Bronson ni con Batman. Pero ahora tampoco veo a un hijo de puta ni a un asesino. Y no es que me haya vuelto indulgente conmigo mismo, no. Es que ahora sólo veo frente a mí a un pobre hombre. Un pobre hombre que en una etapa de su vida, quizás no muy extensa, fue feliz. Pero que jamás supo que lo era y para cuando se dio cuenta, ya era tarde.

Me pregunto qué pensaría Eneko si supiera lo que he llegado a hacer. ¿Se rompería nuestra amistad? Supongo que sí, y no podría reprochárselo. Aunque en ese caso desaparecería una de las pocas cosas buenas que aún conservo en mi interior.

¿Me estoy volviendo viejo o, simplemente, soy un ser huraño y melancólico que tiene las manos manchadas de sangre? Aunque me las miro y las veo limpias, completamente limpias. Los antiguos verdugos, ¿eran criminales o simplemente instrumentos de la justicia? ¿Lo he sido yo? En el fondo estoy convencido de que sí, de que he sido un instrumento de la justicia, y quizás esa sensación sea lo peor que he sacado de este asunto.

Y sin embargo, todo es una inmensa mentira. Quizás si alguien llegara a enterarse de lo ocurrido me exculpara o, al menos, en caso de no justificarla comprendería mi actuación. Pero todo sería mentira, una absoluta y total mentira.

Porque en realidad no estaba vengando a Lola, me estaba vengando a mí

mismo, a mi ceguera, a mi estupidez. No estaba haciendo justicia, estaba desahogándome, estaba sacando a relucir toda la rabia que llevaba encima. Y además, no había sido tan legal como pudiera parecer al enviar el último *pendrive* a Robertson. Porque en ese *pendrive* también faltaban datos, datos que yo mismo hice desaparecer.

Ya he dicho antes que es terrible comprender que estabas enamorado de una persona después de que ésta falleciera. Pero más terrible aún fue comprender que esa persona era una asesina. Porque quien estaba detrás de toda la trama, al menos de la parte española de ella, era Lola, mi dulce Lola, mi amada Lola. El que oficialmente tenía un puesto en la Cwabi era su marido, pero quien de verdad movía los hilos era ella. ¿Por qué? Aún sigo sin entenderlo, y creo que jamás lo entenderé. ¿Hastío, aburrimiento, búsqueda de nuevos placeres y experiencias? ¿Simple ambición económica? Y, aunque ante lo demás parezca no tener importancia, pero para mí la tenía en grado sumo, ¿qué significaba yo para ella? ¿Me quería de verdad o era tan sólo un juguete más en su catálogo? Quiero pensar que sí, que sentía algo por mí, si no, ¿a qué venían esos absurdos celos de los últimos tiempos? ¿Y sus miradas, cuando creía que yo no me daba cuenta? Porque hay miradas que no mienten. ¿O sí se daba cuenta y era también parte de un engaño?

¿Qué significaban sus mensajes? ¿Quería avisarme, quería utilizarme o, quizás, simplemente quería recomponer nuestra relación? Ni lo sé ni me importa. Y acabo de mentir nuevamente, porque sí que me importa, y mucho, pero nunca conoceré la respuesta.

Incluso hay otra idea que me atormenta. ¿Me salvó la vida el marido de Lola cuando decidió matarla? O, simplemente, ¿no pudo aguantar más la situación en la que se hallaba inmerso y decidió suicidarse, pero antes optó por acabar también con la vida de la mujer que le había abocado a ella?

Sí, no soy un justiciero, aunque de algún modo se haya hecho justicia. Soy, sobre todo, un encubridor porque, pese a lo que he dicho antes y a ser consciente de que Lola se había convertido en un monstruo, seguía amándola. O, al menos, continuaba sintiendo por ella algo que, a falta de otra palabra, definía como amor. Enfermizo y morbosos, muy posiblemente, pero amor.

En el fondo da igual, ya está todo acabado. Se ha hecho limpieza y he dejado su nombre al margen. Al fin y al cabo, una vez muerta, para qué empañar su memoria. ¿Para que Eneko me mirara condescendiente y con cara de pena? ¿Para que los periodistas, que cuando le hincan el diente a una pieza no la sueltan ni a tiros, no dejaran de molestarme? ¿Para enfrentarme todos

los días a mi memoria? Aunque esto último iba a ocurrir, ya estaba ocurriendo, de todos modos.

Dejo de filosofar. Al fin y al cabo, mientras no decida que ha llegado el momento de que todo llegue a su fin, sigo vivo. Vivo con mis errores, con mis recuerdos, con mis miserias, pero vivo. Me sirvo un whisky y compruebo, no sin cierta satisfacción, que todavía soy capaz de degustar ciertos placeres. Es de noche. Apago el portátil y me recuesto en el sofá. Debo ser un degenerado porque mientras lloraba por Lola, porque pese a todo la sigo llorando, me he acordado de Agurtzane. Sobre todo de sus últimas palabras, que la llamara cuando quisiera. Cojo el teléfono, pero no me animo a hacerlo. Quién sabe, quizás si fuese ella quien se pusiese en contacto conmigo sería distinto. No sé todavía si bueno o malo, pero distinto. Me concentro firmemente en el teléfono como si fuera un personaje de la Marvel capaz, con sus superpoderes, de conseguir que Agurtzane llame. Casi me duelen los ojos de tanto concentrarme. Pero cuando estoy a punto de conseguirlo, el sueño vence al superhéroe y caigo dormido en el sofá. Quién sabe, quizás mañana lo consiga. Quizás.

De lo que sí estoy seguro es de que mañana será otro día. Para bien o para mal, pero será otro día. Otro día más sin Lola. Pero con su recuerdo, lo que quizás sea peor, mucho peor.

NOTAS

- [1] Padre en euskera.
- [2] Academia de enseñanza del euskera.
- [3] Caserío.
- [4] Chicas.
- [5] Comisaría.
- [6] Un fuerte abrazo.
- [7] Abuela.
- [8] Bandera de Euskadi.
- [9] Muy bien.
- [10] Frontera en euskera
- [11] ¿Lo entiendes?
- [12] ¡Iñaki, qué lejos está Camerún!
- [13] Campesino.
- [14] Buenos días.
- [15] Localidad cercana a Bilbao en donde se ubica el cementerio más importante de la provincia.
- [16] San Juan de Luz
- [17] Ver “*Pájaros sin alas*”.
- [18] El equivalente a Papa Noël en Euskal Herria.
- [19] Nombre en euskera de la capital de la CAV y cota denominación oficial es Vitoria-Gasteiz.

Table of Contents

Portada

José Javier Abasolo

Demasiado ruido

1. Siete meses antes de la muerte del mendigo
2. Tres días antes de la muerte del mendigo
3. Cuarenta y cinco días después de la muerte del mendigo
4. Cuatro años y dos meses antes de la muerte del mendigo
5. Cincuenta y siete días después de la muerte del mendigo
6. Nueve días antes de la muerte del mendigo
7. Tres años y siete meses antes de la muerte del mendigo
8. Siete días antes de la muerte del mendigo
9. El día de la muerte del mendigo
10. Sesenta días después de la muerte del mendigo
11. Siete días antes de la muerte del mendigo
12. Dos días después de la muerte del mendigo
13. Cinco días después de la muerte del mendigo
14. Veintinueve meses antes de la muerte del mendigo
15. Cinco días después de la muerte del mendigo
16. Sesenta y tres días después de la muerte del mendigo
17. Ocho días después de la muerte del mendigo
18. Veintitrés meses antes de la muerte del mendigo
19. Diez días después de la muerte del mendigo
20. Catorce días después de la muerte del mendigo
21. Dieciocho días después de la muerte del mendigo
22. Trece meses antes de la muerte del mendigo
23. Diecinueve días después de la muerte del mendigo
24. Veinte días después de la muerte del mendigo
25. Treinta días después de la muerte del mendigo
26. Veintiún días después de la muerte del mendigo
27. Setenta y ocho días después de la muerte del mendigo
28. Veintiún días después de la muerte del mendigo
29. Ochenta y cinco días después de la muerte del mendigo
30. Veintiún días después de la muerte del mendigo
31. Ciento doce días después de la muerte del mendigo

32. Ciento doce días después de la muerte del mendigo